

L U I S D E L G A D O

La flotante *San Cristóbal*

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A



La Flotante San Cristóbal. El gran sitio de Gibraltar. Este tercer volumen de la serie narra las aventuras de nuestro querido personaje, Gigante, revestido en el empleo de alférez de fragata a las órdenes del jefe de escuadra Antonio Barceló. Todo parece sonreír a nuestro hombre en la vida, tanto en su carrera como oficial de la Armada, donde ha ganado merecida fama, como en sus amores con la idolatrada Cristina, de cuyo padre ha conseguido consentimiento para un firme compromiso. Pero el horizonte es cambiante en la vida, como la misma mar. El alférez de fragata Leñanza consigue embarcar en la flotante San Cristóbal, bajo el mando del capitán de fragata Federico Gravina, una de las unidades que intentaron reconquistar la plaza gibraltareña para las armas de España. A partir del fatídico 13 de septiembre de 1782, cuando en la bahía algecireña se pudo observar uno de los combates artilleros que han pasado a la historia, cambia la suerte de nuestro héroe.



Luis M. Delgado Bañón

La flotante San Cristóbal

Una saga marinera española - 03

ePub r1.0

Titivillus 31.07.15

Luis M. Delgado Bañón, 2002

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Quien vive muchos años, corre el riesgo de aumentar de forma notable el número de sus enemigos, decía un belicoso general español del siglo XIX.

Carmen Velasco Moreno es un claro ejemplo de que toda norma presenta sus excepciones. Disfrutó con plenitud de casi un siglo de vida; fue querida por todos hasta límites difíciles de superar; pasó por este mundo con señorío, tolerancia, generosidad y los momentos de dolor, que siempre los hay, bien guardados en su mochila. Un siglo exento de enemigos y sin generar odios o envidias hacia su persona. Un auténtico récord para quien todo lo hacía con clase, sencillez y cariño. Sin duda, criaturas como ella, ejemplo del ser humano en su verdadera extensión, no deberían abandonarnos jamás. Es un placer y un honor dedicar esta obra a su memoria.

*Tabla, tabla, señor capitán y maestro, y buena compañía;
tabla puesta, vianda presta;
agua usada para el señor capitán y maestro, y buena compañía.
¡Viva, viva el Rey de Castilla por mar y por tierra!
Quien le diere guerra, que le corten la cabeza;
quien no dijere amén, que no le den a beber.
Tabla en buena hora: quien no viniere, que no coma.*

Voz que daban los pajes, para anunciar las comidas a bordo de los galeones.

Prólogo

Ésta es, querido lector, la tercera obra de la serie Una Saga Marinera Española que llega a sus manos. Como pueden comprender, me reafirmo con alegre decisión en la idea planteada en un principio, de continuar este tipo de historia novelada en las diferentes generaciones de una familia entroncada en la Armada, de forma que pueda narrar, como obra de aventuras, los momentos más importantes de nuestra Historia Naval desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta la Guerra Civil sufrida en el XX. Pero también me mantengo en el empeño de conseguirlo sin que se haga necesaria la lectura de las obras anteriores para comprender cualquiera de ellas; que cada volumen conforme un mundo propio y particular, aunque se recuerden momentos vividos en las etapas precedentes. De todas formas, creo conveniente y necesario recordar en este prólogo, los principales momentos de los dos volúmenes anteriores y que el lector se haga una idea general de la colección.

En la obra inicial, La galera «Santa Bárbara», el primer personaje de la familia Leñanza y promotor de la saga, apodado Gigante, era un honrado joven castellano, que buscaba cumplir su escondido sueño de navegar por mares lejanos y conocer parajes desconocidos, como tantos españoles que engrandecieron de esta forma su patria.

Concedida la necesaria autorización paterna, abandona su humilde casa en Fuentelahiguera de Albatages, pequeño municipio de la provincia de Guadalajara, con el corazón henchido de esperanzas. Para su desgracia fue condenado, por interesada y falsa denuncia, a la pena más terrible a la que podía ser enviado un hombre en aquella época, seis años como forzado a galeras; a bogar encadenado en aquellos terribles buques de la Real Armada que tanta gloria y miseria encerraban entre sus cuadernas. Por fortuna, el pobre castellano encuentra un final feliz y puede regresar a su querido pueblo con una buena bolsa de doblones en el cinto, con la que le es posible crear una familia y engrandecer su hacienda.

En la segunda obra, el hijo de Francisco Leñanza, también apodado en su hogar como Gigante por sus recias hechuras y fornida musculatura, siente el mismo gusanillo de la aventura marinera que sufrió su progenitor a temprana edad. El padre consiente en sus deseos, aunque prepara un plan adecuado para que su querido vastago no llegue a sufrir las penalidades por él mismo padecidas. De esta forma, sorteando a generoso precio los vericuetos legales en la Corte, consigue que su hijo sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar un expediente de limpieza de sangre tan impecable como falso, unos manejos que se producían con frecuencia en aquellos años, para los que aportaban suficiente fortuna.

Gracias a los sabios manejos del padre, nuestro protagonista se convierte en el guardiamarina don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos, un noble personaje bien distinto al humilde joven que abandona su pueblo,

para recibir la necesaria instrucción y aprendizaje de caballero en la Corte.

En el mencionado volumen se narran las peripecias del guardiamarina en el Colegio Naval de Cartagena, los primeros contactos con la mar, su heroica actuación formando parte de las cañoneras del general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar, así como su cautiverio y libertad más propia de epopeya popular, tras apresar un bergantín inglés en el puerto africano de Tinsuf. Por tantas meritorias acciones, acompañado siempre de su inseparable amigo y compañero, el guardiamarina Pecas, un personaje que cobra especial relieve conforme transcurre la narración, recibe el ascenso al inmediato empleo de alférez de fragata, así como el título de Vizconde de Tarfí. También en esta obra toman marcado protagonismo sus apasionados amores por la hija de los duques de Montefrío, hermana del fiel compañero, que se ven recompensados con inmensa felicidad.

Y ahora abordamos el tercer volumen de la serie, que espero mantenga a los lectores enganchados a importantes retazos de nuestra Historia Naval, a la vez que interesados en los novelescos avatares de nuestro querido personaje, el alférez de fragata Francisco de Leñanza, Gigante para nosotros. En esta ocasión, el joven oficial embarcará en unidades de máximo riesgo y se encontrará presente en acciones bélicas de importancia, por lo que sufrirá duros momentos, en los que deberá demostrar su valor y osadía. No deben olvidar que esta obra arranca en el verano de 1782, cuando se mantiene una larga y sangrienta guerra contra la Gran Bretaña que ha entrado en su cuarto año. También conoceremos de sus amores con la idolatrada Cristina, así como las peripecias siempre singulares del simpático personajillo e incomparable amigo, Pecas.

Como expuse en el prólogo de la primera obra de la serie, pretendo exponer al lector, en forma amena y novelada, los momentos más notables de nuestra Historia Naval, esa parte tan importante y capital de la Historia de España, que forma un rincón desconocido en general para el español de a pie. Al mismo tiempo, continuo con la misión emprendida de dar a conocer esas palabras de nuestro riquísimo idioma, catalogadas como de etimología naval, que utilizaron nuestros hombres de mar a lo largo de los siglos. No debemos olvidar que aquellos navegantes recorrieron mares y territorios desconocidos hasta entonces, con lo que consiguieron esparcir nuestra cultura y nuestro idioma por los cinco continentes. Gracias a ellos, hemos sembrado con nuestras palabras accidentes geográficos por todo el mundo, a pesar del dominio posterior de otras potencias que intentaron, sin conseguirlo, restar importancia a todo aquel despliegue descubridor.

Espero, animado, que esta obra guste a los que se decidan a emprender su lectura. Les adelanto mi disposición a continuar con ilusión el empeño establecido, en especial por una importante y poderosa razón. Les aseguro que, en los muchos años que llevo dedicado a esta grata labor de escribir, nunca había disfrutado tanto como en los momentos en los que desarrollo estas historias de la mar, unas historias con las que realmente me identifico, un factor de la máxima importancia para el autor.

También, como amante de la Historia, me alegro de haber decidido mantener el máximo rigor posible, dentro de lo que la novelación permite. Si el tiempo disponible así me lo concede, espero y confío alcanzar el programa general de la serie que me he trazado, aunque les adelanto que es sumamente ambicioso.

Luis M. Delgado Bañón

1. Días de placer

Dice un refrán de nuestra tierra, sabio como todos, que lo bueno dura poco. Sin embargo, me he negado siempre a aceptar una aseveración tan negativa, en especial cuando lucía aquellos esplendorosos diecisiete años, edad que evoco con nostalgia al retomar estas páginas, en las que intento exponer los momentos más sobresalientes de mi vida.

Puedo asegurarles que, en aquellos días en los que el horizonte se cuajaba de cielos azules, y mis pensamientos se abrían con tanta esperanza como el crepúsculo del alba en la mar, no era posible aceptar la idea de que cualquier marejada gruesa viniese a conturbar esa intensa felicidad. Lo bueno debe durar mucho, me repetía con aquella ingenua visión de nuestro paso por el valle incierto, que solamente puede percibirse en los dulces momentos que vivía.

Llegábamos a la última semana de julio del año del señor de 1782, un mes abierto en calores, promesas y esperanzas. Continuaba mi convalecencia y reposición de fuerzas en la hacienda de Las Garitas del Marqués, donde los duques de Montefrío me agasajaban como a uno más de la familia, agradecidos sin medida porque hubiese salvado la vida de su único hijo, mi compañero y gran amigo Pecas. A ráfagas sentía cierta incomodidad, no sólo debido a que mi estancia se prolongara en demasía, sino al hecho de que mis amores por la única hija, Cristina, fuesen comidilla de dominio público. Esa situación me llevaba a soportar situaciones embarazosas, donde ese pudor y vergüenza que me atacaban desde la infancia, encendían mis mejillas con demasiada regularidad. Pero conseguía apartar estos sentimientos con facilidad.

Después de aquellos momentos vividos en la extraordinaria ceremonia que siempre guardaré en mis recuerdos, donde me colmaron de honores inesperados, el tiempo se deslizó a mi alrededor con la suavidad de las olas al acariciar las playas en los días de calma. Y les advierto que, aficionado al refranero castellano como verdad sin discusión, temía las llegadas de los vientos del norte, porque siempre tras la calma más dichosa aparecen cielos achubascados, unos pensamientos que me llevaban al desasosiego, aunque la felicidad brotara por todos los poros de mi cuerpo.

Creo que, en realidad, necesitaba un periodo de calma, algunas horas para analizar la furiosa cabalgada en que se había convertido mi vida en los últimos meses, desde que aquel día tan lejano y perdido en la nube de los recuerdos, abandonara Fuentelahiguera de Albatages, para arrumbar hacia un nuevo y desconocido destino. Ya les comenté que parece ser un condicionante de la vida en la Armada, el mantenerse en permanente revolución interior, una especie de zafarrancho de combate espiritual que te obliga a surcar los meses y los años como navío a un largo bajo viento frescachón. Ceñido a esa norma, no se suele disponer del necesario descanso anímico para comprender por qué mar o hacia qué puerto navega el buque de nuestra vida en realidad.

Una mañana en la que abordábamos los últimos días de julio, al despertar,

mientras mis pensamientos se regodeaban como siempre en el rostro de Cristina, me concedí un pequeño y necesario respiro. Por la ventana penetraba una intensa luz, como si el tiempo deseara amoldarse a mi estado general de ánimo en aquella incomparable hacienda, que siempre se mantendría unida a mi vida. Con cierta sorpresa, comprendí que tan sólo catorce meses atrás había salido de mi querido pueblo de Fuentelahiguera, para formarme como caballero en la Corte. Fueron momentos de duda y vacilación, con el permanente titubeo de ser capaz de cumplir con el camino que mi padre había sembrado para mí, con esfuerzo y sacrificio difícil de medir.

La figura de mi preceptor en el caserón situado en Vicálvaro, se dibujó en mi cerebro con detalle, aquel severo don Melchor de Estiarte al que odié en un principio, para acabar rendido ante su profesionalidad. Según sus propias palabras, consiguió formar un perfecto caballero de un garañón de pueblo en tiempo récord, aunque debió reconocer que el rucho gigante había puesto todo el empeño de su parte. Aquellos días concluyeron con la visita del imprescindible intermediario, don Gaspar de Fontellanos, que consiguió el fin perseguido: sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas.

Para conseguir tan inesperado y pronto nombramiento, don Gaspar había conseguido pergeñar el preceptivo expediente de limpieza de sangre, donde se demostraba la nobleza de mis cuatro apellidos, un conjunto de documentos tan falsos como el beso de Judas. Incluso me habían asignado como lugar de nacimiento una pequeña parroquia asturiana llamada San Juan de Berbio, en el concejo de Piona, que tan sólo conocía en el mapa donde se dibujaba en letra minúscula. Pero son muchos los caminos que puede abrir una buena bolsa de doblones, y el cortesano Fontellanos era aficionado sin medida a tal golosina. Aun así, debo reconocer su honestidad profesional, si es que podemos llamarla así en leal razón.

El último recuerdo que guardo de mi verdadera familia, aquella que entre unos y otros consiguieron borrar de mi existencia, era el cuadro mágico y doliente donde me mostraba ante ellos con el uniforme de guardiamarina en nuestra humilde vivienda, un estreno magnífico para un querido público, antes de partir hacia el Colegio Naval de Cartagena. Es imposible olvidar los rostros de asombro general, así como el orgullo que reflejaba la cara de mi padre, como si aquella imagen de su hijo significara el triunfo perseguido y definitivo de su vida. Es necesario recordar sus días como forzado en la galera Santa Bárbara, condenado por error a la más dura de las penas, para comprenderlo. No volví a verlos nunca más y me cuesta mantener sus imágenes en el cerebro, sin que se difuminen con el paso del tiempo.

La vida en la Escuela Naval de Cartagena, el viejo y húmedo caserón donde tracé mis primeros pasos marinos, también presentaba matices de placer y proyectos de futuro que jamás podía haber esperado. Disfruté con todas las actividades, duras algunas de ellas, donde también me apliqué con esfuerzo hasta conseguir el fin previsto. Aquellos días escolares me permitieron llegar a intimar con un compañero

que llegó a convertirse en mi gran amigo, el pequeño Santiago de Cisneros, el inolvidable Pecas, con quien había vivido dulces y dolorosos momentos a partir de entonces. Gracias a él y a su plan infantil sabiamente urdido, me había enamorado de su única hermana como un baboso colegial, lo que, después de todo, era la más pura realidad. Había sufrido el llamado mal de amores, aunque no lo estimo un mal en absoluto, al comprobar que Cristina me amaba con tanta pasión como sentía en mi corazón.

Imposible olvidar los últimos momentos en el centro cartagenero, cuando ambos nos presentamos al general Barceló como voluntarios, para marinar las cañoneras que atacaban la plaza británica de Gibraltar, en el denominado más tarde como Gran Sitio. Es posible que pueda considerarse como una locura juvenil, una peligrosa experiencia que, sin embargo, llevó aparejada la gloria y los más altos honores.

En aquel repaso que daba a mi vida, dulcemente engolfado entre los almohadones de miraguano de una cama amplia y endoselada, desfilaron las imágenes de los primeros días bajo el mando de ese personaje que debería figurar en las páginas más brillantes de la Historia de España, el jefe de escuadra don Antonio Barceló, el feroz hijo del gran Marte, como era denominado en algunas elegías. Este gran marino, de un valor inconmensurable y una humanidad arrolladora fue quien, después de todo, propició mi engrandecimiento como persona y oficial de la Armada.

Las actuaciones con las cañoneras de su invento en las nocturnadas contra la plaza inglesa, el ataque suicida contra los navíos ingleses, el cautiverio en el poblado africano y la toma del bergantín Hércules, eran páginas escritas en mi piel que hicieron posible el ascenso al empleo de alférez de fragata, la ansiada charretera, así como la Real concesión del vizcondado de Tarfí. También supuso el ascenso de Pecas, quien salvó su vida de milagro, gracias a los desvelos que le prodigué, a la sabiduría del fiel Setum y a mi idea de escapar tras abordar un buque inglés.

Tan sólo aquella terrible noticia, recibida del administrador don Alonso Sanromán en el mes de junio, en la que me comunicaba la muerte de toda mi familia en inesperada epidemia, formaba la negra nube que podía oscurecer el hermoso y diáfano paisaje. Pero la vida se encuentra fabricada con cuadernas de nuestra alma que, sin embargo, quedan desprendidas con el discurrir del tiempo, hasta formar imágenes borrosas que se destiñen del dolor. Llegué a pensar que hasta en la forma de su muerte, mis padres habían conseguido allanar el camino tan extraordinario y esperanzador que se abría en mi carrera como oficial de la Armada, un camino impensable pocos meses atrás.

En cuanto a los sentimientos amorosos, nada mejor podía esperar. La semana transcurrida desde la fiesta preparada en honor de los dos guardiamarinas de Barceló, la de la charretera y el vizcondado, no sería posible repetirla en el futuro, y así lo pensaba entonces, a esa edad en la que creemos en las más fantásticas posibilidades. Amaba con locura y así era correspondido en el primer y verdadero amor. ¿Qué más se puede desear en esta vida? Pobre hombre quien no haya conocido tal sentimiento,

que arrasa el alma de placer.

Los juegos, paseos y conversaciones con Cristina, aunque con la invariable presencia de la doña y las bromas de Pecas, presentaban la delicia del placer diario y continuado, un regalo de los dioses que debemos disfrutar segundo a segundo, para aferrarnos después a tan dulces recuerdos en los momentos malos, que también llegan sin remisión. Nos habíamos jurado amor eterno, una vida en común, aunque comprendía las exigencias familiares que aconsejaban una necesaria espera, para disponer del suficiente criterio que solamente la edad otorga.

Mis pensamientos, aquel recuento al que me obligaba sobre los últimos catorce meses que habían convertido a Francisco Leñanza, un joven del campo castellano apodado Gigante como su padre, en un noble guardiamarina ascendido y con un vizcondado en su persona, se vieron interrumpidos por la presencia de mi buen amigo Pecas. El mini-oficial, como lo denominaba cariñosamente, entraba en mis aposentos como huracán embravecido y una sempiterna sonrisa en la boca. No había variado mucho su aspecto desde que un año atrás lo observara por primera vez, aunque aquel niño orgulloso y engreído se transformase ante mis ojos en un hombre hecho y derecho, al que apreciaba como hermano.

—¿En la cama a estas horas, Gigante? Deben ser esos dulces amores correspondidos, los que consiguen cambiar tus inveteradas normas de caballero templario —sonreía con picardía, mientras revolvía mis ropas de acuerdo a su costumbre.

—No desordenes mis pertenencias, enano, o me veré obligado a destrozar tu noble rostro.

—Aquí el noble sois vos, señor vizconde, que todavía no heredé título paterno —realizó una pronunciada reverencia mientras reía—. Pero vayamos al grano, oficialillo. ¿Te apetece que visitemos la ciudad de Castellar de la Frontera? Creo que dispone de una robusta y antigua muralla, desde la que, como águila asomada en despeñadero, se disfrutan hermosas vistas de la plaza de Gibraltar, Ceuta, el estrecho que nos alzó a la gloria y gran parte del Mediterráneo. Hasta es posible que se divise el poblado de Tarfí, con el bajá malandrín en persona, asomado a su palacete. Todo ello, claro está, si la visibilidad lo permite, como es el caso de hoy, aunque el calor se haga insufrible. También es digna de verse la iglesia parroquial y la del Santo Cristo de la Almaraina, perteneciente al convento de los Mercedarios Descalzos. Pero no pongas esa cara, que Cristi nos acompañará y ha sido la promotora de tan original idea, aficionada como siempre a visitar iglesias viejas y piedras milenarias —tomó asiento en el borde de mi cama.

—Aunque no lo creas, daba un repaso a los últimos meses de mi vida, prácticamente desde que nos conocemos. ¿No te parece que todo se desarrolla a nuestro alrededor a demasiada velocidad? ¿No sientes un poco de vértigo al comprobar como desfilan los meses y las cambiantes situaciones, sin llegar a analizarlas el tiempo mínimo necesario?

—No sé. Pero no es malo ese procedimiento. En todo caso, es un vértigo placentero. Nos han ascendido al empleo de alférez de fragata, con sólo diez meses en el de guardiamarina, por méritos en combate. Todo un récord que, como recordarás, te había vaticinado en las primeras semanas de la Academia —guiñó un ojo en señal de complicidad—. No me importaría que esa velocidad que mencionas continúe un poco más, y nos veamos como alféreces de navío en algunos meses, cambiando de hombro la charretera^[1].

—No me refería a esa particularidad que, por cierto, veo muy por largo. No sufriremos duro cautiverio y oportunidad de bergantín enemigo a mano cada tres meses. Pero, hablando en serio, tengo la impresión de que los hechos caminan muy por delante de mis pensamientos y mi persona, lo que me produce cierta desazón. No sé cómo explicarlo.

—Pues esa velocidad no la aplicas a la necesaria conversación que has de mantener con mi padre, sobre ciertos amores que alargan tu rostro como percherón encelado —tomó el sombrero de mi uniforme, para comenzar a girarlo en su mano como disco de guiñol.

—¿Con tu padre? —Fingía sorpresa, aunque era consciente del significado de sus palabras.

—Vamos, amigo mío, no me vengas con esos cuentos a estas alturas, que no es sencillo mentir al gran Pecas. Nunca olvidas el más mínimo de los preceptos, aunque éste parece haberse atravesado en tu poderosa garganta. El señor duque de Montefrío y padre mío —utilizó la entonación cortesana que tan bien imitaba en forma burlona—, espera que el señor vizconde de Tarfí le explique con detalle las relaciones que desea mantener con su bella hija Cristina, y pida su mano como marcan las normas de conducta entre caballeros. Es posible que acceda a los deseos de su señoría, lo que no es bueno para mi querida hermana Cristi, a la que adoro sin medida.

—¿Pedir su mano? ¿No me dijiste que nos obligaría a la necesaria espera?

—Desde luego —Pecas volvió a la seriedad—. Aprobará vuestro romance y noviazgo en firme, pero os recomendará algunos años de espera para cimentar vuestro amor y que, de esa forma, seáis un poco más maduros.

—¿Años? ¿Por qué tanto tiempo? —No me atraía la idea de tan larga espera.

—Bueno, he dicho años pero pueden ser meses. No me hagas mucho caso porque tampoco soy un experto en la materia. Hay nobles que contraen matrimonio a tu edad, pero deberías esperar a cumplir los dieciocho, y hablo por boca del gran jefe, que ya sabes mi especialidad en cazar comentarios perdidos entre nuestros mayores.

—En ese caso —me dediqué a contar con los dedos—, faltan ocho meses solamente, unos 240 días más o menos. Hablaré con él, te lo prometo. Mañana será el día.

—Ha de ser hoy, merluzo. Mi padre sale mañana bien temprano para la Corte.

—De acuerdo, será esta tarde, si dispone de tiempo para mí. Por cierto —deseaba cambiar el tema de la conversación—, te veo mucho mejor de la pierna.

—Es cierto. La verdad es que casi me he repuesto por completo, aunque a veces sienta algún pinchazo al llevar a cabo un movimiento brusco. La cojera es muy ligera y difícil de advertir, aunque la aumente ante los jefes y damiselas para causar efecto de gravedad —volvió a reír con alegría—. No deben olvidar con demasiada rapidez que soy un glorioso herido en terrible cautiverio, y protagonista de jornada victoriosa poco después. Hay que mantener vivo el fuego, que los mortales pasan la página con facilidad.

—¿Llevas a cabo los ejercicios con la pierna herida?

—Tu querido secretario, ese negrazo de Setum, me persigue con sus masajes y ejercicios, aunque ya no siento dolor al flexionarla al límite.

—Ese negro te salvó la vida. Bueno, nos la salvó a todos, aunque intervino de forma decisiva en tu herida. No sé qué habría sido de nosotros, si no nos hubiese auxiliado en el cautiverio.

—Nada de eso, amigo mío —Pecas hablaba con gravedad por primera vez—. Setum es un hombre extraordinario y nos prestó una formidable ayuda, es cierto, pero tú me salvaste la pierna y la vida, como a todos los miembros de la dotación de la cañonera. Si hubieses muerto en el combate contra los ingleses, seguiríamos en el norte de África, tras haber sido vendidos como esclavos en algún zoco musulmán.

—A ti no te habrían comprado, con ese cuerpo escurrido y tan poca sesera.

—¿Cómo osas decir tal majadería? ¿Y mi cerebro? Una sola de mis ideas vale más que tus poderosos músculos.

—Bueno, eso es agua pasada y, como dices, se olvidará con rapidez. Por cierto, que se acaba mi permiso de convalecencia. Siento un poco de vergüenza al continuar aquí con vida tan regalada, mientras permanece la guerra contra el inglés. Me encuentro fuerte como un roble y no tengo que recuperar unas fuerzas de las que ya dispongo.

—Ese permiso te lo has ganado a pulso. No es poco el magnífico bergantín que has conseguido para la Real Armada. No creo que el jefe de escuadra don Antonio Barceló, con la especial estima que nos dispensa, te exija la inmediata presencia. Pero yo también me encuentro a punto. No creas que te dejaré marchar solo.

—Nada de eso, Pecas. Tu pierna todavía no se encuentra al cien por cien y es el objetivo fundamental. Las prisas pueden ser muy negativas y tienes una vida por delante. No sonrías que lo digo en serio. Debes reponerte del todo o presentarás un flaco servicio.

—Debo recuperarme con rapidez, porque se anuncian nuevas e importantes acciones.

—¿Acciones? ¿De qué acciones hablas? Seguro que ya has tenido conocimiento de alguna noticia sustanciosa por tus especiales conductos, y me la escondes.

—Te informaré con puntualidad, como siempre. El duque de Crillon está dispuesto a llevar a cabo un ataque definitivo contra Gibraltar. Desde que tomó el mando como nuevo caudillo de las fuerzas sitiadoras, ha desplegado una actividad

entusiasta, que contagia a sus más directos colaboradores. Según parece, para el asalto definitivo al Peñón se emplearán en acción simultánea las fuerzas de tierra acampadas en el istmo, la escuadra del teniente general Córdoba, reforzada con navíos aliados, y unas baterías flotantes inventadas por un francés. Todo está en marcha.

—Razón de más para que me presente en el Cuartel General de Algeciras a la mayor brevedad. Espero poder tomar parte en las acciones que has mencionado.

—Y yo también. Pero, por favor, primero habla con mi padre, disfruta de una semana más en compañía de la mujer amada y tu buen compañero, que llevó a feliz término esa maniobra amorosa, y ya veremos lo que decidimos después.

—Yo decidiré, enano.

—Harás lo que yo te diga, como siempre. ¿Qué habrías hecho hasta ahora sin el permanente auxilio de tu amigo Pecas? —Volvió a reír mientras golpeaba el cabezal de la cama—. Pero ya está bien de cháchara. Levanta ese cuerpo de orangután y bajemos a desayunar.

—De acuerdo.

Cuando Pecas abandonó la habitación, me encontraba nervioso y confuso. Sentía cierta aversión a la charla que debía mantener con el duque sobre el previsto compromiso con Cristina. En el fondo de mi ser, navegaba la idea de que no era más que un simple usurpador, que un garañón de pueblo se había infiltrado en la nobleza con malas artes, hasta el límite de solicitar la mano de la hija del secretario de Su Majestad. Rechacé esos pensamientos con rapidez, aunque permaneciera muy dentro un poso desazonador. Después de todo, me repetí una vez más, Cristina era la única persona que conocía la verdadera historia de mi vida desde el nacimiento, y ella había alabado mi persona y mi nobleza. Debía afrontar aquella entrevista con decisión y sin amilanarme una mota. Por otro lado, el duque se encontraba al tanto de nuestros amores y veía con buenos ojos aquella unión. Estos argumentos parecieron tranquilizarme.

Salté de la cama más animado. Todo se desarrollaría de acuerdo al plan previsto y en ello debía confiar. Pronto debería incorporarme al servicio bajo el mando del jefe de escuadra don Antonio Barceló, quien había conseguido retenerme bajo sus órdenes, en rápida respuesta a mi petición. Recordé las palabras de Pecas sobre las futuras acciones contra Gibraltar. Habría que tomar parte en ellas y expulsar a los ingleses de una vez por todas de aquel trozo de tierra española.

2. El duque de Montefrío

La conversación con el duque de Montefrío fue extremadamente afectuosa y familiar. Previa correspondiente petición en aquella misma mañana, me recibió en la imponente biblioteca que tan bien conocía, donde fui tratado con una cortesía y un cariño más propios de un padre hacia su hijo. También he de reconocer su imprescindible y necesario auxilio, cuando las palabras quedaban estancadas en mi garganta, como bala deformada en boca de cañón. Era mucha la prevención y timidez que abanicaban mi espíritu, un sentimiento entablado en el estómago que no deseo al peor enemigo.

Con sus primeras palabras, me ofreció su abierta comprensión, al mismo tiempo que declaraba sin ambages encontrarse al tanto de nuestros amores, lo que no era empresa difícil para cualquier persona en la casa, con sólo observar las tiernas miradas que nos dirigíamos Cristina y yo en todo momento y ocasión. Me aseguró que veía con buenos ojos aquella relación y futura unión familiar, un beneplácito que no se podía negar a quien tanto había hecho por la casa de Montefrío.

Tal y como había anunciado Pecas, ese pequeño y continuo guionista de mi amoroso caminar a quien pocos detalles escapaban, el duque recomendó mesura y templanza en nuestro noviazgo. Recuerdo sus palabras como si las escuchara en estos momentos, unas palabras que tan importante papel jugaron en mi futuro.

—Tan solo os pido, señor vizconde —desde que me concedieran el título nobiliario, me trataba de tal guisa en todo momento, lo que acentuaba el nerviosismo —, un poco de paciencia y comprensión, una cualidad la primera, que no suele ser arma habitual en la juventud. Todos hemos sufrido esa inquietud en nuestras carnes. Tanto mi hija Cristina como vos sois muy jóvenes, aunque el temple y espíritu que habéis demostrado con las armas sean propios de hombre bragado en las más duras experiencias. Pero os puedo asegurar que en los lances del amor, las prisas son las peores compañías que se pueden abrigar.

—Haré siempre lo que me recomendéis, señor.

—Esperemos a que cumpláis los dieciocho años y ése será el momento de reanudar esta conversación. Pero no dudéis ni temáis un solo minuto, porque estoy convencido que mi hija nunca podrá encontrar mejores brazos que los vuestros. Os considero prometido con Cristina a todos los efectos, y así se lo comunicaré a ella, para que mantenga las convenciones que al caso se ajustan. No os ofrezco la posibilidad de visitarla, como suele ser el procedimiento habitual, porque esta casa y todas las moradas de los Montefrío se encuentran abiertas a vos de par en par y por siempre, como uno más de la familia.

—Os agradezco mucho vuestras palabras, señor, y no creáis que se trata de una frase protocolaria —me mantenía en tensa situación, incómodo ante lo que parecía convertirse en un sentido monólogo, en el que prefería ser sujeto pasivo.

—Además, la guerra con la Gran Bretaña debe acabar cuanto antes, que no son

soportables para el pueblo y la Real Hacienda litigios tan largos. Y lo digo por los posibles peligros que acechan a los hombres de armas en dicha situación, como es vuestro caso. Esperemos que sea posible recuperar la plaza de Gibraltar y presentarnos así, una vez recuperada la isla de Menorca, con más triunfos en la mano, para el momento de las conversaciones finales que no deben tardar. Como os decía, el año que viene podremos entrar en detalles más concretos sobre vuestras aspiraciones personales y familiares, así como las obligaciones que me competen en el caso.

Durante el resto de la conversación, que se mantuvo con la misma cordialidad y como si dirigiera sus palabras al hijo más querido, se dedicó a entrever mi futuro personal, así como ofrecer posibles recomendaciones para mi carrera. Fue entonces cuando le mencioné la decisión firmemente tomada por mi parte, de continuar bajo las órdenes del jefe de escuadra Barceló. Fue el único momento en el que intuí cierta sombra en su rostro.

—Comprendo vuestra admiración por don Antonio Barceló, y podéis estar seguro que soy el primer admirador de su aguerrido valor y sabia dirección del combate naval. Se trata de un hombre nacido, sin duda, para la guerra en el mar. Incluso el duque de Crillon ha confiado en su persona, a pesar de llegar al campo de batalla prevenido en su contra.

—¿Prevenido en su contra? —Me sorprendió aquella salida, como si se tratara de cuestión imposible no caer rendido ante la personalidad del bravo marino mallorquín —. No comprendo vuestras palabras.

—Bueno, es fácil que os cueste comprender algunos aspectos de la política militar que tanto afectan a la general de la guerra —me ofreció una sonrisa paternal—. Cuando Su Majestad decidió que el duque de Crillon, tras el éxito en la campaña de Menorca, recabase el mando absoluto del campo sitiador en la bahía de Algeciras, éste mantuvo importantes conversaciones con el conde de Floridablanca que, como sabéis, lleva las riendas del estado con energía y acierto. Nuestro genial político le hizo entrega de una instrucción reservada, fechada el 10 de junio del presente año. Y conste con claridad, que no debe salir la información que os transmito de estas cuatro paredes, ya que tuve conocimiento de tal escrito por mi posición como secretario privado de Su Majestad.

—Podéis estar seguro de que mantendré la discreción más absoluta, señor —sentía un rumor inquietante en mi interior que no dejé traslucir.

—En dicha instrucción, Floridablanca le habla al duque de la situación general, de los diferentes jefes militares, así como de su elección o posible relevo. Por desgracia, el campo sitiador de San Roque, como en todos los ejércitos y aun todos los pueblos y países del mundo, está lleno de partidos, de intereses encontrados, de ambición, de envidia y otras pasiones..., y, por tanto, no atendiendo a lo pasado, deben aprovecharse los yerros y evitar caer en los mismos u otros mayores. Entre la Marina y el Ejército hay oposición y grande emulación. Aunque la Marina española no ha sido hasta ahora muy afortunada, conviene no disgustarla ni acabarla de

desacreditar, pues bastante descrédito y clamores hay ya contra ella. Sin este cuerpo no puede llevarse adelante la empresa de reconquistar Gibraltar con esperanza de buen éxito, y así, aunque sólo fuese por necesidad, es menester contemporizar y aun ganar el corazón de los marinos. Estas últimas palabras, con escasas variaciones ya que gozo de excelente memoria, son las impresas por Floridablanca en su instrucción al duque. Sé de vuestro amor por la Armada, pero las últimas actuaciones en este escenario marítimo no han sido muy..., muy populares.

—Y qué tienen que ver esas recomendaciones con la figura de don Antonio Barceló, si me permitís la pregunta, señor. Esas acciones poco populares de las que habláis, con acertado análisis, no afectan precisamente al valeroso general —me sentía azorado y nervioso, aunque expresé las palabras con acentuada cortesía.

—Estoy de acuerdo con vuestras palabras, pero debéis comprender que la política no siempre se conduce por los caminos derechos. El señor duque de Crillon ha tomado el mando y debe escoger a los jefes de los diferentes cuerpos para el asalto definitivo, cuyos preparativos han dado comienzo con su sola presencia. En cuanto a Barceló, muchos opinan que puede ser útil para la ejecución de todo lo concerniente a la operación de las baterías flotantes y uso de las barcas cañoneras y bombarderas de las que él mismo ha sido inventor. Sin embargo, otros pretenden que, aunque este general sea hombre de gran valor y bizarría, su edad, sus achaques y, sobre todo, su sordera, le impiden tener el mando de cualquier cosa que abrace muchas operaciones o muchos ramos. Y todo eso sin contar con sus trazas personales, modales y lenguaje, que lo alejan de la planta que debe presentar todo buen general.

Dejó las últimas palabras en el aire, como si esperase una respuesta de mi parte. Conseguí calmar el ánimo y continuar atento a sus palabras en silencio, sin intervenir.

—Vuestro admirado jefe de escuadra cuenta con no pocos enemigos entre los generales de mar y tierra, lo que debéis saber si habéis agudizado el oído. Como ejemplo, os puedo declarar, también de forma reservada, la definición que del mismo llevó a cabo el conde de Fernán Núñez en mi presencia, así como de otros compañeros de armas: Aunque excelente corsario, Barceló no tiene ni puede tener, por su educación, las cualidades de un general.

No sé si ofrecí un ligero respingo, pero aquellas palabras sonaron en mis oídos como latigazo en costillar abierto. No podía comprender que por razones de protocolo y presencia cortesana, se pudiese desplazar del mando a quien lo merecía desde cualquier punto de vista.

—Creo, señor, que el general Barceló ha demostrado más de cien veces, que se debe contar con él en cualquier empresa marítima de importancia. Por el contrario, otros jefes de la Armada de renombrada prosapia, han dejado muy a la vista en esta contienda con Inglaterra, no encontrarse a la altura que de ellos se esperaba. En cuanto a su sordera, es indudable que hay que elevar la voz ante su presencia, lo sé por experiencia, pero no le ha impedido mandar las fuerzas del bloqueo hasta el momento con extraordinaria brillantez y arrojo personal.

—Comprendo la admiración que sentís por vuestro querido jefe, la misma que apasiona a mi hijo Santiago, lo que es positivo para el desempeño de las armas. Crillon se encuentra procediendo a charlar con los diferentes generales del Campo, y ya veremos a qué decisión llega. Pero no toméis a mal mis palabras, que no son de mi cosecha sino una repetición de las dirigidas por Floridablanca al nuevo caudillo. Me preocupa vuestro futuro, querido vizconde, que correrá tan aparejado al de mi hija Cristina, a la que quiero con ternura desmedida. Y no sé si sería más conveniente para vuestra carrera, conseguir un puesto en la Dirección General de la Armada, donde dispongo de excelentes amigos, u otro escenario bélico más..., digamos que más acomodado.

—Los honores ganados hasta la fecha no se debieron a trabajos de despacho, señor —intenté serenar los pensamientos que bullían a la brava en mi cerebro. Como por arte de magia, desaparecieron los nervios que me atenazaban, hasta sentirme capaz de afrontar el destino con libertad—. Lo siento, señor, pero he dado mi palabra a don Antonio Barceló para continuar bajo sus órdenes, y debo cumplirla, como norma de todo caballero —intentaba demostrar firmeza, sin separarme de la familiaridad y el cariño que me concedían.

—Lo comprendo y aplaudo —pareció cambiar el derrotero con rapidez—. Bueno, llegada la paz con Inglaterra, que la estimo cercana, hablaremos de su futuro. ¿Cuándo cumplís los dieciocho años?

—El 27 de marzo del próximo año.

—Son pocos meses. No saben los jóvenes la rapidez a la que vuela el tiempo. Démonos ese plazo, que no es largo, antes de entrar en conversaciones más concretas. Pero no dudéis que os atisbo un prometedor futuro en la Armada y al lado de Cristina, hasta convertirlos en el hijo que como tal considero en esta casa.

Mis sentimientos se removían en batida confusión, sin saber a ciencia cierta lo que debía hacer o afirmar. Recibía soplos de placer por algunas palabras, así como ira contenida por otras, lo que me obligaba a mirar al suelo a veces en penoso desconcierto. Me salí por la tangente, en un intento de finalizar la charla que se alargaba en exceso.

—Por último, quisiera pedirlos dos favores, si es posible, señor.

—Por supuesto. Ya os he dicho repetidas veces, que mi puerta, mis consejos y mi corazón se encontrarán siempre abiertos para vos.

—En primer lugar, debo solicitar vuestro permiso para exponer a Cristina nuestra conversación, si así lo estimáis oportuno. Me refiero, solamente, a los aspectos que a ella afectan, desde luego. Por otra parte, deseo recabar el permiso de Su Majestad para escoger directamente las armas que deben ilustrar la parte de mi blasón, como vizconde de Tarfí —esta última cuestión me había sido recomendada con machacona repetición por Pecas, experto en la vida noble y cortesana.

—Podéis dar por concedidas ambas pretensiones —volvió a abrirse en espaciada sonrisa—. En cuanto a la conversación con Cristina, os concedo libertad absoluta.

Comprendo que disfruten en realizar planes de futuro, como cualquier pareja de enamorados, dentro de los límites que imponen la etiqueta y la razón.

Me sentí azorado ante el aspecto nombrado, por ignorar a qué se refería con exactitud en su última frase. Pero le dejé continuar sin intervenir.

—En cuanto a la libre elección y composición del blasón o armería de vuestra casa, recompuesta con el vizcondado de Tarfí, así como sus motes, lemas, leyendas y divisas, pasaré la oportuna petición por el conducto reglamentario, como es norma habitual. Podéis estar seguro que será vista de buen grado por Su Majestad. No olvidéis que, como responsable de la secretaría personal de nuestro Señor don Carlos III, que Dios guarde muchos años, es ése uno de los asuntos que me incumben.

—Muchas gracias, señor.

—Y calmad las ansias de Cristina, tan impaciente y apasionada como ya lo era su madre a esa edad —esta vez su sonrisa se abrió con más confianza—. Todo llegará en su momento, por el bien de los dos y la familia que deberán formar.

—Cumpliré sus recomendaciones al punto, señor. Podéis estar seguro.

—Lo estoy, hijo mío, lo estoy.

De esta forma, con aquel final tan afectuoso y familiar, me acompañó hasta la puerta de la biblioteca, mientras me tomaba por el hombro con verdadero cariño. Abandoné la sala y llegué al jardín, donde pude respirar en libertad, un aire que necesitaba como agua de mayo.

Pueden estar seguros que mi corazón bailaba alocado tras aquella entrevista que había demorado por propia voluntad, temeroso de la incertidumbre y cohibido por la vergüenza a la que tan propenso he sido. En cuanto a mis amores con Cristina, debía sentirme feliz y contento, ya que nuestro compromiso quedaba establecido, aun con la necesaria espera que era normal y ajustada a la situación. Sin embargo, he de reconocer que en el fondo de mi alma, aunque sea de forma injusta, un duende me avisaba en persistente ronroneo que no se encontraba el camino cubierto de rosas en toda su longitud. En mi fuero interno, y debido a ese complejo que se convirtió en compañía permanente desde que salí de Fuentelahiguera y me incorporé a una nueva vida, esa voz insistía en que el compromiso establecido no conformaba la total felicidad del duque.

Por mi parte, encontraba comprensible que el padre de Pecas se hubiese visto forzado a aceptar los amores de su hija conmigo, porque los acontecimientos de los últimos meses le obligaban desde cualquier consideración. No era posible negarse a quien tanto había beneficiado a su casa. Pero también era fácil comprender que quien debía convertirse en mi nuevo padre, hubiese albergado fundadas esperanzas de que su única hija casara con mejor partido, con algún grande de España o príncipe de lejana estirpe, dada la posición que lucía en la Corte, así como la innegable categoría de su propia casa. Estos pensamientos me inquietaban, aunque intentara apartarlos como impenitente moscón, para poder respirar la felicidad de unos momentos que no merecían otra cosa.

En cuanto a los comentarios vertidos sobre mi idolatrado jefe, debo reconocer que tuve que serenar el espíritu y apretar los puños para no expresar mi opinión sincera y saltar en su defensa, un aspecto que me desazonaba, como si hubiese traicionado la confianza que aquel hombre valeroso había depositado en mí. ¿Cómo podían ser tan ciegos algunos cortesanos? ¿No comprendían que Barceló era el jefe con más valor de los que formaban los cuadros de la Armada, una cualidad que, como se comentaba en corrillos, no sobraba en nuestro cuerpo? De forma automática, acudieron a mi mente aquellas estrofas que cantaba la voz popular, tan sabias las más de las veces, al decir:

*Si el Rey de España tuviera
cuatro como Barceló,
Gibraltar fuera de España
que de los ingleses no*

En cuanto a la recomendación de otros destinos más adecuados para mi carrera, no estaba dispuesto a aceptarlos en forma alguna, ni a consentir que mi futuro suegro guiase los pasos que debía recorrer en la Armada a su antojo. Comprendía que eran buenos deseos los que guiaban al duque, al declararme aquellas intenciones, que buscaban la felicidad y tranquilidad de su hija, pero no pasaría por esa arcada tan estrecha que podía ahogar mi propia vida. Sin embargo, debía utilizar la necesaria discreción y mano izquierda, para no molestar o defraudar a quien debía concederme el más preciado de los tesoros.

Me mantenía en estos alegres, turbios y desazonadores pensamientos, que esa mezcla existe por rara que parezca, cuando una dulce voz llegó en mi auxilio.

—¿Qué pensáis, Gigante? ¿Habéis hablado con mi padre? —Cuando esbozó esta última pregunta, apareció una sombra de temor en su boca—. No me gusta ese gesto preocupado que lucís ante mis ojos. ¿Qué os inquieta?

Era Cristina, bellísima como siempre y con aquella sonrisa prendida en su rostro, que era capaz de derribar cualquier triste pensamiento. En aquellos días, parecía querer rememorar nuestros primeros encuentros en la hacienda Santa Rosalía, cuando mi corazón se rindió bajo su hechizo en la primera mirada. Creo que por esa razón vestía trajes blancos y cremas de amplios vuelos, y el mismo tocado juvenil que tan hermosos recuerdos traía a mi memoria.

Para los que no lo recuerden, he de declarar con inmenso orgullo que María Cristina era una joven, mujer diría yo, de regular tamaño, piel muy blanca y delgada de carnes. Llamaba la atención a primera vista su estrecha cintura, que podía rodear con mis manos abiertas sin esfuerzo aparente. Pero, por encima de todo, destacaba su cara, ligeramente pecosa, con unos ojos azules del color de la aguamarina, una codiciada piedra que más tarde encontré en nuestras provincias americanas. El conjunto de su rostro quedaba enmarcado por una melena rubia y dorada, casi blanca,

que recogía en un pequeño taleguito, aunque dejaba una porción sobrante para formar dos pequeños tufos, enrollados a ambos lados de su cabeza y adornados normalmente con cintas de colores.

Se trataba de la mujer más hermosa que podía caber en la creación y su sola presencia, su voz o la simple observación de su rostro me llevaban en gloriosa cabalgada hasta el séptimo de los cielos. ¡Qué magníficas e inolvidables sensaciones produce el primer y verdadero amor! No sabe lo que ha perdido, quien no llega a disfrutar de emociones como las que les expongo.

—Creo que en vez de preocupación, debería mostrar una felicidad arrolladora.

—¿Acaso formo parte de esa felicidad? —Volvió su escondida sonrisa, con ese especial y burlón mohín que dibujaba sendos hoyuelos en sus mejillas.

—No solo formáis parte sino que sois la estructura misma del edificio. Os amo con locura, Cristina, y lo sabéis bien.

—También vos sabéis que os amo, Gigante. Pero no debéis olvidar que soy tan curiosa o más que mi hermano Pecas, y me gustaría conocer con detalle la conversación que habéis mantenido con mi padre. Pero debo admitir —bajó el tono de su voz—, que a pesar de la reconvención materna, me cuesta hablaros con tanta cortesía, cuando aún recuerdo los momentos en los que nos concedimos el tuteo en aquella inolvidable noche.

—Esa faceta no cambiará nuestros sentimientos. Su madre tendrá razón, como todas. Ya nos llegará el momento.

—Pues por mi parte, pienso saltarme la norma recibida cuando lo crea oportuno.

Habíamos caminado para adentrarnos en los parterres de rosales, que dibujaban elipses enlazadas en la parte oriental del jardín. Cristina rozó una de mis manos, mientras encendía más su sonrisa.

—Contadme ya la entrevista, por favor. ¿Qué os dijo mi padre?

—El señor duque de Montefrío, señora —imitaba a su hermano en la entonación burlesca—, está de acuerdo con las intenciones del vizconde de Tarfí...

—Dejad ese tono o me enfadaré. Por favor, Gigante —volvió el suave roce de su mano contra la mía, una acción que conseguía erizar mi piel de placer—, no seáis malo y contádmelo todo, desde la primera palabra hasta la última. Y sin olvidar los detalles accesorios que tanto importan, como el talante, la entonación, los gestos y aquello que ofrezca un mínimo significado.

—De acuerdo.

Siguiendo sus deseos, le narré con detalle la conversación mantenida con el padre, omitiendo aquella información que había prometido guardaren clausura. Conforme desgranaba las palabras recibidas, su rostro se abría en una esplendorosa sonrisa, con lo que me era posible observar su perfecta dentadura, blanca como la nieve, en contraste con sus labios rojos que deseaba rozar una vez más. Por fin, acercó su cuerpo al mío, tras comprobar que nadie fisgaba a nuestro alrededor.

—¿Ocho meses habéis dicho? Eso debe ser..., unos trescientos días.

—Nada de eso, amor mío —esta vez fui yo quien forzó el contacto de nuestras manos—. Solamente serán 240 noches sin ti.

Creo que debí pasarme de la raya con el último comentario, porque las mejillas de Cristina se arrebolaron con el color de las nubes cuando son atravesadas por el sol en el crepúsculo. Pero se repuso con rapidez.

—Podíais haber nacido un poco antes y así sería la espera más corta —otra vez el gesto travieso, demasiado cerca de mí.

—Me parece que es difícil remediar ese problema, por el que os pido perdón, mi amor. Si pudiera, cumpliría los dieciocho mañana, para poder casarme con vos cuento antes. Puedo asegurar que existe un error en mi partida bautismal y acelerar la maniobra.

—No seáis tonto —volvió a ofrecer una sonrisa que me ahogaba de placer—. Me hacéis muy feliz con vuestras palabras, Gigante, y sabré esperar esos meses, hasta ser vuestra mujer.

—Bueno, vuestro padre me dijo, exactamente, que cuando cumpla los dieciocho años hablaríamos con más concreción.

—Dos y dos suman cuatro, ¿no? De cañones y táctica naval seréis muy diestro, pero de la vida no tanto. ¿Desconfiáis acaso de la palabra de...?

—No, por Dios —alegué con rapidez y firmeza—. Como decís, soy un novato en estas lides y no sé el correcto significado de esas palabras.

—También yo me reconozco novata en esa materia, porque sois mi primer y único amor. Pero sé las normas al uso. Las palabras de mi padre significan que dentro de esos 240 días que faltan, concretaremos nuestra boda. Pero deberán hablar de nuevo con seriedad para concretar los detalles de mi dote, de las...

—No me preocupa la dote ni esas historias, Cristina. Os amo a vos y sólo eso quiero.

—Yo también os quiero con pasión, mi amor, pero no debemos despreciar lo que nos corresponde. Bueno, hablemos de otras cosas más alegres, para celebrar nuestro compromiso. Me gusta esa palabra. Cristina de Cisneros y Ruiz de Espinosa, comprometida con el alférez de navío vizconde de Tarfí, alias Gigante. La verdad es que mamá tiene razón y pega poco el apodo con el título, pero a mí me gusta. Dice que ya no sois guardiamarina y debo llamaros Francisco. Pero para mí siempre seréis Gigante.

—Y así me gusta que me llaméis. Por cierto que deberé regalaros algo muy especial por nuestro compromiso.

—Ya lo hicisteis —Cristina dirigió la mirada hacia la sortija de la turquesa, que le regalara en la noche más feliz de mi vida—. Ésta será siempre mi alhaja favorita y la que representa nuestro compromiso por toda la eternidad. No necesitáis ofrecerme nada más, salvo vuestro amor.

—Os quiero mucho, Cristi, y se rompe mi corazón al pensar en separarnos.

—¿Separarnos? —La semblanza del terror se estableció en sus ojos—. ¿Por qué

decís eso?

—La semana próxima deberé reincorporarme a mi puesto con el general Barceló. La guerra contra Inglaterra sigue su curso y debo afrontar mis obligaciones. Demasiado tiempo de holganza me he otorgado porque, como es fácil de comprender con una simple mirada, me he restablecido con rapidez.

Cristina parecía no haberse recuperado de la noticia, aunque fuese consciente de que deberíamos separarnos con cierta prontitud.

—Aún no estáis repuesto. Se os notan magras las carnes y el rostro pálido. ¿Por qué no continuáis unas semanas más en Las Garitas, a mi lado? —Ahora parecía expresar una súplica.

—Sabéis que eso no es posible.

—Pero, según he escuchado a los amigos de mi padre, la paz con Inglaterra no puede demorarse mucho tiempo.

—Eso dicen pero, de momento, seguimos con los ataques a Gibraltar y guerra en otros frentes americanos. Debemos llegar a las conversaciones con esa plaza en nuestras manos, o los franceses conducirán el juego para que siga en poder de los britanos.

—¿Los franceses? ¿No son nuestros más firmes aliados? —Parecía sorprendida.

—Nuestros amigos del norte van a lo suyo, como siempre. El general Barceló, que sabe mucho de esos temas y confía poco en los aliados, es de la opinión que mientras ese trozo de tierra española siga en manos inglesas, los franceses dispondrán de razón suficiente para forzarnos cuando quieran a una nueva guerra contra ellos. Eso lo saben y lo utilizarán como en otras ocasiones.

—¡Vaya gentuza! ¿Cómo podemos ser aliados de esa chusma? ¡Guerras y más guerras! Aunque no lo viví, echo de menos el pacífico reinado de nuestro Rey don Fernando el sexto. Y que no me oiga mi padre hablar de estas cuestiones.

—Ni a mí sobre los franceses.

Se hizo el silencio durante unos largos segundos, mientras nos mirábamos de cerca con arrebatado amor. Cristina habló en un suave susurro.

—¿De verdad habéis de partir?

—La guerra es mi profesión, amor mío. Pero no temáis que nada me ocurrirá.

—¿Volveréis a salir en esas lanchas minúsculas, para bombardear la plaza gibraltareña? ¿No podéis quedar encuadrado en otro puesto menos peligroso? Arriesgasteis y padecisteis suficiente en los últimos meses.

—Haré lo que me ordene mi general. Cristi —tomé su mano con firmeza—, soy un miembro de la Armada y debo acudir donde me llamen.

—Pero no escoger los puestos más peligrosos. Os conozco bien y estoy segura que os lanzaréis contra el inglés a pecho descubierto si es necesario. Que lo hagan otros.

Reí ante aquellas palabras apasionadas que expresaba con tal convicción. Ahora parecía enfadada con ella misma.

—¿Cuándo deberéis marchar? —Temblaban sus labios al formular la pregunta.

—La semana próxima. Disponemos de siete días que hemos de aprovechar.

—Y seguro que Pecas seguirá vuestros pasos.

—Quiere incorporarse conmigo pero no lo consentiré. Debe reponerse del todo antes de volver al servicio.

—Por favor, Gigante, amor mío, sed prudente. No quiero perderos.

—No me perderéis, Cristi, os lo prometo. Ni mil buques ingleses impedirán que vuelva a vos.

Nuestras caras se encontraban a corta distancia. Podía respirar ese perfume tan especial que recordaba con el paso del tiempo y me hacía flotar en el aire como una cometa de feria. Elevaba mi mano para acariciar su mejilla, cuando la voz de doña Sol se escuchó en las cercanías. Como tantas otras veces, odié a la doña con todas mis fuerzas, aunque no lo mereciera la buena mujer. Pero era cierto lo que había asegurado y volvería a Cristi una y otra vez hasta convertirla en mi mujer.

3. Triste despedida

Aunque tanto Cristina como yo intentamos olvidar que mi marcha se encontraba a la vuelta de la esquina, y disfrutar del presente con todas nuestras fuerzas, era cuestión casi imposible. Conforme se acercaba el momento de la despedida, es fácil comprender que nuestros sentimientos se preñaran de esa tristeza y desesperación, tan propias en los jóvenes que han de separarse de sus personas más queridas. Cómo sufre el corazón enamorado, cuando comprende que ha de alejarse del ser que considera una parte de sí mismo, cuando el oro se destiñe de su brillo y el incomparable azul de la mar se convierte en el negro más oscuro. Les aseguro que en esos tristes momentos, parece desplomarse el telón de nuestra vida, se pierden las imágenes de palpitación eterna y la armonía diaria se diluye como la sal en el agua.

La última noche que pasé en Las Garitas del Marqués, dormí mal, inquieto y desasosegado, inequívoco signo de que nada bueno se aventuraba por la proa de mi vida, ante un detalle tan inusual en mi conducta. Cuando aquella última mañana el fiel Setum entró en el dormitorio, negros nubarrones de tristeza inundaban mi cabeza.

—Buenos días, señor. Aunque sé que no le agrada la idea, debo recordarle que es preciso preparar su equipaje.

Setum sabía de mi estado de ánimo sin necesidad de pronunciar palabra alguna. Aunque se tratara de un hombre sin formación académica ni elemental, nacido en las vastas regiones al sur del Nilo, era de inteligencia y sagacidad desacostumbrada, así como poseedor de una pasmosa facilidad para aprender lenguas, oficios y todo lo que fuera menester. Pero, por encima de todo, se trataba de un ser con una fidelidad hacia mi persona que rayaba en la locura, por mucho que fuese yo, en la más pura realidad, quien debiera estarle agradecido durante toda la vida.

Había sido Setum, con su sabia mediación, consejos y ayuda, la persona que, estoy seguro, debió enviarnos desde el cielo algún ser querido, para conseguir la libertad del cautiverio moro de Tarfí. También desempeñó un papel imprescindible en la necesaria curación de la pierna de Pecas, quién nunca podría olvidar aquella escalofriante intervención con daga al rojo vivo, cuando ya dábamos muy poco por su supervivencia. Hombre sin patria ni familia, se había endosado a mi vida con ilusión y esperanza. Todavía recuerdo sus humildes ofrecimientos para convertirse en mi esclavo, aquel día de nuestra llegada victoriosa a Algeciras, una propuesta que rechacé de plano y con energía. Desde entonces figuraba como hombre libre y en funciones de secretario particular a mi servicio, aunque en realidad llevaba a cabo trabajos de persona de confianza, criado, consejero, médico y toda labor necesaria que pudiera presentarse, con una entrega digna de impagable consideración.

—Setum, amigo mío, he dormido poco y mal. Me encuentro como si hubiese recibido una paliza en una trifulca de madrugada.

De acuerdo con su inveterada costumbre, dirigía la mirada en dirección oblicua cuando debía comunicarme alguna observación que, en su opinión, no debía ser de mi

agrado.

—No hay que ser muy observador para llegar a esa conclusión. Tiene mala cara y pronunciadas ojeras. Pero no debe preocuparse en exceso, que volverá a encontrarse con la señorita Cristina, en cuanto la situación lo permita. Tiene toda una vida por delante.

—¿Eres brujo? ¿Por qué eres capaz de adivinar mis pensamientos con tal exactitud? —No pude evitar una sonrisa, mientras Setum comenzaba a extender los bagajes sobre una gran mesa.

—Hasta el último palafranero de esta casa, se encontrará al corriente de sus tribulaciones sentimentales. Setum es negro y africano, pero no ciego ni tonto —ésta era una de sus frases preferidas, que radiaba con una amplia sonrisa en su boca—. ¿Ha previsto el señor vizconde, el necesario carruaje para nuestro traslado?

—El señor duque ha puesto un carruaje de su casa a mi servicio. Pero, por favor, ya te dije que no utilices tantos remilgos y formalidades para dirigirte a mí, cuando nos encontremos a solas. ¿No recuerdas cuando me llamabas cristiano a secas, allá en el cautiverio de Tarfí?

—Todo ser humano debe saber cual es su sitio en cada momento de la vida. Le agradezco su confianza, pero ese infame cautiverio llegó a su final —el tono que utilizaba era de severa reconvención—. Por cierto, señor, que me preocupa cierta cuestión...

—Habla sin miedo.

—No quisiera molestarle en estas horas de tribulación que vive. Pero me pregunto si, una vez incorporado a su puesto en Algeciras, será posible que continúe a su servicio. Quiero decir que ahora que se reincorpora a la milicia, es posible que piense que no necesita...

—Pot favor, Setum —corté su triste manifiesto con un gesto de mi mano—. No soy hombre que olvide sus promesas y así deberías reconocerlo. Tal y como te aseguré a bordo del bergantín Hércules, siempre estarás a mi lado y me ocuparé de ti. Incluso en el caso de que sufra algún accidente en combate, don Santiago sabe de mi preocupación por tu persona. Así que no digas majaderías y prepara el equipaje. Pretendo iniciar el viaje hacia la bahía antes de que el sol alcance la meridiana.

—¿No almorzará con la familia Montefrío?

—No quiero llegar demasiado tarde a mi destino. Aprovecharé estas primeras horas para llevar a cabo las despedidas de rigor. Tomaremos algún bocado durante el trayecto, así que ya puedes agenciar una canasta en la cocina.

—Lo comprendo —bajó su cabeza en señal de pesadumbre.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Que intente atajar la herida con rapidez. Sé que el señor sufre con las despedidas y es mejor atacar los males cuanto antes.

Sonreí al escuchar aquellas palabras que tanta sabiduría encerraban. Mientras Setum continuaba con su trabajo en silencio, mis pensamientos volvieron al mismo

tema. Debía sentirme feliz, mil razones obligaban a ello y, sin embargo, no lo conseguía. Era ya todo un alférez de fragata, un oficial enlistado en los cuadros regulares de la Armada, no debía volver a la academia y, por último, me encontraría a las órdenes directas del marino más admirable de aquella época. Sin embargo, el rostro de Cristina se aparecía con extrema nitidez en mi cerebro en cuanto cerraba los ojos. ¿Qué sería de mi próximo futuro? La guerra continuaba y las situaciones de peligro se repetirían sin duda. Y no crean que temía el dolor o la muerte en combate, sino el hecho de no volver al lado de la persona que tanto amaba.

Acabé de vestirme y bajé al comedor con los pensamientos revueltos en confusa marejada. No disfrutaba del diario apetito, por lo que tomé un vaso de leche y unos higadillos aderezados. Debía encontrarse mi mente en una lejana esfera, porque no escuché la llegada de Pecas, tan ruidosa como siempre. En esta ocasión, para que la situación se presentara de absoluta anormalidad, también él lucía un rostro cariacontecido, sin su habitual alegría.

—¿Es verdad que marchas antes del almuerzo?

—Sí. Es mucho mejor. No quiero...

—Lo comprendo —alzó una de sus manos para atajar mis excusas. Se movió inquieto alrededor de la mesa, antes de continuar—. No sé qué harás sin mí —intentó una sonrisa que quedó a medio camino—. Debería acompañarte.

—Sabes que no es posible. Aún te quedan unas semanas de restablecimiento.

—Me encuentro perfectamente. Os empeñáis en negar la evidencia. Mira.

Estiró su pierna hacia arriba y abajo con fuerza, en un intento de demostrar su total recuperación. Sin embargo, al torcerla hacia la izquierda, debió esforzarse para no mostrar una mueca de dolor.

—Pecas, por favor. Sabes que sería el primero en celebrar tu compañía, que tanto significa. Me será difícil soportar la soledad.

—¿Qué harás en Algeciras?

—La verdad es que no tengo la menor idea. Me presentaré a nuestro general y quedaré a su disposición.

—No puedes salir en las noches con las cañoneras para atacar la plaza inglesa.

—¿Por qué?

—¿Quién llevarás a la caña? No puedes marinarlas con un mequetrefe a popa, que te puede llevar hasta el infierno —por fin, rió con su alegría habitual—. Es posible que te embarquen en otras unidades de las dedicadas al bloqueo. Hasta es posible que vuelvas a tu querido bergantín Hércules.

—Esa última posibilidad no sería muy grata. Debes recordar que mandé ese buque durante algunas horas, y no se debe volver en rebajado puesto a un mismo destino. Pero, bueno, todo son conjeturas.

—Debes mantenerme informado al día de todo lo que acaece en el escenario bélico de la bahía. Y avisarme con tiempo suficiente para ese ataque combinado al que pienso asistir.

—No será fácil la misiva diaria, pero puedes estar seguro que te mantendré al corriente de las novedades y de mi trabajo. Por cierto. ¿Abandona tu familia la hacienda y os trasladáis a la Corte? —pregunté con miedo, ante la posibilidad de que Cristina se mantuviese en las cercanías.

—Mi padre se empeña en que acompañemos a mi madre a Madrid, lo que dificultará nuestros contactos. Pero en cuanto sea posible, volveré a Las Garitas con Cristi, para que puedas concedernos alguna visita. Me dijo el matasanos que envió mi padre, que en un mes puedo incorporarme al servicio.

—No mientas. Según creo, dijo dos meses.

—No lo recuerdo exactamente —volvió a moverse por la sala de forma nerviosa.

—Si quieres, puede quedar Setum a tu lado. Es bueno en los ejercicios de recuperación.

—No. Tu negro fiel moriría de pena si se separara de su querido señor. Y cambiando el tercio. Supongo que desearás despedirte de Cristina en soledad.

—Ya me gustaría, pero no es fácil...

—Gigante, por favor —mostró la arrogante sonrisa que tan bien conocía—. Deja esa cuestión a tu amigo Pecas, experto en lances amorosos. Dentro de media hora, en la rosaleda que tanto os gusta, podrás exponer a mi querida hermana, la mujer amada de tus sueños, esa ristra de majaderías a las que eres tan aficionado declamar.

—¿En la rosaleda? ¿Cómo sabes, enano figón...?

—Calla, calla —mostró su habitual risa, mientras palmoteaba con alegría—. ¿Pretendías mantenerme al margen de vuestro romance? Ya que no me comunicas tus avances en el terreno del corazón, he debido buscar caminos alternativos y eficaces. Os he observado desde la terraza superior, con mi catalejo, en enamorada y tierna tesitura.

—Pecas del demonio.

Abandoné el asiento con ánimo de zurrarle la badana, pero ya corría el guasón entre risas. Cuando se encontraba a la altura de la puerta, se volvió hacia mí.

—Dentro de media hora en la rosaleda del amor. Yo me encargaré del ave de rapiña.

Volví a quedar en soledad, por lo que tomé asiento en uno de los sillones enfrentados al ventanal. Creía conocer a Cristina lo suficiente como para estar seguro de que tan sólo dispondría de aquellos momentos de despedida, en los que tanto sufría. Por esa razón no había bajado todavía de su dormitorio, ni lo haría hasta salir por la escalera lateral que comunicaba con el jardín directamente.

Me trasladé al pequeño salón abierto a la balconada. Aunque acababan de sonar las diez campanadas, el calor se dejaba notar con bravura, sin que una gota de viento aliviara la escena. Sin embargo, el color del cielo, de un brillante azul, parecía presagiar dulces avatares. No debía consentir que mi alma comenzara a esconderse tras lejanas memorias, porque no era llegado el tiempo todavía. Pero aunque parezca un contrasentido, deseaba aligerar la escena y concentrarme en la triste soledad, para

gozar de ella amarrado a los inolvidables momentos que podía recordar.

Cuando alcancé el recodo de la rosaleda donde solíamos encontrarnos, Cristina no había aparecido todavía. Sin embargo, creí oler su perfume, por lo que me giré repetidas veces en su busca, vana intuición de mis sentidos. Volví a recrearme en su cara, dibujada con perfección en mi cerebro. Qué maravilloso gozo recibe el alma, al ser esclavo de una emoción tan pura. Ésos eran los pensamientos a los que debería asirme día tras día, si llegaba el caso de que las negras nubes se aborregaran sobre mi cabeza.

Me giré de repente, aún sin haber escuchado ruido alguno. Y allí estaba ella, parada a corta distancia a mi espalda con una forzada sonrisa en su boca. Me mantuve en silencio unos largos segundos, para admirar sin disimulo esa especial belleza que nos hace abandonar el negativo egoísmo. Creo que los dos disfrutamos con largura desmedida de ese momento. Les aseguro que caminé los pasos que nos separaban sin tocar el suelo. Abandonadas las prudencias y en espera de la habilidad de Pecas, así sus manos con ternura.

—Moriré si marcháis, Gigante —su voz parecía llegar en un lejano y doliente susurro.

—No moriréis, mi amor, a no ser que deseéis mi tortura. Volveré a vos en persona, porque en mis pensamientos seguiréis en todo momento.

Nos encontrábamos a corta distancia, las manos bajas y prendidas que se acariciaban unas a otras con pequeños movimientos y especial cariño. Atrás quedaban los negros pensamientos, al quedar bajo la luz de sus ojos. Pero comprobé que había llorado, aunque los ungüentos y polvos intentaran disimularlo. Volvió el dulce susurro.

—¿No arriesgaréis vuestra vida?

—No. Pero ya os dije que nada ni nadie podrá impedir que vuelva a vos. Mi único miedo es que lleguéis a olvidarme en la distancia.

—No soy malqueda y menos con quien tanto amo. Quisiera que pasaran como un sueño estos ocho meses que todavía faltan para unirnos.

—Pasarán con rapidez.

Parecíamos dos estatuas de sal, sin apartar la vista un solo milímetro de nuestros ojos. Cristina estaba tan hermosa que sentía escalofríos, a pesar del sudor que brotaba bajo mi casaca. Aquella mañana vestía un traje azul claro, donde tan sólo un tono más oscuro sorprendía en el brocado del escote. Las habituales cintas de adorno caían sobre sus hombros, blancos y perfectos. Volví a sentir ese especial rumor por mi piel, el producto de la emoción y el amor.

—Marcháis a la Corte con vuestra madre y hermano, según creo. Muchas leguas nos separarán.

—Nos obligan a ello las normas de conducta. Preferiría quedar más cerca de vuestro destino, ya lo sabéis. Pero Pecas convencerá a mi padre para volver en ocasión y pasar unos días en esta hacienda. Si se produce lo que tanto deseo, confío

en que podréis girarnos una visita.

—Con seguridad —mentí, ignorante de lo que sería de mí a partir de aquellos momentos—. Será una pequeña separación, que acortará los tiempos hasta el punto decisivo de nuestras vidas.

Cristina parecía dudar en lanzar una pregunta o un ruego. Por fin, se decidió.

—No embarcaréis en esas lanchas cañoneras otra vez. ¿Verdad? Son demasiado peligrosas.

—No creo. Bueno, la verdad es que no sé con exactitud el puesto que me tendrá reservado don Antonio Barceló —prefería otro tipo de conversación, pero no encontraba el modo ni la forma.

—Mi padre podría...

—Cristina —tapé sus labios con mis dedos y allí los mantuve unos deliciosos segundos—. Lo que haya de ser, será. Ya le dije a vuestro padre que no deseaba interferencias. Os ruego, por favor, que no insistáis en ello.

—Ya me dijo Santiago que no lo aceptaríais. Se muere por tener que separarse de vos, al igual que yo.

—Lo sé. Y yo siento lo mismo. Hemos disfrutado y padecido juntos desde que entramos en la Armada. Pero pronto volveremos a navegar en la misma unidad, estoy seguro. Conseguid que se cuide y haga los ejercicios prescritos, ahora que Setum me acompaña.

—Prefiero que vuestro secretario vaya con vos. Sé que es fiel y daría su vida por la vuestra.

—Así es.

Y volvió el silencio triste, dulce y amargo a la vez, alargado en el tiempo como si una vara mágica lo hubiese preñado de eternidad. Comenzaba el desenlace negro y afligido que ambos deseábamos soslayar. Decidí que era mejor evitar su sufrimiento y dar por finalizada la escena.

—Debemos despedirnos, mi amor. Sé que no gustáis de momentos como éstos. Después lo haré con vuestra madre y con Santiago.

—Sí. La verdad es que no me salen las palabras, lo que aumenta el dolor y la desesperanza. Querría deciros tantas cosas, que me mantengo con la mente en blanco. Pero sabré escribirlas y así os las remitiré.

—También recibiréis las mías con puntualidad. Pero, ahora, decidme solamente que me amáis tanto como yo os amo. Eso es más que suficiente para mí.

—Ya lo sabéis. Os amo tanto que podría matar por ello, aunque parezcan locura estas palabras. Estad seguro de que sólo podré ser vuestra algún día y de nadie más. Si me olvidáis o sufrís un grave percance en combate, podéis imaginar sin error que moriré, moriré de amor por vos.

—No sucederá nada de eso, mi amor. Volveré una y otra vez a vuestros brazos.

Lanzado como cabalgadura sin freno, acaricié una de sus mejillas. Qué suavidad la de su piel y qué dulce sentimiento puede llegar a producir tan humilde gesto.

Habría deseado el mismo roce accidental de nuestros labios, como en aquella inolvidable noche, aunque la situación no era propicia. De pronto y sin esperarlo, Cristi se acercó a mi, hundiendo su mejilla contra la mía. Me ofreció un largo beso en ella, para salir corriendo a continuación.

La vi alejarse con premura. Debían rodar sus lágrimas en abundancia, pues ya habían humedecido mi cara. Pasé mi mano por la mejilla acariciada y olí su perfume de nuevo, ese olor que debería quedar para siempre adherido a mi persona. Parece mentira que un sentimiento como aquel pueda ser tan doloroso en el fondo, ya que sentía cómo el estómago se achicaba, a la vez que la flojera se aposentaba en mis piernas. Tomé asiento en uno de los bancos que, *in mente*, había preparado para la escena y no llegamos a utilizar. Sufrí aquellos segundos en los que el pasado y el futuro parecen fundirse en un solo relámpago de color incierto. Ya no volvería a ver a Cristina, hasta Dios sabe cuándo, me dije descorazonado. De todas formas, volvería a ella aunque debiera cabalgar sobre las brasas del infierno.

Cuando el sol alcanzaba la meridiana, abordé con Setum el carruaje decorado en las puertas con las armas de los Montefrío. Fue cordial la despedida de la duquesa, quien me abrazó como a un querido hijo, a la vez que me recomendaba la necesaria prudencia. Ahora, ya con el pie en el estribo, me encontraba con Pecas a solas. Ninguno de los dos podíamos ocultar nuestros verdaderos sentimientos.

—Cuídate, Gigante, y no hagas locuras, que no estaré a tu lado para sacarte las castañas del fuego —me miró con su cara de niño travieso.

—Lo haré. Esperaré tu regreso para embarcar, que no debo tener en la caña a nadie más —golpeé su pecho con cariño—. Pero siempre que te encuentres repuesto del todo. No deseo caminar con tu cuerpo sobre mis hombros, tal y como debí hacer en algunas ocasiones.

—Por supuesto que llegaré repuesto. Dile a nuestro general que pronto estaré a vuestro lado y que no se le ocurra comenzar el ataque general y definitivo a la plaza, hasta mi arribo a la bahía.

—Lo haré.

Nos miramos en silencio. Comprendí que la amistad es un sentimiento muy parecido al amor y de una belleza que abarca parecida dimensión, otro don celestial que no todos reciben. Por fin, alejadas las comedias y falsas apariencias, nos fundimos en un fuerte abrazo.

—Hasta pronto, buen amigo.

La voz de Pecas sonaba con cierta gravedad. Creo que por primera vez, sentía la verdadera emoción de mi compañero del alma.

—Te espero en la bahía, enano. Te informaré al punto de todo lo que sucede.

—Eso espero, Gigante.

Me ofreció una última sonrisa mientras embarcaba en el carruaje. Volví a despedirme por el hueco de la ventanilla, cuando ya el cochero fustigaba los

animales. Todavía escuché sus palabras con claridad.

—Mantenme informado o te juro por San Telmo, que haré que algún figurín de corte se dedique a cortejar a mi hermanita. No debes olvidar que es un buen partido y hay mucho zangandullo... —Volvió a sonreír en la forma acostumbrada, aunque le suponía un esfuerzo.

—Calla de una vez, Pecas del demonio —agitó la mano en su dirección.

Por fin, me dejé recostar entre los mullidos almohadones. Poco después, abandonábamos la entrada de la hermosa hacienda de Las Garitas del Marqués, a la que llegara con el ánimo abierto y henchido de esperanza el mes anterior. Mucho era lo acaecido en aquellas cinco semanas, tanto así que había dado un vuelco total a mi vida.

Me sentía triste, aunque feliz a la vez por haber dado fin a aquellas escenas de dolor. Pero me prometí que volvería a pasar bajo aquel portón labrado tarde o temprano. Fue entonces cuando, con el rostro de Cristina abierto en mi cerebro, lancé una promesa a nuestra señora de Valdelagua que nunca me había fallado.

4. Reincorporación al servicio

El viaje desde Castellar de la Frontera hasta la bahía de Algeciras, poco más de cuatro leguas, se hizo largo y tedioso, aunque era más el negro estado de ánimo que otra cosa lo que pesaba en mi corazón. Deseaba llegar a mi puesto cuanto antes, un febril intento para que la diaria actividad consiguiera alejar de los pensamientos la consabida agonía. Al igual que en otras ocasiones, como los días malos sufridos en el cautiverio de Tarfí, procuraba dejar la mente en blanco, alejar cualquier tipo de pensamientos y posibilitar el transcurso del tiempo sin más emociones.

Caía la tarde cuando tomé posada en La Beata, siguiendo el consejo de Pecas, a tiro de pistola de las primeras casas de Algeciras. Deseaba presentarme en las primeras horas de la siguiente mañana, dispuesto para abordar el nuevo día con renovada ilusión, en el Cuartel General de las Fuerzas Navales del Bloqueo, dispuestas bajo el mando del jefe de escuadra don Antonio Barceló. A pesar de tan rimbombante nombre, el viejo caserón que tan bien se mantenía en mis recuerdos, con fríos y humedades excesivas, situado a pie de playa, más se parecía a un cuartelillo naval de segunda que a esplendorosa jefatura, aspecto éste que poco importaba al sencillo y práctico marino mallorquín.

Setum, con su habitual maestría, se mantenía en imperturbable silencio, sabedor que eran aquellos momentos en los que más valía dejar rodar las propias opiniones. Sin embargo, intenté una tímida conversación al obligarlo a acompañarme a la mesa para la colación vespertina, empresa nada sencilla para quien más deseaba quedar en condición de humilde esclavo. Bien es cierto que llamaba la atención observar a la mesa de rutilante caballero, el cuerpo de un negro corpulento y fortachón, aunque vistiese prendas de calidad y ostentase dignidad de secretario.

—Setum, supongo que se encontrará el uniforme en condiciones y como se merece para mi presentación de mañana. Debemos entrar con buen pie, aunque la etiqueta no sea preocupación perentoria del jefe de escuadra.

—Preparado en algodones y papelillos, como para asistir a gala regia en la Corte, señor. Y, de forma muy especial, esa charretera bien brillantada sobre el hombro, que para eso la ganó por las bravas.

—Con tu inestimable ayuda, querido Setum, que la mitad de esa prenda debería pertenecerte. Bueno, veremos qué destino me será asignado por el general.

—Por el centelleo de su mirada, me barrunto que le gustaría entrar en acción lo antes posible —parecía disgustarle tal idea—. Si me lo permite, le recuerdo que no son buenas compañías las prisas en cualquier empresa, y menos en la de la guerra.

—Aciertas como siempre, Setum. Te agradezco la recomendación, pero has de coincidir conmigo en que no hay mejor remedio para olvidar las tristezas del alma, que la acción armada.

—Pero siempre con la necesaria prudencia y sabiduría, que la guerra es un arte tan sublime como la pintura. Debe recordar que hay quien le mantiene en alta estima

y espera impaciente su regreso.

Me forzó a una abierta sonrisa su atinada observación, aunque no mitigara las penas. Eran de destacar la innata sabiduría y perspicacia de aquel hombre, con sus acertadas intervenciones. Vuelto al mutismo tristón, probé escaso bocado de un apetitoso costillar, y hasta el vino pareció estancarse en mi garganta. De esta forma y entablado el viento en contra, decidí retirarme a descansar con rapidez, tras alegar la necesidad de encontrarme bien despierto a temprana hora.

Con esas tristes cavilaciones y el querido rostro de Cristina prendido en la memoria, intenté abordar un sueño que se mostró esquivo a lo largo de toda la noche. Una vez más mi vida embocaba un futuro incierto, calidad esencial de mi paso por la Armada, con lo que el abanico de posibilidades se abría por mi proa con la interrogación permanente. Pero como Setum había comentado con acierto, deseaba la acción con urgencia, como el bálsamo necesario que ha de sanar las heridas. Al menos, pensé con cierta alegría, siempre podía recalar mis pensamientos en los días felices disfrutados al lado de la mujer amada, evocar segundo a segundo nuestras conversaciones y los planes de futuro trazados para ambos.

En las primeras horas de la siguiente mañana, alcancé el Cuartel General con innegable orgullo, embutido en el impecable uniforme donde relucía la querida charretera, cuyos flecos alzaban mi espíritu con su caprichoso movimiento. La guardia me avisó con presteza de la ausencia del general, lo que contribuyó a aumentar mi estado de impaciencia. Sin embargo, me comunicaron que se encontraba presente en el despacho su ayudante, el teniente de fragata Jaime Escach, por lo que dirigí mis pasos hacia él con decisión.

Mientras subía los escalones que conducían al piso principal, los recuerdos acudieron a mi memoria como dulces chorros de agua. En mi cerebro aparecían con nitidez los primeros momentos en los que pisé aquella escalera, arribados como guardiamarinas voluntarios, así como las preparaciones para las salidas nocturnas a bordo de las cañoneras y, cómo no, nuestra fulgurante llegada a bordo del bergantín Hércules, aunque vistiésemos harapos como alma en pena. La puerta del escritorio del ayudante se encontraba abierta, según su costumbre, por lo que debí golpear mis nudillos contra la jamba para anunciar mi presencia. Su sorpresa fue grande al girar la cabeza.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué alegría! —Escach se mantenía sumido entre una multitud de planos y cartas, esparcidos con escaso orden sobre la mesa. Abandonó su asiento con rapidez, para dirigirse hacia mí con una encendida sonrisa en su rostro.

—A sus órdenes, mi oficial. Se presenta el alférez de fragata Francisco de Leñanza, cumplida la licencia reglamentaria por enfermedad y convalecencia.

Quedé sorprendido por su cordial recibimiento, al ofrecirme un fuerte abrazo, como quien espera al buen amigo que no ve en muchos meses. He de reconocer que Escach era un joven magnífico, un oficial valiente e incansable en el trabajo, así como persona de una humanidad tan sólo sobrepasada por su jefe.

—No sé si debería dirigirme a usted con el título de vizconde, tan merecidamente ganado. La verdad es que soy poco experto en tratamientos y protocolos.

—No es necesario ni me gustaría. Para usted soy el alférez de fragata Francisco Leñanza, o Gigante a secas como tantas otras veces. Le advierto que me cuesta no añadir el empleo de guardiamarina a mi nombre, que aún debo acostumbrarme al nuevo.

—De acuerdo, Francisco, si me permite que le trate así. Aplaudo su presencia, que no es gente bragada lo que nos sobra por estos escenarios.

—Me ha comunicado la guardia que el general se encuentra ausente. ¿Ha salido de la bahía?

—No. Ha marchado de inspección hacia el varadero del río Palmones, pero no me dejó acompañarle en esta ocasión. Debe ser el único general que, a veces, se mueve sin ayudante por esos mundos de Dios. Llegará en un par de horas, malhumorado y embravecido como de costumbre. Ya sabe que pocas veces se llevan a cabo los planes y tiempos de construcción de acuerdo a sus normas, por desgracia. Pero, por favor, tome asiento y cuénteme.

—Será usted el que deberá ponerme al día porque, según tengo entendido, son muchas las noticias sobre nuevos planes de asalto y mudas en los puestos de mando.

—No le falta razón. Y la primera de ellas le afecta de forma directa, porque el general ha decidido que trabaje a mi lado en el Cuartel General, codo con codo.

Me pilló de sorpresa aquella noticia. En un primer momento, ser designado para aquel trabajo de oficina trajo a mi cabeza las recomendaciones de Montefrío, que tan poco me atraían. Debió traslucirse en mi cara aquellos lúgubres pensamientos, ya que Escach intervino con rapidez.

—¿Tanto le desagrada trabajar al lado de nuestro querido general?

—No es eso, señor, se lo aseguro. Pensaba en la posibilidad de acción directa, del...

—¿Del combate en las cañoneras o el embarque en las unidades del bloqueo? —Volvió a sonreír con afecto—. No se preocupe que tiempo habrá para todo. Aquí, ya lo debería saber, somos pocos y picamos en todos los pasteles.

La idea que navegaba por el cerebro no me permitía concentrarme en las palabras de Escach. Las palabras de Montefrío seguían prendidas en mi cabeza, sin remedio. Decidí que la sinceridad era el mejor método a seguir en todo momento, y un camino a las claras el óptimo para dejar la mente sin contrapuntos.

—Supongo... —Me costaba decidirme—. Supongo que no se encontrara tras esa decisión la mano del padre de mi prometida. Quiero decir del duque de Montefrío.

—En cuanto a su compromiso, le doy mi más sincera enhorabuena. Recuerdo a la hija del secretario de Su Majestad, en la ceremonia a la que asistí para la imposición de la charretera. Una joven muy hermosa y con excelentes cualidades, estoy seguro. En cuanto a su pregunta sobre las intenciones del padre, le aseguro que no la comprendo.

Decidí sincerarme y narré a Escach la parte de la conversación mantenida con Montefrío, sobre la posibilidad de un trabajo de despacho o escasamente peligroso. El ayudante rió con alegría al escucharme, a la vez que palmeaba mi hombro con confianza.

—Me parece que todavía no conoce a don Antonio Barceló lo suficiente. En primer lugar, desea que gente como usted se encuentre a su lado, pero no para protegerlos sino porque los necesita. Y puede estar seguro que en cualquier momento le encomendará alguna peligrosa misión, sin recato de ninguna clase. Por otra parte, no es hombre proclive a seguir las recomendaciones de superiores o importantes personajes, para la distribución de los mandos y destinos bajo su jurisdicción. Puede estar tranquilo en ese aspecto. Lo cierto es que se amontona el trabajo en este Estado Mayor, si es que puede llamarse así con la escasez de personal que sufrimos, y pensó que era usted la persona idónea.

—Me alegro de escuchar sus palabras, a la vez que me tranquilizan.

—Pero me gusta su inquietud por el combate. Le advierto que también yo desearía algo parecido y le he pedido al general que me autorice a embarcar en alguna de las flotantes que atacarán la plaza.

—¿Flotantes? No le comprendo.

—Se trata de grandes baterías flotantes. Bueno, creo que debo ponerle al día de la situación, para aclarar sus ideas. Cuando tuvo lugar aquel ataque suicida contra el convoy inglés, que motivó su hundimiento y posterior cautiverio en el norte de África, la plaza de Gibraltar fue aprovisionada de forma conveniente por el convoy inglés, lo que echó por tierra los planes del general Barceló sobre el sitio. Bueno, la verdad es que no era el primero, porque en ese aspecto de evitar el abastecimiento, y que no nos oigan algunos jefes de nuestro cuerpo, hemos fracasado dos veces en toda regla.

—Eso sí que lo recuerdo. No estaba de buen humor nuestro general.

—En efecto. Usted mismo asistió a uno de sus típicos arranques emocionales. Pues una vez aprovisionada la plaza, creímos, yo el primero, que se trataba del colapso de nuestro objetivo y renunciaríamos a la empresa de reconquistar la plaza de Gibraltar. Pero nada de eso ocurrió, más bien al contrario. Según me explicó el general en conversación privada, una de las que se mantienen a diario con los ayudantes y que no deben repetirse fuera de este cuartel, Su Majestad tomó el desastre de muy buen talante y sacando de él la parte más positiva. Fue cuando comentó, según aseguran personajes presentes, esa famosa frase: Gibraltar caerá como una fruta madura en nuestras manos.

—¿Cómo una fruta madura? —Utilicé un tono de voz cercano a la desconfianza —. Dios le oiga.

—De Dios deberá venir la obra porque no la veo yo muy clara. Bueno, mejor debería decir que no la veía tras el rotundo fracaso, al ser incapaces de impedir el aprovisionamiento. Debemos reconocer que es mucha la fortaleza de la Inglaterra en

el aspecto naval.

—Estoy de acuerdo. Parece mentira que pueda combatir de forma simultánea con las provincias rebeldes de América y las dos principales potencias navales europeas, como son España y Francia.

—Pero debe sumarle Holanda, que también entró en guerra con ella. Es impresionante comprobar los recursos navales que esa nación puede generar en tan corto espacio de tiempo. Pero volviendo al tema que nos ocupa, como según parece Gibraltar es una obsesión de nuestro Señor don Carlos, al igual que sucedía con su padre don Felipe, está dispuesto a todo, sin remilgos de ninguna clase en cuanto a los gastos necesarios para recuperarla. Además, la reconquista de la isla de Menorca fue un aliciente más, sin contar que se trataba de una base naval que mucho daño nos hacía, pues en su puerto y arsenal de Mahón se estacionaban más de ochenta corsarios que esquilaban nuestro comercio mediterráneo.

—Y don Luis de Balbs y Berton, duque de Crillon, tras el éxito en la campaña de Menorca, fue nombrado como caudillo de las fuerzas sitiadoras. Además de concederle el ducado de Mahón, con Grandeza de España, y el empleo de capitán general del Ejército.

—En efecto, veo que se encuentra informado. Hemos de reconocer que, aunque el general sea francés con ascendencia italiana, se trata de un magnífico caudillo, capaz de acallar las bocas discrepantes de nuestros generales de mar y tierra, que no son pocas, y esto último es fruta de mi propia cosecha. Además, dicen que ha rendido más de catorce plazas importantes en toda Europa.

—Por esa razón relevó al general Álvarez de Sotomayor, acto al que asistí recién arribado de mi cautiverio.

—Es cierto, lo recuerdo. Parece ser que ya se movía Crillon por estas tierras desde finales del mes de abril, aunque el relevo se llevara a cabo en esa fecha que alude. Pero debe tener en cuenta que el relevo de Sotomayor estaba cantado desde el desastre del mes de noviembre pasado.

—¿Noviembre pasado? No escuché comentario alguno.

—Todavía se encontraba en la Escuela Naval de Cartagena. En la noche del 26 de noviembre pasado, los ingleses sitiados llevaron a cabo una acción sorpresa contra el campo español, algo que no debía haber sucedido nunca. Al mando del brigadier Ross, dos mil hombres divididos en tres columnas, y apoyados por cien marineros, sorprendieron a los soldados españoles de los puestos de vigilancia avanzados en el istmo, que se replegaron a retaguardia con cierto desorden. A pesar de haberse dado la alarma, la columna inglesa al mando del teniente coronel Hugo prendió fuego a la batería de San Carlos, mientras las otras dos, al mando del mayor Maxwell y el teniente coronel Trigge, atacaban las demás de la paralela, desmontando piezas e incendiando explanadas, barracas, cureñas, municiones, pertrechos y hacer volar, por fin, el laboratorio de espoletas de los sitiadores. Ayudados por la confusión creada, en poco tiempo destruyeron las obras del espaldón que tanto esfuerzo había costado

levantar, clavando^[2] dieciocho cañones y catorce morteros. Las tropas inglesas retornaron a la plaza antes del amanecer, tras haber sufrido solamente cuatro muertos y veinticinco heridos.

—¡Qué vergüenza!

—Desde luego. Una acción vergonzosa para nuestras armas que se debía haber evitado. Por eso le decía que, desde aquel día, Floridablanca tenía decidido el cese de Sotomayor al que, según dicen, ha quitado sus títulos honoríficos y grado militar.

—Bien, Crillon se puso al frente del campo sitiador. ¿No ha habido más cambios en los mandos?

—Me parece, Francisco, que no juega limpio conmigo y ha escuchado comentarios en corral ajeno —Escach me dirigió una sonrisa—. Según comentan, y vuelvo a pedirle la necesaria discreción como compañero en un mismo Estado Mayor, Crillon venía prevenido por Floridablanca en contra de nuestro querido jefe de escuadra. Pero este francés es hombre de ley y lo afrontó cara a cara con nuestro general. Hablaron largo y tendido, de lo divino y lo humano. Y por fin...

—Lo mantiene en el cargo —más que pregunta se trataba de sumisa petición.

—No sólo lo mantiene en el cargo, sino que ha solicitado a Floridablanca su ascenso a teniente general, para disgusto de algunos nobles compañeros.

—¡Caramba! No sabía nada de su ascenso.

—Porque todavía no se ha producido. Tenga en cuenta que no todas las propuestas que se elevan para sanción de Su Majestad llegan a buen puerto.

—¿Y en qué situación nos encontramos ahora? —Parecía una fuente inagotable de preguntas.

—La verdad es que la actividad de Crillon ha sido encomiable desde su llegada. Por una parte, ha hecho trabajar duro en la parte del istmo que nos une con Gibraltar, hasta establecer las paralelas necesarias para el asalto final. Con este fin ha hecho levantar grandes espaldones en dos noches, sin que fuesen advertidas las obras por los ingleses, que parece obra milagrosa. Más de diez mil hombres trabajando para mover dos millones de sacos de tierra. Han sido obras de admiración por todos los ingenieros militares.

—Le veo optimista y ésa es buena noticia. ¿Y cómo será ese asalto final? —pregunté interesado.

—Bien, aquí entra en juego el invento de ese francés, *monsieur* Jean Le Michaud d'Arcon —Escach entonó el nombre con afectación y tono burlón.

—¿Un invento?

—Bueno, según nuestro general, no es más que la idea que tantas veces ha expuesto a la superioridad, retrasada de forma continua, para fabricar grandes cañoneras y obuseras, construidas sobre cascos de viejos buques mercantes, sin utilización posible debido a su mal estado, reforzados en su estructura. En resumen, grandes baterías flotantes, extraordinariamente armadas y con el blindaje que proyectó para sus cañoneras, convenientemente ampliado. Pero a esta idea, el

ingeniero francés, apoyado por Su Majestad, ya que venía recomendado por la Corte francesa, además del blindaje incorpora una serie de tubos interiores que distribuyen el agua por todo el casco. Según sus propias palabras, el líquido circula por los conductos como la sangre por las arterias y venas del cuerpo humano. De esta forma, las baterías flotantes son, o deberían ser, incombustibles e insubmersibles, y se pueden establecer de forma casi permanente en su lugar de combate contra los muros de la plaza.

Escach pareció tomarse un ligero descanso y bebió de un vaso de agua que se encontraba sobre su mesa. Por el contrario, no estaba yo dispuesto a que cortara aquel chorro informativo.

—Parece un poco..., un poco extravagante esa idea de los tubos de agua.

—Sí que lo es pero, según parece, puede funcionar contra las balas rojas^[3] del inglés que tanto daño hacen, en especial la producción de incendios a bordo. De esta forma, se empleará el tercer sistema para atacar la plaza de Gibraltar.

—¿Tercer sistema? —pregunté extrañado, pues era un tema que desconocía.

—Se trata de un cambio estratégico importante. Como sabe, en un principio habíamos utilizado el bloqueo como sistema, impedir la llegada de refuerzos a la plaza hasta que se rindieran por inanición, o lanzar un ataque final contra su extrema debilidad en fuerzas y armamento.

—Un plan que ha fallado, al ser aprovisionada la plaza en dos ocasiones.

—Porque nuestras fuerzas navales no consiguieron impedirlo o, dicho con mayor sinceridad, gracias a la manifiesta inoperatividad de nuestra escuadra, en cuanto a afrontar combates navales de envergadura contra el inglés que, en mi opinión, rehúsa. Y por Dios, Francisco, no repita esta observación jamás o me formarán consejo de guerra.

—Me parece que ésa es también la opinión que navega por la cabeza de nuestro general.

—Es muy posible —mostró un signo de picardía en su rostro—. Recordará su reacción cuando le comunicaron que se acercaba el convoy inglés, sin que la escuadra de Córdoba lo hubiese combatido. Le adelanto, Francisco, que nuestro general es confianzudo y parlanchín con sus hombres de trato directo, por cuya razón escuchará en esta casa muchas observaciones y opiniones tuyas que jamás deberá repetir.

—Puede estar seguro de mi discreción.

—Después de fracasar con el bloqueo, pasamos al sistema tradicional de asedio, ya empleado en los dos intentos llevados a cabo por nuestro Rey Felipe V para recuperar la plaza. Es decir, el ataque a través del estrecho istmo, auxiliado por el bloqueo naval. Otro fracaso porque ese sistema no es aplicable en el caso específico de Gibraltar, con lengua de tierra tan angosta. Bien, a partir de ahora será distinto.

—¿Ataque por mar?

—En efecto —volvió a sonreír, divertido—. No tiene mérito su deducción, porque no quedaba otra opción.

—Desde luego. ¿Y la Marina británica? ¿No forzaré un ataque?

—No preocupa la presencia de la Marina inglesa a nuestros generales, más que en momentos puntuales, porque no podría hacerla extensiva y duradera en el tiempo, y menos ahora que no dispone del arsenal de Mahón. El Reino Unido tiene empeñadas sus unidades navales, en su mayor parte, en otras empresas, especialmente americanas. El ataque por mar a Gibraltar es la única solución, como lo ha sido en otras conquistas de plazas fuertes mediterráneas durante siglos. Gran parte de las defensas artilleras de la plaza apuntan hacia el istmo, pero el escenario allí es tan angosto, que no es posible llevar a cabo los recursos necesarios de la ingeniería militar. El ataque a gran escala por mar, con suficientes hombres de desembarco, es la única solución. La verdad es que esta opinión ya la elevó repetidas veces el jefe de escuadra Barceló, aunque no le hicieron caso. Como ahora la interesa un francés, es cosa distinta.

—¿Y cómo se llevará a cabo? —La verdad es que me sentía embozado ante aquel raudal de noticias. De forma instintiva, pensé que Pecas sería capaz de morir por disponer de todo aquel bagaje informativo.

—Dispondremos de cinco baterías flotantes de doble cubierta, con diecisiete a veintiún cañones y una dotación aproximada de setecientos hombres. Las otras cinco, de un solo puente^[4], montarán entre siete y nueve cañones, con unos cuatrocientos hombres. Toda la artillería será de bronce, realmente magnífica y de a 24^[5]. Este francés debe tener mucho crédito con Su Majestad, que en nada escatima para esta ocasión. Por esos cañones, muchos comandantes de nuestros buques sacrificarían a su mejor amigo.

—¿Y el plan general? —volví a preguntar, inquieto.

—Aunque se encuentran en estudio los detalles finales de la operación, será responsabilidad de la Armada la utilización de las baterías flotantes, bajo el mando del jefe de escuadra don Buenaventura Moreno, quien ya como brigadier mandara las fuerzas navales que protegieron y escoltaron la expedición de Crillon a Menorca.

—He oído hablar de él en términos elogiosos.

—Como el duque de Crillon parece no estar de acuerdo con el uso de las flotantes, que apoya don Buenaventura, deja la responsabilidad de su utilización a la Armada. Estas unidades deberán aproximarse durante la noche al límite de su calado, que éste es otro problema a solucionar, para batir los muros enemigos en los emplazamientos elegidos; en primera línea las de dos puentes, y más retrasadas, entre sus claros, las de un puente. Es opinión de Barceló que se dispongan bien acoderadas, de forma que puedan salir del tiro de la plaza en caso necesario a la espía, por medio de amarras o regueras, por si no se consigue la invulnerabilidad programada por el inventor d'Arcon. Una división de los navíos de la escuadra combinada, bajo el mando del teniente general don Luis de Córdoba, abrirá fuego contra las baterías de Punta Europa, distrayendo la atención de los ingleses por aquella zona, mientras la segunda división lo hace contra la plaza. Y he dicho combinada, aunque ya veremos

cuantos navíos aliados apoyan la maniobra.

—¿Y las cañoneras y obuseras de nuestro general?

—Se encontrarán bajo el mando directo de nuestro jefe, si no entiende lo contrario. Se utilizarán cuarenta cañoneras, en diez divisiones de a cuatro, que auxiliarán a las baterías flotantes. Mientras tanto, las veinte bombarderas dirigirán sus fuegos en apoyo de los morteros de tierra, para proteger asimismo las posiciones de las flotantes. Tan sólo hemos de rezar para que la situación de viento y mar se mantenga propicia el tiempo necesario, pues ya sabe usted bien lo que dichas condiciones limitan el uso de nuestras pequeñas unidades.

—Sí. Deberá escogerse un día de sol y moscas, como dicen en Cartagena.

—Y que se mantenga en esas condiciones el tiempo suficiente, que esta bahía no es buena en permanencia.

—¿Y las fuerzas del ejército?

—Por supuesto que todas las baterías de tierra secundarán las acciones con el máximo ritmo de fuego, de forma especial las instaladas recientemente por Crillon, hasta el momento del asalto definitivo. Al menos, el duque tuvo el detalle de comunicarle a nuestro general que el proyecto más sensato y juicioso de todos los que se habían presentado en los últimos tres años era el suyo, muy parejo al que vamos a acometer. Lo que sucede es que no le dan los materiales necesarios para reunir el suficiente número de cañoneras y obuseras que pretende. Si fuera recomendado por la corte francesa, ya habríamos copado el Peñón.

—No siempre los gobernantes confían en las sencillas soluciones de los de casa que, a la postre, son las más baratas y eficaces. Ésa es mi modesta opinión, por supuesto.

—Tiene toda la razón. De todas formas, a nuestro general le preocupa una cuestión que dan de lado los demás. Cuando observamos los planos de las flotantes por primera vez, sufrió serias dudas sobre la viabilidad del proyecto. La verdad es que esas unidades son armatostes de espantoso aspecto, al que nuestros hombres llaman pranés e incluso, de forma despectiva, empalletadas^[6]. Aunque conforme avanzan las obras confía más en ellas, pensando en plataformas artilleras, ese sistema de los tubos y el agua en circulación le cuesta creerlo como acertado. No está seguro de que aguanten los disparos incendiarios en suficiente cantidad. Como plataforma para las baterías, las considera magníficas, si se utilizan en la forma adecuada. También duda que, al ser reforzadas en tal manera y aumentar su calado en consecuencia, les sea posible acercarse lo suficiente para batir los muros por donde deberán penetrar los hombres, sin quedar varadas en la arena.

—Eso se podría comprobar con los oficiales expertos en Hidrografía —expuse con timidez.

—En esa faena están, según parece. Pero de acuerdo al plan previsto, don Antonio duda que las flotantes puedan permanecer tanto tiempo situadas en su correcto emplazamiento, como asegura su inventor, sin ser incendiadas, un tiempo

imprescindible hasta propiciar el ataque general de las tropas. Barceló ha defendido siempre el uso de estos armamentos, pero pensando en plataformas móviles y no fijas.

—¿Cómo son exactamente esas flotantes?

—Hace un mes aproximadamente o algo más, se acopiaron en el arsenal gaditano diez cascos de viejos mercantes, la mayor parte de ellos adquiridos a particulares, con unos vasos que abarcaban entre seiscientas a mil cuatrocientas toneladas de arqueo. Es necesario reforzar sus fondos para contener el quebranto, así como llevar a cabo el doble casco y los blindajes necesarios para abrigar las baterías artilleras en toda su obra muerta, incluso por la parte superior, que esos mecanismos parecen conventos de clausura. El cálculo estimado de madera a utilizar es de trescientos veinte mil pies cúbicos.

—¡Qué barbaridad! Con esa cantidad de madera se puede construir más de un navío.

—Debe tener en cuenta que los cascos presentarán un grosor extraordinario. Además, es necesario mantener el agua en circulación continua entre el doble casco, para que la madera que forma el blindaje se encuentre saturada de ella en forma permanente. Así, las balas incandescentes no podrán consumirlas y producir los temidos incendios. Por suerte para la empresa, se añade al gasto previsto todo lo que *monsieur* d'Arcon solicita de propina, para sorpresa de muchos de nuestros ingenieros. Me comentó nuestro general que Crillon, con acierto, evitó en lo que pudo las fatigosas discusiones que sobre ellas alegaban nuestros jefes; unos partidarios a ultranza de su utilización, mientras otros aseguran sin rubor su fracaso más estrepitoso. Bueno, no es más que la triste repetición de la misma cantinela.

—¿Y cuándo se llevará a cabo el ataque definitivo? —pregunté muy interesado.

—Está por decidir. Pero como ya se escuchan rumores sobre una nueva escuadra inglesa de socorro, así como la posible apertura de conversaciones en París para una próxima paz, Crillon ha decidido acometer la empresa en cuanto arribe a la bahía la escuadra hispano-francesa que salió hace días del Canal de la Mancha. Por esa razón, se llevan a cabo las obras en el arsenal gaditano con urgencia. Las flotantes serán remolcadas a la bahía en cuanto se encuentren listas para el combate, aunque se prevé algún ligero adiestramiento *in situ*, si es posible. Calculo que podrá ser en los primeros días de septiembre, si las condiciones de viento y mar nos son propicias.

—Dentro de mes y medio —quedé pensativo unos segundos—. Parece que este caudillo francés es diligente.

—Eso dice nuestro general. Como es natural en esta tierra, ya se corren coplillas sobre su persona. La más famosa es la que dice:

*Con tan buenos militares
Como gobierna Crillon,
No pasará el mes de octubre*

Sin que se rinda el Peñón.

Aplaudí la inventiva de nuestro pueblo, tan dado a las coplas para bien o para mal.

—Esperemos que ésta sea la definitiva —argüí con optimismo—. Porque, como usted decía, en esta guerra no son muy buenas nuestras actuaciones.

—En este escenario algecireño no, desde luego. Pero, según dicen los expertos, la marcha de la guerra contra Inglaterra en general es muy positiva, especialmente en América.

—¿Alguna acción meritoria?

—Se han capturado ricos convoyes en el mar de las Antillas, con beneficiosa presa. Se ha recuperado la Luisiana y la Florida occidental, con la toma de la capital Panzacola. En Centroamérica hubo avances y retrocesos, pero acabamos por recuperar lo perdido. En conjunto, hemos desalojado a los ingleses por completo del golfo de Méjico, a la vez que nuestros aliados recuperaban sus islas antillanas y nosotros las nuestras, incluso las Bahamas. En cuanto a personas ha destacado el jefe de escuadra don José Solano, al mando de flota nada desdeñable, que ha corrido y auxiliado en todos los frentes antillanos, a la vez que burlado al mismísimo Rodney. Mucho se habla también de don Bernardo de Calvez, nuestro joven gobernador de la Luisiana, cuyas campañas se han cantado como gloria excelsa. Y existe el plan de desalojar de forma definitiva a los ingleses de las Indias Occidentales. Para ello se ha previsto una escuadra combinada con setenta navíos de línea y 40.000 hombres de desembarco, una fuerza que jamás se habría visto en aquellos entornos.

—Me alegro de escuchar tan buenas noticias. Parece como si en mi mes de ausencia, hubiese cambiado el lado de la moneda al completo.

—Bueno, algo malo habrá que añadir. Parece que las ideas independentistas americanas se expanden y hemos sufrido levantamientos varios y nada deseables. En el Perú, el cacique Tupac Amaru, descendiente de los incas. En el virreinato de Buenos Aires, el indio principal Tomás Catari. Y, por último, en el Nuevo Reino de Granada, criollos que se hicieron llamar comuneros. Todos en conjunto dieron al mismo tiempo el grito de rebelión, con lo que se promovieron desórdenes que todavía coleean.

—Desearán copiar a las colonias inglesas del norte que, según parece, conseguirán su propósito.

—Hay quien así opina, mientras otros defienden el estallido, justificándolo por los abusos y vejaciones que nuestras autoridades subalternas llevan a cabo, la tributación excesiva y los estancos de ciertos géneros. Por fortuna son movimientos sin unidad, pero habrá que andar ojo avizor e intentar remediar los males, antes de que salte la chispa que tanto cuesta luego apagar.

Escach se tomó un nuevo respiro en aquel agotador periodo de información, al que asistía ensimismado y con las orejas bien abiertas.

—Menudo rebencazo informativo le he endosado a las primeras de cambio, Francisco. Le ruego me dispense, pero hace tiempo que no hablo en confianza y debe encontrarse al día, si vamos a trabajar en común.

—No sabe cuánto se lo agradezco —era sincero a carta cabal—. ¿Cuál será mi trabajo en concreto?

—Parejo al mío, aunque yo ejerza además como ayudante personal del general. Pero, en resumen, podemos decir que nuestra misión principal será la de seguir aguas a don Antonio en todos sus frentes de trabajo, que no son pocos. Deberemos asistir a la construcción, reparación, adiestramiento y utilización de las cañoneras y obuseras, peticiones a los arsenales de armamento y otros efectos, número de personal necesario para las dotaciones, coordinación de las fuerzas del bloqueo y mil problemas más que irán surgiendo como piedra de escollera. Y sin olvidar las famosas y esplendorosas baterías flotantes —volvió el soniquete burlón en su voz—. Tenga en cuenta que aunque sean responsabilidad directa de ese inventor francés y de don Buenaventura Moreno, también mete cuña nuestro general, al ser un experto en el tema, por lo que sus consejos son escuchados siempre.

—Me ha parecido entender que don Antonio le ha autorizado a embarcar en una de las flotantes, para el ataque definitivo a la plaza de Gibraltar.

—Así se lo pedí al general y me lo prometió. Como es hombre de palabra, no dudo que lo llevará a cabo. Él mismo es el primero que gustaría de hacerlo y servir las piezas de bronce, pero debe atender a la actuación general de las cañoneras, obuseras y otras unidades ligeras.

—¿Me dejaría embarcar a mí también? —Creo que mi rostro debía andar muy cercano al de una súplica desesperada.

—Eso deberá usted solicitarlo a don Antonio personalmente. Pero deje pasar algunos días, que todo tiene su momento. Cuando observe que se rasca la cabeza con excesiva frecuencia, no se le ocurra entrar en peticiones. Por el contrario, cuando retuerce las manos entre sí, es momento idóneo.

De pronto se escucharon pitidos de contramaestre y pasos por la escalera, lo que hizo levantarse a Escach como un resorte.

—Bien, aquí llega nuestro general. Se alegrará de verlo, estoy seguro.

De esta forma, salimos al encuentro del jefe de escuadra don Antonio Barceló, a cuyas órdenes debía ponerme. Pero ya mi cabeza era un torbellino de ideas y esperanzas, donde bailaba por encima de todo una frase que se había grabado a fuego: Las baterías flotantes.

5. A las órdenes del jefe de escuadra Barceló

Por fortuna, don Antonio llegaba al cuartelillo de excelente humor. Al divisar mi figura en el pasillo, se amplió la sonrisa en su cara y comenzó a gesticular con los brazos en señal de bienvenida. Por fin, me ofreció un cariñoso y acalorado abrazo, con una fuerza impropia en un hombre de su edad, pues ya el genial marino navegaba con 65 años largos a sus espaldas. Tomado por el hombro con indudable afecto, me arrastró hasta su despacho donde, fiel a su costumbre, se desprendió con rapidez de la casaca, peluca y todos esos excesivos aditamentos cortesanos que detestaba y le hacían sudar como esclavo a la boga. Se dirigió a mí con su característico vozarrón que tan bien recordaba, lo que imposibilitó mi formal presentación, como marcaban las ordenanzas.

—Le aseguro que éste será uno de los días más redondos de este mes caluroso que afrontamos —tomó asiento junto a la ventana, vano intento de respirar un viento que se negaba a soplar—. Las obras continúan de acuerdo al plan previsto y, mira por dónde, mi primer guardiamarina voluntario se encuentra a bordo de nuevo. Bueno, debería disculparme por el trato, vizconde —pareció sentirse cortado.

—Por favor, mi general, para usted siempre seré uno de sus muchachos, como nos solía llamar.

—Además de valiente y sagaz es usted llano en el trato. No sabe cuánto vale esa cualidad en este mundo donde nos movemos, aunque presente su parte negativa para algunas carreras predestinadas. Le confesaré que fue ésa, precisamente, una de las razones para aceptar su petición de quedar a mis órdenes, y solicitar la oportuna autorización a la Dirección General. Bastantes sedas y brocados nobles he de soportar durante las diarias reuniones. Y perdone que le hable tan claro, porque sé de sus cuitas con dama de alta cuna, aunque después de conocerla la estimo muy conveniente y adecuada para su futuro como hombre.

Me sentí un poco avergonzado, al saberle al tanto de mis amores. Pero en esta España de nuestros pecados, los rumores galopan con más velocidad que la tramontana en el golfo de León. Una vez acomodado y tras insistir en que me desprendiera de la casaca del uniforme, señaló el asiento situado a su lado. Escach, presente, intervino con rapidez.

—Mi general, en su ausencia me he tomado la libertad de informar a nuestro alférez de fragata, sobre las últimas noticias habidas en la bahía, así como los esperanzadores planes que se abren por el horizonte.

—Me parece muy bien. Cuanto menos tiempo perdamos, mejor para el servicio. En ese caso —se giró hacia mí—, ya sabe el fregado en el que nos encontramos metidos, como corsario entre pingues argelinos. Soy optimista, desde luego, aunque de forma moderada, no al estilo de otros que lanzan chirimías sin medida, para después descabalgarse al santo. Pero lo mejor de tener un inventor francés a nuestro servicio, y recomendado por la Corte francesa, es que no se le niega ni el más mínimo

clavazón del mejor bronce.

—Ésa es buena noticia —me vi obligado a terciar.

—Desde luego, y más parece manejo de brujas la rapidez con la que sirven los pedidos desde cualquier punto de España. En el arsenal gaditano no se lo creen todavía. Y de rechazo, también ha mejorado el abastecimiento para nuestras cañoneras y obuseras, aunque no en paralela medida.

—Ya me explicó el teniente de fragata Escach la fortaleza que aparentan esas flotantes.

—Fortaleza no les falta, desde luego. Unas plataformas artilleras excepcionales y con unos cañones que ya los querría el gran Sultán para sus bajeles. Ya veremos que tal funcionan esos tubos de agua del francés, aunque las pruebas parecen ser positivas. Pero, en mi opinión, no era necesaria tanta fanfarria para maquinar esas fortalezas —pareció ensombrecer su semblante antes de continuar—. Pero todo marcharía mejor si, de una vez por todas, nos involucráramos en la empresa, sin piques ni soterradas críticas.

—¿Qué quiere decir, mi general? —preguntó Escach.

Barceló pareció dudar unos pocos segundos antes de continuar y expresarse con libertad.

—El plan general es bueno y positivo, si todos ponen su grano de arena. Pero, por un lado tenemos al inventor francés con sus plataformas acuosas, apoyado por Su Majestad y el jefe de escuadra don Buenaventura Moreno que las mandará. Sin embargo, el duque de Crillon se opone al plan de las flotantes, aunque lo seguirá por obediencia a nuestro Señor, siempre que permanezca su honra asegurada ante un posible fracaso, y las baterías queden bajo mando exclusivo de la Marina. Y para complicarlo todo un poco más, me juego los dientes postizos que me desbrincó aquel jodido corsario de un disparo, y ya me gustaría equivocarme, que aparecerán los celos del teniente general don Luis de Córdoba, a la cabeza de la escuadra combinada, respecto a Crillon y al mando de las mismas flotantes, cuando llegue a estas aguas y se encuentre el negocio ajustado al minuto. Ya veremos como se maneja el global entuerto. En fin, comidilla de brujas una vez más, cada uno en pos de la gloria propia mientras la empresa queda relegada a un segundo plano. Pero por nuestra parte, las unidades bajo mi mando, en especial las cañoneras y obuseras, echarán el resto mande quien mande.

Se hizo el silencio en el despacho, extrañados de aquella triste exposición en un hombre que parecía encontrarse de buen ánimo. Barceló lo comprendió con rapidez, por lo que intervino con una sonrisa.

—No pongan esa cara, que no es para tanto. Al menos disponemos de un plan y fondos suficientes para acometerlo. Aunque fallen los tubos de agua del francés, las baterías son soberbias y darán juego, si cada uno echa hasta el último suspiro en la empresa. Pero dejemos estos circunloquios que a nada positivo conducen, aunque a veces necesite despacharme de sentinas hacia fuera. Y pasemos a la logística que es

asunto primordial, porque sin cama ni ración no se puede hacer la guerra —se dirigió a mí con el buen humor recobrado—. ¿Dónde piensa instalarse?

Me produjo gran desconcierto la pregunta, porque no había pensado en aquella necesidad. Me sentí como un estúpido al no haber comprendido que, como oficial, debía buscar el adecuado aposento en el que vivir. Deben comprender que mi cerebro funcionaba todavía como un joven guardiamarina, al que la autoridad asigna aposento en cada oportunidad. Para no andar con rodeos, así se lo manifesté.

—Con sinceridad, mi general, no he decidido nada al respecto. La verdad es que no pensé en dicha necesidad. Si saben de alguna casa, me avendría a cualquier solución. No sé dónde ni cómo viven los demás oficiales.

—No tiene porqué pagar alojamiento. Creo que podremos acomodarle con nosotros, ya que será uno más del reducido equipo. En el piso superior disponemos de dos o tres cuartos adecuados, cerca de donde armó su camarote mi ayudante. Si él no tiene inconveniente, allá podrá arrancar.

—Por mi parte, estaría encantado —intervino Escach con rapidez.

—Y así lo tendremos a trabajo continuo —apostilló Barceló entre risa—. Ya sabe que para mí no existen horarios fijos sino trabajos por realizar. Pero no debemos perder los modales, Jaume. Pida una frasca de vino para celebrar esta incorporación.

Poco después, los tres bebíamos de buen humor un vino rojo y espeso que, según el general, procedía de una comarca francesa, aunque hubiese sido parte de una carga apresada a una balandra veneciana que intentaba forzar el bloqueo. He de reconocer que me sentía eufórico, aunque se mantuviera ese especial soniquete en mi cerebro, relativo a la falta de actividad guerrera. Así, lanzado sin freno, se lo comenté a Barceló.

—Mi general —el vino siempre evita ciertas barreras—, sólo un punto me oscurece el pensamiento.

—¿Algún problema? Hable sin miedo, por favor. Ya sabe que todos mis subordinados, y los que se encuentran bajo mi mando directo mucho más, me tienen a su lado para todo lo que sea menester.

—Como puede suponer, estoy encantado y es un honor servir bajo sus órdenes, y por esa razón lo solicité. Pero desearía que tuviese en cuenta que soy voluntario para cualquier acción de combate en la que pueda prestar servicio.

Aunque mantenía cierto recelo ante la respuesta que podía concederme quien mandaba en tantos buques y armamentos, la sonrisa que se abrió en su boca era buen presagio.

—Tiene gracia. Me recuerda usted al joven Toni Barceló, cuando navegaba a su edad con un pistolón en cada mano y el sable en la boca, a bordo de los jabeques que luchaban contra los piratas berberiscos. Comprendo su inquietud y la aplaudo, porque así debe ser. Pero no crea que llega a un trabajo de los llamados de despacho, donde tantas cabezas nobles aplacan sus inquietudes. Es posible que necesitemos información más cercana a la plaza, incursiones de riesgo las llamo, que conllevan su

peligro. Y otras alternativas que saltan como liebre encamada.

—Ya me comentó Escach que son muchas las cañoneras y obuseras y escaso el personal para servir las. Si es necesario, estoy dispuesto a marinar alguna. Como sabe, no me falta experiencia en esas unidades.

—Lo tendré en cuenta, puede estar seguro. Habrá faena para todos, si nuestro Señor sigue imponiendo el empeño que muestra hasta ahora en la empresa de recuperar la plaza.

Tan sólo me faltaba la guinda, la corona definitiva para que mi reincorporación al servicio colmase las expectativas creadas. Comprobé que el general retorció sus manos entre sí con visible satisfacción, lo que me hizo recordar la recomendación de su ayudante, sobre el momento oportuno para abordar con petición a nuestro jefe. Aunque Escach me había recomendado paciente espera, un duende interior parecía lanzarme hacia proa con energía. Barceló pareció comprender que no había terminado, porque me preguntó.

—Me parece que algo ronda todavía por su cabeza, amigo mío. Dispare la salva de una vez, sin miedo.

—En efecto, mi general, y no desearía importunarle en el primer día con mis ilusiones. Su ayudante me explicó los planes para el asalto combinado a la plaza gibraltareña. En esas diez flotantes que se preparan, deberá embarcar gran número de oficiales. Tan sólo deseo informarle que soy voluntario para embarcar en alguna de ellas, si es posible y lo considera conveniente.

—¡Por Santa Úrsula bendita! Resulta que todo mi Estado Mayor personal desea embarcar en esas flotantes, que más parecen vacas sagradas que buques de combate —simulaba un enfado que no sentía—. También Jaume anda con esas pretensiones.

—Mi general, prometió que accedería a mi petición —protestó el ayudante con miedo a una posible negativa.

—Y lo que prometo lo cumplo, aunque me cueste perder un brazo. Bueno, aprovechando que mi humor es excelente, así como el vino que bebemos, aunque largue algún desbarre más o menos inoportuno, os prometo que ambos embarcaréis en una de las flotantes, si mis influencias con los oficiales nombrados para mandar dichas unidades alcanzan el grado oportuno. Pero os adelanto que el riesgo será grande ya que, en mi opinión, esas plataformas quedarán expuestas al fuego enemigo un largo tiempo, demasiado tiempo quizás, y con escasa propulsión propia, único aspecto que me preocupa.

Se hizo el silencio, que aprovechamos Escach y yo para beber de nuestros vasos. En mi interior sentí una inmensa alegría, al comprender que me sería posible tomar parte en un ataque que podría significar el momento más sobresaliente de aquella guerra que tanto duraba.

—Ya veo que calláis como zorros tras la oportuna caza de su presa —volvió a reír y palmear—. Pero mientras llega el momento tan deseado, que no será hasta las primeras semanas de septiembre, si la esperada escuadra arriba sin problemas, es

mucho el trabajo que nos ataca por la proa. Así que ya conocéis mi lema. Al toro por los cuernos.

—Por supuesto, mi general —contestó Escach con una sincera sonrisa en su rostro.

—Le agradezco mucho sus deferencias para conmigo —alegué con sinceridad.

—Dejad las monsergas y parabienes para otras ocasiones, muchachos. Vamos, Jaume, que se aposente nuestro hombre como es debido y no perdáis más tiempo.

Me instalé con toda rapidez aquella misma mañana. Setum preparó con extrema diligencia una de las habitaciones situadas en la planta superior, tras liberarla de un interminable número de cachivaches, cartas, informes y archivos, que fueron apiñados en otra sala contigua. De tal forma, en la misma planta quedaban formados dos camarotes, siendo ocupado por Escach el contiguo al mío. Después de algunas horas de trabajo incansable por parte de mi secretario, al que se le había asignado arranchamiento en la zona del servicio en el patio trasero, conseguimos que la habitación tomara aspecto de camarote personal.

He de reconocer que, a pesar de mi devoción por el jefe de escuadra, no era nada fácil ni cómodo trabajar codo con codo y a todo trapo con aquel hombre extraordinario. Barceló se exigía a sí mismo lo máximo, con lo que es fácil colegir lo que demandaba de sus hombres, mucho más jóvenes que él. Aunque asignado al Estado Mayor del general, mi puesto real de trabajo quedaba amadrinado a Escach como una lapa, a las órdenes directas del general, una especie de ayudante auxiliar, aunque sin nombramiento como tal.

Las colaciones las llevábamos a cabo sin programa establecido, pues el trabajo dominaba los horarios. Se utilizaba el comedor de grandes dimensiones, donde ya había probado bocado más de una vez como guardiamarina. Nos acompañaban con frecuencia otros oficiales del Estado Mayor, como el capitán de fragata Joaquín Malpaso, coordinador de las operaciones de las cañoneras, que dirigiera nuestras nocturnadas contra la Roca desde los primeros momentos, así como el teniente de fragata Enrique de la Fontanera, de quien recibí las primeras e inolvidables instrucciones sobre el uso de las famosas lanchas.

Era Fontanera el personaje más divertido y amistoso de todos, famoso por sus coplas y comentarios. Para complacencia general, este joven oficial acababa de ser ascendido al inmediato empleo, por sus meritorias actuaciones en los ataques nocturnos a la plaza, en uno de los cuales su cañonera había saltado por los aires como títere de feria, consiguiendo salvar su vida y la de sus hombres de verdadero milagro, gracias a su arrojo personal. También acudían de forma esporádica a las comidas algunos de los jefes y oficiales que se encontraban embarcados en diferentes unidades, asignadas al bloqueo de forma permanente, según las necesidades del servicio.

De tal forma, el trabajo podía considerarse sin error posible como de sol a sol, hasta el punto que algunos días alcanzaba mi catre tan extenuado, que ni tiempo

disponía para recrearme en el rostro de Cristina u otros dulces pensamientos. Como norma general, nos dedicamos con más profundidad a la construcción y alistamiento de las cañoneras y obuseras de Barceló, como así se denominaban, por lo que debíamos luchar a diario con los problemas de abastecimiento del material que continuamente se solicitaba a los diferentes arsenales, especialmente el gaditano.

No eran pocos los problemas con los que habíamos de lidiar. La desidia que se percibía a veces en los suministros de algunos ramos, llevaba al general a un estado de excitación tan alarmante, que las paredes y cristales vibraban con sus gritos, blasfemias y amenazas. Pero todo seguía su curso y las lanchas continuaban sembrando con sus balas y obuses la plaza durante las noches, a la vez que se preparaba el número suficiente para la acción combinada.

Por mi parte, intentaba dedicar especial atención a aquellas baterías flotantes en las que tantas esperanzas había depositado, por lo que abría mis orejas a raudales cuando alguna conversación trataba sobre ellas. Recibí la agradable noticia que acompañaría al general y su ayudante en la próxima visita al arsenal gaditano, para comprobar el avance en la construcción de las empalmetadas que, según decían, se encontraban en estado muy avanzado. De esta forma podría calibrar con mis ojos las unidades donde embarcaría para la acción que se calificaba como definitiva.

En cuanto a los momentos de esparcimiento, tan necesarios para el ser humano como la comida o el descanso, se produjeron con escasa periodicidad. Tan sólo un par de veces nos invitó Fontanera a casa de unos tíos suyos, que vivían en un cortijo cercano a Algeciras, mientras que en otras asistí a recepciones oficiales en las que me encontraba encorsetado y sin la necesaria confianza. Por fortuna, conseguí reunirme con los antiguos compañeros guardiamarinas en salidas de descubierta, donde recuperaba las bromas de juventud y ambiente escolar, aunque ya mis galones y tratamiento producían un distanciamiento inexcusable que me hacía sentir mal, a pesar de que intentara conducirme como en tantas otras oportunidades con aquellos viejos amigos.

De improviso, siguiendo la norma habitual en mi vida marinera, llegó la primera ocasión de volver a la acción armada. Tuve conocimiento una mañana en la que, como cada día, nos reunimos con los oficiales presentes en la sala contigua al despacho del general, que hacía las veces de junta improvisada. Se comunicó en el parte diario la noticia que dos oficiales de los asignados a las cañoneras habían sufrido accidentes, aunque por diferente motivo. El primero, un guardiamarina, se encontraba herido al haber caído desde el muelle a la escollera, con lo que se encontraba en el hospitalillo con una pierna reventada. El segundo había sido más difícil de comprender, si tenemos en cuenta la situación de guerra que padecíamos. Un teniente de fragata se había fajado en acalorada discusión con un capitán del ejército, hasta acabar por sacar los sables en duelo abierto. El resultado no podía ser peor, pues ambos se encontraban con heridas múltiples y riesgo de perder la vida. Un acto propio de jóvenes cadetes y unos majaderos, como los denominó el general.

Por esa razón me ofrecí con rapidez para marinar una de las dos cañoneras libres. El general asintió con media sonrisa en su boca, por lo que Malpaso me asignó el mando de la número 33, que entraría en acción aquella misma noche. Volvía a mi antiguo trabajo y la verdad es que necesitaba de aquellas emociones, casi olvidadas en el tiempo.

Pero no crean que disfruté mucho de aquella primera experiencia en mi segunda etapa guerrera. Cuando en las primeras horas de la noche abordé la cañonera, todos los recuerdos perdidos en la memoria parecieron brotar al unísono, hasta concederme unas gotas de tristeza y nostalgia. Cuando comprobé que en la caña del timón se encontraba uno de los guardiamarinas de la Escuela Naval de Ferrol, Marcelino Ozores, con quien había convivido, lo saludé con muestras de alegría. Sin embargo, mi corazón parecía partirse en pequeños pedazos al recordar la figura de Pecas, sus bromas y comidillas que no llegarían en la jornada.

Pero todo en esta vida se acepta con el tiempo y en especial cuando se entra en combate y se escuchan las balas volar sobre la cabeza. Aquella noche llevamos a cabo la tarea sin inconveniente alguno y endosamos a la Roca la diaria ración de balas de a 24, para joder el sueño del inglés, como aseguraba diariamente nuestro general.

A pesar del escaso tiempo transcurrido desde mis anteriores actuaciones con las cañoneras, percibí una peor calidad en las dotaciones. Según diferentes comentarios, el número de unidades aumentaba de forma considerable, pero no en la misma proporción el personal con calidad marinera suficiente. Repetí en los dos siguientes días las conocidas nocturnadas contra el Peñón, hasta ser relevado con nuevos oficiales llegados desde Cádiz. Pero seguía dispuesto a continuar en situación de voluntario para remediar cualquier nueva emergencia.

Por fin, una de aquellas noches en las que llegaba rendido a mi camarote, conseguí sacar el tiempo necesario para escribir a Cristina. De pronto, conforme avanzaba las líneas de la emocionada misiva, volví a sentir la amarga tristeza de la separación. Les aseguro que podía ver aquel rostro que inundaba mi pecho en oleadas de ternura, tan cerca como en el momento de la despedida. Es fácil suponer que mentí con descaro, hasta asegurarle que mi trabajo se limitaba a la ayudantía del general y que no se preveía acción armada de momento. Por supuesto que no mencioné las misiones llevadas a cabo en la cañonera, ni mi predisposición a continuar con acciones de riesgo cuando las necesidades del servicio así lo requirieran. También pasé por alto la información sobre las flotantes, mi ofrecimiento como voluntario y los planes embastados para el próximo futuro. Pero le reiteré mi amor en la forma más encendida. Al igual que las palabras se niegan con excesiva tozudez en presencia del ser amado, al pasarlas a la cuartilla fluían sin descanso, con lo que me fue posible explicarle la enormidad y sinceridad de mi amor, así como el desconsuelo que me producía la separación.

También envié recado más cabal y auténtico a mi compañero Pecas, en correo

separado. Aunque les pueda parecer un pecado de sensiblería inaceptable en hombre bragado, me emocioné al comentar al buen amigo la verdadera situación, así como la promesa del general para embarcar en una de las flotantes. Como pueden suponer, le expliqué las acciones de las cañoneras, aludiendo a la pérdida que suponía su ausencia en ellas. Volví a sufrir aquel sentimiento de extrañar con fuerza su persona, como si me faltara en la vida diaria algún elemento de suma importancia. En realidad, echaba de menos nuestras charlas nocturnas y la alegría que siempre mostraba en los momentos más tristes o comprometidos. Supuse que la noticia de mi embarque futuro para el combate le haría envidiar mi posición, e intentaría sumarse a la empresa con cualquier pretexto o vericuerdo poco legal, tan acostumbrado en su persona. De todas formas, le previne en contra con energía, anunciándole que ya se encontraban los cuadros de las dotaciones al completo y no era posible ni un solo embarque más.

De esta forma me amoldé a la nueva vida, un escalón más con sus partes negativas y positivas, aunque echara en falta la persona cercana en la que largar esos tristes pensamientos que siempre nos asaltan a los mortales, con más asiduidad de la deseada. Por fortuna, mi confianza con Escach aumentaba día a día, con lo que pude comprobar que se trataba de excelente persona. Además, era quien me mantenía informado de todo, al narrarme con detalle las reuniones a las que asistía como ayudante del general. Por mi parte, mantenía en todo momento los oídos abiertos de par en par, y sólo me quedaba en Babia cuando don Antonio, en sus periodos de marejada cerebral, le espetaba a su ayudante en el idioma de sus islas, del que no comprendía una sola palabra.

Y los días comenzaron a discurrir a la velocidad acostumbrada porque, como han podido comprobar, seguía navegando siempre a un largo con viento frescachón, que la calma chicha no era el accidente meteorológico más propicio a mi persona.

6. Una excursión beneficiosa

El mes de agosto se presentó con calor agobiante y escaso viento, situación que se alargó de forma extraordinaria para aquellos parajes, tan habituados a las brisas de levante y poniente, con lo que los uniformes pesaban como sudario de muerto. Por fortuna, Barceló era poco exigente en la etiqueta, con lo que a los miembros de su Estado Mayor nos era concedida cierta relajación en la normativa de uniformidad que, sin duda, se agradecía. Mi trabajo se mantenía en la misma línea, tanto en dedicación como extensión horaria, aunque a mediados del mes nuestro general comenzó a utilizarme de forma más directa, con lo que, en ocasiones, debí asistir a reuniones de trabajo, discusiones con los responsables de los arsenales y cuestiones de toda índole.

Pero el inesperado momento no tuvo lugar hasta la tercera semana del caluroso mes. La noticia se apareció como vela por la proa en un cansino atardecer, cuando repasábamos con nuestro general en persona las existencias de pólvora y balerío para los morteros de doce pulgadas^[7], que incorporaban las lanchas obuseras, bombarderas o bombos, que tantos nombres les llegaron a atribuir. Como si se tratara de un tema cotidiano sin mayor importancia, y tras depositar un manoseado estado de fuerza sobre la mesa, nos espetó con decisión.

—Por cierto, señores, que mañana saldré sin falta para el Arsenal de La Carraca cuando despunte el alba. En esta ocasión me acompañarán ustedes dos —nos señaló a Escach y a mí con el dedo—. Ocúpese, Jaume, de que el carruaje se encuentre en perfectas condiciones a la hora acostumbrada. Por fin podrán contemplar esas vacas sagradas en las que desean embarcar con extremado fervor, y no por su belleza de líneas marineras precisamente. Les advierto que se encuentran a tiempo de recular sobre la decisión tomada.

Aunque la sorpresa fue grande, no necesitamos mucho tiempo para contestar al envite.

—No me ha pasado tal posibilidad por la cabeza, mi general —contestó Escach con decisión.

—A mí tampoco, señor —me uní con rapidez.

—Ya me lo temía —nos ofreció una mirada comprensiva y paternal—. Mucho gustan de esos cañones de bronce, creo yo. Pretendo llegar por la tarde a la villa de la Isla de León^[8], y en las primeras horas del siguiente día visitaremos el Arsenal, donde debo manejar diversos asuntos que nos urgen y pueden imaginar. Como complemento, echaremos un vistazo al estado de construcción de esos buques de tan esbelta silueta y los recorreremos a conciencia —ahora rió con fuerza.

—Esperemos que, al menos, esas empalmetadas lleven a cabo su función como de ellas se espera.

Ahora terció de buen humor el capitán de navío Urreiztieta, jefe de una de las dos

divisiones permanentes asignadas a las fuerzas del bloqueo, bajo el mando de Barceló, formada por un navío, una fragata y tres jabeques con base en Ceuta. Este oficial, como otros en misiones de parecida índole, tomaban parte en las reuniones del Estado Mayor de tarde en tarde, cuando las necesidades de sus unidades lo permitían o debían informar al general de algún asunto de importancia.

—Confiemos en la mano divina y en los buenos oficios de don Buenaventura Moreno —Barceló retorció sus manos en expresivo gesto—. Puede conseguirse si cada uno le echa el valor suficiente. Debemos esperar el éxito de la empresa.

—Pocas oportunidades nos quedan, que ya las trompetas de las negociaciones se escuchan en la distancia.

De esta forma, el resto de la tarde y toda la noche me sentí nervioso y azorado, como si debiera entrar en combate al día siguiente. Debemos recordar que los papeles e inventarios abruman al militar como saco terrero en los lomos, y estos escarceos presentaban el atractivo de la novedad, a la vez que rompían la tediosa monotonía.

Tal y como había ordenado el general, arrancamos la pesada marcha hacia La Isla, cabecera del Departamento Marítimo de Cádiz, a las siete de la mañana. El carruaje era lento de tiro y con comodidad limitada, lo que me hizo añorar el landó-barco de cinco vidrios de la casa de Montefrío. Pero debo reconocer que mi espíritu galopaba emocionado muchas leguas por delante, ya que no sólo visitaría la población marinera y conocería su arsenal cercano, sino que comprobaría con mis propios ojos las famosas máquinas de guerra en las que debería demostrar que la charretera ganada no lo había sido en feria o concurso de baile.

Atravesamos Tarifa, donde los recuerdos volvieron en cascada a mi cerebro, al comprender que seguíamos un camino inverso al que me llevó, semanas atrás, hacia la gloria de los honores y el amor. Barceló quedó dormido a los pocos minutos de arrancar la marcha, en aquélla su pasmosa facilidad de conciliar el sueño aunque sonara un cañonazo de a 36 junto a sus dañados oídos. Por el contrario, Escach y yo observábamos el camino, bien despiertos, a la vez que nos hacíamos señas para señalar los diferentes ronquidos, de cambiantes tonalidades, con los que nuestro general amenizaba la travesía.

Debíamos rondar el mediodía, cuando don Antonio despertó al tomar el carruaje un bache de pronunciado tamaño, que nos hizo saltar como potro desbocado.

—¡Por San Telmo! Vaya unos machetazos que encapilla este pesado cascarón. ¡Calma el tiro, Sebastián! —Dirigió el grito al viejo cochero—. Creo que he dormido algún tiempo.

—Unos pocos minutos, mi general —a Escach le salió del alma la broma, mientras yo intentaba contener la risa que se escapaba a borbotones por mi boca.

—Os veo chistosos y de excelente humor, muchachos. Debe ser la posibilidad de observar de cerca vuestro anhelado destino, siempre que lo considere conveniente —el general gustaba de la broma con sonrisa escondida—. Ya sé que he dormido como un engolfado becerro casi tres horas, y que mis ronquidos habrán tronado como

sirena de niebla. Podéis rogar a vuestro patrón personal que alcancéis mi grado y edad en condiciones parecidas, aunque después de vuestra experiencia en las flotantes lo dudo mucho, porque os endosarán los ingleses alguna bala roja en vuestras partes traseras —palmeó sus muslos entre risas—. Por cierto, que esta siestecilla tempranera me ha levantado el apetito y la sed. ¡Sebastián!

Barceló se adelantó para hablar con el cochero, viejo marinero con muchos años a su servicio, a la vez que el carruaje tomaba otro bache pronunciado, hasta lanzarlo sobre Escach con violencia.

—¡Por Satanás, Sebastián! ¿Quieres matarnos? Eres más peligroso que los navíos ingleses.

—Perdone, mi general, pero las rodadas son profundas y difíciles de esquivar. Han debido pasar recientemente cabalgaduras con artillería.

—Sería artillería gruesa, desde luego. Pero, dime. ¿Falta mucho para alcanzar la Venta del Soto?

—Muy poco, señor. Tan sólo debemos trasponer ese pequeño cerro que se nos abre por la amura. ¿Pararemos en él como de costumbre?

—Desde luego, que estos jóvenes oficiales muestran claros signos de desnutrición.

En efecto, pocos minutos después tomábamos la venta, en las cercanías de Vejer de la Frontera, donde el general era conocido como Pedro por su casa. Tanto así, que no fue necesario encargar las viandas, que ya sabían de los gustos de don Antonio.

Tras un apetitoso almuerzo, en el que comimos un cordero que me supo a gloria celestial, regado con buenas jarras de un vino que llamaban tempranero, reemprendimos la marcha, momento en el que Barceló volvió a sumirse en una siesta reconfortante y necesaria, como siempre nos explicaba. Desde luego, era cierto que los carruajes actuaban sobre él como láudano de barbero.

Atento al trayecto, comprobé que atravesamos las villas de Conil y Chiclana, hasta embocar el puente que llamaban de Zuazo, que nos permitió la entrada en La Isla. Sin necesidad de orden alguna, el cochero se dirigió con seguridad por calles estrechas, hasta penetrar en un patio empedrado de bellas proporciones y cuajado de flores, donde se detuvo. Según supe después, se trataba de la residencia del capitán de navío Bienvenido Macalís, en situación de retiro, viejo amigo y compañero de armas del general, desde sus días en los jabeques mediterráneos.

El resto de la velada se abrió amena y divertida, con sólo escuchar las aventuras y episodios que aquellos dos hombres narraban de su inagotable repertorio, muchos de ellos impropios de señoras o doncellas, por lo que las presentes, al comprobar el derrotero que tomaban las chanzas, optaron por una discreta retirada. Pero fue realmente divertida la pugna verbal en la que los dos hombres se medían. Al mismo tiempo, en mi interior comprendí que recibía como regalo una lección magistral de táctica naval, artillera y hasta de nuestra propia Historia, al escuchar las narraciones de aquellos dos hombres que habían entregado su vida a la Armada desde su más

tierna infancia. Por mi parte, hube de narrar el cautiverio sufrido en Tarfí, así como la toma del bergantín inglés en el puerto de Tinsuf, con lo que me sentí halagado porque ya pasaban semanas en las que aquel famoso tema había pasado al olvido.

Tomé la cama de muy buen humor y profunda alegría en el cuerpo, producidos ambos beneficios, indudablemente, por los numerosos caldos con que nos agasajó nuestro anfitrión. Además, seguía con los nervios destemplados, en espera de la visita programada para el día siguiente.

Tras un ligero desayuno, partimos con Sebastián a las riendas en dirección al Arsenal de La Carraca, uno de los tres principales erigidos en la España europea, establecimientos donde se construían y mantenían la mayor parte de los buques de la Armada. Fuera de nuestro continente, era famoso el arsenal de La Flabana, que tan excelentes maderas utilizaba a un precio más asequible. Allí se había construido el navío más poderoso que jamás surcó los mares, y buque insignia de la escuadra del general Córdoba, el Santísima Trinidad, único ejemplar de cuatro puentes.

Era fácil comprender el nombre asignado a la Isla de León, porque se encontraba sumida entre un confuso enjambre de mar, ríos, caños y esteros, hasta formar un isleño panal por el que no era fácil conducirse en cualquier dirección. Pero por fin, tras rodeos y estrechos vericuetos nos enfrentamos a la Puerta de San Fernando que ofrecía la entrada al arsenal gaditano, el más monumental de nuestros establecimientos militares. Disfrutaba el portón de un grupo escultórico tallado en madera, de una belleza extraordinaria, sobre el que podía leerse la leyenda que decía: *Tu regere imperio fluctus, hispano memento*^[9].

En primer lugar, y como norma habitual de cortesía, don Antonio giró visita al Comandante del Arsenal, con la intención de saludar a quien dirigía aquel fabuloso complejo industrial, para el mejor servicio de la Armada. Se trataba del capitán de fragata don Juan Mendoza y Hurtado, hombre franco aunque comedido en exceso. También presentó sus respetos al que en ausencia de don Luis de Córdoba, ejercía como Presidente de la Junta Departamental, el teniente general marqués de Casa-Tilly, con quien Barceló no parecía mantener fluida y amistosa relación.

A partir de ese momento, llevamos a cabo un agotador recorrido por el almacén general y los diferentes ramos y talleres de arboladura, cañones, velas, jarcias y un interminable sin fin. En todos ellos discutía nuestro jefe con diferentes ingenieros y oficiales de mar, sobre pedidos pendientes o reformas específicas a llevar a cabo en algunos armamentos y aparejos de sus unidades. En estos casos, era normal que la inicial cordialidad que Barceló mostraba, se tornara en furia satánica, hasta acabar por proferir exabruptos y amenazas sin medida, que nos hacían dirigir la mirada hacia otra parte.

Escach y yo tomábamos notas sin descanso, con frecuencia a vuelapluma y merced de garabatos, porque don Antonio se lanzaba sin templanza en sus dictados a la vez que, de forma impenitente, nos dirigía su típica soflama:

—¡Y que quede bien descrito lo que acabo de exponer, o sufriréis las consecuencias!

Como era su costumbre, nuestro jefe pasaba de los momentos de excitación y enfado, en los que su vozarrón se abría como disparo de carroñada, a otros de sonrisa y plena satisfacción, en los que empleaba un tono más bondadoso y coloquial. Pero ya estábamos acostumbrados a su *modus operandi*, con lo que nada nos llamaba a extrañeza.

Fue entrados en el mediodía, cuando el carruaje bordeaba un caño que llegaba a morir en unos diques de forma pronunciada, cuando don Antonio nos gritó con inesperada alegría, mientras señalaba con su mano a través de la ventanilla.

—¡Allí tenéis vuestras perlas enamoradas, muchachos! —Sonreía, feliz, agitando sus brazos como niño que recibe un premio especial—. ¿No queríais comprobar con los ojos la maravilla principal de la arquitectura naval española? Pues por la proa de este infernal carruaje se encuentran esos engendros que castigan la vista de todo hombre de mar, habituados a las bellas líneas de cualquier buque.

Por primera vez distinguí la figura de las famosas baterías flotantes, que tan ancladas se mantenían en mi cerebro de forma imaginaria, desde el momento mismo de la reincorporación al servicio. Una vez descabalgados del carruaje, pude observar con la necesaria lentitud las tres unidades que se encontraban a nuestra altura, y comprobar con detalle su estructura y disposición.

He de reconocer que aunque mi experiencia en la Armada era corta en el tiempo, disponía ya de suficiente cultura naval en cuanto a cantidad y variedad de unidades a flote, para comprender en pocos segundos que aquellas figuras que se abrían ante mis ojos presentaban las más extrañas proporciones y características. Les aseguro que no se parecían en nada a lo estudiado en la Escuela Naval, en la asignatura denominada como Construcción Naval, donde se explica con detalle como han de ser las líneas maestras de toda embarcación. Aquellos armatostes de mar, como los denominaba Barceló con exacta definición, eran la antítesis de lo natural, como si a una iglesia catedral construida con nobles sillares de piedra, se le hubiese adosado un pobre caserón de adobe a media altura de su torre.

Siempre había creído que la simetría era la base y proporción para todo buque que ha de surcar los mares. Se nos había repetido que la línea de crujía^[10] debe separar dos partes iguales, como naranja tronchada por mediana, tanto para su correcto marinaje, como para seguridad y estabilidad en la navegación, hasta conseguir que los pesos se distribuyeran por igual hacia ambas bandas de babor y estribor. Pero en las vacas sagradas, esta definición era de Escach, el desnivel entre las dos bandas era monstruoso y pronunciado, como si la construcción se hubiese dedicado solamente a uno de los costados, faltando los haberes de la Real Hacienda para las necesidades del contrario.

En realidad, las flotantes se reforzaban con doble casco, entre los cuales debería correr el líquido refrigerador, solamente en la banda que se presentaría al enemigo y

en la que, por supuesto, se montaban las baterías artilleras. Podemos asegurar sin posibilidad de error que se trataba de un buque en el que solamente una banda se encontraba dispuesta para la guerra, ya que la otra carecía de armamento.

Aunque mantenía los tres palos del casco inicial, éstos se hallaban recortados a la altura del segundo mastelero, con lo que se presumía una difícil maniobra para sus aparejos, así como una lentísima navegación con vientos largos. También disponían de aberturas en el casco para escalamar^[11] grandes remos, previstos para caso de emergencia. Pero, en verdad, era éste un elemento auxiliar y sin importancia en el caso que nos ocupa. El objetivo principal y perseguido no era otro que conseguir un conjunto incombustible, insumergible y con suficiente potencia de fuego.

Las tres unidades que se encontraban ante mis ojos pertenecían al grupo de las de mayor porte, bautizadas con nombres tan dispares como Tallapiedra, Rosario y San Cristóbal. Como digo, el abultamiento monstruoso en el casco, como barriga de parturienta, se llevaba a cabo en la banda de estribor, a la vez que todo él se reforzaba ligeramente para ser impregnado por sustancias esponjosas y con flotabilidad propia. El puente bajo quedaba ajustado a escasa altura de la línea de la flotación, por lo que se presumía utilizable con buen estado de la mar. Por encima del puente alto y solamente a la banda de barlofuego^[12], se incorporaba una estructura protectora más, para impedir que las balas enemigas penetraran por su parte superior.

Bajo los palos se estibaba una porción de jarcia mojada sobre el cubichete, con el fin de ofrecer resistencia a las balas de fuego y contener el agua que debía ser enviada por medio de las bombas, un torrente que, en su curso, debía alcanzar las lanetas del entrecasco. Por toda la parte cercana a los costados, se extendía una gran porción de materias elásticas como protección añadida, hasta formar realmente el blindaje. Para colmo de aversión a la vista de todo ser humano, una banqueta o cintón de gran tamaño recorría todo el buque a la altura de la línea de flotación, con el objeto, según aseguraban, de poder reparar daños recibidos en algún momento necesario, lo que se me antojaba acción difícil y hartamente peligrosa.

Encontré, sin embargo, adecuados y espaciosos los entrepuentes preparados para los servidores de las baterías, unas dotaciones que serían utilizadas a tercias, con lo que se podría producir el adecuado relevo por cansancio o bajas producidas en el combate. A sotafuego podían observarse grandes aberturas para salidas de humos, ya que en caso contrario acabarían por morir asfixiados cada uno de los miembros de la tripulación, al encontrarse en compartimento estanco con disparos de pólvora.

Por último se encontraban los pañoles, uno a babor y otro a estribor, asignados a las bombas, de un tipo muy parecido a las normales de picar a bordo en cualquier buque, aunque de mayor tamaño y potencia. Se trataba del material innovador e imprescindible que debía suministrar el caudal de agua con suficiente presión, a todos los recintos que era necesario mantener en permanente humedad, así como otras tuberías dirigidas con más caudal a las dos santabárbaras^[13], una a proa y otra a popa, para su inundación en caso de incendio. En conjunto, un espantoso proyecto que

deformaba el buque claramente hacia una banda, con una desproporción tremenda de pesos que, sin embargo, se compensaban con el anclaje de viejos cañones y piedras en los fondos de la banda menos protegida.

Por más que lo intentaba, no podía imaginar aquellas vacas navegando por la mar, aunque no fuese ése el fin principal de su construcción. Suponía que deberían ser remolcadas hasta su objetivo, para no perder media vida en el trayecto. Sin embargo, pude comprobar la gran calidad de aquella artillería de a 24, toda de bronce, con lo que el tiro podría ser más ajustado y con más repetición que en los clásicos de ferro negro. Además, aquel bronce limpio y brillante, sobresaliendo por las portas de estribor, les confería una dignidad que intentaba compensar el feo aspecto del conjunto.

Todos estos detalles los comentábamos Escach y yo con nuestro general, al embarcar en la San Cristóbal y recorrer con detenimiento cada uno de sus compartimentos. Sin embargo y para mi sorpresa, el general las encontraba adecuadas para el fin que se perseguía.

—Éste es el proyecto en el que he trabajado muchos años y expuesto a la Autoridad, aunque sin tantos miramientos de conductos acuosos y este desmadre de protecciones laterales. Necesitamos grandes baterías para atacar la plaza de forma combinada, con la escuadra y tropas de tierra. Y no me refiero solamente a la Roca inglesa, que en el norte de África se abren muchos frentes idóneos. Ha tenido que venir un francés para conseguir los fondos necesarios.

—Pues, según parece —apuntó Escach con seriedad—, el agua llega a cada sitio en la forma conveniente. Acaban de probar la humedad en las jarcias del cubichete, y se encuentran bien empapadas.

—No me entiendan mal, muchachos. Es posible que funcionen correctamente y así lo deseo por el bien de la empresa. Pero, en mi opinión, no es necesario tanto gasto y se podría fabricar un número superior de acuerdo a mi sencillo proyecto. Pero, bueno, aprovechemos el momento y la oportunidad.

—Aunque lo imponga un francés.

—Si es bueno para la guerra —bramó don Antonio—, aunque proceda del mismo Satán.

Fue en el preciso momento que accedíamos al primer puente desde las santabárbaras, cuando nos encontramos de frente con un capitán de fragata espigado y de buena planta, que se dirigió hacia nosotros al reconocer a Barceló.

—¡Qué alegría verle por aquí, mi general! Me avisaron de su visita y lo buscaba.

Barceló le ofreció un abrazo efusivo, siguiendo su costumbre con los que alguna vez se habían encontrado a sus órdenes.

—También yo me alegro de verle, Gravina. No sabía que estaba usted empeñado en estas unidades.

—Pues se encuentra a bordo, precisamente, de la que acaba de quedar bajo mi mando, la flotante San Cristóbal. De esta forma, me será posible volver a guerrear a

su lado porque, según tengo entendido, sus cañoneras apoyarán nuestro fuego.

—Y con muchas unidades. Ordenaré a mis hombres que cuiden a la San Cristóbal de forma especial —bromeó el general con alegría.

Por fin, Barceló cayó en la cuenta de que sus muchachos se encontraban a su lado, por lo que se giró para presentarnos a ese extraordinario oficial con quien, cosas del destino, tanto tuve que ver en el futuro cercano y menos cercano. Pero ya llegará esa información en su momento.

—Muchachos, ante ustedes tienen a una de las mejores cabezas de nuestra Armada, a la vez que un hombre de verdad y con valor más que demostrado. Aunque siciliano de nacimiento, no todo ha de ser perfecto, parece mallorquín de pies a cabeza —bromeó Barceló—. Les presento al capitán de fragata don Federico Gravina.

Era Gravina un personaje atractivo, magro de carnes, regular estatura y rostro agradable, donde destacaban unos ojos pardos muy penetrantes y una nariz aguileña. En aquellos días debía contar con veintiséis años, aunque ya mostraba un empaque de innegable categoría personal. Nos dirigió una sonrisa, a la vez que me reconocía como uno de aquellos guardiamarinas de Barceló que tanto dieron que hablar. También intentó ofrecernos su opinión sincera de las vacas sagradas, aunque nuestro jefe deseaba recordar viejos tiempos, norma muy común en los marinos a partir de cierta edad.

—Debéis saber, muchachos, que cuando este señor comenzaba con decisión sus primeros pasos como alférez de navío, embarcó en los jabeques del Mediterráneo bajo mi mando. Si no recuerdo mal, Gravina, perteneció a las dotaciones de... el Gamo y el...

—Pilar. Esos dos fueron los jabeques por los que rodé aquellos días, en nuestras felices y nada aburridas empresas contra los piratas berberiscos. Buenos tiempos aquéllos, mi general.

—Y tan buenos —Barceló amplió su sonrisa, mientras tomaba a Gravina por el brazo—. Creo que fue a bordo del Gamo cuando hundieron cuatro corsarios argelinos en un mismo combate, lo que le valió el ascenso a teniente de fragata.

—Y recibí el mando del jabeque San Luis, con lo que me puse a sus órdenes para los primeros días del bloqueo de Gibraltar. ¡Cómo pasa el tiempo!

—Pasa como el rayo, que bien lo sé yo. Corremos ya el cuarto año de este largo asedio y esa puñetera Roca no se viene abajo. Esperemos que en esta próxima jornada lo consigamos.

—En esa esperanza nos ensoñamos todos. Creo que, en conjunto, se encontrarán más de diez mil hombres empeñados en la acción.

—Pero estas flotantes serán la punta de lanza, y sobre ellas gravitará gran parte de las posibilidades. Esperemos que sean tan incombustibles como el inventor asegura.

—Eso deseamos —el tono de Gravina parecía ofrecer ligeras dudas—. Al menos, disponemos de una artillería recién labrada a nuestra disposición. Lo que habríamos

dado en nuestros jabeques por una pieza de éstas, mi general.

—Yo habría ofrecido una de mis piernas, o las dos, puede estar seguro.

Barceló celebraba con fuertes risas su expresión, cuando pareció recordar un punto importante. Se mantuvo en silencio unos segundos, mientras dirigía su mirada hacia nosotros con una burlona sonrisa.

—Por cierto, Gravina. Este encuentro parece ser obra del destino. Desearía pedirle un favor muy especial.

—Lo puede considerar resuelto, mi general, si en mi mano se encuentra.

—Se trata de los dos hombres de mi máxima confianza, éstos jóvenes que me acompañan. Del alférez de fragata Leñanza y sus aventuras ya tiene suficientes referencias, por lo que puede deducir sus cualidades personales para el combate. De Jaime Escach también se las puedo certificar en el mismo sentido. Ya sabe que mantengo la sinceridad delante de la nariz en toda cuestión del servicio, en especial para la correcta asignación de puestos y destinos. Son dos jóvenes bragados, fuertes y valientes hasta el límite, que han disparado en numerosas ocasiones contra la plaza gibraltareña a bordo de mis cañoneras. Fruto de su ardor guerrero están empeñados en tomar parte del glorioso día, a bordo de una de estas flotantes de tan tenebrosa estampa, que todo hay que decirlo. ¿Puede embarcarlos bajo su mando?

—Por supuesto, mi general. Oficiales recomendados por usted son siempre una garantía. Les adelanto que llevaremos unas dotaciones muy superiores a las que corresponderían a unidades de este porte. Muchos son los voluntarios, algunos recomendados por la Corte —hizo un signo harto elocuente—, pero no vendrán mal dos pares de brazos con el certificado de don Antonio Barceló.

—Muchas gracias, Gravina. Le aseguro que no se arrepentirá. Lo comunicaré a la Dirección General. ¿Cuándo han de presentarse a bordo?

—No es necesario que comunique nada, mi general. Tan sólo es necesario un destacamento firmado por su Estado Mayor, según se ha establecido por la Dirección, porque las prisas acucian. Deberán encontrarse a bordo el día primero de septiembre. Calculo que la acción tendrá lugar en la segunda semana de dicho mes, porque ya pasaron tanto avante con la ría de Ferrol, hace días, los buques del general Córdoba.

—Supongo que estarán contentos —Barceló se dirigió a nosotros—. Embarcarán en estos hermosos buques —continuaba con el acento burlón—, tal y como deseaban. Pero, ahora en serio, tendrán la suerte de combatir y encontrarse bajo el mando de uno de los mejores oficiales de la Armada, y ya saben que no soy propicio a elogios inmerecidos.

Agradecemos personalmente al capitán de fragata Gravina su deferencia, mientras sentía cómo un ramalazo de placer recorría todo mi cuerpo. A partir de aquel momento, durante el resto de la visita a la flotante San Cristóbal, acompañados por su comandante, ese buque que tan importante papel jugó en mi vida fue cambiando ante mis ojos, hasta llegar a encontrarlo fino de líneas y hermoso de estructura. Acariciaba el bronce de sus cañones, con la mente puesta en la futura jornada, donde

utilizaríamos aquella extraordinaria artillería contra el inglés. Se trataba, sin duda, de la emocionada locura por conseguir la meta anhelada.

Por fin, nos despedimos de Gravina con efusivas muestras de agradecimiento y consideración. Cuando nos alejábamos del embarcadero en el carruaje, seguía con la mirada fija en aquellos buques a través de la ventanilla, tanto así que Barceló llegó a golpear mi brazo para que prestara atención a sus palabras.

—¡Despierte, Leñanza! Todavía no ha embarcado en esa vieja panzuda y nos queda mucho trabajo por la proa.

—Perdone, mi general —me reincorporé al asiento, mientras lanzaba un comentario que parecía dirigido a mi coeto—. Vistas desde aquí, no son tan feas esas unidades.

—Más bien diría que son hermosas de líneas, como un navío de tres puentes —rompió en risas, golpeando mi hombro—. Qué cosas hemos de oír.

Continuamos con nuestras visitas por más ramos y talleres, donde nuestro jefe recuperó su forma habitual. Por fin, tras un ligero almuerzo en casa del ingeniero Golabert, amigo personal de Barceló, y alguna visita más por la tarde, emprendimos el regreso a La Isla.

Aunque Barceló no se encontraba muy contento de las gestiones llevadas a cabo para la disposición de sus lanchas, el ambiente se compensaba al observar la cara de felicidad de los que lo acompañábamos. Por fortuna, una vez instalados en el carruaje, nuestro jefe comenzó su consabido ronroneo, con lo que Escach y yo, alborozados y felices, pudimos cambiar impresiones sobre las famosas flotantes, sin levantar demasiado la voz.

El resto del viaje me resultó sobrante. Aunque en la cena de aquella noche en casa de los Macalís, el tema a discutir fue dedicado de forma monográfica a las baterías flotantes, mis pensamientos volaban a distancia por la proa. La conversación no era más que una repetición sobre un argumento básico que generaba una duda que a todos atenazaba: ¿Aguantarán las balas rojas del inglés aquellas vacas panzudas el tiempo suficiente? Pero he de reconocer que no me preocupaba un ápice aquella cuestión en esos momentos.

Dormí como un bendito y de un tirón toda la noche, aunque entrara en el pesado sueño a bordo de la San Cristóbal. Los cañones de bronce relucían con especial brillo en mi mente, mientras aplicaba la mecha al oído y se producía el retumbo del infierno. Pero en el trasfondo de la escena también se encontraba el rostro de Cristina, con su sonrisa abierta y los ojos azules que no podía olvidar. Eché en falta la presencia y comentarios de Pecas, con quien habría deseado celebrar aquel embarque, trasegando a medias alguna frasca de vino. Pero todo estaba abierto a la incógnita una vez más, con lo que el típico nerviosismo volvió a mi vida de forma agigantada.

7. Importante reunión

Regresamos a nuestra base algecireña al día siguiente, por lo que seguimos el mismo itinerario marcado a la ida, aunque en sentido inverso. En esta ocasión almorzamos en la Venta del Buen Suceso, cercanos a la ventosa villa de Tarifa, donde también Barceló parecía navegar como en aguas propias. Llano y afectuoso en el trato con persona de cualquier condición y procedencia, conseguía ser admirado y querido por todos, lo que se traducía en un agasajo especial y sinceramente amable de los más humildes, que redundaba en beneficio de su diario servicio y, en este caso particular, de nuestros estómagos.

Pero no atacé las magníficas viandas que abrían a nuestra vista con los apremios de otras veces, porque mi ánimo se encontraba lanzado en diferentes latitudes. Las esperanzas que se habían abierto con la visita a las baterías flotantes, me concedían un sentimiento difícil de explicar, muy parecido a los momentos anteriores al primer embarque en el navío Vencedor, en aquellos lejanos días como guardiamarina en la Escuela Naval de Cartagena.

En Algeciras me aguardaba, sin embargo, una gratísima e inesperada sorpresa. Setum, el fiel servidor que se consideraba una parte inseparable de mi persona, había quedado descorazonado en el cuartelillo, ante la imposibilidad de acompañarme en la comisión a la Isla de León. Al verme aparecer en el edificio de regreso, a la vez que lo celebraba con muestras efusivas de aprecio, me hizo entrega de dos cartas dirigidas a mi nombre. Mientras me ofrecía una radiante y sinuosa sonrisa, no fue capaz de renunciar a su propio comentario.

—Bienvenido de vuelta, señor. Con la estafeta del Cuartel llegó correspondencia personal para usted. Una de las misivas aparece escrita con una bella letra que calificaría como femenina, por lo que no es difícil suponer la persona que la remite.

—Dame eso ahora mismo, truhán africano, o te sacó las tripas.

Se las arranqué de las manos con rapidez a la vez que lo empujaba con afecto. Comprendí en aquellos momentos que nunca había visto la letra de Cristina, pero no albergaba dudas al respecto, al observar aquellos giros redondos y femeninos, tan bien trazados. La segunda pertenecía al pequeño Pecas y era menos voluminosa. Como pueden comprender, desaparecí en mi camarote a la mayor rapidez y rasgué el sello con premura, para pasar a leer, emocionado, las noticias de quien tanto amaba.

Les aseguro que en aquel primer mensaje de amor recibido, sentí crecer las alas y rastreras como penachos en mis hombros, a la vez que el alma se henchía como una vela cangreja y la piel se erizaba de placer. No imaginaba a Cristina tan adecuada en el lenguaje escrito, no sé por qué, pero sus frases cariñosas, algunas con una profundidad amorosa incalculable, me transportaron al séptimo cielo a lomos del dragón alado. Es fácil imaginar que leí y releí aquellas líneas varias veces, hasta ser capaz de memorizarla de corrido. Pero quedaba plasmado con claridad el inconmensurable amor que Cristi me dispensaba, una concesión que todavía me

costaba creer como cierta por inmerecida, lo que era motivo suficiente para evaporar cualquier sentimiento negativo del cerebro.

Pero el dato de más importancia, la verdadera sorpresa, la mencionaba en las últimas líneas, al advertirme que al día siguiente marchaba hacia Las Garitas del Marqués con su hermano Pecas, para acompañar a su madre, a quien le recomendaban un par de semanas en el campo, por haber padecido unas peligrosas fiebres de las que debía recuperarse. De esta forma se encontrarían a tiro de piedra y cabía la posibilidad de la cercana escapada, aunque el horizonte no se encontraba despejado en cuanto a trabajo y necesaria dedicación. De todas formas, agradecí aquellas benditas fiebres maternas que acortaban, al menos, la distancia a la persona amada.

La carta de Pecas era más directa y práctica en su contenido. Me anunciaba asimismo el viaje a la querida hacienda, así como su pleno restablecimiento, un aspecto este último del que dudé seriamente. Pero la noticia más importante la dejaba para el final. Me confesaba su adoración encendida hacia una damisela llamada María de las Mercedes de Ruidera, incomparable belleza de la que había caído enamorado a muerte. Por desgracia, el objetivo de sus sueños era mayor que él y no parecía corresponder a sus firmes requerimientos con lo que, según sus propias palabras, se encontraba al borde del suicidio.

Aquellas noticias me alegraron sin medida, aunque también produjeron cierto desasosiego e inquietud en el espíritu. Tras comprobar la fecha, colegí que ya debían haber llegado a Las Garitas, lo que me producía un encontrado sentimiento al saber tan cercana a Cristi, así como inalcanzable la posibilidad de visitarla. Era mucho lo que quedaba por hacer y escaso el tiempo hasta el día fijado para el embarque en las flotantes. Como de costumbre, un futuro incierto por la proa. Decidí que era mejor no pensar en aquellas circunstancias ni sus posibles consecuencias.

Pero como tantas veces les he anunciado, en la Armada todo vuela como una cometa sin rumbo permanente. A las pocas horas de nuestra llegada, Escach caía enfermo del vientre, en opinión de Barceló como justo castigo a la desenfrenada gula demostrada en la venta tarifeña, con lo que debía guardar cama y beber espantoso brebaje. Al mismo tiempo, el general me anunciaba una importante reunión para el día siguiente, a la que asistirían las cabezas principales empeñadas en el bloqueo y acciones programadas para el asalto definitivo. Pueden imaginar mi alegría cuando me encargó la ayudantía para dicha jornada, a un imberbe alférez de fragata, con lo que recibiría información de primera mano sobre el estado actual de las operaciones y plan general para el ataque, en el que tomaría parte a las órdenes de Gravina. Las enfermedades ajenas llegaban en mi auxilio una vez más.

De esta forma, a la mañana siguiente salimos en el carruaje, con Sebastián a las riendas, en dirección a la población de San Roque, aquella villa creada por los verdaderos gibraltareños, expulsados tras la pérdida de su querida Roca, donde se encontraba el cuartel general de las tropas españolas. Barceló me ofreció algunos

consejos de estima en el trayecto.

—No se deje cegar por el brillo de los uniformes y el oro de los entorchados, que no siempre significan un mayor desarrollo del cerebro —me dirigió una de sus típicas sonrisas burlonas—. Usted manténgase siempre sin separarse de mi persona una pulgada, a no ser que así se lo indique. Tomará asiento detrás de mí, dispuesto a escribir las notas que le dicte, o aquellas informaciones que escuche y considere convenientes.

—Lo que usted diga, mi general. Supongo que seré el único alférez de fragata en dicha reunión —sonreí con el orgullo marcado en mi rostro.

—Puede estar seguro, muchacho, porque los ayudantes presentes serán viejos coroneles que arrastran los cordones como prenda de emplumado —rió su propia gracia—. Veremos qué dicen estos señores sobre la jornada que ha de venir.

—¿Estará presente el capitán de fragata Gravina? —pregunté sin pensarlo dos veces.

—Supongo que lo harán todos los comandantes de las flotantes, que tanto arriesgan en el empeño. Puedo decirle que no confío mucho en estas reuniones, que más parecen recibos de palacio. Pero me parece que sus pensamientos se encuentran más en la flotante San Cristóbal que en esta empresa —volvió a sonreír, bonachón.

—Era sólo curiosidad, mi general.

En realidad, el denominado como Cuartel General de las fuerzas sitiadoras no era más que un viejo caserón, convenientemente amueblado y embellecido hasta formar un digno palacete. Allí se celebraba a los pocos minutos de nuestra llegada la concurrida y elegante reunión, donde los entorchados brillaban sin freno y esplendoroso relumbrón. Pueden comprender mi azoramiento de los primeros momentos, sentado tras la figura de Barceló, que me recomendaba calma y tranquilidad con la mirada.

Para la ocasión, el duque de Crillon vestía uniforme grande, por haber sido designada la gala como uniformidad del día, con casaca azul, forro encarnado, tres órdenes en las vueltas y divisa roja, el mismo que Barceló aunque el marino, como jefe de escuadra, utilizara una sola orden de bordado en las bocamangas. Pero la tela del uniforme del duque no era la lana embastada del marino, sino una suave seda que parecía aligerar los calores y movimientos.

Entre los miembros del Ejército destacaban, por su ascendencia, la presencia de los tenientes generales Gazola y conde de Revillagigedo, el mariscal de campo Frontis e, incluso, el general inspector de ingenieros Abarca, a caballo entre la corte y el campo sitiador, además de otros generales y coroneles con mando directo en el campo. Por parte de la Armada, y a pesar de haber sido convocado, no asistía a la reunión el teniente general don Luis de Córdoba, al mando de la escuadra combinada que tomaría parte en la acción, por mantenerse en travesía hacia Cádiz, una ausencia que, como después se comprobó, no produjo beneficios.

Sí que se encontraban presentes por parte de nuestra Marina, quien actuaba como

interino en la Director General de la Armada y Comandancia General del Departamento, en ausencia de Córdoba, teniente general marqués de Casa-Tilly, el de su mismo empleo don Juan de Lángara, el jefe de escuadra don Buenaventura Moreno, que debería mandar la escuadra de las flotantes, el brigadier don Antonio Albornoz y el Ingeniero Comandante don Francisco Austrán. Como me bahía adelantado Barceló, también se habían convocado los comandantes de las unidades que llevarían el peso de la jornada. Y no es de olvidar la presencia de algunos príncipes extranjeros, como el conde de Artois, hermano del Rey de Francia Luis XVI, el duque de Borbón y el príncipe de Nassau que, precisamente, mandaría una de las flotantes más poderosas, la Tallapiedra, con un porte de 21 cañones. Como es fácil imaginar, los ayudantes de campo, a los que algunos generales denominaban como edecán, pululaban por doquier, atentos al menor gesto o indicación de sus jefes.

Crillon, que me había reconocido y saludado con extrema cortesía a la llegada, sin mostrar extrañeza por la presencia en la sala de oficial con tan bajo empleo, abrió la reunión con decisión y rapidez. Según me pareció a las primeras de cambio, intentaba que fuese corta en su contenido y rápida en el desarrollo. Como persona inteligente que era, cumplió todos sus objetivos.

—Altezas Reales, generales y señores particulares, el momento esperado que puede ser definitivo en esta empresa de gloriosa reconquista se encuentra cercano. No he de esconder en estos momentos mi posición inicial, contraria a la utilización de las baterías flotantes como punto fundamental del ataque combinado, pues es del dominio de todos ustedes, así como de nuestro Señor don Carlos, a quien se lo expuse en persona cuando me entregó el mando del campo sitiador. Esta oposición no se debe, como algunas voces malignas han propagado, y les hablo con absoluta sinceridad, a que en caso de producirse el éxito que todos esperamos y deseamos, se incline la gloria de la empresa a los elementos de la Armada, ya que ningún general pondría sus celos personales por delante del bien general de la empresa.

Ofreció un ligero descanso, a la vez que mostraba un gesto de complicidad que no comprendí. Continuó en el mismo tono.

—Por desgracia, sigo siendo de la opinión que las flotantes no podrán aproximarse lo suficiente a la Plaza para destruir sus fortificaciones y posibilitar el ataque de las fuerzas de desembarco, ya que el aumento producido en su calado les imposibilitará situarse a las doscientas cincuenta toesas^[14] de las murallas. Pero abiertos a esta acción por orden de Su Majestad, me uniré a ella con todas mis fuerzas y afanes, no lo duden, como creo haber demostrado hasta el momento.

—Algunos oficiales expertos en la Hidrografía opinan en contra, señor —intervino don Juan de Lángara.

—Pero no de forma contundente —Crillon ofreció una sonrisa cortesana—. Pero no es ésa la única razón que motivaba mi oposición. Aún en el supuesto de que las baterías flotantes consigan destruir la muralla en los puntos elegidos para el ataque, no es posible dar un asalto a una brecha situada a la lumbre del agua, por pelotones

desembarcados sin orden ni concierto. No debemos olvidar que las mismas ruinas de las fortificaciones destruidas servirán a los ingleses de nueva muralla, donde parapetarse y ofrecer resistencia a tropa asaltante por punto concreto.

Dejó pasar unos segundos, mientras se acercaba al plano gigantesco que colgaba de un caballete establecido para la reunión, donde se mostraba el escenario bélico de Gibraltar y sus proximidades. Continuó el duque con el mismo tono de voz, pausado y obsequioso.

—De todas formas, no es momento para nuevas polémicas de un plan que hemos de abordar sin premura, y discutido a conciencia. La escuadra inglesa de socorro se prevé que zarpe de puerto inglés en corto espacio de tiempo, lo que hemos de impedir y aprovechar que en la Plaza se sufre escasez de recursos y munición. Según me comentan, las baterías flotantes se encontrarán listas para salir a la mar en pocos días. Tan sólo nos faltará la presencia de la escuadra combinada, que por desgracia no llegará a esta bahía hasta la segunda semana del próximo mes, si los vientos no le son contrarios. Era mi intención inicial comenzar las operaciones en el día de la Virgen, ocho de septiembre, fecha tan apreciada por el Rey Católico y sus fervorosos súbditos. Pero, según parece, no será posible.

—Córdoba llegará con su escuadra entre los días 9 y 13 de dicho mes —apostilló el marqués de Casa-Tilly, que no parecía encontrarse muy a gusto en la reunión.

—En ese caso, propongo que cuando las naves de dicha escuadra doblen el cabo de San Vicente, comience el traslado de las flotantes a esta bahía, de forma que a lo largo de la noche sean situadas en las posiciones previstas y señaladas en este mapa, para dar comienzo el bombardeo en las primeras horas de la mañana siguiente. En principio, se han decidido como los dos objetivos principales a batir, el muelle viejo, punto más débil de la plaza y cuyo ataque puede ser sostenido por las baterías de nuestro campo, así como el muelle nuevo, con menos defensa aunque a mayor distancia de nuestras líneas. En esos dos puntos centraremos nuestros esfuerzos. Ahora dejo la voz a don Buenaventura Moreno, como comandante en jefe de las baterías flotantes, para que les exponga la maniobra general de las operaciones navales, en ausencia de don Luis de Córdoba.

Crillon paseó la vista entre los presentes, a la vez que depositaba el puntero señalador sobre una mesa. Sus ágiles y elegantes movimientos me recordaban la figura de Pecas, cuando paseaba por el salón de su casa o danzaba en el de baile, lo que me hizo sonreír. Parecía satisfecho el comandante en jefe, a pesar de su conocida oposición inicial al plan previsto. Moreno abandonó su asiento para situarse junto al anfitrión.

—Como ha dicho el capitán general, está por decidir la fecha exacta, pero las flotantes saldrán de Cádiz con la antelación necesaria para encontrarse en la bahía la noche anterior al asalto, conjugándose dichos movimientos con la información de la llegada de la escuadra combinada. Dichas flotantes se fondearán en los puntos expuestos en el mapa —señaló con el puntero—, de acuerdo a los flancos a batir, de

forma que se mantengan acoderadas con fuertes amarras para que, en caso necesario, puedan ser sacadas del tiro enemigo a la espía^[15]. En el momento del comienzo de las operaciones, pasarán de ocho a diez navíos del orden de línea, para distraer las fuerzas enemigas sobre la punta de Europa. Batirán con sus disparos las baterías de aquel punto, mientras otros tantos navíos, situados a levante de dicha punta, puedan alcanzar con sus disparos por elevación el campo atrincherado del enemigo, sobre la meseta que se encuentra hacia aquel paraje en el monte, y hostilizar con sus rebotes, al mismo tiempo, el cuartel nuevo y el hospital general.

Pareció tomarse un ligero respiro, a la vez que observaba los rostros de los asistentes, por si era necesaria alguna aclaración, antes de continuar.

—Por su parte, las flotantes batirán los blancos asignados y descritos por el capitán general, hasta derribar las defensas que faciliten el desembarco y ataque general. Éstas unidades serán la Pastora, bajo mi mando directo e insignia de dicha escuadra; la Tallapiedra, bajo el mando de S. A. R. el príncipe de Nassau —hizo una ligera reverencia en su dirección—; la Paula Primera, bajo el mando del capitán de navío don Cayetano Lángara; El Rosario, bajo el mando del jefe de escuadra don Francisco Muñoz, y la San Cristóbal, bajo el mando del capitán de fragata don Federico Gravina. Estas cinco primeras, de dos puentes y porte de 17 a 21 cañones, con unas dotaciones comprendidas entre 630 y 760 hombres, se situarán en primera línea, en estas cinco aspas marcadas —volvió a indicar con el puntero sobre el plano, ahora con detalle—, a doscientas cincuenta toesas de los puntos a batir. A continuación y retranqueadas al ajedrez en los claros que dejan las nombradas, se encontrarán las de un puente y porte de 7 a 9 cañones, con unas dotaciones entre 300 y 400 hombres, Príncipe Carlos, San Juan, Paula Segunda, Santa Ana y Los Dolores, bajo el mando de los capitanes de fragata don Antonio Basurto, don José Angeler, don Pablo de Cosar, don José Goicoechea y don Pedro Sánchez.

Se hizo el silencio, mientras el general parecía haber completado su exposición. Sin embargo, tras unos escasos segundos, se dirigió hacia el mapa, con lo que parecía que intentaba aportar algún dato más. Crillon, que no deseaba una reunión demasiado extensa ni una acalorada discusión, volvió a tomar la palabra en el momento oportuno, con lo que Moreno quedó a medio camino.

—Y por último, cedo la palabra al jefe de escuadra don Antonio Barceló, para que exponga la misión de las unidades bajo su mando —elevó el tono de su voz al dirigirse a mi jefe, sabedor de su pronunciada sordera.

Don Antonio se levantó con parsimonia, a la vez que daba un último y mecánico retoque a su desmayada peluca, uno de los aditamentos cortesanos que más odiaba, ya que le producían una extraña e irritante picazón por toda la cabeza. Se dirigió al auditorio con decisión.

—En el momento en el que se produzca el cañonazo o señal de comienzo del bombardeo general, cuarenta de mis cañoneras, basadas en el apostadero de Algeciras, formarán diez divisiones de a cuatro, para integrarse entre las baterías

flotantes, preferiblemente las más adelantadas, con lo que les será posible auxiliarlas en caso de necesidad, a la vez que se aumenta en cuarenta piezas de artillería de a 24 nuestra línea de combate. Al mismo tiempo, veinte bombarderas bajo mi mando se situarán lo más cerca posible de los muelles, para batir los blancos mencionados, a la vez que protegen el acoderamiento de nuestras flotantes.

Como Barceló depositó el puntero en la mesa situada al efecto, todos creyeron que había concluido su intervención. Sin embargo, volvió a retomar la palabra.

—Creo un deber señalar que, en mi modesta opinión, los blancos elegidos para los navíos de la escuadra combinada, desconocidos por mí hasta este momento, no son los más acertados. Ya que han de cañonear objetivos en tierra, con el riesgo que tal acción conlleva para unidades a flote, no deberíamos dispersar los esfuerzos sino centrarse, como las demás unidades, en batir las murallas de la Plaza en los puntos señalados y posibilitar el asalto definitivo —reparó sus manos con cierto nerviosismo antes de continuar—. Estoy de acuerdo con el señor duque de Crillon en que el aspecto más peligroso del plan establecido es, sin duda, la posibilidad de que las flotantes no puedan alcanzar el puesto asignado por falta de fondo, ya que se ha aumentado su calado de forma notable. Mucho se ha discutido sobre este punto. Recomiendo una vez más que mis cañoneras, en sus salidas nocturnas de castigo a la Plaza, embarquen gente cualificada para llevar a cabo la sonda de esas aguas con exactitud, aunque se expongan un poco más de lo acostumbrado.

—Muchas gracias por su intervención, general —intervino Crillon con rapidez y alto tono. Se percibía con claridad que no deseaba abrir de nuevo la discusión de las sondas en la bahía—. Por último, a la vez que se producen los ataques mencionados por parte de las unidades de la Armada, las ochenta y seis piezas de todas clases y calibres con que contamos en las explanadas y baterías de tierra, abrirán fuego sobre la Plaza, concentrando en lo posible su fuego lo más cerca de los puntos designados como brecha a penetrar. Espero que la sinfonía de la acción artillera sea recordada durante mucho tiempo.

Para mi sorpresa, poco más duró la reunión. Se escuchó algún comentario poco trascendente, pero Crillon derivó la conversación hacia los regios invitados que, como tantos otros, deseaban presenciar el ataque del día memorable. Sin embargo, me quedó en la mente la negativa impresión, que no parecía la operación embastada en su conjunto de forma armoniosa, porque eran más de uno los elementos dispares. En el viaje de regreso hacia nuestro cuartelillo, así me lo confirmó Barceló, al explotar con voz desabrida, mientras arrojaba la peluca contra uno de los asientos. Entraba en marejada gruesa intelectual una vez más.

—¡Pijadas de monja y cotilleos de rabizonas cotorras! Parece mentira lo que se encuentra en juego y que, sin embargo, cada uno intente cargar su propia mochila, sin aligerar una onza por el bien general.

Su enfado era de los de a 36, por lo que dudé algunos segundos antes de intervenir con mesura.

—Parece, mi general, que el acuerdo para la operación no es unánime.

—¿Unánime? ¿Desea unanimidad entre nuestros mandos, Leñanza? ¡Por las tripas de la barragana de Argel que parió tres camellos y una burra! Fíjese bien en lo que le digo. Dos generales españoles en una reunión importante, es lo mismo que decir dos opiniones encontradas. Pero si la decisión ha de ser tomada entre seis u ocho pares de gloriosos entorchados, en ese momento se produce el gallinero del infierno, con el terrible inconveniente de que nadie es capaz de poner un solo huevo. No comprendo cómo pudimos conquistar medio mundo, a no ser que recordemos a Cortés, que quemó sus naves para evitar la correspondiente reunión de capitanes — rió con desgana y tristeza—. ¿No hay un general nominado para el mando con mayúsculas? Pues que mande de una vez y se deje de protestas por escrito y zarandajas de concubina sin desflorar. Crillon tiene buena cabeza y grandes ideas. Tan sólo le falta eso, lo principal, ¡mandar! Si me hubiese concedido Su Majestad la potestad de mandar sobre todos, como ha hecho con el francés, se enterarían esos generales de lo que hay que llevar bajo los pantalones.

No sabía qué decir, así se encontraba Barceló de enfurecido, pero tampoco me fue posible porque ya volvía a la carga con cajas destempladas.

—Y no se olvide que a la reunión de hoy le faltaba la guinda dorada. Nuestro querido general don Luis de Córdoba, al mando de extraordinaria escuadra que actúa bien poco, navega hacia la bahía algecireña en estos momentos, sin apresuramientos de ningún tipo. Pero cuando llegue y le informen del plan establecido, sin haber contado con su alta magistratura, aunque se encontrara presente quien cumple sus funciones en el Departamento, alegará un profundo desacuerdo con las líneas maestras, puede estar seguro, y ya veremos qué decide hacer. Debíamos imitar el orden y disciplina de los prostíbulos de puerto, con los hombres bien formados en fila, en espera de aligerar sus necesidades.

Mi jefe pareció sumirse en periodo de rumia silenciosa, como denominaba Jaime Escach aquellos momentos en los que parecía barruntar para sus adentros argumentos inconfesables, por lo que decidí mantenerme al socaire y no intervenir en la refriega si no era conminado a ello. De esta forma llegamos a nuestro cuartel, por cuya puerta penetró Barceló, bufando como ballena herida de muerte, sin dar tiempo a la guardia para rendirle los honores de ordenanza.

Con las semanas transcurridas a su lado, era consciente de que, en momentos como aquéllos, el general buscaba la soledad y tan sólo admitía la presencia de una frasca de vino a corta distancia, como si necesitara reponer la sangre que corría por sus venas. Por esa razón, encargué a un marinero de servicio que le sirviera una del mejor caldo en su despacho, sin dilación posible. Necesitaría una descarga emocional de veinte minutos aproximadamente, en los que el mobiliario y enseres de su escritorio sufrirían una más de sus conocidas hecatombes. Por mi parte, decidí que era el momento apropiado para despojarme del caluroso uniforme y descansar unos minutos, intentar una vez más poner orden en aquella jaula de grillos que parecía

alborotar mi cerebro.

8. Presencia inesperada

Me despojé del pesado y caluroso uniforme de gala con mi habitual cuidado. Sabía que disponía de tiempo suficiente, hasta que en el pecho del fogoso general volviese a reinar la calma. Era en esos momentos cuando más se disparaba la natural impaciencia de Barceló, a la vez que le atacaba un frenético deseo de enmendar todos los problemas que sufría la Armada en unos pocos segundos. De esta forma, me tendí en la cama con la camisola y las calzas de trabajo, para concederme unos minutos de sosiego y placer. Sin pensarlo dos veces, tomé las cuartillas que se encontraban sobre la mesilla de noche, para volver a leer, una vez más, las líneas escritas por mi querida Cristina.

Al observar la fecha de la misiva, caí en la cuenta de que me encontraba en el vigésimo día del mes de agosto, con lo que restaban tan sólo diez como resguardo hasta la fecha indicada para embarcar en la flotante San Cristóbal. Recordé el cariñoso saludo que me había dirigido quien sería mi comandante en pocos días, el capitán de fragata Gravina, así como la siniestra figura de aquellas vacas sagradas que tan decisivo papel podían jugar en nuestra Historia, un sentimiento que inundaba mi pecho de orgullo.

Sin embargo, en el mismo sentido me azotaba la tristeza, al alejarse en el vuelo de una cometa incierta, la fecha en la que podría volver a gozar de aquellos ojos del color de la aguamarina. Aunque intentaba correr un ligero velo sobre la realidad, ése que el orgullo varonil y la arrogancia corporativa nos imponen, podía deducirse de las conversaciones escuchadas por los corrillos, sin miedo a errar, que la próxima acción naval sería hartamente peligrosa.

Como definitivo colofón al planteamiento combinado expuesto en la reunión, podíamos asegurar que se fiaban las esperanzas de la Armada y de toda España en unidades desconocidas hasta el momento, unas embarcaciones donde los ingleses, con seguridad, concentrarían al máximo el imponente poder de las baterías de la Plaza. ¿Y si fracasaba el invento francés y salíamos todos despedidos por el aire con las primeras andanadas? Les aseguro que no temía a la muerte, bien lo sabe Dios, pero me entristecía la posibilidad de no poder rozar la mano de Cristina de nuevo, mirarla a los ojos y acariciar su mejilla. Sin ser consciente de ello, la frase lanzada por Barceló al azar, cuando regresábamos en el carruaje, había quedado encajada en mi cerebro: Todos los comandantes de las baterías flotantes, que tanto arriesgan en el empeño.

Como tantas otras veces, pensamientos encontrados pugnaban por imperar en mi cerebro, con lo que opté por la fácil salida y refugiarme en el rostro de Cristina. Fue en aquel preciso momento cuando entró Setum en mi camarote como potro desbocado, sin los miramientos a los que normalmente me sometía.

—¿Puedo pasar, señor? —Su rostro mostraba una indudable agitación.

—¿Cómo preguntas, si ya te encuentras en el interior? —Me incorporé en la cama

con rapidez—. ¿Qué te sucede para mostrar esa cara de ansiedad? ¿Se ha derrumbado la Roca inglesa por divina intercesión?

—Bien lo quisiera, aunque se tratara de obra infernal. Pero no se ha producido esa maravilla todavía. Perdone que le haya molestado sin aviso previo, señor. Pero...

—Deja ya las formalidades cortesananas a las que tan amigablemente te has habituado, y dame esa noticia que debe ser tan importante.

—El general Barceló urge su presencia en el despacho privado a la mayor brevedad.

Me sorprendió aquella premura en la llamada, poco habitual en la conducta del general. Como todo lo que se aleja de la norma y rutina establecida, temía que tal requerimiento presagiara algún problema de importancia. Mientras adecentaba mi vestimenta con rapidez, inquirí en busca de una mayor información.

—¿Continúa don Antonio profiriendo venablos por su boca? ¿Ha lanzado todo el mobiliario por la ventana?

—No señor, al contrario —Setum esbozó una sonrisa, entre picara y burlona, que conocía muy bien—. Creo que se encuentra de excelente humor.

—¿Excelente humor? ¿Qué sucede, Setum? Habla de una vez, maldito secretario, y ten en cuenta que no has de guardar secretos para conmigo —golpeé cariñosamente sus poderosos brazos con el puño.

—Debe presentarse ante el general enseguida, señor —me tomaba por el brazo, a la vez que empujaba mi cuerpo en dirección a la puerta—. No se debe hacer esperar a tan importante jerarquía.

Barruntando insultos contra mi personal colaborador, bajé las escaleras a trompicones, hasta alcanzar el rellano al que se abría la puerta del despacho de Barceló. Por fin, toqué suavemente con los nudillos.

—¿Da su permiso, mi general?

Como de costumbre, una vez cumplida la necesaria cortesía, abrí la puerta unos pocos centímetros, para repetir la pregunta con un tono suficientemente alto como para que pudiera ser escuchado por aquellos oídos taponados al olor de la pólvora. En esta ocasión, me llegó la autorización como un cañonazo, otra norma habitual de la casa.

—¡Déjese de permisos y pase de una puñetera vez, Leñanza! Que no estamos en la Corte.

Penetré por fin y pueden imaginarse mi sorpresa, al comprobar que el general se mantenía en animada charla con el enano, mi sombra, el incomparable amigo y compañero Pecas, vestido elegantemente con un uniforme nuevo y ligero, seguramente confeccionado en Madrid a la última moda. Al comprobar mi presencia, el mini-oficial abandonó su asiento con rapidez, hasta acercarse a mí y fundirse en un fuerte abrazo.

—Mire quien nos visita, Leñanza —Barceló parecía disfrutar de uno de sus mejores momentos, radiante y feliz, mientras bebía de su copa de vino. El estado de

ánimo de este gran personaje era como la mar cambiante, aunque sus fluctuaciones emocionales las llevara a cabo con mayor rapidez—. Ya tengo reunidos a los guardiamarinas de Barceló, como todavía les llaman en algunos corrillos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté a Pecas, mientras golpeaba su pecho.

—¿Quieres toda la gloria para ti, Gigante de San Juan de Berbio? —me ofreció una de sus picaras sonrisas—. Llegamos hace tres días a Las Garitas del Marqués desde la Corte, y deseaba reincorporarme al servicio. Ya me ha explicado el general que embarcarás en las flotantes, tal y como pretendías. Y toda esa maniobra sin avisarme con suficiente anterioridad.

—¿Cómo se le ha ocurrido ocultarme un hecho tan importante? —bramó Barceló en mi dirección.

—¿Ocultarle un hecho importante? No le comprendo, mi general —era sincero porque no sabía todavía de que lado se movía aquella guerra.

—Me acaba de comunicar el fragatilla Cisneros, que su hermana y prometida de usted se encuentra a tiro de piedra de este cuartelillo. Dentro de diez días deberá embarcar en las flotantes, con el riesgo que esa acción de guerra conlleva. Le creía, como a mi ayudante Jaume, sin obligados ni familia en las cercanías. Pero debe despedirse de su prometida, antes de entrar en combate, si ello es posible. Como oficial de mi Estado Mayor, debe recordarme los argumentos que mi maltratado cerebro olvide —por fortuna, el buen humor se reflejaba en su rostro—. Ya está decidido. Tome inmediatamente las riendas de Selim y salga volando entre las nubes en dirección a la señorita de Montefrío.

—¿Selim? Perdona, mi general, pero sigo sin comprenderle —les aseguro que toda aquella verborrea, lanzada a vertiginosa velocidad, me parecía un diálogo entre poseídos. Observé a Pecas de reojo, para comprobar que tampoco parecía entender el significado de las palabras lanzadas por Barceló.

—Deben ser las dos únicas personas de mi entorno que no conocen a Selim. Parece mentira que mis dos guardiamarinas desconozcan ese importante detalle en la historia de mi persona.

Barceló reía con ganas, mientras escanciaba vino en los tres vasos. Ahora nos miraba fijamente a la cara, saltando de uno a otro, realmente divertido.

—Ya veo que siguen en la inopia más absoluta. Les contaré una pequeña historieta. Hace unos veinte años, más o menos, que ya la memoria flojea, combatí al más temido y feroz de los piratas berberiscos, el famoso Selim, a quien le tenía ganas desde años atrás. Era una fuerza de tres jabeques argelinos, a los que rendí con mi gente. Pero en el combate, que duró más de la cuenta, recibí el balazo que atravesó mi cara de parte a parte y se llevó dos hermosos dientes, que me debieron recomponer los barberos hasta dejarlos de mejor color que los restantes.

Barceló entraba en el momento eufórico de sus amenas historias, que en nada exageraban la realidad, más bien al contrario. Continuó entre risas.

—Cuando asalté por la borda la capitana, el buque del famoso pirata, para cortarle

los huevos con mi chuzo de abordaje, ese que cuelga de la pared —señaló un viejo y oxidado sable de gruesa hoja, que había observado en diversas ocasiones—, uno de sus ayudantes me obsequió con la bala mencionada, un disparo a escasos pies de distancia. La verdad es que me hizo sangrar como un cerdo en matanza, y no se llevó mi cerebro por delante de verdadero milagro. Sin embargo, tras cortarle un brazo a ese mamón que marcó mi rostro para siempre, coloqué la punta de la espada en la garganta del famoso Selim. El muy cobarde derramó sus necesidades más íntimas en la cubierta, pues me creía dispuesto a enviar su alma al infierno en aquel mismo momento. Pero no lo hice, que más valía cobrar por su cabeza de la Real Hacienda y llevarlo encadenado a Cartagena, con la vergüenza añadida. Un barbero inexperto me cosió la herida como si se tratara de un saco de loneta, razón por la que tanto afean mi figura aquellas lejanas cicatrices que, por cierto, disgustan en gran medida a mis nobles y remilgados compañeros.

Ahora Barceló batía palmas y pateaba entre risas. Pero pareció recordar el motivo de aquella historia.

—Pero no me hagan desviarme de la idea inicial con otros pensamientos. Desde entonces, uno de los cristianos a los que liberé, porque el pobre andaba a la boga encadenado y consumido, me prometió que siempre dispondría de un caballo de pura raza árabe, negro como el betún y el alma del pirata, para mi uso personal. Debería llamarse Selim. Y lo ha cumplido hasta el día de hoy. Como no suelo gozar de la cabalgada, si no es sobre las olas, todos conocen a Selim y suelo conceder su montura a algunos compañeros o subordinados. Es fácil reconocerlo en el establo. Se trata de un magnífico ejemplar, que le ofrezco para que salga en rauda galopada hacia los tiernos brazos de su prometida. ¡Por todas las zorronas que sufren en el harén de la Sublime Puerta! ¡Marche de una vez, Leñanza!

Aunque no comprendía muy bien toda aquella parrafada que Barceló largaba a cien nudos de velocidad, una luz se abría esplendorosa en mi mente, al deducir que me otorgaba permiso para visitar a Cristi. Pecas, más avisado para la vida diaria, intervino con rapidez.

—No es necesaria la montura de tan espléndido animal, mi general, que sufriría en tan largo recorrido. Sería un inmerecido honor para mi compañero, desde luego, pero ya espera un veloz carruaje a la puerta, el mismo que me trajo de la hacienda al cuartel, que pongo a disposición de mi amigo. Como ya me encuentro plenamente restablecido de la herida y sus secuelas, puedo quedar...

—No estás restablecido del todo, Pecas. Debes esperar algunas semanas más.

—Su compañero tiene razón, muchacho. Todavía observo cierto renquear en esa pierna que tanto sufrió. No debemos precipitar las curaciones, que le quedan muchos años por delante para guerrear contra el inglés.

—Pero, mi general —la voz de Pecas se acercaba al más puro lamento—. Desearía con toda mi alma embarcar en esas flotantes que tanto se alaban. En caso contrario, se perderá la jornada, puede estar seguro. Además de mi incuestionable

habilidad y arrojo personal, creo que llevo la suerte a las empresas en las que tomo parte.

Pecas sabía cómo manejar a Barceló, quien gustaba de estas chanzas, que lo hacían reventar de risas ahogadas. Pero en esta ocasión le salió mal la jugada.

—Soy consciente de que ponemos en peligro la gran jornada de las armas, si forzamos su ausencia, señor Cisneros. Pero les voy a dar la última y definitiva orden, sin respuesta posible, así como necesario e inmediato acatamiento. Ustedes dos embarcarán en pocos segundos a bordo de ese carruaje, ya que descartan al gran Selim, y saldrán hacia esa hacienda que se encuentra en Castillar...

—Castellar de la Frontera, mi general.

—Bien, es lo mismo. Como digo, saldrán para allá como un tiro. Leñanza, por su parte, recogerá el certificado de destacamento en el detall del Estado Mayor antes de partir. De esta forma, se presentará dentro de diez días en el Arsenal gaditano para embarcar en la flotante San Cristóbal, sin necesidad de regresar a este cuartelillo. Y usted, Cisneros, Pecas o como quiera que le llame, acompañará a su amigo estos días en la hacienda. Después, le invito formalmente para que presencie el combate de las flotantes desde mi terraza, a la vez que queda destinado a mi servicio directo, dentro de las limitaciones que su pierna impone, hasta que se recupere al cien por cien. He dicho y no se hable más.

Barceló se giró hacia la ventana para indicar con claridad que daba la conversación por finalizada. Pecas me dirigió una mirada de odio concentrado, mientras iniciaba la retirada, dolido y pesaroso. Cuando alcanzábamos la puerta, se escuchó la gruesa voz del general.

—Gigante, presente mis respetos a su prometida. Que tenga confianza porque volverá usted sano y salvo de la gran jornada. Pecas, póngame a los pies de su augusta madre. Y, por favor, háganme enviar otra frasca de vino, que no estoy de buen humor.

Así era don Antonio Barceló, un personaje difícil de olvidar para quienes tuvieron el privilegio de encontrarse a sus órdenes.

Por mi parte, como pueden comprender, no cabía de júbilo y sentía el corazón latir en el pecho a trompicones y peligrosamente acelerado. Tuve que soportar el chaparrón de reproches de mi amigo, aunque él también comprendía que no era llegado el momento para incorporarse al servicio en misión tan comprometida como las flotantes, donde la resistencia física jugaría un papel muy importante.

A toda velocidad ordené a Setum preparar el equipaje, teniendo en cuenta que no regresaría al cuartel hasta que desembarcara de la flotante. Al mismo tiempo, en el detall del Estado Mayor me expidieron el certificado de destacamento y embarque en la San Cristóbal con más diligencia de la habitual, gracias a la agilidad de un noble subalterno. De tal forma, quedaba libre como pájaro en los próximos nueve días, una alargada semana que dedicaría minuto a minuto a mi querida Cristina, a quien vería pocas horas después, una condición que aún parecía difícil de creer y elevaba mi alma

hasta las nubes. Ya les he repetido muchas veces que en la Armada se aguanta el trinquete lo que dura el viento.

Urgido por prisa endemoniada, embarcaba en el carruaje con las armas de Montefrío poco después, con Setum y Pecas, cuyo malhumor decaía de forma paulatina. Sin embargo, continuó mostrándose ofendido en alto grado, por mucho que, conociéndolo tan bien, no creyera en la sinceridad de su enfado.

—Parece mentira que quien consideraba como mi mejor amigo, el gran amigo y compañero que he lanzado en los brazos amorosos de mi única hermana, me prive de alcanzar la gloria en jornada tan memorable como la que se presenta.

—Vamos, Pecas, deja de hacer teatro.

—¿Teatro? ¿Llamas teatro al ardor guerrero que impregna mi pecho? —Declamaba en la misma forma que solía utilizar, cuando narraba alguna historia inventada a lindas jovencitas.

—¿Ardor guerrero?

Con rapidez, golpeé su pierna dañada donde sabía podía dolerle, a lo que respondió con un respingo de dolor.

—¿Qué haces, malnacido?

—Creía que te encontrabas plenamente restablecido. Sabes muy bien que no te dejarían embarcar. Es posible que te permitan trabajar en el Estado Mayor de Barceló, pero no tomar parte en acción armada todavía. Precisamente porque soy tu gran amigo, he de cuidarte.

—Puedes estar seguro que sin mi apoyo, consejos y compañía, no volverás del combate.

—Regresaré, ya lo verás.

—Seguro que asciendes en la jornada al empleo de alférez de navío, mientras quedo estancado en esta miserable y pobre condición de alférez de fragata.

—Pecas, por favor. Hace unos pocos meses, habríamos firmado encontrarnos en la situación actual. No se puede ascender con tal rapidez como pretendes, o alcanzarías el grado de teniente general antes de los treinta años.

—Eso es lo que merezco.

—No digas más estupideces, que has cubierto el cupo del día. Por cierto —intenté cambiar el tema de la conversación—. ¿Cómo se encuentra tu madre de sus fiebres?

—No creo que la salud de mi madre te importe un pimiento, aunque espero que salga de ésta sin mayores problemas. Si lo que intentas es preguntarme por Cristina, te contestaré que se encuentra bien y nerviosa ante la posibilidad de refugiarse de nuevo entre tus brazos, una locura que pocos comprenden.

—¿Encontrarse conmigo has dicho? No puede saber que marchó en dirección a la hacienda, porque es un hecho que se acaba de decidir hace pocos segundos. La verdad es que no creía posible despedirme de ella. Hay mucho trabajo en Algeciras y es poco el tiempo disponible hasta embarcar en la flotante —de pronto recordé las especiales habilidades y maniobras de Pecas—. Bueno, no debe saber nada de mi

posible permiso, a no ser que...

—Lo que piensas es cierto —sonrió como niño travieso—. Le aseguré a Cristi que te traería conmigo de vuelta, aunque pensaba que lo hicieras tú solo en este carruaje. Gracias a mi habilidad en el trato con los generales, podrás lanzarle a mi hermana esas miradas bobaliconas que tanto te gustan.

—¿Cómo se te ocurrió prometerle algo así? Estás loco.

—Se lo prometí porque conozco a nuestro general mejor que tú, y estaba seguro de su reacción. Pero debías habérselo solicitado directamente, mastuerzo, que no caes en esas cosas aunque te creas muy listo —Pecas parecía volver al buen humor que lo caracterizaba.

—Bueno, te lo agradezco. No se me habría ocurrido pedírselo a nuestro jefe.

—Es el colmo. Te consigo la mujer amada, el ascenso, el título y me dejas tirado como una colilla.

—No digas...

—Por cierto, enhorabuena, conde de Tarfí —Pecas me ofreció su mano con una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué dices? ¿Qué es eso de conde?

—Pues que has cambiado la corona. Ya te lo expliqué en aquel memorable día, aunque no me escuchaste porque sólo buscabas la sombra de mi hermanita. Desde que nuestro Rey Felipe IV lo ordenó por Real resolución en 1631, no es posible acceder a un condado o marquesado sin vizcondado anterior, a no ser que se disponga de título propio. Por esa razón se otorgan los que se denominan como vizcondados previos. Pero la petición elevada a Su Majestad fue la del título de conde, que ya te ha sido asignada con electividad, gracias a mi especial diligencia, al insistir a mi padre en esa pesquisa en la Secretaría privada de nuestro Señor. Por eso te decía que tan sólo has de cambiar la corona en ese escudo de armas que me encargaste, un poco austero en mi opinión.

—Me gusta la austeridad.

—Ya lo sé. Lo encargué al mejor heraldista de la Corte y, a la vez, buen pintor. Lo tienes a tu disposición en mi casa, grabado sobre un magnífico pergamino. Ahora necesitarás mimbres, sellos, tarjetones, etc, que también te llegarán desde Madrid. Me ocupé de esos detalles, porque no caerías en la cuenta.

—Te lo agradezco.

—Te advierto que esos vizcondados previos presentan una ventaja, si sabes aprovecharla.

—¿Qué ventaja?

—Que al concederte ahora Su Majestad el título de Conde de Tarfí, no aparece por sitio alguno la anulación del vizcondado anterior, con lo que podrías usar los dos títulos, ya que eres libre de interpretar que has recibido dos mercedes reales distintas. Así lo hacen la mayor parte de los nobles, y conceden a su heredero el nombramiento previo, para que disfruten de título propio desde el nacimiento. Por esa razón ha

crecido el número de vizcondados de forma alarmante.

—No cometeré yo tal irregularidad.

—Ya sé que no lo harías. Pero cuando nazca mi sobrino, si es que eres capaz de conseguir tal empresa —ahora Pecas reía con fuerza—, me ocuparé de que ese vizcondado se le otorgue a los pocos días de su nacimiento.

—Eso quiere decir que soy conde, nada menos.

—Sin merecerlo, desde luego. Si no fuera por la influencia de mi padre, en aquel decisivo momento en el que recuperaba al querido vástago que creía perdido, no te habría llegado ni una simple baronía.

—Bueno, deja de tomarme el pelo, que llevamos asuntos más importantes. Por ejemplo, ese de la damita por la que bebes los vientos. ¿Cómo se llamaba? María de las Mercedes de Buseras...

—¡De la Ruidera, alcornoque! Y no profanes ese celestial nombre con tu boca indigna —Pecas fingía su enfado de forma magnífica.

—Bueno, de la Ruidera. ¿Qué edad tiene esa chica?

—Veinte años —habló en voz queda, mientras dirigía la mirada por la ventanilla.

—¿Veinte años? ¿Estás loco? Pero si podría ser tu madre. No puede lucir tan espléndida belleza como le asignas, si a esa edad anda por solterías.

—Su rostro no aparenta más de catorce, te lo juro. Es dulce, armoniosa, bajita, con un cabello negro y lacio que cae delicadamente sobre sus delgados hombros. Y unos grandes ojos verdes, un detalle que rebosa el vaso de la hermosura —Pecas parecía declamar una poesía—. Pero todo se desarrolla en mi contra. Le declaré mi amor en una fiesta a la que asistí, en el palacio del duque de Ruestra.

—¿Te declaraste? —Me sorprendió, aunque dudaba de la veracidad de sus palabras—. ¿Qué te contestó?

—Que era muy joven para ella. Pero me dirigió una sonrisa que traspasó mi corazón. Sé que es cosa perdida y anda en amores con un figurín de Corte, un alfeñique. ¡Rechazarme a mí! Y eso que estaba al corriente de mis proezas y hazañas guerreras.

—Ya encontrarás otra.

—Eso es imposible. No podré querer a ninguna mujer en la vida. Por esa razón quería morir a bordo de una de las flotantes. Siempre me queda una solución.

—¿Cuál?

—Retarte a duelo. Sé que acabarías conmigo, a no ser que tiremos a florete.

Los dos prorrumpimos en sonoras carcajadas. Pecas aprovechó la ocasión para sacar una botella de vino de la cesta de mimbre, preparada con abundante comida, fiel a sus costumbres. Recordé que todavía no habíamos almorzado, por lo que bebimos y comimos como en otras ocasiones, entre risas y chanzas, recordando los primeros días que convivimos en la Escuela Naval. Me convencí que la dama de Ruidera estaba ya más que olvidada.

Comenzaba a caer la tarde, todavía con agobiante calor, cuando cruzamos la

entrada de la hacienda. El viaje, con nuestra animada conversación, se había convertido en un alegre suspiro. Pero al encontrarme allí, tan cerca de Cristina, los nervios se apoderaron de mí. Qué placer se siente cuando sabes que te encontrarás al lado de la mujer que amas en poco tiempo, sin que nadie ni nada pueda impedirlo. De esta forma continuaba mi cambiante vida, sometida a los vientos de todos los cuadrantes.

9. Las Garitas del Marqués

Con el rumor de la ansiedad extendido sobre mi piel, crucé aquellos recios picachos que indicaban la entrada en las tierras de Montefrío, olvidada la presencia de Pecas durante unos momentos. Aunque en los primeros metros tan sólo se abrían a la vista unos pocos pinos, desmedrados y resecos, que conformaban un yermo paraje, les aseguro que me pareció entrar en los albores de un frondoso jardín, pues así de eufórico era mi estado de ánimo.

Tanto la hacienda de Santa Rosalía como la de Las Garitas del Marqués, se encontrarían siempre amadrinadas a mi memoria con un detalle inolvidable: Una especial sonrisa y un traje blanco de amplios vuelos. Así fue como la conocí en aquel mi primer viaje de verdadero caballero, y de la misma forma se mantenía en cada uno de nuestros nuevos encuentros, como si Cristina deseara reproducir con fidelidad aquel primer momento de encantamiento al que ambos nos sometimos. También en esta ocasión, cuando arribamos con el carruaje al centro de la amplia explanada, apareció la blanca visión en los primeros pasos de la escalinata. Aunque la separación había durado escasas semanas, me sentí transportado al infinito una vez más, y de qué forma.

Mi primer análisis en aquellos nueve días que viví con especial intensidad, fue el constatar lo difícil que nos resulta alcanzar la felicidad absoluta, si es que una situación anímica de tal magnitud es posible de percibir por el ser humano. Disponía de todo lo que un hombre de bien ha podido soñar, hasta sobrepasar cualquier límite establecido, una imposible quimera hecha realidad para disfrutar de la vida en toda su esplendorosa plenitud. Sin embargo, un murmullo de desánimo y tristeza contenida anidaba en mi pecho conforme transcurrían las horas. ¿Por qué no somos capaces de apartar en nuestro cerebro esas pequeñas olas, de color incierto, que nos impiden contemplar la mar en su magnífica extensión? Debe ser una condición inherente a nuestras almas, esa de mantener una sed insaciable, un intento de ofrecer un mayor contenido a la vasija que, en realidad, rebosa de satisfacción, sin advertirlo.

Como en ocasiones anteriores, Cristina, Pecas y yo disfrutamos en profundidad y segundo a segundo con los paseos, juegos, bromas, cabalgadas y simples conversaciones. Mi buen amigo separaba a la dueña con cualquier excusa y suficiente periodicidad, lo que me permitió gozar de numerosos momentos en soledad con la mujer amada, inolvidables minutos en los que ni siquiera las palabras disponían de significado propio. La duquesa se mantenía apartada y en permanente reposo, con lo que los almuerzos y cenas se convirtieron, por primera vez, en una prolongación de la habitual confianza e intimidad, sin la obligada etiqueta de otras ocasiones. Pero, como les decía, de forma inconsciente comprendíamos que el tiempo disponible era escaso y pasaba a demasiada velocidad. Fue Cristina la primera en declararlo, cuando nos encontrábamos en el ecuador de aquel ligero permiso.

—Sufro al pensar que cada día que dejamos atrás, es una jornada más cercana a

nuestra separación.

—No penséis en ello y disfrutemos del momento, Cristi —tomé una de sus manos, ese maravilloso contacto al que no podía acostumbrarme sin sentir una profunda emoción—. Ya llegarán los días en los que no necesitemos analizar las posibles despedidas.

—Tengo miedo, Gigante.

Cristina clavó sus ojos en los míos y, en verdad, que el temor se reflejaba en ellos. Sus largas pestañas parecían temblar como un trémolo sin fin. Pregunté con una falsa sonrisa, aunque sabía la respuesta.

—¿Miedo? ¿A quién o a qué?

—Tengo miedo por vos. Sé que la gloriosa jornada que se anuncia es peligrosa, especialmente para los que embarquen en esas nuevas unidades, inventadas por un francés.

—¿De qué embarcaciones habláis? —Forcé una risa, tras inútil esfuerzo de mentir con la mirada—. Pecas os ha debido contar alguna de sus inventadas historias.

—No intentéis engañarme con mentirijillas, por favor —me golpeó la mano con cariño—. Sé perfectamente cuando Santiago habla en verdad, pero no me llegó por él la noticia. Tengo buenos oídos y los empleo con asiduidad cuando el tema me interesa. Debéis tener en cuenta que no se habla de otra cosa en la Corte. Sé que esas flotadoras, o como las llamen, atacarán las murallas de Gibraltar en pocos días. Y son bastantes los expertos que dudan de sus posibilidades. Hay quien dice que no soportarán esas balas inglesas que calientan al rojo, como las brasas del infierno, que es donde debían purgar los britanos sin excepción. Pero todos aseguran, sin excepción, que será una misión peligrosa y sumamente arriesgada.

—Exageraciones propias de cortesanos ignorantes, sin más trascendencia. Todos saben que, en cualquier momento, puede acaecer una situación peligrosa en la mar, mi amor —me decidí por acariciar su mejilla, con suaves pasadas de mi dorso, al comprender que se encontraba cercana al llanto—. Pero ya os lo prometí en aquella lejana noche, en la que sentí por primera vez mi amor correspondido. Ni mil barcos ingleses podrán impedir que vuelva a vos. Os lo juro por mi devoción a Nuestra Señora de Valdelagua.

—No juréis lo que no se encuentra en vuestras manos cumplir, que las armas inglesas no han sido bendecidas por nuestra Santa Madre Iglesia. Ya me gustaría creer ese juramento, porque no podría vivir sin vos, Gigante, os lo aseguro.

—Yo tampoco comprendo la vida sin estos ojos azules muy cerca de mí —inicié el ademán de rozar sus párpados con uno de mis dedos—. Ya sabéis que os amo con locura. No os preocupéis por las habladurías, exageradas por gente poco documentada. Esas baterías flotantes son fuertes como las corazas de las tortugas, y con ellas embestiremos las murallas de Gibraltar para que la Plaza sea ocupada por nuestros hombres.

—Pero no os lancéis de forma alocada, que sé de vuestro arrojo y temeridad.

Dejad que algunas filas de soldados vayan por delante, abriendo brecha.

Cristi mostraba un rostro tan compungido y una mirada tan dulce, que deseaba acariciarlo y besarlo con ternura durante horas. Me dolía comprobar que, en el fondo de sus ojos, se abría el dolor y la tristeza de aquella forma.

—De acuerdo, marcharé en la última fila. Pero hablemos de temas más alegres, que aún nos quedan muchos días por disfrutar.

—Cuatro solamente —ofreció un gesto apesadumbrado.

—Bueno, deben ser unas 96 horas nada menos. Dicho de esta forma, parece que se alarga el tiempo.

—Por cierto, que tengo un presente muy especial para vos, señor conde de Tarfí.

—No empecéis con el tema del condado, que me parece escuchar a vuestro hermano. Me conoces bien y sabes que no me absorbe el cerebro, disfrutar de un título nobiliario, aunque no debo negar que me sienta orgulloso del mismo.

—Debéis apreciarlo en su justa medida, pues lo ganasteis en buena lid y con heroico esfuerzo. Pero os quiero entregar un detalle que espero se encuentre siempre unido a vos, que os recuerde a vuestra Cristina en cada momento.

—No necesito de ningún artilugio para conseguirlo, ya que os encontráis en mi alma en cada segundo.

Cristina metió su mano en la costura trasera, hasta extraer un pequeño papel de seda que parecía contener un pequeño objeto.

—Lo he empaquetado de forma poco galana, como veis, para poder transportarlo en el fajín.

Abrió con lentitud los pliegues del liado, hasta dejar a la vista un grueso anillo de oro, en cuyo chatón se encontraba grabado en hueco el sello con mis armas. Tomó mi mano derecha con exquisita ternura, para engarzarlo en el dedo meñique.

—Estos sellos suelen fabricarse en piedras y otros materiales más nobles, pero sé de vuestra propensión a la sencillez y a mí también me gusta de esta forma. Lo había decidido hace tiempo, pero esperaba a la confirmación del condado, para añadirle la corona adecuada —pareció satisfecha al observarlo en su sitio—. Ya disponéis de las armas de Tarfí en vuestro dedo.

—Es precioso, Cristi —lo miraba una y otra vez con verdadero asombro—. Supongo que fue Pecas quien te enseñó el escudo que le encargué dibujar.

—Sí —ahora sonrió con sinceridad—. Pocas cosas puede esconder ese mini-oficial, como le llamáis, a su hermana. Me gusta el anillo por su sencillez, y os advierto que soy sincera. No me gusta lo excesivamente recargado, pero me encanta el oro en cualquiera de sus aplicaciones. Espero que lo llevéis siempre en ese dedo, como hago yo con este anillo que me regalasteis aquella inolvidable noche.

—Podéis estar segura que jamás abandonará este dedo y moriré con él.

—No digáis eso, por favor —volvió la nube de tristeza a su rostro—. Quiero poder observarlo en ese dedo durante muchos años, muchísimos, y que se lo entreguéis algún día a nuestro... —Pareció cohibirse—. A nuestro...

—A nuestro hijo, Cristi. No os avergoncéis de decirlo, mi amor. Tendremos muchos hijos, seguro.

Se sonrojó ligeramente, mientras movía sus manos con nerviosismo. Era en estos momentos, precisamente, cuando sus ojos adquirían un brillo encantador y muy especial, como la piedra preciosa que recibe la luz en una dirección determinada, que aumenta su esplendor.

—¿Por qué escogisteis estos símbolos? —Parecía interesada—. Comencé a leer un libro de heráldica en la biblioteca de mi padre, en busca de los posibles significados. Pero no fui capaz de descubrirlos.

—Es muy sencillo —alcé el anillo a su vista—. Como ves, se encuentra cuartelado en cruz, sin razón aparente, porque así me gustaba. Pero te adelanto que todo esto lo sé y puedo explicarlo gracias a tu hermano y sus clases sobre heráldica, a las que no presté demasiada atención. En el primer cuartel, no creo que merezca explicación, aparece un bergantín sobre las olas. Bueno, aquí se dibuja una nave de las utilizadas en heráldica, pero para mí será siempre el bergantín Hércules que, después de todo, fue quien me hizo conseguir la Real merced. El segundo cuartel representa una piedra preciosa. Aunque no se distinga, se trata de una aguamarina, el color de vuestros ojos.

—No debería entrar yo a formar parte de vuestras armas —me ofreció una sonrisa escondida.

—Sois parte de ellas, Cristina, al igual que formáis parte de mi vida.

—Me encanta oír de vuestra boca frases como ésa, mi amor —acarició mi mano durante unos segundos—. Bien, continuemos.

—El tercer cuartel está formado por una fuente. Como sabéis la verdad de mi vida, os puedo explicar que es un recuerdo a mi verdadero origen, a ese pequeño pueblo llamado Fuentelahiguera de Albatages. Al mismo tiempo, es un homenaje a la familia perdida. Mi padre no creería este escudo como cierto, si viviera para verlo.

—Estará orgulloso de vos en el cielo.

—Tenéis razón. Y por fin, el último cuartel se encuentra tajado, para mostrar a izquierda y derecha una estrella de ocho puntas y una caldera, ambas en oro. Estas dos piezas, escogidas al azar, significan la felicidad, la verdad y la luz, entre otros muchos conceptos. Y en cuanto a adornos exteriores, nada de celadas, cascos, cimbras o lambrequines. Solamente la corona correspondiente al título. La encargué de vizconde y la recibo con más importancia. En general y según tu hermano, se aparta de la heráldica clásica y es demasiado sencillo de adornos, lo que es normal en mí.

—Me gusta —volvió a observar el anillo—. Me ocuparé de encargarme uno en piedra, para esa hacienda extremeña que adquiristeis.

—El Bergantín. Por cierto que me hace ilusión visitarla. Pero prefiero dedicar mi tiempo libre a vos. Cuando nos casemos, que no falta tanto, la recorreremos de norte a sur. Dice don Alonso, mi administrador, que dispone de un pequeño pero digno

palacete, así como buenas tierras de labranza y extraordinaria dehesa.

—Algún día iremos allí. Pero recuerda que cuando nos casemos recibirás, como dote, algunas tierras de mis padres.

—No las necesitamos —repliqué con rapidez.

—No digáis eso —por fin la vi sonreír con franqueza—. Si me corresponden, no hemos de negarnos a recibir las. Piensa en..., piensa en el futuro y los que han de llegar —volvió a ruborizarse.

—Tenéis razón, como siempre. En ese caso, aceptaremos todo —contesté chasqueando los dedos.

—En particular, me gustaría recibir Santa Rosalía. Fue allí donde nos conocimos y le tengo un cariño muy especial a esa hacienda.

—La recuerdo muy bien, mi amor.

—Por cierto, Gigante, os agradezco que hayáis impedido el embarque de Santiago en las flotantes, porque lo supongo obra vuestra. Se encuentra mucho mejor pero todavía me preocupa su pierna.

—Se repondrá del todo, ya lo veréis. Pero no creáis que fue tarea difícil conseguirlo, porque en esas condiciones no le habrían permitido embarcar.

De esta forma, con tiernas conversaciones en las que mudábamos los rostros entre signos de amor, esperanza, alegría y tristeza, se consumían las horas y los días, con lo que la partida se acercaba más y más. No me gustaría repetirme, pero he llegado a la conclusión de que la felicidad es un sentimiento en sí mismo desalentador. O bien se suspira por alcanzarla, o una vez en nuestras manos, penamos por miedo a perderla. De todas formas, prefería la segunda condición, en la que gracias a Dios me encontraba.

Creo que fue aquel mismo día, por la tarde, cuando Setum se presentó en mi alcoba, mientras mudaba la ropa para la cena. Lo encontré más silencioso de lo normal y con el rostro cariacontecido, por lo que le pregunté directamente.

—¿Qué te sucede, Setum?

—Me acaba de decir don Santiago que no me llevaréis en esa jornada gloriosa que se avecina, por lo que deberé quedar en su compañía. No he dado por cierta tal noticia, porque no puedo separarme de vos, señor. Y no crea que me disgusta quedar al servicio de su compañero y amigo, nada de eso, pero debo cuidaros.

—Lo siento mucho, Setum, pero para esa jornada de la que hablas no se permiten secretarios ni servicio particular. Ya me gustaría tenerte a mi lado, pero no es posible. La dotación será de unos 630 hombres, bastantes más de lo que corresponden a una unidad de ese porte.

—Pero eso no es posible, señor. Os encontraréis en peligro y he de cuidar de vos. Me prometisteis que os acompañaría hasta el infierno si era necesario.

—Y así será, buen amigo —pasé mi brazo por su hombro, intentando animarlo—. El bombardeo de Gibraltar y posterior ataque será de corta duración, en un sentido u otro. Pronto volveremos a estar juntos.

—Estaréis en peligro, lo presiento, y debería mantenerme a vuestro lado. Setum es fuerte, brujo y curandero, y puede cargar cañones si es preciso.

—No es posible —utilicé un tono de voz más autoritario para cancelar la interminable petición, o seguiría repitiendo la misma cantinela durante horas—. Acompañarás a don Santiago al Cuartel de Algeciras y podrás observar el combate con todo detalle. Pero anima esa cara. Puedes estar seguro que volveré pronto.

No pareció convencido, ni mucho menos. Abandonó mi habitación con el ánimo derrotado y la más amarga tristeza reflejada en su rostro. Por mi parte, quedé con cierta desazón difícil de explicar, como si le hubiese fallado a aquel hombre bueno al que tanto debía. Pero era imposible acceder a su petición, de la cual había requerido una respuesta en mis conversaciones con Escach en días anteriores.

Y de esta forma, con el correr de aquellos nueve días, alcanzamos el triste momento de la despedida, una más a empaquetar en mi mochila, esa condición a la que todo hombre de armas, enamorado o no, debería acostumbrarse porque de esta forma corría nuestra vida, más pronunciada en el caso de la Real Armada. Sin embargo, no alcancé esa importante concesión sino que, por el contrario, las muchas despedidas que adornaron mi existencia, llegaron a conformar los instantes más dolorosos que guardo en la memoria. Aunque hay quien asegura que el amor correspondido nos hace invulnerables al cansancio y ofrece una resistencia por encima de las reales posibilidades, puedo dar fe de que es una aseveración tan falsa como el beso de Judas.

Durante la última noche en Las Garitas, me fue negado el sueño con la necesaria continuidad, mostrándose esquivo y lastimero hasta hacerme escuchar el carrillón de un lejano reloj cuarto a cuarto. Mi equipaje se encontraba dispuesto con perfección por Setum desde la tarde anterior, con lo que tan sólo me quedaban las despedidas de rigor, la penosa espada que se clavaba en mi pecho de forma despiadada. Eran momentos en los que deseaba volar en el tiempo y encontrarme depositado una semana después, concentrado en el trabajo o en la batalla. Pero era necesario afrontarlo.

Encontré a Pecas en la sala de juegos, con la mirada perdida a través de la balconada. Se giró hacia mí al escuchar mis pasos.

—Aquí está el hombre que se dirige hacia la gloria y abandona al buen amigo.

—Eres tú quien me deja solo ante el peligro —intenté bromear con él—. Continuarás con la vida regalada mientras disparo los cañones contra el inglés.

—Me gustaría traspasar tu pecho con un florete ahora mismo, cerdo gigantón. Seguro que asciendes al empleo de alférez de navío, por lo que deberé buscar algún motivo para mi particular ascenso y mantenerme en el mismo escalón.

—Cuídate, Pecas, y cuida de tu hermana.

—¿Por qué dices eso? —Pareció preocuparse de repente.

—No lo sé. Me llegó esa frase a la cabeza —me decidí por la seriedad—. El trabajo en las flotantes será peligroso. Si algo llegara a sucederme, quiero que todas

mis pertenencias os sean entregadas a vosotros. Me han dicho que podré testar a bordo al embarcar.

—¿Qué dices? ¿Te encuentras enfermo? Como se te ocurra caer en combate, te perseguiré hasta el mismo infierno. Pero no puede acaecerte mal alguno porque te conozco. Bicho malo nunca muere. Sobrevivirás a todo, aunque no se encuentre tu gran amigo al lado para protegerte.

Nos mantuvimos en silencio durante unos segundos, como si hubiesen escapado todos los argumentos de nuestras cabezas. Fue Pecas quien retomó la palabra.

—¿Te has despedido de Cristina?

—Todavía no. Sé que odia estos momentos, por lo que intentaré ser lo más breve posible.

—De acuerdo. Es lo mejor. A mi tampoco me gustan las despedidas. Por desgracia, nunca pude hacerlo de forma apasionada de la mujer a la que amo. Deberé buscar otra con rapidez o me haré viejo solterón.

Reímos con fuerza, en aquel intento de desviar los sinceros pensamientos. Nos dedicamos a conversar sobre temas sin importancia, hasta que comprendí que debía afrontar los peores momentos.

Me despedí de la duquesa, que ofreció rezar cada día por mi salud y para que la jornada fuera victoriosa. Creo que me dispensaba sincero cariño aquella bondadosa mujer, a la que encontré con mala cara y respirar fatigado. Con Cristina, como en la ocasión anterior, me encontré en la rosaleda, donde podíamos hablar en soledad. Fuimos parcos en las palabras y corté con rapidez al observar su esfuerzo por contener las lágrimas. Volvimos a rozar nuestras mejillas en un alargado abrazo, una bendita condición en la que me habría mantenido por toda la eternidad. Nos separamos por fin y le dirigí mis últimas palabras.

—Os amo, Cristi. En pocos días espero volver a vos y que pasen estos meses con rapidez.

—Yo también os amo, Gigante. Por favor, cuidad de vos antes que de otra cosa, y no arriesguéis en exceso.

No tuve tiempo de contestar a este último requerimiento. Como un acto repetido de nuestra última despedida, Cristina salió corriendo hacia la casa, cuando ya sus lágrimas rodaban en libertad. Por mi parte, volvía a comprobar el dolor en el pecho y la ansiedad por salir de allí, por mecer los pensamientos en los dulces recuerdos sin percibir aquella agonía.

Poco después me acercaba al carruaje que debía transportarme al Arsenal gaditano. Se encontraba mi amigo con la puerta abierta y Setum a su lado con la mirada dirigida hacia el suelo. Los abracé a los dos con emoción, sin pronunciar una sola palabra. Mi fiel secretario también parecía cercano al llanto.

—Que todo os vaya bien, señor.

—No te preocupes, Setum. Y consigue que don Santiago continúe con sus ejercicios de recuperación.

—Lo haré, señor.

—Adiós, Pecas, hasta pronto. Cuida de Cristina hasta que te mudes a Algeciras.

—Presenciaré el combate y estaré pendiente de los movimientos de la San Cristóbal. Por desgracia no podré observar la banda de la artillería, pero intentaré imaginarla. No me falles y vuelve rápido al cuartelillo, sano y salvo.

Volvimos a fundirnos en un fuerte abrazo. Por fin, embarqué y arrancó el carruaje, con lo que pude recostarme en los almohadones y comenzar a soñar en Cristina, como si me encontrara a mil millas de Las Garitas.

Cuando salí de los límites de la hacienda, un extraño pensamiento llegó con fuerza a mi cerebro. Por primera vez pensé en la posibilidad de morir e imaginé a Cristina del brazo de otro hombre, entrando en una iglesia para su matrimonio. Un escalofrío recorrió mi cuerpo como un latigazo. Decidí que era el momento de sacar una de las botellas de vino que Pecas había almacenado en la cesta, para apartar tan negros pensamientos.

10. A bordo de la flotante San Cristóbal

Cuando pisé la cubierta de la batería flotante San Cristóbal, dispuesto a embarcar en ella como un miembro más de su dotación, y cumplir con mi deber en una acción que se esperaba gloriosa e importante para las armas de España, ese buque de líneas tan irregulares me causó una impresión bastante diferente y más positiva a la ofrecida en la anterior visita. Como pude comprobar con el paso del tiempo, suele ser habitual en los arsenales de la Armada que un conjunto abigarrado, sucio y desorganizado de maderas, jarcias, velas y cañones pueda ser reparado, arranchado y acicalado hasta parecer un buque de guerra en disposición inmediata de pasar revista o combatir, con sus bronces bruñidos y el maderamen limpio como la falúa real, en un periodo muy escaso de tiempo. Un milagro que se convertía en cotidiana realidad.

A pesar del aspecto atractivo y presentable de la unidad armada en la que embarcaba, dentro de sus especiales y anómalas características, percibí la negativa sensación de que mi servicio prestado en la Marina hasta entonces parecía reducirse a misiones temporales. No es fácil explicar con palabras aquella impresión que entró en mi cerebro sin esperarla, como si los buques en los que había servido hasta el momento, no presentaran la necesaria continuidad en el tiempo, limitándose a operaciones puntuales, como visita de recibo a casa o palacio. De esta forma, no era posible erradicar ese pensamiento de eventualidad que parecía dominar mi actividad marinera. Por primera vez y aunque les parezca extraño, sopesé la posibilidad de que hubiese caído en el error al solicitar permanecer bajo las órdenes del general Barceló, en lugar de embarcar en navío o fragata, donde el hombre puede sentirse unido al buque como si se tratara de una parte íntima e indisoluble de la persona.

Aparté pensamientos tan desalentadores, en momento poco propicio a tales disquisiciones, mientras un marinero sucio y desgredado me acompañaba con paso cansino a presencia del comandante, primera norma a cumplir cuando se aborda un buque de nuestra Marina. Por primera vez en mi corta carrera en la Armada, pude visitar la cámara de quien mandaba tan importante unidad, aunque no se pudiese establecer una consideración de generalidad con el casco de aquel viejo mercante. El compartimento, sin embargo, disponía de los suficientes elementos para arranchar con sobria dignidad. El capitán de fragata don Federico Gravina y Nápoli, que despachaba con un teniente de navío en aquellos momentos, me dirigió una agradable mirada al comprobar mi presencia, una vez concedida la venia.

—A sus órdenes, mi comandante. Se presenta el alférez de fragata...

—Bienvenido a bordo, Leñanza —interrumpió Gravina a la vez que me tendía su mano—. Considérese como en su casa, si es que se puede llamar así a tan extraño bajel. Le adelanto que las normas en este buque difieren de las normales en cualquier otra unidad de la Armada. Pero todas esas reglas de régimen interior le serán explicadas con detalle por el teniente de navío Martínez de Herrera, a quien deberá presentarse en pocos segundos. Le presento al teniente de navío don Pascual

Bardemos, segundo comandante.

—Ya tenía noticia que nos embarcaría uno de los famosos guardiamarinas de Barceló —recalcó las últimas palabras con tono burlón, mientras me ofrecía una cínica y meliflua sonrisa que no me gustó nada desde el primer momento—. Le advierto que aquí le será difícil conseguir algún otro título nobiliario.

—No es ése mi objetivo, señor, sino cumplir sencillamente con mi deber.

Deduje por la expresión de su rostro que no le había gustado mi respuesta, lo que nada bueno podía presagiar para mi futura relación con él. Era Bardemos persona extremadamente delgada y regular estatura, ojos saltones y una edad aparente superior al propio comandante. Pero destilaba en general un tufillo malencarado y culebrón, poco propenso para establecer un mínimo y afectuoso contacto personal. Gravina, un hombre muy inteligente, cortó aquella conversación con rapidez.

—Como le comunicarán, esta tarde celebraré consejo de guerra con todos los oficiales asignados a la San Cristóbal. Ahora preséntese sin pérdida de tiempo a Martínez de Herrera, que es mucho el trabajo por realizar.

Me despedí de forma correcta, sin dirigir la mirada al segundo comandante, aunque sintiera sus ojos clavados en mi nuca. Salí de la cámara y comencé a deambular por la cubierta baja, en busca de quien debía mostrarme las obligaciones a desempeñar. He de reconocer que anduve perdido varios minutos, en aquel laberinto de compartimentos poco iluminados. Por fortuna, un marinero de edad avanzada, descalzo y con un calzón azul como única prenda de vestuario, debió leer en mi rostro que no sabía por dónde caminaba, ya que se acercó, solícito.

—¿A quién busca, señor?

—En realidad debo encontrar al teniente de navío Martínez de Herrera.

—Yo le llevaré junto a él. Sígame.

Sin decir una palabra más, me mantuve tras los pasos de aquel simpático marinero al que apodaban abuelo, procedente de una lejana quinta llevada a cabo en un pueblo de Almería, según supe más tarde. No me sorprendió comprobar que también en la San Cristóbal los marineros y soldados de marina, tanto de infantería como los pertenecientes a las brigadas de artillería, vestían en ingente proporción sin adaptarse a norma alguna y más cerca al estamento de pordioseros de puerto, que al de hombres de armas. Por desgracia, las normas escritas sobre el tema no calaban lo suficiente, ni las soldadas llegaban a tiempo para cumplirlas.

Subimos por una escala hasta alcanzar la cubierta principal, que en las flotantes quedaba grandemente desnivelada por encontrarse la artillería instalada en ella sólo a la banda de estribor, lo que le confería el inconfundible y anómalo aspecto exterior. Circulamos por babor hacia proa, hasta llegar al castillo, donde un teniente de navío de baja estatura y rojos mofletes, conversaba con un teniente de artillería y tres jóvenes guardiamarinas. Fue entonces cuando escuché la voz del abuelo, a la vez que me señalaba al oficial.

—Ése es el teniente de navío Martínez de Herrera, señor.

—Muchas gracias.

Me presenté de forma correcta y con cierta prevención al nuevo oficial, por si encontraba otro personaje de parecido carácter al de Barrientos, cuya avinagrada figura aún se mantenía en mi memoria. Pero para mi fortuna, era don Mauricio, que así se llamaba por la pila bautismal Martínez de Herrera, persona de natural bondad, así como amigable y comprensivo. Para colmar su carácter afable y de buenas maneras, salvo cuando una vena roja se hinchaba en su garganta como chorizo de Tolosa, disfrutaba de la estada propia al recién casado con una joven gaditana, lo que parecía aumentar su disposición al ejercicio de la humanidad. Mal momento, pensé yo, para contraer nupcias con la jornada que se avecinaba.

—Bienvenido, Leñanza. Sabía de su embarque por medio del teniente de fragata Jaime Escach, que ya se encuentra a bordo. Sé que viene recomendado por don Antonio Barceló, que es la mejor presentación que nadie le puede otorgar. Estuve a sus órdenes en la escuadra de jabeques, y es personaje difícil de olvidar. Agréguese a nuestro grupo, que comenzaba la explicación general.

Fue entonces, al saludar a los otros tres hombres, cuando reconocí a Sebastián de Moncada, un guardiamarina de mi brigada en la Escuela Naval de Cartagena, que también había servido en las cañoneras de Barceló. Le ofrecí un fuerte abrazo, al que no parecía dispuesto en un principio por mor de la diferente antigüedad y hallarnos en público. Pero ya don Mauricio cabalgaba con su explicación.

—Le he explicado a nuestros compañeros, Leñanza, que llevaremos una dotación excesiva, muy por encima de la normal para un buque de este porte. Pero es mucho el personal que se ha presentado voluntario, así como el necesario en las baterías, pensando en una acción artillera larga en el tiempo, con los necesarios relevos. Si no embarca nadie más, cosa que ruego a San Telmo con todo mi fervor —juntó las manos en respetuosa súplica mientras sonreía—, en la actualidad nuestra dotación está compuesta por el comandante que ya conocen, el segundo comandante don Pascual Barrientos, 33 oficiales de guerra, 15 oficiales mayores, 96 soldados de tropa de infantería, 19 oficiales de mar, 215 artilleros, 105 marineros, 112 grumetes, 18 pajes y 15 criados que forman un total de 630 hombres. Si tenemos en cuenta que tan sólo montamos 17 cañones de a 24, aunque sean del mejor bronce y la más esmerada fabricación, es a ojos vista una cantidad desproporcionada. Además, tanto personal redundante en un aumento de calado que no es, precisamente, lo que necesitamos, porque ya los ingenios del inventor francés nos hacen aumentar la obra viva^[16] en exceso. Pero como la mayoría son voluntarios, no sufrimos la plaga de las levadas llevadas a cabo entre vagos, maleantes y mal entretenidos, que tanto abundan en nuestras unidades. Personal de calidad no ha de faltar.

—Gran cantidad de oficiales, desde luego —me atreví a comentar.

—Excesivo número de oficiales debería decir. Según parece, son muchos los que desean ascender en la gloriosa jornada que se avecina, si no acabamos con los pelos chamuscados, gracias a las balas rojas del inglés —prorrumpió en sonora carcajada,

aunque no parecía desdeñar el comentario—. Se corre el rumor, personalmente no lo creo, que si se consigue la anhelada reconquista de la plaza gibraltareña, Su Majestad otorgará ascensos y mercedes como toque de generala.

Recorrimos el buque cuaderna a cuaderna, sin dejar pañol ni resquicio por descubrir, siguiendo las explicaciones detalladas de nuestro preceptor, que había asistido a la construcción del buque o, mejor debería decir, acondicionamiento como batería flotante. Don Mauricio intercalaba chistosos comentarios a menudo, lo que redundaba en beneficiosa atmósfera, tan importante para el buen servicio en las unidades a flote de la Armada. Aunque intentaba camuflar sus verdaderos sentimientos, se deducía de sus frases rápidas que no confiaba tanto como otros en la robustez e incombustibilidad que se le exigiría en el oportuno momento, por mucho que las disfrazara con sonrisas y comentarios jocosos. De esta forma conocimos la exacta disposición de cada elemento, la dificultosa maniobra que lo haría navegar como vaca panzuda, muy difícil de marinar, y su extraordinaria aunque escasa artillería.

Especial atención dedicó a las cámaras de las bombas, esas que debían enviar el agua con suficiente presión a las venas milagrosas, que serían servidas por brigadas preparadas y adiestradas al efecto. Por mi parte, se me asignó a la brigada cuarta, bajo las órdenes del teniente de navío Comesaña, al que todavía no conocía. Bajo nuestro control quedaba el tiro del tercer grupo de piezas de artillería, pertenecientes a la andana baja, las situadas más a popa, así como la supervisión de la cámara de bombas número dos.

—Aunque ustedes embarcan hoy, no crean que todo esto es racimo de un día. Bastante personal lleva a bordo el tiempo suficiente, desde que encaramos aquellos viejos mercantes medio carcomidos. En especial embarcó con las primeras remesas la gente de mar, que ha de marinar la flotante e intenta poner en orden una maniobra ya de por sí complicada. En cuanto a los artilleros, llevan a cabo su particular adiestramiento en uno de los caños cercanos, con cañones idénticos a los que montamos, porque en esta ocasión la Real Hacienda no escatima gastos, salvo nuestras pagas que se retrasan ya más de seis meses. También se ejercitan los que han de servir en las cámaras de las bombas, dado su especial tamaño y particularidad, al ser ejemplares de doble émbolo y mayor capacidad de bombeo, un trabajo agotador para el que se ha previsto suficiente personal de relevo.

—¿Dónde arrancharemos, señor? —preguntó el guardiamarina más joven.

—Tiene razón, no paro de hablar y había olvidado uno de los aspectos más importantes —golpeó el hombro del guardiamarina con afecto—. Para dormir se ha habilitado uno de los barracones de artillería, anejos al almacén general, con las comodidades que exige el empleo de cada oficial, dentro de las limitaciones que la situación nos impone. Las colaciones, sin embargo, se harán a bordo, para que ejerciten cocineros y rancheros, con lo que nos será posible comprobar que se puede ofrecer saludable manduca para tanta gente en espacio tan peculiar, durante el tiempo

que nos encontremos en acción. De todas formas, cada uno es libre de acudir a la cámara de oficiales del arsenal cuando así le plazca. Tengan en cuenta que se mantendrán a bordo la mayor parte del día y, en mi opinión, es poco el tiempo que nos queda en esta situación, si las noticias que me han llegado son ciertas.

—¿Se sabe que día zarparemos para la bahía de Algeciras? —pregunté con decisión.

—Ahí está la pregunta cuya respuesta todos desearían conocer —parecía de excelente humor, lo que achaqué a sus recientes nupcias—. Estamos a la espera de la escuadra de don Luis de Córdoba pero, según he oído en corral de sabiduría, no llegarán a diez los días que nos quedan por estos parajes. No se preocupen que recibirán información precisa y puntual, porque esta tarde a las cuatro está previsto un consejo de oficiales a bordo. El comandante desea dirigirnos la palabra a todos, hasta el más joven guardiamarina —le dirigió una sonrisa al indicado—, y nos explicará con detalle las previsiones futuras y maniobras a llevar a cabo. Deben tener en cuenta que el capitán de fragata Gravina es un oficial extraordinario, que siempre desea que sus subordinados se encuentren enterados de todos los detalles de las operaciones a desarrollar.

—¿Será a bordo esa reunión? —preguntó Sebastián con rostro de sorpresa—. Son muchos los oficiales asignados a la dotación.

—Ya sopesamos esa cuestión y las posibles soluciones. Pero hemos calculado que el sollado de popa, o lo que fue tal sollado en su día, dispone de suficiente cabida para los 68 oficiales que nos encontramos a bordo. Y, como les decía, espero que no aparezca un voluntario más, porque deberíamos echar alguno de los presentes.

Martínez de Herrera continuó su extensísima perorata, hasta alcanzar la hora del almuerzo, al que le acompañamos. Para los oficiales se armaban las mesas en las cámaras corridas de popa, previstas como futuro alojamiento, aunque se notaba el elevado número de raciones a repartir, por la escasa cantidad y calidad en los alimentos. No me preocupaba, sin embargo, aquella cuestión, sino los planes que se abrían en mi futuro cercano.

A las cuatro de la tarde, el sollado de popa de la flotante parecía un hervidero de personal, lo que trajo a mi memoria las reuniones en la sala general, a las que éramos convocados en la Escuela Naval todos los guardiamarinas para recibir las periódicas arengas del Capitán de la Compañía. Un rumor de voces se corría de banda a banda con graves variaciones en su volumen, como el paso oscilante de un tonel por la cubierta. Nunca había presenciado tal cantidad de oficiales reunidos, si tenemos en cuenta que todos pertenecían a la misma unidad. Especial atención me produjo el elevado número de tenientes de navío presentes, alguno de ellos con un galón en las vueltas^[17], porque esperaba que la mayor parte de los oficiales embarcados lo fueran de baja graduación. Como decía don Mauricio, eran muchos lo que buscaban la gloria en la jornada venidera.

Fiel a su norma sobre la más estricta puntualidad, cuando se picaba a bordo la campana^[18] que correspondía a la hora prevista, las cuatro de la tarde, hizo su aparición el comandante en el sollado de popa, reacondicionado en improvisada sala de juntas. Como todos, vestía el uniforme pequeño, declarado en la orden como uniformidad obligatoria para el acto castrense del Consejo. Gravina lucía, de acuerdo a su empleo de capitán de fragata, dos galones en las vueltas. En esta ocasión me pareció menos esbelto que en aquella primera entrevista, lo que achaqué a las preocupaciones del mando en momento tan decisivo. Como pueden suponer, a inicios del mes de septiembre y en compartimento con escasa ventilación, los sudores se extendían bajo las camisolas como agua de abril. Pero no tuvimos mucho tiempo para pensar en otras posibilidades, pues ya nuestro comandante se dirigía a nosotros.

—Bien, señores, creo que ya les he saludado a todos conforme han ido embarcando muchos de ustedes en el día de hoy. Pero ahora que los veo en conjunto, he de reconocer que me impresiona el número de oficiales que tendré a mis órdenes, suficientes para formar un pequeño ejército.

Nos ofreció una inicial sonrisa que pareció distender el tenso ambiente que se respiraba. Deduje con rapidez que Gravina debía pertenecer a la escuela de Barceló, en cuanto al trato que dispensaba a sus hombres, aunque su porte y modo en el hablar fuesen mucho más distinguidos y refinados. Sabía ganarse la voluntad de los que trabajaban a su lado, por los detalles que a todos dispensaba. Una de aquellas premisas era la de charlar con sus oficiales y comentar con detalle las operaciones en curso antes de entrar en combate.

—Creo necesario explicarles el plan previsto para el próximo ataque simultáneo a la plaza de Gibraltar, decidido en el Consejo de Guerra o Junta General habida entre los príncipes extranjeros y jefes del Ejército y Armada, a la que tuve el honor de asistir. En líneas generales y con toda la confianza que les dispense, debo comunicarles que cargaremos con el peso principal de la operación, ya que mientras batimos las murallas gibraltareñas hasta derribarlas y propiciar el ataque de las tropas, punto básico y principal a conseguir, nos encontraremos en disposición de recibir generosos regalos, bien calentitos, de las fuerzas inglesas.

Gravina volvió a ofrecer una sonrisa que, en este caso, duró muy poco tiempo, mientras dirigía su mirada en círculo sobre todos nosotros.

—Les supongo al corriente de que seremos diez las flotantes en acción. Las de dos puentes cubriremos la primera línea. La insignia del jefe de escuadra don Buenaventura Moreno, al mando de esta especial escuadra, será izada a bordo de la Pastora, donde nos convocó en el día de ayer a los respectivos comandantes, para dictarnos las instrucciones finales, si no aparece razón en contra. El inventor francés *monsieur* d'Arcon, también presente, embarcará en la capitana para comprobar *in situ* la bondad de sus teorías. A la reunión faltó el príncipe de Nassau, que actuará como comandante de la Tallapiedra, a quien le dispondrá en privado don Buenaventura lo que ha de menester.

Otra parada y nuevo vistazo general, mientras el silencio en el sollado se mantenía imperturbable. Aunque hombre decidido y pronto a la ejecución, nuestro comandante parecía dudar del camino a seguir en aquel preciso momento. Tengan en cuenta que estas observaciones que inserto eran fruto de mi propia cosecha, aunque ya Barceló me hubiese adelantado jugosos detalles de la personalidad de mi nuevo jefe.

—La posición inicial o cabeza, frente al muelle viejo, la tomará el buque insignia, respecto al que nos distribuiremos las flotantes de dos puentes, de forma que dejemos una distancia entre unidades de un cable^[19]. De esta forma, se pretende cubrir con nuestros fuegos el frente enemigo de Gibraltar, desde el ángulo flanqueado o del Norte del baluarte real, hasta la muralla nueva en dirección del sur. Como somos la unidad número cinco de la primera línea, nuestra posición final será en la dirección señalada y cuatro cables de distancia a la Pastora, de forma aproximada, y digo esto último porque es más importante la situación relativa del buque frente a las murallas, que la distancia exacta entre unidades. Las otras cinco flotantes, de un solo puente, se colocarán a retaguardia para formar una segunda línea de combate, en los claros dejadas por aquéllas, con lo que formaremos un orden de despliegue ajedrezado. Pero les repito que el punto principal, en mi opinión, es el de la distancia a las murallas que deberemos batir.

Volvió a aparecer la duda, que pareció desechar con un ligero movimiento de su mano sobre el rostro, a la vez que apartaba el sudor.

—Pero vayamos por partes y en su orden, que es la mejor forma de no olvidar detalle de importancia. Como habrán observado, el buque se encuentra listo para salir a la mar, salvo pequeñas faltas de material que espero embarcar esta tarde y a lo largo del día de mañana. Calculo que en dos o tres días a lo sumo, nos trasladaremos para fondear en la bahía^[20]. Allí comprobaremos los sistemas de mar y guerra como corresponde a toda unidad de nueva construcción pero, muy en especial, llevaremos a cabo ejercicios con la artillería. Sería ideal disponer de blancos fijos, a una distancia aproximada a la que se encontrarán las murallas gibraltareñas, con lo que se podría centrar el tiro en altura en una primera aproximación. Veo por el gesto de sus caras que es empresa fácil, colocando cajas de madera a las doscientas cincuenta toesas que es la prevista para el ataque. Y así lo haremos, sin duda. El único problema es que no estoy muy convencido en que podamos alcanzar esa distancia de fondeo frente a las murallas de la plaza.

Algún rostro mostró claros signos de interrogación, por no encontrarse advertidos del problema. Recordé los datos ofrecidos al respecto en la Junta General a la que acompañé a don Antonio Barceló, cuando se debatió ese importante detalle que, sin embargo, algunos prefirieron obviar. Pero ya Gravina se adelantaba para aclarar la cuestión.

—Pero no avancemos demasiado deprisa, que no es bueno para la guerra. Desde la bahía gaditana y cuando se tengan noticias de que la escuadra de don Luis de

Córdoba se encuentra cercana a doblar el cabo de San Vicente, iniciaremos nuestra marcha hacia la bahía de Algeciras, escoltados por los elementos de dicha escuadra que se encuentran destacados en Cádiz. Como pueden comprender, será una navegación lenta y dificultosa porque no disponemos de la agilidad de una fragata precisamente —volvió a ofrecer esa sonrisa un tanto desconcertante por su significado—. Es posible que nos sea necesario recibir remolque para aligerar la maniobra, si el tiempo no es el adecuado, porque no conseguiremos navegar con un viento que abra menos de seis cuartas. La idea general es llegar por la tarde a la bahía algecireña, con escasa diferencia a las unidades de Córdoba, y fondear en ella hasta la llegada de la noche. Será horas después, en los momentos que preceden al alba, cuando iniciaremos el traslado hasta situarnos en la posición prevista para el ataque. Por favor, señores, considérense en libertad de preguntar, si estiman que algún punto no les presenta la suficiente claridad.

La ocasión fue aprovechada con rapidez por un veterano teniente de navío, adornado con bigotes elevados al cielo como enhiestos espolones, quien preguntó sin esperar un segundo más.

—¿Ese traslado final tan importante lo llevaremos a cabo con nuestros propios medios?

—Depende de las condiciones meteorológicas, Valterra. Si es posible, navegaremos esa corta distancia con nuestro aparejo. Pero se encontrarán previstas por parte del general Barceló barcazas para el remolque, fondeo y disposición final idónea, en caso necesario. Como saben, disponemos de algunos remos propios, enclavados de forma original en buque de este porte, para las maniobras finales, aunque no les dispense mucha confianza y espero eludir su utilización. Les repito que es fundamental dejar el buque bien encuadrado con el costado de barlofuego hacia la plaza, y que ninguno de nuestros cañones quede con campo a batir limitado. La idea general es la de largar los mencionados anclotes muy por largo, de forma que la flotante quede acoderada por través, y si llega el momento en que se considere necesario, podamos alejarnos de las baterías enemigas a la espía y salir de su distancia de tiro, cobrando los cables con los cabrestantes. Como deben suponer, esta maniobra la llevaríamos a cabo en el caso que, antes de haber podido batir las murallas gibraltareñas el tiempo suficiente, se compruebe que el sistema ideado por *monsieur d'Arcon* no funciona en la forma adecuada.

Un apagado rumor se extendió por el sollado. Sin embargo, bastó una mirada del segundo comandante hacia popa, para que se apagaran los cuchicheos como vela en el agua.

—Les adelanto que siempre he confiado en los nuevos ingenios de guerra que los ingenieros nos ofrecen, hasta que se demuestre lo contrario. Los hombres de ciencia llevan a cabo su trabajo por el bien de las armas y no hay que desconfiar de sus obras de antemano, como muchos de nuestros compañeros que propagan a los cuatro vientos sus defectos, sin que hayan sido probados suficientemente. Nuestra misión no

es ésa sino cumplir lo que se nos ordena con la mayor abnegación, porque el fin particular puede ser incomprendido si no se conoce con precisión el plan general.

Se vio obligado a limpiar el sudor de su rostro con un pañuelo antes de continuar.

—De todas formas, considero una obligación exponerles que, en mi opinión, el punto más débil de nuestro trabajo se encuentra en el ineludible requisito de alcanzar la distancia establecida al objetivo, condición necesaria para batir las murallas con el máximo poder destructivo de nuestra artillería. Al exigirnos quedar situados a las 250 toesas mencionadas tantas veces, creo que con el profundo calado de nuestro buque llegaremos a varar en la arena, y que aún en la varada quedaremos a distancia superior. Y digo esto, como lo expresé por conducto reglamentario, por haber fondeado en esas aguas, con motivo de evacuación de enfermos, en 1778. No comprendo cómo no se ha comprobado este punto de forma más fehaciente, pero no es ése nuestro cometido en este momento.

—Y si varamos, mi comandante... —Otro teniente de navío pareció dejar en el aire sus pensamientos.

—Pues si varamos, Fonseca —ahora sí que Gravina nos lanzaba una sonrisa abierta—, se nos agravará el problema. Con la pesada quilla clavada en la arena y tras algunas horas de combate, cuyas oscilaciones nos hundirán más en el fondo, es muy posible que no seamos capaces de ganar un solo metro cobrando de las amarras a los anclotes.

—Y en ese caso... —Era el mismo teniente de navío, que más que preguntar parecía ofrecer nuevas entradas a la charla del comandante.

—En ese caso lo pasaremos mal, si es necesario separarnos de las baterías inglesas. Varados en la arena o el cascajo del fondo, sólo nos sacaría del atolladero el remolque de un navío con viento propicio, o algunos lanchones preparados al efecto. Pero, bueno, ha sido éste un problema analizado y así quedó resuelto, por decirles algo. Esperemos que no sea necesario aumentar la distancia a tierra, porque preveo una maniobra lenta y penosa, salvo que las condiciones del viento sean excepcionales a nuestro favor. Pero no pequemos de pesimismo y pensemos que seremos capaces de destruir las murallas y posibilitar el ataque general.

Gravina concedió un nuevo descanso a la charla, mientras parecía escrutar cada uno de los rostros fijos en él. Se escuchó algún leve cuchicheo de bajo tono por la parte donde me encontraba, al fondo del sollado. Por fin, el comandante retomó su disertación.

—Creo que les he expuesto los temas principales. Pero hay otros de menor categoría, que no son de despreciar. Espero que sean conscientes de que nuestra dotación está dimensionada en exceso, lo que es malo porque puede estorbar el trabajo de algunos puestos comprometidos. Sin embargo, presenta la ventaja de que se llevarán a cabo un mayor número de relevos, especialmente entre los sirvientes de los cañones y los que pican las bombas, dos ejercicios que se mantendrán de forma continua durante un tiempo muy elevado, en comparación con un combate naval

ordinario. No me pregunten la duración estimada de la acción artillera porque no sería capaz de responderles. Almacenamos enorme cantidad de pólvora y balerío para nuestros diecisiete cañones, lo que también es peligroso y me decidió a ocupar con personal de experiencia los grupos de protección de las santabárbaras, cuyos sistemas de inundación han de mantenerse en funcionamiento.

—Mi comandante —intervino el teniente de navío Fonseca de nuevo—, si quiere podemos hacer un cálculo del número de disparos necesarios para derribar las murallas, ya que disponemos de información suficiente sobre ellas.

—No es ése el problema, Fonseca. Si supiésemos con exactitud la distancia a las murallas en la que nos posicionaremos al final de la maniobra, podríamos llevar a cabo el cálculo que ofrece, aunque sea *grosso modo*. En el caso ideal que alcanzáramos esas doscientas cincuenta toesas, según el cálculo estimado por el Estado Mayor del general Moreno, en tres o cuatro horas quedarían barridas las defensas. No olviden que las cañoneras y obuseras del general Barceló se incorporarán a nuestro cometido, y esas cucarachas se acercarán hasta besar a los ingleses, no lo duden, ya que las baterías de la plaza se encontrarán empeñadas contra nosotros. Pero también pesará otro factor de importancia, como será el uso de los buques de la escuadra.

—¿Los buques de la escuadra no deberán atacar al mismo tiempo otros blancos? —Era el primer alférez de navío que osaba tomar la palabra, un extremeño llamado Comillas.

—Ésa es la previsión, desde luego, de acuerdo al plan general. Pero fue tomada en la Junta General, a la que no asistió el teniente general don Luis de Córdoba por encontrarse con el grueso de su escuadra en la mar, navegando por el canal Inglés —pareció titubear durante unos pocos segundos—. La idea del capitán general duque de Crillon es comenzar el bombardeo en cuanto la escuadra alcance las aguas de Algeciras. No se trata de prisa alocada sino de evitar el refuerzo inglés que, según se comenta, se halla en curso y no pasará un mes sin que arribe a estas aguas, con el correspondiente refuerzo de hombres y armamento. Sería hermoso esperarlos con nuestra bandera sobre el castillo de Gibraltar. Pero el problema podría presentarse si..., si el general Córdoba no se encontrara al tanto de lo decidido en la Junta.

Comprendí que ésta era, desde luego, la duda grave que sufría Gravina y que, por disciplina y lealtad al mando, no consideraba conveniente exponer a los oficiales con toda su crudeza. Recordé las palabras de Barceló, cuando aludió a la posible postura del general Córdoba respecto al plan de batalla. En realidad, nuestro comandante también dudaba de que el general al mando de tan poderosa escuadra, pusiese sus unidades en el combate de acuerdo con los planes de Crillon, si era de opinión contraria. Deben tener en cuenta que estos pensamientos bullían en mi cabeza porque me encontraba sobre aviso, con una información mucho mayor que la del resto de los oficiales. Gravina salió del trance como pudo.

—A los buques de la escuadra se les han asignado en principio otros frentes a

batir en la plaza, pero supongo se cambiarán si se ve la empresa comprometida y no somos lo suficientemente poderosos para derribar las murallas en el tiempo necesario. Espero que el duque de Crillon pueda establecer con el general Córdoba la coordinación necesaria. Pero es éste un problema que nos sobrepasa y no merece más comentarios por nuestra parte. En fin, señores —pareció zanjar este último punto—, creo que no me dejo ningún asunto importante en el tintero, pero estoy a su disposición para aclarar cualquier duda. De la discusión se abre la luz en muchas ocasiones, como nos decía un gran profesor en la Escuela Naval. No duden en tomar la palabra, sea cual sea su empleo y antigüedad.

De pronto se estableció el silencio más absoluto, lo que hizo que algunos oficiales se moviesen inquietos y comenzasen a salir a superficie muchos pañuelos con los que enjugar los sudores. Fue un joven alférez de navío, casi un niño, quien tomó la palabra.

—Mi comandante. ¿Se ha comprobado que el sistema del inventor francés funciona? Quiero decir si se ha hecho fuego sobre maderamen con doble casco y material empapado, para comprobar su carácter incombustible.

Gravina sonrió porque, sin duda, se trataba de una pregunta juiciosa y ajustada a la reunión.

—Se discutió esa posibilidad en la Junta General. Hubo quien apoyaba una idea parecida a la que ha apuntado usted, que creo acertada y recomendable. Pero también se alegó por otras autoridades que el resultado llegaría a oídos del inglés, y que si la comprobación resultaba poco alentadora, redundaría de forma negativa en la moral de las dotaciones.

El comandante debía sentirse molesto al deber contestar excusa tan absurda, pero había sido la ofrecida por algunos altos jefes de la Armada en la Junta General y no tenía más remedio que defenderla. Volvió a retomar la palabra con decisión.

—Señores, en algunas ocasiones se encontrarán ustedes en la tesitura de no comprender las órdenes recibidas y, sin embargo, no les quedará más remedio que obedecerlas. Es posible que, en efecto, a veces se trate de puros dislates, porque también las altas magistraturas yerran como humanos. Pero asimismo es incuestionable que los que se encuentran en un escalón inferior de la jerarquía, no alcanzan a ver el problema en su forma general y conjunta. Espero que comprendan mis palabras. Nos encontramos ante una acción que ha recibido la denominación de conjunta o combinada. Sin embargo, el fuego y manejo de las flotantes, así como los blancos a batir, han quedado en manos del jefe de escuadra don Buenaventura Moreno, que los decidirá de acuerdo a su buen saber y entender. En mi opinión, deberían ser los blancos seleccionados por aquellos que han de asaltar, penetrar y tomar la plaza, pero es posible que algo se escape a mis entendederas.

Otra vez el pesado silencio que, en esta ocasión, nadie parecía interesado en romper. Gravina se levantó con su habitual dignidad, para ofrecernos una despedida.

—Bien, señores. Creo que hemos tocado los puntos principales de la acción que

llevaremos a cabo. Aunque no sea necesario, debo recordarles que nos encontramos en el cuarto año de esta guerra contra Inglaterra, y que todo ese tiempo estamos empeñados en recobrar esa plaza española en la que, por desgracia, ondea el pabellón británico todavía. Es posible que esta jornada que vamos a acometer sea la última oportunidad que dispongamos, porque se llegará a una paz en pocos meses, que ya los rumores apuntan en ese sentido. Por esa razón, echaremos el alma en esta empresa. Pero no debemos engañarnos. Será una acción de mucho riesgo, un peligro muy superior al de un combate naval tradicional, porque estaremos atados por collar en una perrera cuyas posibilidades reales desconocemos. Pero lo que no ha de faltar es el valor y el arrojo que de nosotros se espera. Trabajen y hagan trabajar a sus hombres. Que se ejerciten a fondo estos días, que la guerra se gana en la preparación y adiestramiento que tantas veces obviamos. Esto es todo y, una vez más, doy mi más calurosa bienvenida a los nuevos miembros de la dotación, que tan valerosamente se han presentado como voluntarios.

Y así terminó aquella larga charla con un hombre magnífico, un oficial de la Armada a carta cabal, con el que la vida y la Historia me unió años después. Pero abandoné el sollado con el corazón turbado y el ánimo alicaído, y no crean que los amores planeaban por mi cerebro en aquellos momentos, porque la guerra aparta con presteza otros pensamientos más personales. Era una determinada idea la que me desazonaba sin cesar. Si Gravina era, según se comentaba en los corrillos, uno de los mejores tácticos navales del momento, con un arrojo y valor ejemplares, y no veía con suficiente claridad la acción en la que tomaríamos parte, su significado no podía ser muy alentador.

Me encontraba con estos negros pensamientos cuando me golpearon en la espalda. Era mi viejo compañero de brigada, el guardiamarina Sebastián de Moncada. Como ya le había concedido la necesaria confianza, me propuso salir a la cámara en tierra para beber una frasca de vino, a lo que accedí gustoso. Pensé que en aquel momento necesitábamos la presencia de Pecas y escuchar sus comentarios, tan oportunos para el espíritu. Después de todo y como él decía siempre, ningún remedio mejor que el vino para refrescar la cabeza y devolver el optimismo perdido.

11. Traslado definitivo

Y como había anunciado nuestro comandante, en la mañana del 3 de septiembre de aquel venturoso año de 1782, que tantas novedades aportaría a mi vida, nos trasladamos con la flotante San Cristóbal a la bahía de Cádiz, donde fondeamos al resguardo con las dos anclas en las primeras horas de la tarde. Durante esa corta travesía y a la vista de la carta de navegación, pude comprender la verdadera fisonomía geográfica de aquel rincón incomparable, donde la mar, los ríos y los caños parecen depositar a su paso gotas mágicas y menudas, que emergen orgullosas para formar aquellas bellas ciudades con nuestra Historia prendida en sus pliegues. Es posible que en el momento de la creación, Dios se decidiera por aquel laberinto milagroso, en un último y artístico esfuerzo para trazar el tajo final de la península ibérica.

He navegado por los cinco continentes y, sin embargo, les aseguro que pocos paisajes son comparables a esa ensenada plena de luz, donde nuestros ojos disfrutaban del esplendor en los trescientos sesenta grados, sin que sea posible pasar por alto uno solo de sus rincones. En nuestro giro podemos disfrutar de la Isla de León, Puerto Real, Puerto de Santa María, Rota y, como inigualable colofón, la hermosísima ciudad de Cádiz, que ya los fenicios adoraban como rigurosa estrella siglo y medio antes de nuestra era cristiana, para dar paso a todas las civilizaciones que demostraron el significado de las columnas de Hércules.

Pero, en verdad, no todo era esplendor y racimos de rosas en el devenir diario. Durante el corto traslado desde el Arsenal de La Carraca, pudimos comprobar las especiales dotes marineras de nuestro buque, si es que era posible denominarlas con ese sencillo adjetivo. Aunque en las escasas millas navegadas hasta la bahía fuimos remolcados por barcazas, nuestro comandante dio el aparejo por primera vez al encontrarse en franquía, para navegar en libertad con rumbos y vientos que abarcaban toda la rosa, en un primer intento de tomar contacto con aquel engendro de tres palos, un ejercicio que hizo cundir el desconuelo entre los marineros más avezados. Aparte de su aspecto exterior tan especial, la San Cristóbal se movía como un oso engolfado en la charca, reacio al timón, a la vela y a todo agente que intentase desplazarla de su holgazanería primitiva.

Fue Jaime Escach quien me animó con sus palabras, mientras estimulaba la labor de unos marineros para bracear la verga del trinquete.

—Debe tener en cuenta que este trasto no es un navío o una fragata esbelta de líneas. Esta mula perezosa ha sido creada con el único fin de disparar sus cañones sin descanso, y para ese cometido es necesaria ponerla en situación, como las vacas en el ordeño. Pero no le pida que navegue de bolina y sea ardiente como una goleta.

—No olvide que hemos de navegar hasta la bahía de Algeciras, y son bastantes las millas que nos separan del objetivo. Esta flotante no es capaz de virar^[21] ni con un

molinete clavado en el fondo.

—Ni falta que nos hace —Jaime parecía de excelente humor—. Si sopla poniente, podremos avanzar con todo nuestro aparejo desplegado al viento, por mucho que hociquemos la proa como jamelgo en galopada. En caso contrario, andaremos a palo seco^[22] y remolcados, que es labor de hijosdalgo, como diría nuestro general Barceló. Creo que por esa razón hicieron venir estos navíos de la escuadra de Córdoba, que se encontraban fondeados en Algeciras.

—En fin, lo que ha de venir, que lo sea para bien. Por otra parte, creo que deberemos trabajar a fondo estos días.

—No lo dude, porque es escaso el tiempo disponible hasta el momento decisivo. ¿Dónde le han encuadrado?

—En la cuarta brigada.

—Se encontrará en la andana baja, con lo que respirará un aire más viciado, porque esas aberturas escapahumos que se han abierto a sotafuego no me convencen del todo. Por suerte me han asignado la misión de enlace con las diferentes unidades, por si es necesario echar una mano o que nos la enrollen al cuello —volvió a reír con franqueza.

—Mi jefe de brigada es el teniente de navío Ignacio Comesaña, con el que he hablado unas pocas palabras solamente, pero parece buena persona.

Además del tiro correspondiente al tercer grupo de piezas de artillería, deberemos supervisar la cámara de bombas número dos. Pero el segundo comandante no parece mirarme con buenos ojos. Debo haberle caído mal a primera vista, porque no lo conocía de nada.

—Ése tipo es un avinagrado envidioso y malaleche. No consigue el ascenso con el paso de los años, y ve con mirada de bisojo que lo adelanten en el escalafón otros más jóvenes. Pero no crea que esa esquiva postura la mantiene con usted solamente, que pocos pueden soportarlo. Además, es peligroso, por lo que debe ofrecerle el suficiente resguardo.

Y así intenté hacerlo. Una vez probado el aparejo cerca de la bahía, volvimos a fondear en el mismo punto, al socaire de los vientos. Todo estaba previsto para comenzar un duro adiestramiento al día siguiente, tanto de artillería como de los diferentes sistemas de a bordo, especialmente el vital del agua en circulación. De esa forma, aquella noche cumplí guardia de prevención en cubierta, con los oficiales más modernos, para rendir sueño después en camarotes corridos, altisonante nombre para lo que no eran más que separaciones de lona bajo el alcázar, muy parecido al alojamiento sufrido en el navío Vencedor, durante las prácticas de la Escuela Naval. Pero era comprensible, porque con aquel número tan elevado de oficiales, ni el navío Santísima Trinidad^[23] podría disponer de suficiente y decoroso alojamiento.

La semana siguiente fue agotadora en todos los sentidos. Los ejercicios de artillería los llevábamos a cabo durante la mañana, disparando por grupos sobre bultos fabricados con maderas, como un tiro de concurso, a una distancia cercana a

las doscientas cincuenta toesas^[24], una longitud que me fue difícil de olvidar en muchos años. Ya no me llamaba la atención el retumbo del disparo, acostumbrado a escucharlo a corta distancia en las cañoneras. Pero el sistema era en este caso diferente y perfeccionado. He de reconocer que disponíamos de personal con mucha experiencia y la cadena de municionamiento, así como la carga, entrada en batería y disparo se realizaban a un ritmo considerado como muy alto. También podía reconocer la diferencia y calidad no sólo del cañón, sino de la pólvora y el balerío, de una fabricación esmerada, sin que fuesen de rechazar ninguna de aquellas balas negras y redondas por defecto de las mismas o un mal calibrado del arma.

Por las tardes, nuestro grupo dedicaba su esfuerzo a la comprobación de las bombas y circulación del necesario líquido. De forma especial, debíamos verificar que el caudal de agua era el previsto por el ingeniero y llegaba a las santabárbaras por doble vía, para el caso de que una de ellas quedara fuera de servicio en el combate. Pero no crean que me satisfacía mucho aquella inquietud por la posible inundación de la pólvora, ya que significaba nada menos que el buque debería encontrarse con fuego declarado en sus inmediaciones, una alternativa poco alentadora.

En la tercera o cuarta de las noches, que ya los recuerdos se pierden en la distancia, recibí el primer regalo de don Pascual Barrientos, el segundo comandante que, en mi imaginación, acabó por desplegar orejas de pico y rabo rojo como el demonio. Me encontraba de ronda por la cubierta en la guardia de media, cuando tropecé con él de forma inadvertida, debido a la escasa iluminación.

—¿No sabe caminar por cubierta, botarate? —me gritó con desdén.

—Perdone, señor —reconocí su agria voz de inmediato—. No le había visto. Alférez de fragata Leñanza. Sin novedad en la guardia.

—¿Es usted, Leñanza? —Una sonrisa torcida se abrió en su boca, como si se alegrara de encontrarme en aquellas circunstancias—. Debe recordar que no se encuentra en espacioso palacio, sino en un buque de la Armada.

—Sí, señor —apreté los puños ante aquel tono desabrido y denigrante, dispuesto a tragar mecha por los oídos.

—¿Acaba su guardia a las cuatro?

—Sí, señor —ya imaginaba lo que vendría a continuación, pues era una de las conocidas manías de aquel bribón.

—Pues continúe hasta las ocho y venga a darme la novedad a esa hora.

—Sí, señor.

Pero aparte de dos o tres ocasiones parecidas a la mencionada, no lo sufrí en mis carnes directas con frecuencia, porque le huía como al perro sarnoso. Si atisbaba por la proa su presencia, aligeraba el andar como los galgos hacia popa con cualquier pretexto. Acabé por dar la razón al refrán marineramente que dice con su habitual sabiduría, del oficial a más de una milla, o ya sabes que te engatilla. Sin embargo, como me narró Moncada, Barrientos se cebaba con saña en los guardiamarinas, a los que mantenía en ejercicio diario sin el menor descanso y con recargas continuas en

sus obligaciones. Aunque sea normal que los alumnos apechuguen con penosas tareas para completar su formación, creo que este teniente de navío cargaba las tintas en exceso. Como pueden suponer, era el personaje menos querido de la dotación y todos habrían aplaudido su desembarco. Por desgracia, era de la misma brigada que Gravina en sus tiempos de la Escuela Naval y amigo personal, por lo que nuestro comandante le había concedido su petición de embarque, en vista de que era una de sus últimas oportunidades de promoción.

Y entramos en la semana siguiente sin que me apercibiera con certeza de lo cercano que se encontraba nuestro destino. Como siempre me he dedicado al trabajo con esfuerzo, más que a pegar el oído a cubierta, fue Moncada quien me puso al día de los últimos acontecimientos, la labor que solía llevar a cabo mi añorado amigo Pecas con diligencia inigualable en otros tiempos.

—Está cerca el momento.

—¿Partimos para Algeciras? —pregunté, alarmado.

—Dicen que la escuadra del general Córdoba se encuentra a la altura de San Vicente^[25], y que mañana bien temprano abandonaremos la bahía. Un par de fragatas han salido en descubierta, aunque no se tiene noticia de ingleses en estas aguas.

—Llevaremos buena y poderosa escolta —señalé con el dedo los buques fondeados en nuestra cercanía—. Ahí tenemos nueve hermosos navíos de dos puentes y 74 cañones, que navegarán con nosotros.

—Como escolta y posible remolque. Según escuché a un teniente de navío en el alcázar, los navíos San Julián, San Eugenio y los dos franceses, Dictador y Suficiente, salen hoy para barajar el estrecho y enlazar con las dos fragatas, en espera de nuestra presencia. Por otra parte, los navíos San Isidoro, San Rafael, Astuto, Miño y San Lorenzo son los que nos escoltarán y darán remolque, si es necesario. Según creo, las flotantes de un solo puente se mueven con mayor soltura, por lo que es posible que los remolcados seamos las vacas sagradas.

—Nos escoltarán, eso es seguro, pero en caso de necesario remolque se encuentran preparados unos lanchones especiales del Arsenal, que esta mañana se acercó uno de ellos a nuestro costado. Mañana es el día once de septiembre, si no me falla la cabeza —parecía hablar conmigo mismo—. Eso quiere decir que llegaremos a la bahía el doce y, en ese caso, el ataque a la plaza se llevaría a cabo el día siguiente, trece. Según parece, quieren que funcione el efecto sorpresa.

—¿Efecto sorpresa? Seguro que los britanos conocen estas baterías tan a fondo como nosotros. Es mucho el dinero que utilizan para conseguir informadores.

—Es posible que tengas razón, pero el efecto de su presencia, poco antes de abrir el fuego sobre sus murallas, puede ser más ventajoso.

—Espera un momento —pareció pensar un asunto importante—. Según tus cálculos, entraremos en acción el día trece. No deberíamos comenzar un arriesgado combate en fecha tan nefanda y perniciosa.

—Me parece que las balas rojas las recibiremos igual en un trece o un catorce. La

idea del duque de Crillon era la de comenzar el ataque el día ocho, festividad de la Virgen, pero no ha podido ser por la tardanza en la llegada de la escuadra desde el Canal de Inglaterra. Esperemos que el gafe se les aplique a los ingleses en este caso.

En efecto, esa misma noche se informó a la dotación que en el día siguiente abandonaríamos el fondeadero, para dirigirnos hacia la bahía de Algeciras. No crean que sentí hormigueo alguno al concretarse el momento del combate, que ya deseaba entrar en acción cuanto antes. De todas formas, aunque esa noche disfruté de la guardia de prima^[26] y podía dormir seis horas de un tirón, me mantuve en un duermevela incómodo y nervioso. Ni siquiera el rostro de Cristina acudió en mi auxilio.

Las noticias captadas por Moncada fueron acertadas, aunque de forma aproximada, porque no levamos las anclas hasta bien entrado el mediodía del día siguiente, once de septiembre. Largamos todo el aparejo para abandonar la bahía, ya que el viento era propicio y posible la maniobra sin ayuda exterior. De esta forma me despedía del entorno gaditano, con lo que percibí ese típico sentimiento del marino al abandonar un surgidero, sin conciencia cierta de cuando volvería a encontrarlo.

En principio concebimos la esperanza de que todo marcharía como carreta cuesta abajo, porque un viento fresco de poniente nos impulsaba con galanura, hasta conseguir que las flotantes, con todo el trapo largado, se desplazaran con cierto ritmo, lo que ya era un éxito inesperado. Pero cuando navegábamos tanto avante con el cabo Trafalgar y enmendamos a babor en demanda del estrecho, cayó el viento a una ligera brisa, a la vez que rolaba disperso, hasta quedar entablado entre el tercer y cuarto cuadrante. Fue el momento en el que el mando decidió tomar el remolque, para desgracia de las dotaciones de los lanchones, que deberían redoblar su esfuerzo.

De esta forma, con escaso y cansino andar caímos en la noche, lo que no fomentaba la calma del espíritu, tan necesaria en aquellos momentos previos al combate. Entré de guardia al alba, cuando navegábamos en demanda de la punta del Fraile. Fue una amanecida espectacular y de buen cariz, con horizontes limpios y claros, aunque el viento se mantenía torpón e inestable. Como pueden comprender, los recuerdos me asaltaron en manada al pasar por aquel inolvidable punto geográfico. Rememoré con detalle el ataque a los navíos ingleses meses atrás, el hundimiento de la cañonera 23, así como el regreso glorioso a bordo del bergantín Hércules por aquellas mismas aguas que ahora surcaba en panzuda vaca.

Por fin, entrada ya la tarde fondeamos en la bahía de Algeciras, pegados a la parte occidental, cerca del cuartelillo naval y a suficiente distancia de la Roca, como si deseáramos mantenernos alejados del inexorable destino algunas horas más. Pero no crean que aquí acabaron las emociones del día, porque poco tiempo después comenzaron a embocar la entrada tal cantidad de navíos, que la bahía se convirtió en una estampa gloriosa y mágica, salpicada por velas en toda su extensión. La escuadra del general Córdoba arribaba sin novedad y mientras dejaban caer el ferro en la arena,

observé las señales de la capitana, el fantástico navío Santísima Trinidad, por las que se ordenaba a la fuerza zafarrancho y prevención para el combate. Ante aquella incomparable visión, unos cincuenta navíos con insignias de almirantes desplegadas en nueve de ellos, sentí erizarse mi piel de orgullo y admiración. Era imposible, pensé convencido, que aquella fuerza en conjunto no fuese capaz de tomar la Roca inglesa de una vez.

Me encontraba ensimismado y absorto en la cubierta, a popa, cuando un guardiamarina llegó a la carrera, para informarme que debía presentarme sin falta ante el comandante en el alcázar. No me pareció buena señal aquella urgencia y la inquietud hizo su mella, hasta pensar que el segundo comandante me esperaba para alguna jugada de las suyas. Pero conforme subía la escala final, divisé la incomparable figura del general Barceló, en animada charla con Gravina. Me presenté con el necesario rigor.

—A sus órdenes, mi general.

Le ofrecí una sincera sonrisa, satisfecho de su presencia, una alegría que aumentó de forma notable al comprobar que mi amigo Pecas se mantenía a su lado. Barceló, por su parte, me ofreció un abrazo de bienvenida.

—¿Cómo estamos, Leñanza? Como verá, no nos olvidamos de usted. Aunque he de reconocer que fue idea de su amigo y sustituto, la de venir para desearles suerte en el envite final.

También me abracé con Pecas, a quien tanto echaba de menos. Barceló bromeaba con nuestro comandante.

—Tenga cuidado, Gravina, que seguiré sus pasos en el combate desde mi puesto de mando, catalejo en mano y sin perder detalle. Esperemos que el tiempo se mantenga de esta forma, suave y tristón, lo que es buena señal y situación idónea para mis lanchas.

—Eso deseamos, mi general. También será bueno para las unidades de la escuadra.

—Ahora se encuentran en animada reunión —Barceló señaló en dirección al Santísima Trinidad—. Noticias importantes para la campaña pueden decidirse en estos momentos.

—¿Reunión en la capitana? —preguntó Gravina, interesado.

—Así es. El duque de Crillon, capitán general de los Ejércitos y general en jefe de las fuerzas acantonadas al sitio de Gibraltar, acompañado del duque de Artois, hermano del Rey de Francia, el duque de Borbón, su primo, y el príncipe de Nassau, que mandará la Tallapiedra, rinden visita de cortesía al teniente general don Luis de Córdoba. Desean exponerle las decisiones tomadas en la Junta General, para el combate previsto en el día de mañana.

Barceló utilizaba en su explicación un tono engolado y burlón, que nada bueno presagiaba. Gravina pareció comprenderle, por lo que pasó a preguntarle, interesado.

—Le conozco muy bien, mi general, y sé leer entre líneas. Le advierto que

también yo dudo de la actitud que tomará la escuadra.

—Confiemos en la Santísima Trinidad, y no me refiero al navío que enarbola la insignia, sino a los tres dioses en una sola persona, porque nos será necesaria su intercesión.

Como Gravina parecía desear la conversación con Barceló en corrillo aparte, me mantuve a solas con Pecas.

—¿Preparado para la acción? Qué envidia me das, mal amigo. Esta misma mañana intenté la última maniobra para que nuestro general me permitiese embarcar en esta unidad. Incluso le rogué que me dejara marinar una de las cañoneras que tomarán parte en el ataque combinado, en vista de mi restablecimiento y probada pericia personal. Pero está muy duro de pelar el viejo —chasqueó los dedos en un gesto suyo muy habitual—. Tengo que permanecer a su lado y observar el combate a distancia, como mujer en cama caliente. Me perderé la gloria de la jornada.

—Barceló lo decidió así porque es persona inteligente. Habrá más jornadas como ésta —intenté animarlo.

—¿Qué tal andan las cosas en estas vacas panzudas? Vistas desde lejos, parecen obra del demonio.

—Pues todo está preparado a bordo. Tan sólo esperamos que nos sea posible alcanzar la distancia adecuada a las murallas y que el tiempo se mantenga bonancible, para que las cañoneras y obuseras de Barceló puedan actuar. Y por parte de la escuadra, ya veremos.

—Nuestro general duda al respecto, pero ya sabes su opinión sobre Córdoba, desde que dejó pasar la fuerza inglesa que nos hundi6 antes de abastecer la plaza.

—Creo que el capitán de fragata Gravina es de opinión parecida. Sería una pena no concentrar el esfuerzo de todos en una misma empresa que, sin duda, es la de España. La verdad es que componen una visión esplendorosa —dirigí la vista por la bahía en derredor—. No podía imaginar una escuadra tan importante y concentrada, que da gloria mirar en cualquier dirección.

—Pues el combate será como una función de teatro con entrada libre.

—¿Qué quieres decir?

—Que pocas veces en la Historia, un acontecimiento como el que tendrá lugar mañana, la guerra sangrienta en su estado más puro e inhumano —Pecas declamaba con aires de salón—, podrá ser admirado o sufrido por tanto espectador. Aparte las personalidades de elevado rango, que se aposentarán en cómodos sitios y tiendas engalanadas, se calcula que ochenta mil personas de los pueblos y villas cercanas, así como algunos llegados de cualquier rincón español, se apiñarán en las lomas circundantes para contemplar la caída del pendón inglés en suelo hispano.

—No lo puedo creer —mi asombro era real—. Y no lo encuentro adecuado. Morirán muchos hombres y no es cosa de asistir como si se tratara de fiesta con toros.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ya sabes cómo funcionan las cosas en la Corte. Mi padre también asistirá, invitado por el duque de Crillon.

Una duda tenebrosa planeó de repente en mi cerebro, lo que me hizo preguntar con precipitación.

—Supongo que Cristi...

—No, por Dios —ahora hablaba en serio—. No lo habría permitido, aunque tiene orejas largas y está al día de que tomarás parte en la peligrosa refriega. La pobre está preocupada y nerviosa.

Observamos que Barceló se despedía de Gravina, por lo que imitamos su acción. Escuché la voz de Pecas con indisimulada emoción.

—Mucha suerte, amigo mío. No hagas locuras que mi hermana y yo te esperamos.

—No te preocupes, Pecas. Volveré a Las Garitas del Marqués con algún recuerdo de la plaza gibraltareña —dejé pasar unos segundos, antes de rematar con una frase que salió de mi corazón sin permiso—. Dile a Cristina que la amo mucho.

—Ya lo sabe. Cuídate.

Nos dimos un fuerte abrazo, cuando ya Barceló llegaba a nuestra altura.

—Ya sabe mi lema, Leñanza. Al toro por los cuernos —también me sentí estrujado por sus brazos—. Mucha suerte y que barran esas jodidas murallas de una vez. Y si llega a pisar la plaza gibraltareña, corte los huevos a algún pendejo britano de mi parte.

—Lo haré, mi general.

Poco después, cuando desplegaba su rojo resplandor una bellísima anochecida, me mantuve en cubierta sin conciencia del tiempo, con el pensamiento perdido en las estrellas que comenzaban a aparecer. La visita de Pecas había conseguido que el sentimiento de separación con Cristi volviese a mi alma con una furia devastadora. Era triste aquella situación del alma, encontrada entre dos fuegos. Fue entonces cuando comprendí las palabras de un profesor de la Escuela Naval en los primeros días, al declararnos que el oficial de Marina sin amor prendido, combate con mayor soltura de ánimo. Qué gran verdad es ésa. Debía apartar el rostro de Cristi en aquellos momentos de mi cerebro y centrarme en la jornada del día siguiente, tan importante para todos.

A partir de la anochecida, la guardia se redujo al mínimo, ya que se preveía la llamada a los puestos de maniobra y combate a las cuatro de la mañana, con lo que podíamos relajarnos a nuestro gusto. Decidí que era necesario dormir y descansar para encontrarnos en perfectas condiciones al día siguiente. Estarán de acuerdo conmigo en lo fácil que es proponerse tal tarea, y lo difícil que resulta en la realidad, cuando nos encontramos en situaciones difíciles y complicadas. La verdad es que conseguí escuchar el pique de la campana durante la noche, hasta la hora de la llamada general.

12. El ataque de las flotantes

La campana picaba la media de la hora cuarta en aquella mañana del trece de septiembre de 1782, un día que la Historia debería recordar con especial merecimiento, cuando se escuchó el toque a rebato de la corneta, con llamada de diana y orden general. Aunque el joven cornetín de órdenes repetía una y otra vez la conocida sinfonía con el máximo esfuerzo de sus pulmones, era tarea innecesaria pues la mayor parte de la dotación se encontraba prevenida por su alma personal. En mi caso particular no fue imperioso el reclamo, que ya me mantenía con los ojos abiertos como platos, tendido a la galana sobre el catre. Creo que mi vigilia nocturna se había extendido en demasía, porque no llegué a conciliar el sueño más que unos pocos minutos.

Era todavía noche cerrada cuando circulé por cubierta, en dirección a mi puesto de maniobra en el trinquete^[27]. Elevé la mirada al cielo con esperanza, para comprobar que la bóveda celeste se abría con inusitado esplendor y belleza. Es posible que ninguna de las estrellas mayores y menores quisieran perderse aquel espectáculo de guerra y muerte que se avecinaba. Por el contrario, la luna, en su cuarto creciente, comenzaba a recostarse con pereza sobre la ladera del Peñón, como si deseara retirarse de la escena, a la vez que ofrecía al perfil de la montaña una aureola tímida y sagrada.

Comprobé que soplaba una ligera brisa de poniente, que podría empujar nuestras flotantes contra la plaza gibraltareña, lo que redundaría en beneficio de la empresa y descanso de las lanchas previstas para el posible remolque. La bahía de Algeciras, en aquellas ideales condiciones, parecía un hermoso lago de aguas tranquilas, salpicado tan sólo por los ribetes centelleantes de las luces aisladas.

Me maravilló el silencio establecido durante las maniobras que debieron llevarse a cabo, como si cada hombre se encontrara en recogida rogativa, o temiese que el más ligero ruido pudiera romper ese especial encantamiento que se disfruta o padece antes de entrar en combate. El comandante ordenó levar el ancla de acuerdo con las órdenes de la capitana, lo que dio paso al concierto producido por el giro del cabrestante y el pito del contra maestre de proa, una conocida sinfonía. Creo que transcurrieron demasiados minutos hasta que se escuchó la esperada y conocida voz con suficiente claridad:

—¡Arriba y clara^[28]!

Fueron momentos de tensión, en espera de la orden que llegó, por fin, en forma de bamboleo de fanal, dirigida desde la Pastora, la flotante que enarbolaba la insignia del jefe de escuadra don Buenaventura Moreno. Picaba la media de la hora sexta con especial sonido, cuando el cornetín sopló a los vientos la señal de prevención para el combate. Al mismo tiempo, el comandante don Federico Gravina y Nápoli, embutido en su mejor uniforme y erigido como un dios particular en el alcázar, ordenaba largar

el aparejo y aproar hacia el glorioso destino.

Las flotantes comenzaron su lento caminar en dirección del levante, mientras las cañoneras y obuseras a las órdenes del general Barceló, las famosas cucarachas, se mantenían entre nuestras aguas, por si era necesario su auxilio en algún momento. Por fortuna, la ligera brisa se mantenían en perfecta conjunción con nuestros deseos, por lo que situado en cubierta todavía, pude observar cómo el Peñón donde deseábamos plantar nuestra bandera se agigantaba poco a poco, a la vez que la luz incierta del crepúsculo comenzaba a formar las líneas con suficiente definición.

Nos movíamos las cinco flotantes de dos puentes en primera línea; la Pastora con la insignia de capitana, la Tallapiedra con el príncipe de Nassau a su mando y la Paula Primera con don Cayetano Lángara, estas tres unidades con sus 21 cañones en la banda de estribor. Continuaba la primera avanzada con la Rosario, armada de 19 cañones, y nuestra San Cristóbal con 17 piezas de bronce. En segunda línea nos seguían las cinco flotantes de un solo puente; las Príncipe Carlos y Dolores con 7 cañones, mientras las tres restantes, San Juan, Paula Segunda y Santa Ana lucían 9 piezas. Las naves denominadas como panzudas, engendros navales, empalletadas, vacas flotantes y un sin fin de motes más o menos cariñosos se encontraban, por lo tanto, dispuestas a demostrar su valía y poder artillero.

Ya la ciudad de Gibraltar se perfilaba con claridad ante nuestros ojos, sus murallas opuestas a nuestra empresa, cuando volvió a sonar el cornetín para indicar la situación de zafarrancho, con lo que cada miembro de la dotación debía ocupar sus puestos para el combate. Sentí tener que abandonar la cubierta, con lo que no podría escuchar las palabras que todo comandante ofrece a su dotación en enardecida arenga antes del momento culminante, pero ya me dirigía a la segunda cubierta, hacia popa, donde se encontraban las baterías en las que debería servir.

Como es fácil imaginar, vivíamos momentos de especial tensión, con los corazones en acelerada pulsación, los músculos abiertos y los pensamientos perdidos en destinos lejanos. Junto a los cañones se apilaban los cartuchos de pólvora, mientras las balas rasas se encontraban perfectamente alineadas en sus chilleras, listas para enviarlas contra las murallas. El jefe de mi grupo ordenó cargar, operación que se llevó a cabo con extraordinaria rapidez. Poco después, cuando daba la voz para entrar los cañones en batería^[29], fue cuando sentimos cómo la quilla del buque comenzaba a rascar contra el fondo.

De forma instintiva, aproximé la cara al resquicio de luz formado entre cañón y tronera, para comprobar la distancia a la que podíamos quedar situados de los blancos a batir, una duda que bailaba en mi cerebro desde el primer día. Mi jefe directo, el teniente de navío Comesaña, comprendió mi intención, por lo que escuché su pregunta en voz alta.

—¡Continúe, Leñanza, y mire bien! ¿A qué distancia nos encontramos de las murallas?

Comprendí que los temores iniciales de nuestro comandante habían sido más que

fundados, porque tras observar con detenimiento llegué a estimar una distancia cercana a las trescientas cincuenta toesas^[30], lo que así comuniqué a viva voz, sin separar la mirada del objetivo. Pude escuchar, a continuación, las duras imprecaciones de mi jefe.

—¡Maldita sea la ballena blanca que parió al sultán de Argel! Ya sabía yo que no alcanzaríamos la distancia prometida ni de cerca. ¡Atención, artilleros! ¡Aumento del alza en tres puntos!

La elevación de los cañones, ajustada a las doscientas cincuenta toesas previstas durante las prácticas llevadas a cabo en la bahía de Cádiz, resultaba errónea, por lo que mi jefe ajustaba el tiro en altura de forma inicial, a ojo, lo que debería ser comprobado después, al observar donde caían nuestras balas.

Con los nervios en tensión, supuse que en aquellos momentos las lanchas nos empujarían en lo posible y comenzaría la labor de tender los anclotes por largo. También podíamos necesitar auxilio para ocupar la posición de combate en la forma adecuada. Creo que fue en aquel momento cuando se escucharon los primeros estampidos del cañón en la distancia, con un significado que no ofrecía dudas para nadie. Las baterías inglesas habían abierto fuego, y debíamos suponer que los blancos a batir no eran otros que las famosas flotantes. En efecto, pocos segundos después, cuando se picaba la media de la hora novena, se escucharon los primeros golpes duros y secos sobre nuestro casco.

Me inquietaba de forma negativa al comprender que recibíamos numerosos impactos y todavía no habíamos abierto fuego, aunque nuestras unidades fueran, en teoría, inmunes a ellos. Supuse que las flotantes intentaban acercarse en lo posible a las murallas, lo que significaba que nuestra quilla se clavaría más y más en el fondo, condición poco deseada si llegaba a ser necesario abrir distancias. En ese tiempo intermedio, en el que estábamos sometidos a las baterías inglesas sin disparar las nuestras, fue cuando establecí en mi cerebro la diferencia entre los impactos, dependiendo del sonido que producían al chocar contra nuestro maderamen reforzado.

Siempre recordaré aquellos dos efectos que en mi mente mencionaba como ploomm y plooff. Llegué al convencimiento que el sonido ploomm era el producido por las balas que rebotaban en el casco y superestructura, al no alcanzarlos con suficiente ángulo de impacto. Sin embargo, el plooff significaba que las balas inglesas, al rojo vivo e incandescente, se empotraban en la madera, con lo que la carbonizarían e incendiarían a continuación si el invento de *monsieur* d'Arcon no lo impedía.

Por fin, tras unos largos minutos que debieron alcanzar la media hora, recibimos la orden de abrir fuego. Supuse que sería una acción concertada al unísono entre las baterías de tierra al mando de Crillon, las lanchas de Barceló y la Escuadra de Córdoba, si se había conseguido su concurso. Pero ya no importaban esos detalles apenas, porque la acción lo superaba todo.

Y comenzaron a pasar los minutos y las horas, un tiempo en el que sólo pensábamos en cargar y disparar nuestros cañones, además de llevar a cabo las rondas necesarias para comprobar la fiabilidad de los sistemas. Al principio tan sólo registrábamos los sonoros impactos, convertidos por milagro divino en espectadores privilegiados de aquel combate a lejana distancia, hasta que la batalla naval se convirtió en la dura y penosa realidad, en una lucha a muerte con sangre en la cubierta.

La primera noticia de que nos esperaba un elevado riesgo se produjo al embocar una bala inglesa por el borde de la tronera, hiriendo de muerte a más de cinco hombres, a la vez que desbrincaba el pesado cañón como si fuera de juguete. Trabajamos a fondo para reponerlo en posición, tarea complicada en aquellas circunstancias, pero poco después se incorporaba la pieza a la acción artillera. Entre estampidos que simulaban el fragor del infierno y un penetrante olor a pólvora, se escuchó la voz de Comesaña que tronaba como pífano altisonante.

—¡Atención, artilleros! ¡Aumento del alza en un punto más! —Se giró hacia un alférez de navío que se encontraba a su lado, para ordenarle en voz baja—. Monreal, compruebe donde caen las balas de una jodida vez.

Pensaba que nuestros tiros debían alcanzar el blanco demasiado bajos, cuando otra bala inglesa de a 36 se empotró en nuestro costado con tal fuerza, que el forro interior salió despedido con estrépito, así como las maravillosas arterias del líquido refrigerador. La bola negra y humeante se dejaba ver en parte, por lo que se ordenó rociarla con baldes, lo que produjo el ruido característico del herrero en función. Sin embargo, los astillazos que acompañaron al impacto, el enemigo más temible en todo combate naval, habían producido otro grupo importante de bajas.

Creo que perdí la sensación del tiempo transcurrido, sin ser capaz de percibir el cansancio, el hambre, el temor, el odio, el dolor o cualquier otro raciocinio que pueda recalar en cerebro humano. Por el contrario, durante muchas horas mi vida se limitó al retumbo de los cañones, el olor a pólvora y humo, las carreras desenfrenadas, los lamentos de los heridos, la sangre en cubierta que debía ser enarenada con periodicidad y el trabajo de los barberos y cirujanos que intentaban alentar con palabras de falsa confianza a los pobres desgraciados que encontrarían la muerte poco después. Se perdían las esperanzas depositadas en la invención del caballerete francés, para pasar a la guerra naval en su más pura expresión y, en nuestro caso, con una situación nada privilegiada, si no era posible acallar aquellas baterías inglesas que escupían fuego sin descanso.

Debía llevar media vida en aquella escena de fuego, dolor y muerte, cuando sentí que me tocaban en el hombro con fuerza. Era el teniente de navío Comesaña, quien lucía una llamativa venda roja en la parte superior de su brazo, producto de un astillazo seguramente. Sin embargo, no parecía afectar a su comportamiento, ya que desplegaba la misma actividad.

—Leñanza, que suban más hombres de los grupos de relevo en la zona de descanso, con baldes y servicio de agua. Hay fuego abierto en el costado de estribor, a la altura de la pieza quince.

—Sí, señor.

Debían ser las dos de la tarde, con lo que el combate sobrepasaba las cuatro horas sin descanso, cuando me lancé escala abajo para cumplir la orden. Fue entonces cuando comprendí que se había prendido fuego al costado, lo que significaba que algo andaba mal en el proyecto de nuestro buque, incombustible en teoría. Pero no perdí más tiempo en parecidas consideraciones, porque era mucho el trabajo pendiente.

Se formó línea de baldes para intentar extinguir los focos de fuego abiertos en el costado y mamparos, a la vez que se requería a los pañoles de las bombas para que aumentaran el esfuerzo al máximo. Animaba a mis hombres en la dura tarea con buenas palabras y falsas promesas, que ya los brazos pesaban como plomo, cuando una bala inglesa entró de forma directa por la tronera, haciendo saltar el cañón por los aires como saltimbanqui de feria. Me salvé milagrosamente de aquella carnicería, aunque rodé por el suelo y me golpeé la cabeza contra una chillerera.

Mientras me reponía del golpe sin mayores consecuencias, e intentaba incorporarme para retornar a mi puesto, pude ver a escasa distancia de mi rostro una pierna de regular tamaño, desgajada, solitaria y todavía con un ligero temblor en sus extremos. Se trataba de una visión dantesca que no es fácil olvidar, aunque pronto comprendí que se había convertido en la norma, al observar otros restos de cuerpos tronchados en forma caprichosa a mi alrededor. Qué fácil es imaginarlo ahora, sentado a la mesa de los recuerdos, y cómo se sufre al observar los rostros del dolor y muerte, mientras la sangre empapa tu ropa y tu alma.

La situación se degradaba por momentos. Tan sólo en la sección de popa en la segunda cubierta, se hizo un ligero recuento de veinte muertos y sesenta heridos, por lo que se podía estimar en cien las pérdidas y muy numerosos los heridos de mayor o menor gravedad en todo el buque. Ya el fuego se mantenía con focos de severa importancia en todas las direcciones. Y la peor noticia era el fallo en las conducciones del agua, con lo que era imposible establecer algunas líneas de sirvientes para su sofoco. Mi jefe, el teniente de navío Comesaña había caído sin vida, con una espantosa herida abierta en el pecho, por lo que había sido relevado en nuestro grupo por el teniente de fragata Esteller, un joven sevillano de extraordinaria corpulencia y corazón agigantado, que arengaba a nuestros hombres como un dragón poseído.

Por la tarde, no sé a qué hora porque ya no respondían las fuerzas ni los pensamientos, y se cancelaban los relevos de descanso, fui avisado por un sargento en forma apremiante y angustiosa.

—Humo en la santabárbara, señor —expresaba una profunda alarma en su rostro.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Sí, señor. Allí me encuentro de guardia y lo he visto con mis propios ojos.

Nada podía ser peor que aquella noticia, por lo que se la comuniqué a Esteller con rapidez. Me extrañó y halagó la confianza que depositó en mí al responderme.

—Baje a ella, Leñanza, y haga lo que considere oportuno. Disponemos de órdenes delegadas para la inundación de la pólvora, si se considera imprescindible. Supongo que ha comprendido lo que quiero decir.

—Sí, señor. Perfectamente.

Bajé a la santabárbara que quedaba bajo nuestra jurisdicción, con lo que pude comprobar la veracidad del informe. En el mamparo de proa, pegado al costado de estribor, se producía humo en cantidad alarmante. Palpé el forro, comprobando la alta temperatura que allí se sentía. En cualquier momento se podía abrir un peligroso foco en ese lugar, lo que sería desastroso. Sobre la marcha ordené al sargento Mejías que buscara un grupo de hombres para empapar mantas en el agua y adosarlas a las partes humeantes, aunque sabía que no significaría más que un corto retraso en el acto final. Pero lo peor estaba aún por llegar.

Mejías consiguió cinco hombres con diligencia para llevar a cabo el trabajo. Sin embargo, el problema grave y definitivo se presentó al comprobar que ninguna de las dos vías de conducción aportaba una sola gota de agua. Parecía imposible que pudiese suceder aquel fallo, porque cada una seguía caminos distintos y las bombas todavía funcionaban a buen ritmo. Despotiqué para mis adentros de aquel nuevo sistema, que excluía el tradicional e infalible de todo buque, donde se preveía la inundación por válvula directa. Subí a cubierta con rapidez, para tropezar con cadáveres y heridos a mi paso, hasta llegar a la altura de Esteller, a quien comuniqué la terrible nueva.

—No se preocupe en exceso, Leñanza. Creo que la Pastora y la Tallapiedra han volado por los aires, y se va a ordenar abandono de buque en pocos segundos. Todo está perdido —mostraba un aire de desesperanza y abatimiento—. Hagan lo posible mientras se pueda, y salgan por piernas si se abre el foco cerca de la pólvora.

—¿Abandonar el barco? —No lo creía posible.

—En efecto. No hay mucho que hacer en estas condiciones, más que morir.

Volví a la santabárbara, donde los hombres se miraban entre sí con el miedo reflejado en sus caras. Ya se abría un pequeño foco de llamas a proa, con lo que ordené mover las jarras de cobre que contenían la pólvora hacia popa. En estos trabajos nos encontrábamos, cuando escuchamos la orden dada a gritos por todo el barco, esa voz que tanto cuesta escuchar a bordo, hasta creer que se trata de un mal sueño.

—¡Abandono de buque! ¡Todos los hombres a cubierta para embarcar en los botes! ¡Abandono de buque!

No hizo falta explicar el significado, porque ya todos mis hombres se movían en dirección a la escala. Fue entonces, estoy seguro, cuando la pequeña llama de proa se convirtió en una bocanada del infierno, como si se azuzara el fuego con un inmenso

soplillo. Ordené aligerar el escape, si queríamos salvar la vida. Fui el último en alcanzar la segunda cubierta, momento en el que encontré al teniente de fragata Esteller tendido en el piso, con una gruesa astilla clavada en la parte superior del muslo. Mostraba un gesto de dolor contenido en su rostro. Intenté socorrerle.

—Levántese, señor, y apoye su brazo en mi hombro.

—¡Márchese, Leñanza! No le queda mucho tiempo antes de que esta vaca salte por los aires.

—Apóyese en mí, por favor. Podemos alcanzar la cubierta de botes.

—¡Márchese de una vez! ¡Es una orden!

Dudaba en mis tripas, pero comprendía que no podría trasladar aquel verdadero gigante más que unos pocos metros, pues ya mis fuerzas se encontraban al límite. Así que con gran pena y dolor decidí abandonarlo allí, junto a la escala que bajaba a la santabárbara en llamas, mientras me ofrecía una sonrisa de comprensión. No saben cuánto puede doler una decisión como ésa, la de abandonar a un compañero que va a morir poco después.

Iniciaba la escapada final, cuando sucedió lo que yo denomino en mi interior como acción angelical sublime. Sé que no me creerán por considerarlo imposible o un producto de sencilla alucinación, pero así sucedió, no me cabe duda. De pronto, la flotante se abrió en dos partes, como si la hubieran tajado con descomunal sierra por la línea de crujía, y arrebataron de un plumazo su cubierta y estructuras superiores. De esta forma, pude atisbar el cielo de radiante color azul, a la vez que una bola de fuego y espuma me empujaba hacia arriba, como prendido en una gloriosa y caliente cometa. En los primeros momentos pude observar el rostro de Cristina en la distancia, que me ofrecía una bellísima sonrisa, a la vez que se agigantaban sus incomparables ojos azules. Creo que me llamaba hacia sus brazos. Después, sin embargo, sólo pude observar una nube blanca y espumosa que se hacía más grande conforme me internaba en ella.

Y en aquella nube gloriosa me mantuve un tiempo indeterminado. No miento al asegurarles que no podría certificar si fueron unos pocos minutos, meses, segundos o muchos años. Tan sólo recuerdo aquella esplendorosa nube blanca, como si la viera en estos momentos.

13. Habla Pecas

Cuando la capitana dio la orden de largar el aparejo en las baterías flotantes y aproar hacia las murallas de Gibraltar, me encontraba en la azotea del Cuartel General, en compañía del jefe de escuadra don Antonio Barceló y un reducido grupo de oficiales de su Estado Mayor, pues la mayor parte de los destinados a sus órdenes se encontraban en diferentes puestos en la mar, bien en las unidades auxiliares o en las cañoneras y bombarderas que tomarían parte en la jornada.

Aunque las condiciones meteorológicas eran bonancibles y ajustadas a las operaciones en curso, una fuerte marejada parecía establecida en la cabeza de mi general, que ya lo conocía lo suficiente para saber por dónde soplaban el viento en su cerebro, de acuerdo con el gesto de su cara. La figura de Barceló mostraba signos inconfundibles de indignación en las primeras horas de aquella madrugada del 13 de septiembre, con el pelo enmarañado, vestido con sus calzas y camisola de trabajo tan sólo, mientras continuaba mascullando imprecaciones de todo tipo en su interior.

La grave tormenta intelectual se había producido en la tarde anterior, cuando Barceló mantuvo larga entrevista con su amigo, el Mayor General de la Escuadra fondeada en la bahía, el jefe de escuadra don Juan Tomaseo, quien le ofreció detallada información sobre el resultado de la visita girada por Crillon, acompañado de las reales personalidades, al teniente general Córdoba, para ponerle al día de la operación conjunta decidida en la Junta General y solicitar su colaboración a la misma en los términos establecidos. Sin embargo, negó con rotundidad Córdoba la posibilidad de que sus unidades colaboraran en el ataque, por el riesgo cierto que correrían ante el fuego enemigo, desconocimiento del plan establecido hasta ese momento y no disponer de instrucciones de Su Majestad en ese sentido, por lo que mantendría los buques de la escuadra a sus órdenes directas, sin llevar a cabo los bombardeos previstos en la estrategia general. Aunque con buenas y corteses palabras, éste era el resultado innegable de la charla mantenida entre los más altos jefes y dignatarios.

Cuando Barceló regresó al Cuartel General en Algeciras con las nuevas recibidas, aparentaba la estampa de un toro encabritado en estrecho cajón, con lo que su rico y no siempre mesurado vocabulario podía escucharse en toda la bahía, un conjunto de expresiones no aptas desde luego para damas u oídos poco acostumbrados al dialecto portuario. Asistí en mudo silencio a la tormentosa escena, mientras el general estallaba con furia desatada.

—¡Mantendrá los navíos bajo su mando directo y no tomará parte en la acción! ¡Que suba Satanás del infierno y vea tal despropósito! Llevo semanas escuchando los detalles sobre operación conjunta, ¡conjunta!, una operación definitiva para las armas de España con todas las fuerzas disponibles. Se deciden entre los más altos jefes del Ejército y la Armada las líneas a seguir, y ahora nos viene este noble señor con que tales acciones resultarían peligrosas para sus unidades. ¡Por todas las rabizas que

adornan el trono de Judas! ¿Creerá el señor teniente general don Luis de Córdoba que los demás no arriesgamos vidas y unidades? ¿No se arriesgarán las flotantes, cañoneras, obuseras y tropas del asalto final? ¡Por todas las barraganas que nutren el lecho de Alí Pacha! ¡Cincuenta navíos con cuatro mil cañones, asistirán como simples espectadores a la magna empresa! Que baje Dios de los cielos y me convenza de tamaño despropósito. Eso sólo tiene un nombre en mi tierra, ¡uno sólo!, y no me atrevo a pronunciarlo por vergüenza corporativa.

La noche anterior, víspera de lo que debía ser el asalto definitivo, discurrió durante horas con frases continuas de Barceló sobre el mismo tema, por lo que pueden suponer el estado de agotamiento físico y mental que lucíamos, cuando nos presentamos en la azotea a las cinco de la mañana, tras la última reunión con los mandos de las cañoneras y obuseras que deberían colaborar en la empresa. Mi jefe seguía repitiendo que el Director General de la Armada y Comandante del Departamento Marítimo no debía desempeñar, a la vez, el puesto de jefe de escuadra tan importante, razón por la que Córdoba no había podido asistir a la Junta General, aunque hubiese sido representado por el que actuaba como interino en el cargo. En su opinión, ahí se encontraba la madre del despropósito al que nos veíamos abocados. Intenté pronunciar alguna frase que rompiese el hielo, aunque sabía que entraba en terreno peligroso.

—Esta brisa de poniente parece favorecer la maniobra de las flotantes, mi general. Las lanchas ahorrarán unas fuerzas que necesitarán más tarde.

—Diez flotantes con 140 cañones de a 24 en su conjunto, intentarán batir las murallas de Gibraltar, auxiliadas por cuarenta cañoneras y veinte bombarderas —la mente de Barceló parecía mantenerse en el mismo foco de forma inalterable—. En total, esas unidades suman unas 200 piezas de artillería. Sin embargo, ahí tenemos al poderoso navío español Santísima Trinidad, el buque insignia de esta hermosa escuadra, con sus 120 cañones de porte, muchos de ellos de a 36, engolfado al ancla y en espera del resultado final. Y otros cincuenta navíos en pura y llana observación de un combate, en el que toman parte sus compañeros de armas.

—Si la situación se complica, es posible que entren en acción y bombardeen la plaza —sugirió el teniente de navío Ramos, del Estado Mayor, en voz baja.

—No diga majaderías a destiempo, Ramos, que no es el momento adecuado —Barceló le dirigió una mirada asesina—. No podrán las baterías flotantes derribar las defensas inglesas con el único auxilio de nuestras unidades, porque me temo que no es suficiente poder artillero. Y esperemos que se puedan atracar a las murallas y su calado no les obligue a una acción más lejana. Cada veinte toesas de distancia que se pierdan, significan una importante merma. ¿Sabe usted, Ramos, cómo toman los ingleses nuestras plazas fuertes?

Ramos decidió mantenerse en silencio en esta ocasión y no irritar de nuevo a su jefe, que ya continuaba sin espera de respuesta.

—Pues al ataque, señor mío. Un furioso bombardeo de sus buques, arrostrando el

peligro de las balas enemigas, seguido por el desembarco de sus hombres con el sable entre los dientes. Así tomaron, por ejemplo, esta plaza en 1704. ¿Cuándo aprenderemos, Dios mío?

Por fin se estableció el silencio, mientras observábamos cómo las flotantes navegaban con desesperante lentitud y por sus propios medios hacia las murallas gibraltareñas. Las cañoneras y bombarderas se ajustaban entre ellas, por si era necesario su auxilio, lo que se consideraba seguro en los últimos momentos, para su anclaje y disposición. Comenzaba a clarear, cuando Barceló dirigió su catalejo en dirección a los sitiales establecidos bajo imponentes carpas, para que los especiales invitados, así como miles de curiosos, asistieran al glorioso evento. El general no pudo reprimir una frase de las suyas.

—Y aquellos que se mecen en cómodos sitiales, me recuerdan a los emperadores romanos, cuando asistían a las representaciones del circo. ¡Qué vergüenza! Menos mal que en esta ocasión no podrán dictar sobre la vida o la muerte, aunque ya les gustaría.

Permanecemos en silencio, que es la mejor condición a mantener cuando se navega entre aguas peligrosas. Por fin, cercanos a las nueve de la mañana, pareció que las flotantes no podían avanzar más en su recorrido, por haber tocado fondo. Algunas intentaban hacer cabeza para quedar abiertas al enemigo, mientras las lanchas iniciaban su trabajo con decisión, tomando sus anclotes y espías a bordo para bogar hacia fuera, cuando ya los proyectiles ingleses comenzaban a caer a su alrededor en nutrido número.

—Esas unidades no se encuentran a doscientas cincuenta toesas de las murallas, ni mucho menos. ¡Son demasiados los sabios sin práctica dedicados a esta empresa! Ya lo avisé en su momento. ¡Qué trabajo habría costado comprobar las sondas en esos puntos, por las barbas de mi abuelo! Es mucho el calado de esas vacas. Apuesto mi caballo Selim a que ninguna flotante se encuentra a menos de ochocientas varas.

—Pero su artillería es poderosa, mi general —esta vez me tocaba a mí.

—Parece mentira que sepa tan poco de la acción artillera, Cisneros —ni siquiera se dignó mirarme—. La distancia en este caso es fundamental para el éxito de la acción. Se perderán algunas de nuestras unidades, trabajando como falúas y con las balas cayendo sobre ellas. ¿Por qué no abre fuego Crillon de una puñetera vez? Puede alcanzar las baterías establecidas en el muelle viejo y dificultar su trabajo.

—Quedó establecido que se abriría fuego de forma conjunta —volvió a insistir Ramos—. La señal sería dada por medio de la explosión de una mina. Pero parece que los ingenieros han fallado.

—Si falla la mina del ingeniero, siempre se dispondrá de un cañón para el caso —apostilló Barceló con su típico vozarrón.

Pareció como si un lejano duende hubiese escuchado las palabras de nuestro jefe, porque a los pocos segundos dio comienzo el bombardeo general, pero no por efecto de la mina proyectada sino por el de los cañonazos en el campo sitiador. Siguieron a

continuación los de las flotantes, cañoneras y obuseras, con lo que los estampidos de fuego se mantenían en diabólica permanencia, que nadie había podido jamás contemplar una acción artillera tan nutrida y poderosa. No exagero al decirles que se escuchaban más de veinticinco cañonazos cada cinco minutos, dirigidos contra las murallas y baluartes ingleses. Escuchamos la voz de Barceló, que parecía haberse calmado de momento.

—Calculo que las flotantes reciben unas quinientas balas rojas cada hora. Me gustaría equivocarme, pero no hay unidad a flote que pueda soportar un castigo de tal magnitud. Y los navíos de Córdoba mirando, con el personal en cubierta, como aquellos de las colinas. ¡Me cisco en las madres de todos los corsarios berberiscos! — Parecía que volvía a su estado de ánimo embravecido—. No es posible, no es posible.

El bombardeo general continuaba con ensordecedor estrépito. A mediodía, parecía que las flotantes soportaban las balas sin que se advirtieran dificultades en su estructura ni merma en sus fuegos, que continuaban con la viveza del primer momento. Se observaba un respetable número de bajas y heridos en la cubierta, pero tal circunstancia se aceptaba como normal en empresa de guerra. Como pueden comprender, mis pensamientos marchaban una y otra vez en la dirección de mi gran amigo Gigante, al que sabía en la segunda andana de la flotante San Cristóbal, en cuya dirección dirigía la mirada a través de un fantástico catalejo que había comprado para ese día, y que era la envidia de mi jefe.

Tomamos un ligero almuerzo en nuestra posición de vigilancia. Barceló trasegaba vino como náufrago de tres días pero, para extrañeza nuestra, se mantenía en silencio y sólo tomaba la palabra cuando debía enviar alguna orden a las unidades bajo su mando. He de reconocer que el espectáculo era grandioso y formidable, de forma que el paisaje quedaba oscurecido por el humo de la pólvora, salvo las continuas llamaradas de las bocas artilleras que sobresalían por toda la orografía del Peñón. Más de quinientas piezas repetían el retumbo del infierno de forma continua, con lo que el viento no era capaz de disolver las negras y compactas nubes artificiales que se aposentaban en las laderas de la Roca inglesa.

Sin embargo, el primer contratiempo serio lo sufrimos en las primeras horas de la tarde, cuando el viento, que se había mantenido rolandizo hacia el sur sin norma decidida, se entabló en un sudeste fresco. Por esta causa, se introdujo una molesta marejada en la bahía, que comenzó a dificultar la utilización de las pequeñas unidades de Barceló. Las cañoneras y bombarderas comenzaron a saltar sobre las olas debido a su escasa fortaleza, con lo que sus tiros salían de forma errática, a la vez que se complicaban sus regresos a la base para aprovisionarse de pólvora y balerío. Fue entonces cuando apareció el capitán de fragata Malpaso, que dirigía las operaciones de las cañoneras, con aspecto de extrema fatiga en su rostro.

—Mi general, con esta mar que ha formado el viento, se hace inútil el empleo de nuestras pequeñas unidades.

—Me da igual —lo miró con cara de pocos amigos—. Que continúen, aunque se

trate de un gesto guerrero más que de utilidad. No podemos ofrecer al inglés la retirada de ninguna de nuestras unidades. Al menos, entretendremos algunas de sus baterías.

—Hemos perdido cuatro cañoneras, una obusera y bastantes hombres. Además, mi general, no disponemos de relevos y nuestras dotaciones están agotadas.

—Ya descansarán en el infierno. Las unidades de la Armada se construyen para eso, para ser hundidas en combate y dañar al enemigo. No imitaremos la acción de otros.

No sabía qué partido tomar en mi cerebro, porque aquellos dos hombres tenían razón. Suponía cómo deberían sentirse las tripulaciones de las lanchas, al remo y al cañón durante más de cuatro horas, sin relevo a disposición. Serían las dos o las tres de la tarde cuando calculamos que las flotantes debían haber recibido más de dos mil balas rojas desde los baluartes ingleses. Y ése fue, precisamente, el momento en el que a través del visor, me pareció descubrir intenso humo en la capitana, la Pastora, lo que fue seguido por la aparición de algunas llamas. Así se lo comuniqué a Barceló, quien me arrebató el catalejo.

—Déjeme ese magnífico artefacto, Cisneros. Es más potente que el mío, lo que no cuadra a su empleo de simple alférez de fragata.

Tras dirigir la vista en la dirección indicada, resopló de enfado y comenzó su sinfonía una vez más.

—¡Malditos sean los huevos de los britanos y las rabizas sus madres! La Pastora está incendiada por varios frentes. Ese francés del demonio ha debido efectuar los cálculos en deshora o bajo los efectos del aguardiente.

—Pues se encuentra a bordo de la Tallapiedra, con el príncipe de Nassau de comandante —reliqué para seguir la conversación.

—Ese príncipe extranjero al servicio de la Corona puede ser un buen guerrero, pero incapaz de mandar buque alguno. El comandante verdadero de esa flotante es mi buen amigo el jefe de escuadra don Nicolás Estrada. Por cierto —Barceló hablaba sin despejar el catalejo de su ojo—, que algo extraño sucede en la Tallapiedra también. No es normal esas carreras por cubierta del personal de maniobra. Deben tener incendio a bordo. ¡Por Satanás y las zorronas del infierno! No huele bien este caldo.

En efecto, poco después se pudo comprobar que las dos flotantes nombradas eran presa de poderosos fuegos que progresaban de forma alarmante. Observamos cómo ambas unidades cesaban en sus disparos, lo que indicaba con claridad que la situación en su interior debía ser muy peligrosa. Barceló volvió a estallar.

—Hay que sacar esas flotantes de la distancia de tiro inglesa o se perderán sin remisión.

—¿Pero cómo, mi general? —intervino Ramos—. Se encuentran muy varadas y de nada servirá cobrar de las espías.

—Que envíe Córdoba algunas fragatas ligeras y les ofrezcan un remolque.

Esa solución era pensada por otros cerebros, porque Malpaso acudió a dar el

informe de nuestras fuerzas y ofreció noticias al respecto.

—Mi general, el duque de Crillon ha enviado recado al general Córdoba, para que colabore a batir las murallas de la plaza. También le solicita en urgente auxilio, el envío de unidades para el rescate de las flotantes. Según parece sufren incendio declarado en la mayoría de ellas.

—¿En la San Cristóbal también? —pregunté de forma mecánica, a la vez que dirigía el viejo catalejo de Barceló en dicha dirección.

—Los informes aluden a fuegos abiertos en todas ellas.

Según parece, el teniente general Córdoba rehusó la demanda de Crillon, por considerarse sin órdenes para acceder a tal petición, estimando su obligación mantener las fuerzas de la escuadra compactas, para poder batirse contra la flota enemiga llegado el momento. Pueden figurarse las palabras de Barceló al escuchar tal informe, que ya los diablos se lo llevaban en volandas.

—¿Combatir con el inglés? —Se permitió una risita ahogada—. Espero que sea con más fortuna que la habida en el pasado mes de junio, cuando lo observó pasar, fondeado en la bahía de Cádiz. Ya veremos qué sucede cuando llegue a estas aguas la escuadra de socorro para abastecer la plaza.

La situación empeoraba por momentos. Aunque algunas lanchas intentaban cobrar de los cabos fijos en los anclotes, era necesaria una fuerza mayor para sacar aquellas pesadas unidades de su varada en la arena. En esta situación de tensa espera, observando el progreso de los incendios, entramos en la anochecida, con los corazones abiertos a la mayor desesperanza. Barceló recorría la terraza a grandes zancadas, blasfemaba y ordenaba frases al viento, ya que no podía hacer otra cosa. Aunque la escasa iluminación del crepúsculo apenas nos permitía visión, comprobamos con los últimos rayos de luz que se procedía al abandono de las dos flotantes en mayor aprieto, por medio de los botes del navío Guerrero, que sin esperar orden alguna envió urgente auxilio, lo que comenzaron a imitar otros buques.

Pero el terror nos invadió cercana la media noche, cuando la flotante Tallapiedra, maldito quien así la bautizara, se levantó de las aguas en terrorífica explosión. Parecía el brillante colofón de los fuegos artificiales que tanto gustan en la Corte, aunque por desgracia no se trataba de glorioso remate sino de espantoso inicio. Guiados por los resplandores de las llamas, que mantenían el escenario de horror con suficiente iluminación, pudimos comprobar cómo estallaban a continuación la Pastora y, pocos minutos después, la San Cristóbal, con lo que el corazón comenzó a patallar en mi pecho al galope tendido.

La situación era dantesca y terrible. Las flotantes volaban por los aires como cohetes de feria, mientras un nutrido grupo de botes españoles e ingleses, enviados estos últimos, como supe después, por el general Elliot, intentaban socorrer a los desgraciados que aún quedaban con vida. Pueden imaginar mi frustración al pensar en la suerte que podía haber corrido mi amigo Gigante. No podía permanecer más tiempo en aquella situación, por lo que me dirigí al general con decisión.

—Mi general, solicito su permiso para embarcar en una de las lanchas que vuelven a retomar náufragos.

Barceló pensaba negarme el permiso, pero debió observar la clara determinación que se reflejaba en mi rostro, por lo que me golpeó el hombro con afecto.

—Haga lo que estime oportuno, Cisneros, que en estas horas sobran las órdenes. Busque a su amigo e intente salvar el mayor número de hombres.

De esta forma, marché a la carrera hacia el pantalán de las cañoneras. En esos momentos llegaba una, la 31, con un número de heridos y quemados cercano a la veintena. Los revisé con rapidez y ordené al guardiamarina que la patroneaba que me cediera su puesto. Aunque los marineros se encontraban al límite de sus fuerzas, les rogué un esfuerzo más y partimos en dirección al infierno.

Remaron con decisión, mientras me mantenía a la caña. Cuando alcanzamos el triste escenario, bailando entre las olas, debo reconocer que el estómago se me encogió como los higos al viento. La mar se encontraba sembrada por restos humeantes de todo tipo, mientras tres flotantes ardían todavía por los cuatro costados. De esta forma, no era necesario tomar medidas para evitar que cayeran en manos del enemigo, que ya el destino se encargaba de ello. De forma instintiva me acerqué a la posición que ocupaba la San Cristóbal, pero no quedaba nada de su estructura salvo maderos en humo, así como heridos en frenético movimiento y solicitud de auxilio. Recogimos los que pudimos, hasta que la borda de la cañonera se besaba con las aguas, amenazando su hundimiento. Regresamos a Algeciras con penoso esfuerzo de mis hombres y el desaliento clavado en lo más profundo del alma.

Por mi parte, era incapaz de pronunciar palabra. El rostro de Gigante se mantenía vivo en mi cerebro. Pensé que debería haber sido recogido por algún otro bote, o por los mismos ingleses que tanto ayudaron en magnífica empresa humanitaria. Pude observar como un brigadier inglés, creo que se llamaba Curtis, saltaba por los aires al intentar rescatar heridos de los restos de una flotante que ofrecía una nueva explosión. Por fortuna salvó su vida, aunque murieran algunos de sus hombres. Atracamos en el pantalán y desembarqué con el ánimo abatido. Había asistido a una de las mayores desgracias sufridas en nuestra Armada, y mi mejor amigo se encontraba en paradero desconocido, quizás muerto.

Escuché una lejana campana que indicaba la hora quinta de la madrugada, cuando penetré en el Cuartel General de Algeciras. El cansancio se hundía en mis músculos y cerebro de forma tan profunda, que parecía flotar en el aire con los huesos entumecidos. Durante más de tres horas había recorrido todos los grupos de náufragos recogidos de las flotantes, muertos algunos, heridos otros y sanos unos pocos, sin hallar pista de mi buen amigo. Pregunté a algunos miembros rescatados de la San Cristóbal, aunque no pudieron ofrecerme noticia, tan sólo que la santabárbara de popa había saltado por los aires, cerca del puesto asignado a Gigante.

Pueden comprender mi estado de ánimo cuando penetré en la sala general, aquella de las alegres reuniones de otrora, donde también se encontraban algunos de nuestros

hombres heridos. Al verme en la distancia, Barceló se acercó hasta mi altura, para tomarme por el hombro.

—No desespere, Cisneros. Nunca se sabe donde acaban los hombres en estas catástrofes, con tal confusión de muertos y heridos. Gigante aparecerá tarde o temprano, que es mucha su fortaleza.

—Eso me gustaría creer, señor, puede estar seguro. Dicen que reventó su flotante a popa, y él servía en las últimas piezas de la segunda andana.

—No se desmorone. Confío en ese muchacho, al que quiero como un hijo. Pero la jornada ha sido terrible, una espantosa masacre. Dicen que en la Pastora se perdieron más de cien hombres, aunque don Buenaventura salvó el pellejo. En la Tallapiedra algo parecido, donde ha muerto un tal coronel Cadalso, que tiene fama de escritor y afamado hombre de letras entre los de su cuerpo. Nuestro amigo Gravina abandonó en último lugar la San Cristóbal, con ligeras heridas y elevadas pérdidas en su dotación. Y así podríamos seguir una lista interminable, porque no recuerdo jornada tan funesta para nuestras armas. Mañana sabremos el sangriento recuento, que más vale no pensar en ello.

—Y Gigante entre ellos. No puedo creer que haya muerto, señor. Eso sería imposible —el tono de mi voz se acercaba más a una fervorosa súplica.

—Por si acaso, debe estar preparado. He visto caer a mi lado hombres que quería con todo mi corazón, incluso familiares. Es doloroso, sin duda, pero la vida continúa. De todas formas, no se deben perder las esperanzas. Según creo, son muchos los rescatados con vida por los ingleses, que en esta ocasión se portaron como verdaderos marinos. Pero debe descansar, que dos noches en vigilia es demasiada carga para cuerpo liviano en recuperación. Duerma unas horas y mañana encontraremos a Gigante.

La verdad es que las palabras de Barceló sonaban en mis oídos como llegadas desde muy lejos, perdidas en la distancia. La congoja y el más espantoso desconsuelo me consumían sin remedio, cuando me llegó recado de que me buscaba un secretario en la puerta. Allí encontré a Setum, empapado y con sangre por todo su cuerpo, aunque por fortuna no era propia sino de los heridos que había salvado por su cuenta.

—¿Lo encontró, señor? —Su rostro denotaba una pena tan profunda, que sentí compasión por él.

—No, Setum. Hasta ahora no ha aparecido. Pero debemos mantener las esperanzas —repetía palabras escuchadas sin sentido.

—Salí en las primeras lanchas de rescate y llegué al escenario cuando volaba la flotante de mi señor, la San Cristóbal. Pero no podía permanecer allí porque embarcábamos gran número de heridos, que era necesario transportar a tierra. Volví de nuevo tres veces más, con el mismo resultado. He recorrido los campamentos...

—Yo también, amigo mío, yo también —me dejé caer en una butaca de la antesala, incapaz de mantenerme en pie un segundo más.

—Buscaré un bote para volver. El señor puede acompañarme. No es posible...

—Setum, aunque seas un hombre fuerte, estás como todos, al límite de tus fuerzas. Debemos ser francos con nosotros. Nuestra única esperanza es que haya sido recogido por los botes de algún buque de nuestra escuadra, o por los ingleses. Mañana iniciaremos el recorrido con nuevas fuerzas y lo buscaremos. Recorreremos cada una de nuestras unidades y preguntaremos a los britanos. Pero debemos descansar o no servirá de nada nuestro empeño.

—No puede haber muerto, señor —volvió a mirarme con aquella expresión de niño desvalido, como si acabara de perder a sus padres.

—Por supuesto que no ha muerto. Mira, Setum, te juro por la salvación de mi alma que lo encontraremos, aunque tenga que remover medio mundo.

—Descansaré en su puerta, señor.

Conseguí que se retirara a descansar algunas horas, tarea nada fácil en aquellas circunstancias. Era fantástica la fidelidad y cariño de aquel hombre por mi amigo, aunque lo comprendía porque me encontraba en el mismo caso. Por mi parte, debía dormir algunas horas o no serviría de nada el esfuerzo. Sin embargo, a pesar del enorme cansancio y el dolor de la pierna que volvía a las andadas, no fui capaz de conciliar el sueño hasta mucho después. La figura de Gigante junto a mi hermana en amoroso abrazo, aquella que observé desde el salón a hurtadillas, se mantenía clavada en mi cerebro con persistente osadía. Llegué a pensar que había perdido el gran amigo de mi vida. Sin darme cuenta, comprobé que las lágrimas rodaban por mis mejillas, mientras el alma se hundía en un sueño maldito y tenebroso.

14. Búsqueda desesperada

Fue necesario un violento zarandeo de Setum, para abandonar aquellos pesados sueños que evocaban escenas de dolor y muerte en mi cerebro. Regresé a la triste realidad en pocos segundos, al comprobar que nuestro fiel secretario se encontraba en las mismas condiciones de la noche anterior, por lo que supuse que no había dormido ni descansado un solo minuto. Como me había arrojado sobre la cama con parte de la uniformidad, tan sólo necesité aclarar los ojos y mejillas con unas sacudidas de agua y trazar la casaca sobre mis hombros, para quedar de nuevo en derechura. Setum se mantenía en silencio, como si no deseara romper aquel momento de doloroso recuerdo.

—Sin fuerzas no se pueden acometer empresas importantes, fiel amigo. Creo que no has dormido nada.

—No me fue posible, señor, aunque lo intenté. Tan sólo conseguía dar vueltas y más vueltas sobre el jergón, por lo que decidí abandonar el cuartelillo. Me dirigí a la playa, por si algún bote barqueaba perdidos náufragos todavía. Por desgracia no fue así.

—¿Qué hora es? ¿Ha salido el sol? ¿Sabes si el general Barceló se encuentra en su despacho? —Necesitaba acción, aunque las fuerzas me flaqueaban.

—Ha salido el sol y deben ser las siete de la mañana. En cuanto al general, creo que todavía no bajó de su observatorio en la azotea.

Dirigí los pasos en la dirección señalada con premura, seguido por el fiel secretario a pocos metros. Confiaba en que el general me ofreciera una posible solución al problema, como un dios a quien todo le es posible. Cuando accedía por la escalera en sus últimos tramos, hice significativa señal a Setum para que esperara allí. Por fin, tal y como me habían informado, Barceló se encontraba en la terraza que se abría a las aguas, apoyado en una de las columnas que soportaban el parasol de cañizo. No escuchó mi llegada, lo que era normal en él con sus duros oídos. Tosí con fuerza, para indicar mi presencia. Por fin, se giró con lentitud. Observé en su cara los rastros de un profundo cansancio, más de índole moral que físico.

—Buenos días, mi general.

—No son buenos, muchacho, no lo son.

Barceló volvió a dirigir la mirada en dirección a la bahía. A la playa cercana llegaban restos de madera negruzca y material chamuscado parecido a la lana o tela prensada, pertenecientes a las humilladas baterías flotantes en las que tantas esperanzas se habían depositado. Pero ya no se divisaban las hermosas aguas azules de otras veces, sino un conjunto de restos flotantes que recordaban las terribles acciones vividas el día anterior. Volví a escuchar su voz, ronca y cansada, como si llegara de muy lejos y dirigida al mundo.

—Nunca aprenderemos, Cisneros, nunca. Es posible que la grandeza de otros tiempos, esa sangre española ardorosa que mostró con orgullo sus pendones por todo

el mundo, se haya gastado poco a poco hasta inclinarnos sin remedio a este diabólico laberinto, del que no podemos escapar. Es muy triste y hasta contrario a las ordenanzas decir algo así, más en mi posición como oficial general con mando, pero hemos perdido el norte, muchacho, no sabemos el correcto significado de eso que se denomina fin superior, al que deberían subordinarse todos los demás. La tragedia es en sí misma dolorosa, pero las circunstancias que la rodean nos hunden en la más profunda ignominia, lo que no soy capaz de soportar.

No sabía si debía responder o callar. Más que una conversación, las palabras de Barceló se asemejaban a una triste declaración testamentaria dirigidas a la Historia. Opté por el silencio, para escuchar sus razones que continuaban salpicando el aire como gotas de lastimero pesar.

—El jefe de escuadra don Buenaventura Moreno, al que las balas respetaron de milagro, envió ayer tarde urgente oficio al duque de Crillon, durante el fragor del combate. En el mismo informaba que se habían declarado incendios diversos en las flotantes, así como que las balas traspasaban los blindajes con inesperada facilidad y producían elevadísima mortandad en las dotaciones, por lo que solicitaba medios para separar las baterías de la Roca antes de perderlas o incendiarlas frente el enemigo, con el consiguiente desdoro. En consecuencia, el duque solicitó fragatas de la escuadra al general Córdoba con urgencia, para posibilitar el remolque como única salida a la terrible situación. Pero el comandante general contestó con una sencilla pero enérgica negativa. Tal y como lo oye, Cisneros, aunque parezca mentira. Su señoría alegó que no podía arriesgar sus naves en esa empresa, y que tan sólo restaba recoger a los hombres con vida y prender fuego a las flotantes.

Un nuevo silencio y renovadas dudas en mi atormentado cerebro, porque eran, en verdad, otras las cuitas que me decidían a la acción inmediata. Por encima de todo, deseaba encontrar a mi amigo Gigante con vida y lo demás, aunque importante, era superfluo en aquellos momentos. Pero ya Barceló continuaba con su soliloquio.

—Pero lo más humillante llega siempre tras la batalla, cuando todos quieren aliviar de sus hombros las cargas que les corresponden en justicia y honor, una palabra esta última más profanada que los cuerpos de las rabizas de puerto. Ahora resulta que nuestro duque de Crillon hace pública una carta, escrita según él antes del combate, en la que declara haberse manifestado en contra del proyecto desde el primer momento, y que sólo por lealtad a Su Majestad aceptó comandarlo. Por otra parte, el mequetefre y sacamantecas impresentable del inventor francés, *monsieur d'Arcon*, achaca los fallos de su ingenio a la negligencia de los calafates y de aquellos funcionarios del Arsenal gaditano, que inspeccionaron la disposición de sus aparatos circulatorios del agua. ¡Cómo si él mismo no hubiera alabado pocos días antes la extraordinaria habilidad de los artesanos españoles! Y como guinda final, el general Córdoba critica a Crillon por no haber celebrado Consejo de Guerra, supongo que estimaba necesario uno más, así como el desdén que supone a su persona el haberse dado a la vela las flotantes y abrir el fuego sin comunicárselo. ¡Es el colmo!

Se niega a cooperar en el ataque y pretende que se le consulte de todo punto por punto.

Golpeó los puños con fuerza contra la balaustrada hasta hacerlos sangrar. Pareció recordar de pronto que me encontraba en su presencia, por lo que ofreció una extraña mueca entre sonrisa y doloroso gesto. Por fin, me tomó por el hombro con paternal cariño. Creo que deseaba descargar sus penas en alguna persona cercana.

—No aprenderemos jamás, Cisneros. El fin único y perseguido era retomar Gibraltar para las armas de España, que bastante daño moral y estratégico nos produce este enclave británico en las puertas de casa. Sin embargo, nuestros generales de mar y tierra, aquellos que deberían con su ejemplo demostrar la hombría de nuestras instituciones, se quejan por detalles más propios de dama cortesana en trance de celos. Lo que siento de verdad en estos momentos es vergüenza, una profunda vergüenza que aumentará cuando me entreviste con el general inglés.

—¿Se verá con el inglés? —pregunté, esperanzado en cierta posibilidad—. ¿Entregarán los prisioneros?

—Los ingleses salvaron tantas vidas españolas como nosotros, y con más riesgo en algunos casos. Han demostrado que son caballeros de verdad y no sólo de nombre. Tan sólo el brigadier Curtis, con peligro de su vida ya que casi vuela por los aires en su lancha, recogió 357 náufragos. Me ha pedido el duque de Crillon que le acompañe en nuestra entrevista con el general Elliot, gobernador de la plaza, para recuperar nuestros muchachos, con un elevado tanto por ciento de heridos. En total, se estiman las pérdidas españolas por encima de los mil hombres, entre muertos, ahogados y desaparecidos; una quinta parte del total, una espantosa carnicería. Sin embargo y aunque parezca obra de Satanás, los britanos han sufrido 16 muertos y 68 heridos solamente. ¿Me ha oído bien, Cisneros? —Se giró de nuevo hacia mí con aquella mirada perdida—. Dieciséis muertos nada más. Estoy seguro que esta empresa debe ser obra del maligno, que desea aposentarse en esa maldita Roca por los siglos de los siglos.

—¿Son muchos los oficiales en manos inglesas? Puede encontrarse Gigante entre ellos —mis esperanzas se aferraban a esa posibilidad con todas las fuerzas del alma, como si las demás razones expuestas por Barceló pecaran de una mínima importancia.

—Creo que un número suficiente como para alimentar sus esperanzas —me ofreció una bondadosa sonrisa—. Esperemos que nuestro amigo Leñanza se encuentre entre ellos. Pero los oficiales deberán dar su palabra de honor, de no empuñar las armas contra la Gran Bretaña mientras se mantenga esta larga guerra.

—Desde luego.

—Por cierto, que mi ayudante y magnífico subordinado Jaume Escach se encuentra ileso. Tuvo suerte pues anduvo de oficial de órdenes en los botes, entre las granadas inglesas. Según parece sólo sufre un par de heridas leves y alguna magulladura sin importancia. Le pregunté por su amigo y no pudo decirme nada

nuevo.

—Me alegro que haya sobrevivido. Se trata de un hombre magnífico.

Barceló volvió la mirada hacia la bahía una vez más. Era el símbolo duro y triste de la derrota en su más amplia extensión. Sentía pena por aquel hombre, entrado por largo en la estadía del sesentón, que parecía haber perdido toda su familia en pavoroso incendio. Volvió a hablar, aunque parecían palabras dirigidas a sí mismo.

—Se han decretado dos días de tregua para recoger los heridos. El duque de Crillon piensa redoblar el bombardeo un minuto después, así como acometer una nueva mina sobre la Puerta de Tierra. Según parece, además del hambre que se sufre en la plaza, sus reservas de pólvora y balerío han llegado al mínimo.

—Se encontrará cerca la escuadra de socorro, que siempre alcanza la plaza en momento oportuno —me arrepentí de observación tan ligera en momento poco propicio, pero Barceló pareció aceptarla de buen grado.

—Tiene razón, que dos veces ha fracasado la escuadra en impedir el abastecimiento. Se rumorea que se encuentra lista otra escuadra inglesa de socorro al mando de lord Howe, un excelente marino. Espero que nuestro querido teniente general don Luis de Córdoba, que en tan buen estado ha conservado su escuadra de cincuenta navíos, once fragatas y gran número de unidades menores, presente batalla como corresponde, y evite que las raciones de boca, municiones y fuerzas de relevo arriben a la plaza sitiada. Pero ya veremos como se pesca el bacalao en esta ocasión.

—Con su permiso, mi general, no quiero serle gravoso en momentos como éste, pero desearía acompañarle en la visita que va a girar a las puertas de Gibraltar, para recoger a los supervivientes.

Me miró durante unos segundos, como si no hubiese comprendido mis palabras. Pareció volver de sus pensamientos por fin.

—Había nombrado a Ramos para que me acompañara como ayudante, pero comprendo su inquietud, muchacho. Dígale de mi parte que no es necesario su concurso. Saldremos dentro de tres horas en el carruaje.

—Muchas gracias, señor. Estoy confiado en que Gigante volverá con nosotros.

—No embarque todas sus esperanzas en ese navío incierto, que las penas son mayores después. Tenga en cuenta que algunos faluchos y buques sueltos recogieron náufragos, que llegarán con cuentagotas a nuestro puerto. Confiemos en todos los santos para que nos echen una mano.

—Gigante es muy devoto de Nuestra Señora de Valdelagua. Seguro que le echará una mano.

—¿Nuestra Señora de Valdelagua? Nunca había escuchado tal devoción. Espero que le ayude porque será necesario el concurso de muchos santos.

Con el ánimo levantado hasta donde era posible, me reuní a continuación con Setum para explicarle la situación. Trabajo me costó convencerle de que era imposible su presencia en la comitiva, que ya deseaba nuestro negro gigantón subirse al pescante. Para calmar su ansiedad extrema, le rogué que siguiera buscando en los

pequeños barcos que arribaban a nuestra costa con más hombres recogidos de las aguas, a la vez que le prometía la información urgente en cuanto regresara de la comisión con el general.

Decidí pasear por la playa mientras corría el tiempo a escasa velocidad. Me sentía nervioso aunque la esperanza se abría con fuerza en mi pecho, una esperanza que no podía perder en aquellos momentos. Caí en la cuenta que había prometido a Cristina noticia urgente sobre el combate, aunque no era el momento para mentir con largura, por lo que demoré la obligación impuesta. También yo miraba ahora hacia la bahía en toda su extensión. Era difícil imaginar una catástrofe parecida, cuando creíamos que se abordaba la jornada gloriosa y definitiva. Continué preguntando a los grupos de hombres que encontraba a mi paso, sin resultado de ningún tipo. En los naufragos recogidos por las fuerzas inglesas se encontraba el último cartucho. Después de mucho tiempo, me encontré rogando a un lejano Dios, unas oraciones que se perdían entre los recuerdos.

El regreso desde la Puerta de Tierra gibraltareña, donde nos habíamos entrevistado con el gobernador, teniente general George Elliot, no pudo ser más triste y descorazonador para mis intereses personales. Me pareció un poco absurdo aquel acto protocolario de afectuosos saludos y parabienes sin medida, entre los que se hacían la guerra a muerte y sangre cada día, pero así eran las normas que regían la vida de los caballeros. De esta forma, se recibieron los hombres salvados por los marinos ingleses aunque, para aumentar mi desánimo, tan sólo nueve eran oficiales, y ninguno de ellos Gigante.

Para colmo de desgracias, la versión del monstruoso estallido en la San Cristóbal me fue confirmada por Sebastián de Moncada, un guardiamarina de nuestra brigada en Cartagena, embarcado con mi amigo en dicha flotante y rescatado por el brigadier inglés. La conversación pareció cortar mis alas y fomentó la desesperanza. El pobre se encontraba tendido en una camilla, con las dos piernas entablilladas.

—¿Cómo te encuentras, Sebastián?

—Vivo de milagro, Pecas. Me dirigía por la cubierta principal hacia proa para abandonar el buque, cuando pareció que el mundo entero estallaba a mi alrededor. Salí despedido hacia las aguas y no recuerdo más, hasta que desperté en la plaza gibraltareña. Con el entontecimiento del golpe, creí que habíamos tomado la Roca por fin, pero la realidad se abrió paso con rapidez. Debo la vida al enemigo, no puedo negarlo. Salvo los dos remos rotos, creo que sobreviviré. Me duele también el pecho y los brazos, pero dijo el cirujano británico que no era de preocupar. Según él volveré a andar sin problemas algún día. Me espera un largo permiso y la guerra acabó para mí, empeñada mi palabra en no combatir.

—¿Qué sabes de Gigante? ¿Te encontrabas cerca de él? ¿Llegaste a verlo durante el combate? ¿Dónde se encontraba en el momento de la explosión? —No quería aparentar que me despreocupaba de su suerte, pero no podía esperar más y

preguntaba a toda velocidad.

—No lo vi. Mi puesto era el de mensajero en la cubierta principal y Gigante se encontraba en la andana baja a popa. Ésa fue la santabárbara que reventó y me lanzó a los vientos, no sé por qué. Y esta información no es mía sino de un sargento que me la ofreció esta misma mañana. Era mucha la pólvora que almacenábamos. Si se mantenía en su puesto en el momento del chupinazo, lo pasaría muy mal.

—Seguro que estaría en su puesto. No es de los que salen corriendo —hablaba en voz queda, consciente de las noticias que recibía.

—No es de éstos, no. ¿Qué quieres que te diga? No perdamos las esperanzas. Muchos salieron despedidos por los aires, como yo, y aquí me tienes.

—Pero tú estabas en la cubierta superior y no en la andana baja.

—No desesperes, Pecas. Lo encontrarás.

Como pueden comprender, tras esta conversación y los comentarios que recogí entre otros supervivientes, sentía como se cerraban los negros nubarrones a mi alrededor. Así pareció comprenderlo el general Barceló, cuando regresábamos hacia el cuartelillo.

—Ya le dije, Cisneros, que no guardara muchas esperanzas en esta cita.

Empleaba un tono de voz paternal, consciente del dolor que sufría. Me mantuve en silencio porque, en verdad, no sabía lo que era necesario contestar, que mis pensamientos volaban erráticos en muchas direcciones. Volví a escuchar su voz aunque me costaba concentrarme en ella.

—Nuestro amigo es fuerte pero no debemos engañarnos. Se encontraba en el peor sitio del buque, si cuando reventó la santabárbara no había abandonado su puesto. Pero nunca se sabe lo que puede suceder en esos casos de confusión general. Pudo recibir una orden de comunicar a otro oficial cualquier contingencia o mil casualidades más. Todo está en manos del de arriba —señaló con el dedo hacia el cielo—. Seguiremos buscando. También yo les di por desaparecidos cuando naufragaron con aquella cañonera y, mira por dónde, aparecieron los dos con un hermoso bergantín muchas semanas después —intentó animar la charla, aunque topaba con muro de fábrica.

—¿Cómo se lo diré a mi pobre hermana? —Mis preocupaciones parecían haber traspasado las fronteras—. Morirá de dolor, estoy seguro.

—Nadie muere en dolor de amores, Cisneros. Cuando tenga mis años lo comprenderá. Todo se pasa y olvida en esta singladura que es nuestra vida. El tiempo es mucho más fuerte que el láudano y cura cualquier contratiempo.

Con estos pensamientos llegamos al cuartelillo. Me concedió libertad de movimientos para continuar la búsqueda, aunque creo que me ofrecía unos días de descanso que necesitaba. La pierna volvía a molestarme, pero era cuestión sin importancia. Setum me esperaba en la puerta y debió comprender la realidad al observar mi rostro.

—Malas noticias, Setum —también me dolía observar la pena en aquel hombre

bueno—. No se encontraba nuestro amigo entre los recogidos por los ingleses.

Tardó en reaccionar, como si no pudiera creer las palabras que le dirigía. Retorcía sus fuertes manos entre sí, como si deseara destrozar su propio cuerpo.

—No puede ser. Mi señor no puede morir. Sé que se encuentra vivo, puedo asegurarlo. En mi familia poseemos ese don de adivinar lo que nuestros ojos no son capaces de ver, y rara vez nos equivocamos. No ha muerto.

—También a mí me gustaría creerlo, pero son pocas las posibilidades que nos quedan.

—He oído que un falucho genovés, de los que entran mercaderías en Gibraltar por las noches, cuando pueden esquivar nuestras fuerzas de bloqueo, se dirige hacia aquí con una veintena de heridos.

—Es posible que llegue alguno más en esas condiciones, y a esa esperanza debemos aferrarnos, porque con vida no puede quedar nadie sobre las aguas.

—Llegará en alguno de esos barquichuelos, estoy seguro. No podemos abandonar, señor —su voz se había convertido en un lastimero gemido.

—No abandonaremos, Setum, te lo juro. Hasta es posible que fuese recogido por algún barco que navegaba hacia otro puerto. Seguiremos buscando.

Pero llegó la noche sin ninguna noticia que nos pudiera ofrecer una mínima esperanza. Las listas de muertos y desaparecidos se comenzaban a perfilar en los Estados Mayores, con lo que pronto aparecería en ellas el alférez de fragata don Francisco de Asís de Leñanza y Martínez de los Cobos, natural de San Juan de Berbio, embarcado en la flotante San Cristóbal.

Sentí una inmensa tristeza al recordar aquel nombre geográfico, con el que tantas veces habíamos chanceado. Como si se tratara de un rápido análisis de mi vida en la Armada, comprendí que toda ella se encontraba unida a Gigante. Pasé recorrido por nuestros primeros días en la escuela Naval de Cartagena, nuestro sorprendente ofrecimiento como voluntarios al general Barceló, las operaciones con las cañoneras, el combate naval y hundimiento, el cautiverio en Tarfí, el asalto al bergantín y, por fin, el regreso triunfal. También recordé sus amores con mi hermana Cristina, el mutuo apasionamiento y el compromiso final.

Sentí cómo un sudor frío descendía por mi frente, al pensar en la posibilidad de que aquella hermosa amistad hubiera alcanzado su punto final. Barceló aseguraba haber perdido muchos amigos, pero no era ése mi caso. El general no podía comprender que Gigante lo era todo para mí; el amigo, el gran amigo, el único y extraordinario amigo en mis quince años de existencia, quien había salvado mi vida con admirable tesón y, para colmo de dicha, mi futuro hermano. No se podía comparar una pérdida así con nada en este mundo.

Me despedí de Setum con un sencillo ademán, porque no eran necesarias las palabras. Deseaba regresar a mi camarote, donde encontraría las ropas y el olor de Gigante prendido en cada rincón. Quería llorar, aunque sabía que un hombre no debía hacerlo.

Me recosté en el camastro tal y como me encontraba vestido, sin fuerzas para apartar la casaca. El rostro de mi querida hermana Cristina llegó con tan extraordinaria nitidez a mi cerebro, que me pareció encontrar rastros de lágrimas en sus ojos. Debía cumplir con mi deber y regresar a Las Garitas para comunicar la terrible nueva, aunque no estaba seguro de poseer el suficiente valor para llevar a cabo tal misión. Cabía la posibilidad de una extensa carta, aunque deseché tal posibilidad como cobardía inaceptable.

Después de luchar con pensamientos encontrados durante muchos minutos, llegué a la conclusión que era mejor esperar unos días y rematar las últimas posibilidades que nos quedaban. Si en dos días más no aparecía señal alguna de Gigante, sería necesario mi concurso en la hacienda y la entrevista con Cristina. Sentí cómo se erizaba mi piel ante tal eventualidad.

Sin llegar a levantarme, tomé una de las frascas de vino que almacenaba bajo el catre. Bebí sin parar, no sé cuánto, hasta que comprobé que la modorra me consumía. Pero aún en aquellas circunstancias, comprendí que las lágrimas, esas que me había prohibido, volvían a resbalar por las mejillas como el agua del río sin compuertas.

15. Desolación

Había transcurrido una semana desde el desastre sufrido por las baterías flotantes y todavía permanecía alelado en el cuartelillo naval, por donde circulaba como fantasma errante, ausente e incapaz de reaccionar a la tragedia nacional y personal que se había abatido sobre mis hombros. Sufría ese periodo de acondicionamiento mental que, según parece, es necesario sufrir para llegar a comprender y asimilar una convulsión importante en la vida de cada persona, lo que pude comprobar con el paso de los años en distintas ocasiones. El general Barceló me había concedido un nuevo periodo de licencia con duración indeterminada, para restablecer la pierna de una vez por todas, sin haberlo solicitado en momento alguno por mi parte. Estoy seguro que pesaba más en aquel gran hombre el estado de profunda depresión que sospechaba en mi persona, que la verdadera realidad del estado físico, así como observar mi enloquecido empeño en continuar la búsqueda de Gigante, a todas luces sin sentido.

Debo reconocer que por pura cobardía no había abordado mi obligatoria presencia en la hacienda, con lo que al octavo día recibí urgente recado de mi hermana Cristina, en el que preguntaba en forma escueta y angustiada por nuestra suerte. Esa nota de unas pocas líneas consiguió sacudir todavía más mi atormentado cerebro, sometido a continua convulsión en los últimos días. Aunque me aterraba la tarea, como si se tratara de asistencia a interrogatorio de la Santa Inquisición, comprendí que debía dar la cara como un hombre y someterme a la realidad que marcaba mi vida.

De esta forma, convencí a Setum para que marchara conmigo a Las Garitas del Marqués, a pesar de que el pobre hombre vagaba sin cesar por las playas y tugurios de marineros, en busca de una señal o esperanza que se negaba a aparecer. El panorama, como es fácil comprender, era el de la desolación más absoluta en todos los terrenos.

Fue un traslado en carruaje como no recordaba haber sufrido en mi vida, muy corta para recibir tanto golpe. Por mi mente circulaban pensamientos de tal aflicción y pesadumbre, que llegué al convencimiento de que aquel desfile debía parecerse mucho al cortejo fúnebre que suele acompañar el cuerpo de la persona más querida hasta el panteón del definitivo reposo. Fue en aquellos momentos cuando caí en la cuenta que Gigante podía haberse perdido sin un mínimo entierro y homenaje a su persona, como si ni siquiera hubiese pasado por esta penosa navegación que se nos impone al nacer y que una humilde lápida recordara su paso por nuestras vidas, a las que tanto amor había entregado y donde tanta huella quedaría. Como pueden imaginar, me encontraba descorazonado como pobre y solitario huérfano, que así me sentía en realidad, a la vez que criticaba mi conducta interior al haber perdido las esperanzas.

Entrábamos en las tierras de la hacienda cuando Setum, silencioso y ausente hasta el momento, preguntó en voz queda, como llegada de las profundidades.

—Señor. ¿Cómo ha planeado afrontar la situación? Quiero decir que si piensa...

—No sé qué podré decirle a mi hermana, si te refieres a ese aspecto del problema. Por un lado, sería bueno que le explicara la realidad, pero temo seriamente su reacción. Aunque todos creen que se trata de una mujer de extraordinaria fortaleza, yo la conozco bien y sé que no es así. Por el contrario, es capaz de derrumbarse como un castillo de naipes. Hoy por hoy no creo que estime como posible su vida sin Gigante, una opción a la que deberemos acostumbrarnos todos, queramos o no. Intentaré ofrecerle alguna esperanza, para que se acostumbre poco a poco a la idea.

—Creo que es medida acertada. Además, quiero que sepa, señor, que por mi parte no he perdido...

—Seamos realistas, Setum —lo miré a los ojos con la necesaria severidad—. Sólo un milagro podría devolvernos a tu señor. Y por desgracia, no creo en los milagros ni he creído nunca.

Volvimos al fúnebre silencio, vacías nuestras almas de palabras y pensamientos. Pero el momento que tanto temía llegaba de forma inexorable y el carruaje abordó la escalinata principal que se abría a la explanada. Allí se encontraba Cristina, vestida con un traje blanco y aspecto muy diferente al de otras veces. Observaba el carruaje desde la baranda, como si temiera concederse un metro más de cercanía, temerosa del resultado. Creo que sospechaba la realidad desde los primeros momentos, con ese especial sentido que despliegan las mujeres hacia el ser que aman de verdad. Descendí con lentitud, evitando su mirada. Por fin, escuché su voz, prendida en el hilo de la desesperanza, mientras se acercaba a mí con pasos cortos y perezosos.

—Santi, hermano mío.

Me miró a los ojos sin pronunciar una palabra más. Tuve que afrontar su mirada, aunque intentara no expresar nada en los rasgos de mi cara, una tarea imposible.

—Cristi...

No pude continuar pues ya Cristina se fundía entre mis brazos, con el llanto atrapado en la garganta durante muchos días, que se abría por fin en absoluta libertad. Sus palabras me llegaban entrecortadas y abrasadas por el dolor.

—¿Y Gigante? No me digas que ha muerto porque no es posible. Dime que se encuentra herido y se restablecerá aunque quede malparado y tullido. ¿Es así? Por favor no me digas que se ha marchado para siempre sin mí.

—Cristina, querida hermana, has de ser fuerte. Nada sabemos todavía de la suerte corrida por mi amigo. Hasta el momento se encuentra en la lista de desaparecidos. No debemos perder la esperanza.

—No me mientas, por mucho que lo desee —continuaba con alargados suspiros, mientras sentía la humedad de sus lágrimas en mi cara—. ¿Ha muerto? No, eso no es posible. Me prometió que siempre regresaría a mi lado, aunque tuviese que cabalgar por encima de mil buques ingleses. Gigante nunca me mentiría, nunca.

—No pierdas la esperanza. Recuerda que hace meses nos diste por perdidos y regresamos.

—Ahora es distinto y el corazón me lo dice. Creo que moriré, Santi, porque no

podré soportar su ausencia.

Me mantuve en silencio mientras la apretaba contra mi pecho y unía mi dolor al suyo, tan diferentes pero con la misma profundidad. Fue entonces cuando comprendí lo cerca que se encuentra el amor de la amistad, si es que no es una misma merced que recibimos por diferentes conductos. Mi corazón pedía a no sé quien el paso instantáneo de los meses, o el regreso a la perdida niñez, incapaz de soportar aquella situación.

—¿Cómo puedo imaginar mi vida sin él? —Apenas se comprendían sus palabras entre alargados gemidos, con la boca apretada contra mi casaca—. No es posible. Es el único hombre que he querido con locura en mi vida y no podré amar a nadie más. Dime que no ha muerto, Santi, por favor.

Preferí callar, incapaz de articular la frase adecuada. De esta forma nos mantuvimos durante largos minutos, quizás horas, sin que fuéramos capaces de separarnos un solo milímetro. Me sentía inútil para encontrar una solución a lo insoluble, condición que aumentaba la sensación de profunda frustración. Llegó el momento en el que me pareció que Cristina aflojaba el peso de sus brazos, por lo que temí un desmayo. Tomada por la cintura, la acompañé hasta su alcoba, seguidos por Setum que parecía desear involucrarse en la dolorosa escena. La dejé acostada, sumida en el llanto y el desgarró más profundo. Abandoné la estancia en silencio, como el soldado cobarde que escapa a la pelea creyéndose perdedor de antemano. No podía soportar ver a mi hermana, la persona más querida, con aquel sufrimiento que partía su alma y la mía.

La salud de mi madre había sufrido una recaída, con lo que se complicaba el diagnóstico de los médicos, que parecían adoptar una postura más bien pesimista. Mi padre, como si de pronto admitiera la gravedad de la situación, había hecho venir al prestigioso y afamado Francisco Canivell, director del Real Colegio de Cirugía de la Armada en Cádiz, que coincidió en líneas generales con el diagnóstico y tratamiento impuesto por sus colegas. La enfermedad que anidaba en su pecho se agravaba y nada bueno se podía augurar. Fue un golpe añadido. Qué cierto es el dicho popular, cuando afirma que las desgracias nunca vienen a solas, incluso cuando se nos envían desde el cielo sin merecerlas.

Mi pobre madre se interesó por la suerte de Gigante, aunque se encontraba un poco adormilada por efecto del láudano que le administraban los galenos cortesanos para mitigar el dolor de su pecho. Incluso me pidió que disfrazara la realidad a Cristina para encubrir y retardar el suplicio que adivinaba. Salí por los cerros de Úbeda, dando una larga cambiada con mucha mentira y poca verdad, pero no era cosa de cargar su débil alma con más penas.

De esta forma, aquel primer almuerzo en Las Garitas del Marqués, mantenido a solas con mi padre por haberse excusado Cristina, resultó más parecido a un funeral que a otra cosa. La comida se negaba a atravesar por garganta con retranca impuesta, por lo que dediqué mis esfuerzos al vino, con lo que aliviaba en parte las penas que

me abrumaban. Sin embargo, llegó a extrañarme el impenetrable silencio que ofrecía mi padre en la escena, sin una sola pregunta sobre la suerte de mi compañero, lo que atribuí a su deseo de evitar mayores sufrimientos. No se pueden figurar cuán grande era mi error en el análisis.

Y de esta forma me mantuve tres días más, sin saber qué hacer, pensar o decidir. Intentaba ofrecer alguna perdida esperanza a Cristina, actuaba como lector de mi madre hasta que quedaba rendida, y paseaba sin destino por la hacienda, a pie o caballo. Setum, por su parte, me seguía en silencio, como si tal condición luctuosa se hubiese impuesto en la casa de forma obligatoria.

La sorpresa surgió al cuarto día, cuando recibí la inesperada invitación por parte de mi padre, para pasar con él a su despacho privado. Aquella pequeña estancia contigua a la biblioteca, constituía una especie de sancta-santórum en la que no solía admitir la presencia de nadie, salvo su secretario particular en momentos puntuales y delicados. He de confesar que en el estado de ánimo que me encontraba, no comprendí con exactitud la norma que se rompía y lo atribuí a la necesidad de elevar el espíritu anímico de la familia, comenzando por mi persona, pues hasta el momento no nos había dedicado a los hermanos palabra alguna de consuelo que aliviara nuestras penas. Recuerdo que mi padre comenzó con suaves palabras, tras señalarme el sillón enfrente al suyo.

—Santiago, hijo mío, la vida nos presenta a veces su cara más negra, inesperadas y dolorosas situaciones que debemos afrontar con hombría y pensando, por encima de todo, en el bien de la casa. Eres un hombre en todos los sentidos y así lo has demostrado, por lo que no es posible que te derrumbes como un niño que pierde el juguete más querido.

Me mantuve en respetuoso silencio tras aquella entrada que, según suponía, se referiría a la desgraciada pérdida de Gigante, aunque el tono de su voz me avisaba de posibles argumentos poco alentadores.

—Por una parte, se nos presenta la enfermedad de tu madre, que no parece aliviarse como sería de desear y, en mi opinión, comienza a transcurrir con futuro incierto y poco esperanzados. Tú y Cristina os encontráis abatidos por la muerte del conde de Tarfí, lo que es lógico dados vuestros motivos de excelente amistad y compromiso. Pero te repito que eres ya un hombre, Santiago, y no debes perder nunca el verdadero horizonte. Sois muy jóvenes y en pocas semanas habréis recobrado la alegría de vivir, podéis estar seguros de ello, aunque os cueste reconocerlo en estos primeros momentos. Nunca comprendemos las razones que mueven al Creador en sus designios divinos que tantas veces nos hacen sufrir, aunque en ocasiones presenten una parte positiva que no somos capaces de adivinar en un primer análisis.

Un nuevo descanso, mientras movía entre sus manos una hermosa daga que solía utilizar para descalzar el lacre de los documentos. Continuó con el mismo tono de voz.

—Debes tener muy presente que dentro de algunos años heredarás las

propiedades y títulos de la casa de Montefrío, convirtiéndote en jefe de la familia, y a ese deber has de ceñirte por encima de cualquier otra consideración. Por esa razón, he de confesarte con la más desnuda y cruel sinceridad, que la suerte corrida por tu compañero puede haber sido un alivio necesario y beneficioso para nuestra casa.

La verdad es que no dedicaba especial atención a las palabras de mi padre, tan propenso al engolamiento y teatralidad en sus pesados monólogos, hasta que escuché la última frase que pareció repicar a batalla todas las campanas en mi cerebro. Lo miré con la sorpresa reflejada en mi cara, a la vez que tomaba parte en una conversación que me parecía un esperpento o una broma de mal gusto, impropias en quien me dirigía la palabra.

—¿Cómo habéis dicho, padre? Creo que no os he entendido bien.

—Lo que has oído, hijo mío, y has oído bien. Cumpliste con el capricho de ingresar en la Armada, aunque todavía no comprenda el significado de tal acción. Tu amistad con Leñanza fue beneficiosa para ti, estoy seguro, y te engrandeció como hombre. También el paso por la Institución Armada ha dejado un poso saludable aunque corrimos el peligro de perderte. Pero ha llegado el momento de sentar la cabeza y que dediques tu persona a los trabajos que el mayorazgo de Montefrío te impone. Déjame que no he terminado —levantó una de sus manos en mi dirección, porque ya mi corazón se aceleraba a un largo—, pero a causa de determinadas circunstancias que el destino nos deparó con especial sorpresa, me vi constreñido en un compromiso formal para tu hermana que no deseaba y del que me era difícil escapar. Si lo analizas con la suficiente frialdad, deberás reconocer y comprender que tu buen compañero no era el partido que deseaba y soñaba para Cristina de Cisneros, mi única hija, ni el que merecía un miembro de esta gran casa. Por esa razón te comentaba que a pesar del dolor y la terrible pérdida, puede haber sido beneficioso el triste lance para la familia.

—¿Cómo decís?

Me incorporé en el asiento, como si me hubiesen clavado un alfiler en el trasero. Supongo que mi rostro debía denotar los pensamientos que cruzaban por mi cerebro, ya que mi padre se apresuró a levantar su mano una vez más.

—Cálmate. Deja que te explique y lo comprenderás. En un principio me creí incapaz de encontrar una solución al endiablado problema, lo que me arrebató el sueño durante muchas noches, ya que es difícil negar la mano de la hija a quien ha salvado la vida del único heredero. Por esa razón conseguí el título nobiliario para tu compañero con inusual rapidez. Pero, por fortuna, Dios me hizo desconfiado desde el nacimiento, por lo que encargué ciertas investigaciones sobre los antepasados del caballero Leñanza a un agente discreto y de mi máxima confianza, que se mueve como pez en el agua en los despachos de la Corte. Con inesperada celeridad me llegó la noticia de que toda la documentación relativa al expediente de limpieza de sangre de don Francisco de Leñanza, necesaria para su ingreso en la Real Compañía de Guardiamarinas, había sido diligenciada por un tal don Gaspar de Fontellanos. Es

este caballero un personaje conocido en la Secretaría de Su Majestad, segundón de noble casa y arruinado por disputas en el juego, que sin embargo consiguió amasar una respetable fortuna falsificando expedientes en muchas Secretarías de la Corte para la obtención de todo tipo de prebendas y mercedes...

—¿Me aseguráis con tal indiferencia que habéis investigado la familia de mi amigo a sus espaldas? ¿Caísteis preso de profunda locura? ¿Cómo os habéis atrevido...?

—¡Calla la boca! Recuerda que soy tu padre y que jamás debes interrumpirme cuando te dirija la palabra. Creo que no te ha sentado nada bien el ambiente cuartelario de la Armada, lo que ya me temí en su momento. He investigado lo que estimé oportuno y no es asunto de tu incumbencia. Y si tu amigo viviera, debería estar agradecido. Por prudencia, al tener conocimiento de que el felón de Fontellanos andaba metido en el juego, no quise insistir en las pesquisas, por miedo a encontrar rastros tenebrosos que prefería evitar. No era mi intención dañar a tu compañero en ningún sentido, lo que supongo habría sido posible, sino preservar la nobleza de nuestra casa. Por esta razón di tiempo al tiempo, que es la mejor medicina, en espera de que alguna solución apareciera por el horizonte. Y así ha sido porque, como te he dicho, la muerte de Leñanza ha sido positiva a mis proyectos, a pesar de la desgracia que supone la muerte de un ser humano. De esta forma, tu hermana Cristina queda en libertad para que le busque el partido adecuado a su cuna y condición. Con la dote que la acompañará y mi posición actual, podemos aspirar a cualquier empresa.

Les aseguro que me creía flotar entre negros nubarrones que aplastaban mi garganta, para asfixiarme poco a poco. Aquél a quien escuchaba no podía ser mi padre sino el mismísimo Judas, a no ser que hubiese desconocido su verdadero espíritu hasta aquel momento, y me duele reconocer condición tan indigna porque, después de todo, fue quien engendró mi ser y cuya sangre correrá siempre por mis venas. A pesar del anonadamiento inicial, conseguí contestar con una dureza de la que no me creía capaz.

—Con el respeto que me permiten vuestras palabras, he de deciros, padre, que encuentro indigno y vergonzoso el comportamiento que mostráis. No teníais derecho alguno a investigar la familia de mi compañero Gigante, ni os corresponde la facultad de considerarlo muerto con tan escasa sensibilidad porque, en definitiva, no hay óbito sin cadáver. En cuanto a que su pérdida sea positiva para la casa, estáis en un error monumental, y si así fuese, preferiría no pertenecer a ella. De todas formas, espero que aparezca mi amigo en cualquier momento y pueda cumplir su compromiso con mi hermana, porque os considero hombre de honor y no de los que dan la palabra cambiada.

El rostro de mi padre se tiñó de rojo púrpura. Creí que había ido demasiado lejos, circunstancia que no me importaba en aquellos momentos.

—Santiago, en otras circunstancias habría tomado medidas muy enérgicas contra

ti —su voz sonaba como un latigazo en mis oídos—. Doy por sentado que la conmoción que sufres te impide comprender la gravedad de tus palabras. Abandona el despacho ahora mismo y ya hablaremos cuando considere que has recobrado la cordura.

—Estoy muy cuerdo, padre, mucho más cuerdo que vos —me sentía envalentonado—. Gigante no ha muerto y no consentiré que lo matéis con vuestras indecorosas y sucias palabras. Debéis...

—¡Fuera! —Se levantó del asiento, señalando la puerta con energía—. No digas una palabra más o te arrepentirás, te lo juro.

Dudé unos segundos, muy pocos, mientras mi cabeza giraba como noria desbocada. Decidí abandonar la estancia con rapidez, sin una simple mirada o despedida de necesaria cortesía. La verdad es que salí de estampida, como liebre acechada por corto. Necesitaba analizar aquel ventarrón que azotaba mi nave, entrada en la marejada gruesa. Escuché un último grito paterno, cuando ya salía por el ventanal hacia la terraza.

Pocos minutos después me encontraba paseando por los jardines sin rumbo ni destino, como duende en ejercicio, desquiciado de cuerpo y espíritu. Creo que entonces comprendí cómo sangra el corazón, ese especial sentimiento de pesadumbre tan profundo que llega a dejarnos como gusano aletargado, incapaz de un mínimo raciocinio. Pero en el fondo de mi alma, aparte del dolor acumulado en los últimos días, se abría otro frente más al comprender que un odio profundo se cebaba en el corazón contra mi padre, aquel que me había dado el ser y todo lo que poseía. Era monstruoso pensar algo así y sin embargo era cierto. Acababa de descubrir al verdadero duque de Montefrío y no me gustaba nada lo que había encontrado en el camino.

Los minutos siguientes a la entrevista mantenida con mi padre se mantendrán siempre grabados en mi cerebro como los peores que un ser humano puede padecer. Decidí que debía abandonar la hacienda a la mayor brevedad, lo que comuniqué a Setum para que preparara los equipajes con urgencia. Creo que aquel hombre sabio comprendió todo sin una sola pregunta, pues algo de brujo mantenía en su sangre. Debía despedirme de mi madre, lo que fue sencillo dado su estado, pero quedaba la prueba más dura. Debía ocultar a Cristina la verdadera razón de mi precipitada marcha, una tarea nada sencilla. Además, me deprimía dejarla en su desesperado estado al lado de mi padre, al que consideraba capaz de cualquier acción. Imaginé que le repetía las mismas palabras recibidas en el despacho, lo que podía acarrear funestos resultados para la salud de mi hermana, que se debatía inmersa en un dolor como jamás creí atisbar en persona alguna.

La busqué en su alcoba, encontrándola desierta. Temí que hubiese escuchado el vocerío producido en el despacho privado, lo que no era fácil. Para mi sorpresa se encontraba sentada en el banco de la rosaleta, el de sus amores con Gigante. Por fin

se había atrevido a abandonar su particular clausura, aunque su rostro, perdido en la distancia, no denotaba mejora alguna. Abordé la despedida con rapidez.

—Debo regresar a Algeciras, Cristi.

—¿Te marchas? ¿No me dijiste que podías permanecer un par de semanas en recuperación? No me abandones ahora, hermano. Te necesito a mi lado.

—Ya lo sé, pero el servicio me lo exige. He recibido recado del general Barceló en ese sentido. Es mucho el trabajo en el Estado Mayor y escaso el personal —intenté disfrazar lo que bullía en mi cerebro—. Pero regresaré pronto, te lo prometo. Además, quiero saber si han llegado algunos barcos con supervivientes.

—¿Te llamará el general porque tiene noticias de Gigante? —Su rostro pareció encenderse como una vela por primera vez en varios días.

—No creo porque me lo habría adelantado. Pero cabe esa posibilidad.

Cristina me miró a los ojos en silencio durante unos largos segundos. Por fin, me preguntó con voz queda.

—Algo importante ha sucedido y no me lo dices. ¿Qué te sucede, Santi?

—¿A mí? —Al observar su rostro comprendí que era capaz de leer mis pensamientos—. Lo mismo que a ti. Estoy preocupado por la suerte de Gigante e imploro cada día para que regrese en algún barco que pudiera rescatarlo de las aguas. Creo que es mejor que me encuentre en el Cuartel.

—No me mientas, hermano —me acarició la mejilla mientras exhibía una dolorosa sonrisa—. Nunca supiste hacerlo. Observé una extraña mueca en papá al saludarme esta mañana, cuando charlaba con mamá. Tu actitud es la de gran preocupación, como nunca había visto en tu rostro y no se trata solamente sobre la suerte de nuestro querido amigo. ¿Discutiste con nuestro padre?

—¿Discutir? —Tuve que realizar un extraordinario esfuerzo para que mi rostro reflejara normalidad—. Nada de eso. Estoy preocupado por todo lo que ha sucedido en tan corto espacio de tiempo. La suerte de Gigante, tu tristeza y la mía, la enfermedad de nuestra madre. Demasiadas coces en una misma jornada. Estoy hecho polvo y cuesta recuperarse. Nunca encontraré un amigo como...

Me arrepentí de comenzar aquellas palabras, porque ya Cristina volvía a refugiarse en mis brazos entre profundos sollozos. Intenté consolarla, mientras sufría por todo y por todos.

—No llores, Cristina. Te juro que serás feliz en esta vida, cueste lo que cueste.

—No comprendo tus palabras, Santi. Tan sólo deseo recuperar a mi amor y nada más. Es tan poco lo que pido a Dios en cada momento.

—Serás feliz, hermana mía, lo serás aunque en ello me vaya la vida.

De esta forma abandoné la hacienda. Si la llegada había sido negativa y dolorosa, en la salida se podía añadir el factor de la desgarradora incertidumbre, porque no podía asegurar si algún día podría volver a ver a mi madre y hermana.

16. Un golpe más

Una vez incorporado al Estado Mayor de las Fuerzas del Bloqueo, me decidí por la acción y el trabajo hasta el extremo más agotador, en un intento de despejar de mi mente todo aquel maremágnum de despropósitos y negras mareas que la anegaban. No existía nada en mi vida salvo el servicio diario, en el que me volqué a fondo sin horario ni descansos, como náufrago que se agarra a la última tabla tras el hundimiento. Barceló debió intuir mi estado de ánimo aunque nada dijese, ni siquiera cuando le solicité con una determinación impropia en mi persona, que me permitiera tomar parte en alguna de las nocturnadas que las cañoneras continuaban llevando a cabo contra la plaza sitiada.

Deben tener en cuenta que, a pesar de la catástrofe que había supuesto en nuestra moral de combate la malhadada y sangrienta jornada de las baterías flotantes, no por ello se desatendió el cerco a la plaza gibraltareña, sino todo lo contrario. La historia continuaba su curso, a la vez que el Gran Sitio se mantenía empecinado contra la Roca inglesa, como si el resultado global de la contienda dependiera de aquel titánico envite, que se alargaba en el tiempo como ningún otro.

Si no se había conseguido la conquista planeada en la jornada, que tanta desgracia arrojara sobre mi vida, las fuerzas españolas intentaban evitar, al menos, la llegada del convoy de socorro que se suponía navegando hacia aquellas aguas, un factor definitivo como en las dos ocasiones anteriores que presentaran tan adverso resultado. La escasez de alimentos y, especialmente, munición en la fortaleza eran en verdad angustiosas, producto esta última del intensísimo cañoneo sostenido en el largo mes de septiembre, y en especial el correspondiente al inolvidable día trece, un número que deberíamos borrar de nuestro calendario. Gibraltar y sus defensores vivían con sus esperanzas depositadas en ese posible avituallamiento, que se esperaba desde semanas atrás y que, por mucho que se vigilara el horizonte en todo momento, no alcanzaba la plaza.

El general Elliot, inflexible y arrojado gobernador británico, ordenó la arriesgada salida de las embarcaciones a su disposición, intentando conseguir raciones de boca y balerío en los puertos del norte de África, una escasez que se dejaba notar en el escaso fuego de sus baterías, racionado con candado a la vez que la carne en salazón y la galleta marinera. Asimismo, eran muchos los mercantes independientes que intentaban forzar el bloqueo ante la perspectiva de pingües beneficios económicos, lo que escasas veces se conseguía, debido al cerco establecido con rigor por el jefe de escuadra Barceló. Una goleta y dos balandras, con dos mil bombas y abundantes pertrechos, cerca estuvieron de conseguirlo aunque, ya cerca de Punta Europa, fueron apresadas por la fragata Santa Bárbara, bajo el mando de don Ignacio de Álava. He de reconocer que el vino que transportaban era magnífico y de él disfrutamos en el cuartelillo durante varios días.

Por su parte, el duque de Crillon intentaba acallar las discusiones, críticas de todo

tipo y notas negativas impresas que se lanzaron al aire tras el gran fracaso, por lo que apretaba el sitio cuanto podía, avanzándose en una nueva paralela protegida que llegaba a besar las murallas gibraltareñas. A la vez, se comenzaba a minar la roca en dirección a los baluartes de Puerta de Tierra, una repetición en la historia particular de la plaza, al intentarse un ataque sorpresa por esa zona. El fuego de las baterías españolas instaladas en el istmo se mantenía a su ritmo, sin dejar de cañonear con unos mil disparos diarios la fortaleza enemiga, a lo que se debía añadir la ración nocturna que endosaban generosamente las unidades ligeras de Barceló, en las que tomé parte dos noches seguidas.

He de reconocer que aquellas dos salidas nocturnas al mando de la cañonera número 36, aunque distrajeran mi mente de otras preocupaciones, también dejaron su poso incuestionable de tristeza, al recordar otros momentos más felices en los que Gigante y yo navegábamos al oscurecer hacia nuestro destino, con la moral volando entre las nubes. En estas dos últimas ocasiones, marinaba la lancha al timón un guardiamarina de Ferrol, mientras me ocupaba de la acción artillera. Pero el refrán es sabio como siempre y nunca segundas ocasiones fueron buenas.

De esta forma abordamos el mes de octubre, perdidas ya las más remotas esperanzas de que Gigante hubiese sido recogido por algún barco aislado o independiente, aunque les repito que intentaba aparcar tales pensamientos de forma automática en mi cerebro. También borraba los recuerdos de mi familia, por mucho que el rostro lastimero de Cristina se apareciera con más asiduidad de la deseada. En aquellos primeros días del nuevo mes y en el aspecto puramente naval del escenario bélico, nos encontrábamos impacientes a la espera del convoy británico, cuyo arribo a la plaza debíamos evitar a toda costa en esta definitiva ocasión. Era mucho lo que nos jugábamos en el envite. Como decía Barceló, la plaza se encontraba una vez más a punto de caramelo y pocas semanas podrían resistir los soldados sin munición ni comida que echarse a la boca, ocasión propicia para que Crillon llevara a cabo el ataque definitivo.

Para evitar el previsible convoy britano se encontraba dispuesta la escuadra combinada, al mando del teniente general don Luis de Córdoba, personaje denostado con fuerza y en secreto entre los miembros del Estado Mayor de Barceló. Era fuerza poderosa, con cincuenta navíos, once fragatas y numerosas escampavías, balandras y otros tipos de embarcaciones menores. Todas las unidades se encontraban con el ancla a pique, dispuestas esta vez, según parecía, a dar la vela en el momento en que se avistara el enemigo. La Armada era consciente de que no podía fallar una vez más, sin lucha abierta contra los buques ingleses, o perdería el escaso crédito que mantenía en la opinión popular. Por su parte, las cañoneras de Barceló se mantenían estacionadas sobre Punta Carnero, y desde ésta hasta la isla Verde, tres divisiones de jabeques y balandras más se encontraban preparadas para caer sobre el convoy inglés.

Fue el ocho de octubre, un lunes entrado en nubes negras y alargadas que nada bueno presagiaban, cuando llevé a cabo mi última salida al mando de la cañonera.

Como la munición en la plaza era muy escasa y ya desesperaban las baterías inglesas de acertarnos a las cucarachas, fue como coser y cantar, porque ni siquiera las fuerzas ligeras con fusilería trataron de impedir nuestra acción. Les endosamos la diaria ración de balas de a 24 y volvimos al cuartel sin contratiempo, aunque ya la mar nos hacía bailar con demasiada fuerza.

Tal y como se preveía, el tiempo fue mejorando a peor, como solía decir Barceló, hasta que en la noche del día 10 se levantó un temporal del sudoeste en toda regla, que puso en grave riesgo a la escuadra fondeada, porque no hay nada que tema más el marino que capear el temporal al ancla y sin salida clara a mar abierto. En especial los navíos debieron largar sucesivamente la segunda ancla, la de la esperanza^[31] y hasta la cuarta los que la hubieren, aparte de calar los masteleros y adoptar todas las precauciones y prevenciones que imponía la situación. Pero la mar y el viento no llevaban camino de caer, por lo que algunos navíos garrearón^[32] con el consiguiente desbarajuste de colisiones y varadas.

Por desgracia, el caso más triste y negativo correspondió al navío San Miguel, de 70 cañones y construido en La Habana, que arrastrado por el ventarrón llegó a varar cerca del muelle nuevo de la plaza, sin quedar a la tripulación más medida que entregarse al enemigo, quedando prisionera. A punto estuvieron de seguir sus pasos el navío Triunfante y la fragata Magdalena, que consiguieron escapar a la espía en los últimos minutos, mientras eran atacados con las malditas balas rojas del inglés a escasa distancia de las murallas. Fueron muchos otros los percances sufridos, como suele suceder en estos casos, en los que se encontraron el navío San Dámaso, que acabó desarbolado, así como la fragata Perpetua y la balandra Natalia que embarrancaron en Puente Mayorga con trece de nuestras cañoneras, que intentaban auxiliar en el descomunal desconcierto.

Y como los males nunca vienen solos, al día siguiente, 11 de octubre, se avistó la escuadra y convoy inglés mandados por Lord Howe, empujados por el temporal que, en este caso, era favorable a sus propósitos de navegar hacia levante. Contaba la fuerza con 34 navíos, seis fragatas y tres brulotes, divididos en grupos que mandaban los almirantes subalternos Barrington, Milbank, Hood, Hughes y Rotham. Las fuerzas inglesas, en su intento de evitar los disparos de las baterías de tierra y las cañoneras acoderadas a las piedras en Punta Carnero, se desviaron hacia el sur, de forma que fueron arrastrados por la mar y el viento hasta sobrepasar y penetrar en el Mediterráneo, sin poder entrar en Gibraltar. Fue entonces cuando se esperaba en nuestro Cuartel General con ardiente ilusión el encuentro de la escuadra de Córdoba con el enemigo, para batirlo y evitar la entrada del convoy en la plaza sitiada.

Dudé unos segundos antes de golpear la puerta con suavidad. Prefería evitar el momento, por mucho que debiera entregar a mi jefe un informe importante, una misión que nadie deseaba llevar a cabo en un día tan negativo como aquél, en el que se podía adivinar el estado de ánimo que presentaría el general. No escuché respuesta

a pesar de martillear con fuerza, por lo que las dudas se agigantaron de nuevo en mi interior, sin saber si el silencio se debía a la sordera del viejo marino o al deseo de permanecer en soledad. Por fin, me decidí, golpeando los cuarterones con inusitada firmeza, hasta escuchar la conocida y ronca voz.

—¡Pasa!

—¿Da su permiso, mi general?

—¡Vamos, Cisneros, entra de una puñetera vez! ¿A qué viene tanto remilgo?

El jefe de escuadra Barceló se mantenía apoltronado en el conocido sillón de cuero, su larga camisola de lienzo informe y arrugada en el pecho, con los encajes de la guarnición en deplorable estado. Se dejaba notar en su rostro barba de varios días y ojeras de vigilia intensa, aunque no parecía importarle ningún detalle negativo de su vestimenta o aseo personal.

—Debo entregarle un informe, mi general, pero si le molesto a deshora...

—¿Lo dices porque no estoy convenientemente etiquetado? Si quieres puedo vestir uniforme grande, como en gloriosas jornadas —desplegó una amarga sonrisa que se partió a medio camino—. Perdona mis palabras, muchacho, que tú no eres culpable de nada. Toma asiento a mi lado, que ya nos quedan pocas singladuras en esta empresa, en la que tantos esfuerzos hemos desplegado... para nada.

Obedecí la orden con estricta puntualidad, aunque me mantuve en el borde de la silla, en absoluto silencio. Tomó el mensaje en sus manos, depositándolo sobre la mesa sin leerlo, consciente de su contenido. Me dolía muy hondo el visible sufrimiento del general, aunque no encontraba el camino o las palabras que pudiesen reconfortarlo de alguna manera. Decidí esperar y verlas venir, porque dudaba de su reacción. Para mi sorpresa, Barceló tomó un documento que se encontraba sobre la desordenada mesa. Comprobé a la vista el intenso temblor de sus manos, que hacían vibrar el pergamino hasta conferirle vida propia.

—Antes de entrar en cualquier otro tema, y aunque te suponga una tristeza, hemos de felicitarnos por el ascenso de nuestro amigo.

—¿Ascenso? ¿De quién? —pregunté con interés pues, en realidad, no sabía de lo que me hablaban.

—El ascenso al empleo de alférez de navío del alférez de fragata don Francisco de Leñanza —ofreció una mueca de tristeza en sus labios—. Y no pongas esa cara, muchacho. Ya sé que no ciframos esperanza alguna en que haya sido recogido por algún buque de paso, pero como se encuentra en situación legal de desaparecido y fue propuesto para su ascenso por su comandante, el capitán de fragata don Federico Gravina, ha sido ascendido, aunque nunca pueda cambiarse de lado la charretera^[33]. Nada le regala Su Majestad don Carlos a ese gran joven que se nos fue, y puedes estar seguro de mi sinceridad. No sé por qué ley malparida y culebrona esta vida se lleva a los mejores casi siempre. En fin, por lo menos se ha hecho justicia, aunque prevea un futuro para nuestra querida Armada más negro que el infierno.

Me hizo entrega del documento, donde comencé a leer, emocionado, la Real

Cédula: Conviniendo proveer los empleos de Alférez de Navío de mi Real Armada en persona de valor, méritos y servicios... No pude continuar porque ya el estómago se cerraba como ostra amenazada y sentía que me faltaba la respiración. Eran muchas las emociones en aquel negro día y se mantenía en todos el ánimo alicaído por las noticias recibidas, lo que nos prevenía de las posibles reacciones del general.

—No sé qué decir, señor. Por desgracia no tiene familia a la que comunicar este último honor y merecimiento. Me duele mucho...

—No te preocupes por desnudar tus sentimientos ante mi persona. Puedes considerarme como un padre en la milicia y no debemos guardar el dolor en el vientre a cada momento, porque acaba por reventarnos en la cara.

Dejé pasar unos segundos, oprimido por tantos emotivos y hermosos recuerdos. Pero fiel a mi premisa de no volver a caer en la desesperanza, ofrecí en forma verbal y con cierta prevención el último informe a Barceló, aquél que podía desatar su furia almacenada.

—Mi general, debo comunicarle..., debo comunicarle que la escuadra inglesa, finalmente, dejó de largo a la nuestra.

—Ya me lo figuraba —golpeó la recia mesa con los nudillos de forma repetida—. En fin, no debería sorprendernos. Como dicen en nuestra tierra, esa mies está ya segada. No es más que otra penosa actuación a la que, por desgracia, nos hemos acostumbrado.

—No hable así, mi general. En esta ocasión, debe reconocer que nuestras unidades intentaron el combate con todo su empeño.

—¿Con todo su empeño? ¡Por Dios, muchacho, no diga majaderías! ¡No era ésa su misión! —Barceló estalló por fin, golpeando la mesa hasta hacer saltar un pisapapeles de bronce que fue a rodar por el entarimado. Como siempre, se arrepintió de ello con rapidez—. Dice el matasanos que debo evitar estos accesos de furia o me dará un patatús grave. ¿Cómo conseguirlo en este escenario indecoroso? A pesar del desastre de las malditas flotantes, la plaza se encontraba a punto de caramelo. La única parte positiva que presentó el combate con esos artefactos del caballerete francés, fue forzarlos a emplear sin medida toda su artillería, con lo que disponían de pólvora y balerío para pocos días. Y eso por no hablar de la manduca, que ya escaseaba hace meses. Dicen que el hambre llegaba a tal extremo, que los marineros ingleses se peleaban, en riñas a muerte, por una rata de sentina.

—Pero el general Córdoba lo intentó, mi general. El temporal del día 10 fue nefasto. El mes de octubre es muy malo en esta bahía.

—Te repito que no era ésa su misión. El temporal nos afectó mucho y, en esta ocasión, de verdad. Pero también lo sufrió el inglés, de tal forma que no pudo entrar a avituallar la plaza, forzado por el ventarrón a capear en dirección del Mediterráneo, donde penetró hasta buscar el socaire en Marbella. Sólo unos cuatro mercantes lograron embocar el muelle gibraltareño, por pura casualidad. Pero en ese momento, Córdoba debió pensar en el objetivo final y principal de esta empresa y permanecer

aquí, ¡aquí! —Señalaba con su recio pulgar la bahía de Algeciras en una carta—, siguiendo con el plan previsto y no dejarse burlar por lord Howe ante quien, por cierto, me descubro. Se trata de un gran marino, no hay duda, una especie que prolifera demasiado entre nuestros enemigos. Según parece, las inglesas son capaces de parir grandes hombres de mar en numerosas e inagotables carnadas, como de gazapos las conejas en nuestros montes.

—El general Córdoba pensaría...

—¡No debió pensar nada! ¿Por qué adentrarse en el Mediterráneo si la escuadra inglesa, muy inferior a la combinada, debía regresar para proteger el convoy que debía abastecer a la plaza? Los britanos no llegaban de paseo sino con una única misión, avituallar Gibraltar a toda costa, una misión que nosotros debíamos obstaculizar sin pensar en ningún Cristo. Mire, Cisneros, y aprenda. Cuando se sale con órdenes directas y precisas, debe hacerse lo que mejor se crea en ése y único sentido. El objetivo era impedir la llegada de ese convoy y, en todo caso, apresarlo aquí, en estas aguas. ¿Comprende lo que le digo?

—Sí, señor.

—Pero eso es lo que, precisamente, no hizo Córdoba. Como la maniobra de conjunto no es ni ha sido nunca nuestro punto fuerte, ya que maniobramos mal por falta de prácticas a las que somos tan reacios, nuestras unidades se dispersaron hacia Berbería. Mientras tanto, el inglés, con una serenidad, arrojo y envidiable capacidad de maniobra, burló al adversario, superior en fuerza y en casa propia. Inaceptable se mire por donde se mire. Mientras las unidades de Córdoba se reagrupaban con su conocida lentitud, el almirante Howe aprovisionó a la plaza en dos días, con más de mil cuatrocientos soldados e ingente cantidad de víveres y pertrechos. ¡Por las culebras de Argel! ¡Es inadmisibile! Por tercera vez consecutiva hacemos el ridículo. Y puede estar seguro que si no se llega a la paz de una vez, avituallarán esta plaza siempre que les venga en gana, aunque sea con faluchos y cárabos, o con ramerías de Londres al remo si es preciso.

—Tiene razón, señor, no lo niego, pero el general Córdoba los persiguió con esfuerzo, entablado combate a la altura del cabo Espartel.

—Bla, bla, bla —Barceló realizó un gesto de desprecio con la mano—. En primer lugar, has de tener en cuenta que ésa es una acción de segundo orden y no decisiva. Te repito que el objetivo principal, algo que no les entra en la cabeza a muchos de nuestros engolados generales, era impedir la entrada del convoy. Para esa única misión estaban aquí, además de ayudar en la jornada de las flotantes, que prefiero no recordar. En conjunto una actuación magnífica del esforzado y admirado comandante general de la escuadra.

Me mantuve en silencio porque Barceló continuaba a gran velocidad su perorata, mientras recorría la sala a grandes zancadas.

—Además, nos acostumbramos a llamar combate a cualquier cosa, a simples escauceos guerreros con un par de cañonazos. Córdoba persiguió al inglés, en

desorden por cierto, que todo hay que decirlo, y solamente algunos navíos llegaron a cañonearse con la retaguardia inglesa durante unas pocas horas. A mí me gusta siempre pensar en los resultados finales, que es como deberemos ser juzgados. En total, de cincuenta navíos y once fragatas que componían la escuadra, sesenta muertos llevaban a bordo al entrar en Cádiz. ¡Sesenta muertos! ¡Un combate verdaderamente glorioso y esforzado! Y, mientras tanto, Gibraltar aprovisionada para otros seis meses. ¿Sabes una cosa? —Los ojos de Barceló bailaban peligrosamente, mientras pasaba al tuteo en aquélla su inveterada costumbre—. Había que raptar cien rameras de los puertos británicos y ponerlas a parir en la villa y Corte, para que alumbraran las futuras dotaciones de nuestra Armada.

Continué en el más profundo silencio como es fácil comprender, ante aquel aluvión del general que enrojecía su cara de forma peligrosa. Por otra parte, me sentía anonadado por los duros comentarios de mi jefe. Creo que Barceló sintió pena y cierta vergüenza al observar mi rostro.

—No debería hacer estos comentarios ante ti, muchacho. Lo prohíben las Reales Ordenanzas con exacta puntualidad, pero nunca fui propenso a seguirlas a rajatabla. Ya sabes que soy muy dado al lenguaje grosero, según se me indicó en bastantes ocasiones. Pero debes aprender de los fracasos que, para nuestra desgracia, son muchos. En tres ocasiones tuvimos la plaza a punto de fenecer, tras meses de ímprobo esfuerzo de sitio y bloqueo. Por desgracia, en las tres apareció el inglés con fuerzas inferiores y el inconveniente que presenta convoyar los mercantes, con maniobras lentas y complicadas, para conseguir, finalmente, su objetivo. Un meridiano ejemplo de nuestra eficacia, por no decir palabras más fuertes de las que me arrepentiría después.

—Pues, según dicen, el duque de Crillon continúa bombardeando sin parar.

—Es cierto, sí señor. Debemos reconocer que es encomiable el buen hacer de ese caudillo, a pesar de ciertos devaneos literarios. Pero habrás observado que los británicos responden ahora con más alegría. En las noches anteriores al socorro, poco incordiaban sus baterías a nuestras cañoneras.

Dicen que el duque de Crillon continua levantando una nueva paralela, e insiste en la mina contra Puerta de Tierra. En fin, eso solamente servirá para llegar a las negociaciones con algún papel más.

—¿Negociaciones? ¿Se levantará el bloqueo después de tanto esfuerzo? No puede ser —les aseguro que me sentía sorprendido e indignado.

—Las guerras largas no gustan a nadie, muchacho. Ni siquiera a los que parecen llevar la delantera. Son muy caras, aumentan los impuestos, el hambre se extiende y el pueblo protesta. A estas alturas, todos quieren la paz. Es posible que, en esta ocasión, Inglaterra haya de ceder en las negociaciones más que en las anteriores, porque son muchas las potencias en su contra. Esperemos que se mantenga por nuestra parte la posesión de Menorca y la Florida, aunque me temo que los ingleses no soltarán Gibraltar.

—Pues ya han ofrecido en ocasiones anteriores su canje por alguna de nuestras islas o territorios americanos. En especial, los británicos parecen enamorados de nuestra isla de Puerto Rico.

—Me temo, querido joven, que no sean más que tretas diplomáticas. Pero en el caso de que fuesen sinceras, no lo aceptaría nuestro Soberano. Por desgracia, a todos beneficia un Gibraltar inglés.

—¿A todos beneficia? ¿Cómo puede usted decir eso? Francia ha luchado a nuestro lado para recuperarlo, perdiendo muchos hombres.

—Debes ser realista, hijo mío —Barceló empleaba, ahora, un tono paternal, tranquilizados los ánimos—. Francia peleó en estas aguas porque se vio obligada a ello. Mucho más pusimos de nuestra parte en sus empresas particulares. Pero los franceses saben lo que esta plaza en poder del inglés nos escuece. Mientras la Roca permanezca en manos britanas, siempre habrá un motivo para atraernos a su parte en la lucha contra los ocupantes de este trozo de tierra española. En París saben politiquiar como los mejores, y sus intereses primarán sobre los nuestros, no lo dudes, que así ha sido siempre.

—Eso sería imperdonable, después de haber luchado codo con codo.

Barceló me dirigió la mirada con una dulce sonrisa, como si comprobara con placer mi inexperiencia. Volvió a dirigirse a mí con voz agradable.

—Ya aprenderás, Cisneros, y perdona que te tutee con el enfado, pero eres muy joven y me concedo ese derecho que otros criticarían con dureza. Piensa que no todo es tan sencillo en la política como la vida en tu querida hacienda.

No le respondí lo que en verdad pensaba de mi vida en la hacienda paterna, por lo que decidí cambiar de nuevo la dirección de nuestra charla.

—Leí en un ejemplar de la Gaceta de Madrid, mi general, que el embajador de las provincias americanas independientes, un tal Benjamín Franklin, declara que tanto derecho tiene Inglaterra a permanecer en Gibraltar, como España sobre la ciudad de Portsmouth.

—Con declaraciones no se ganan territorios. Sin embargo, esas colonias inglesas en América del Norte conseguirán su independencia definitiva en los próximos Tratados de Paz, no lo dudes. Lo que, bien mirado, no es un buen presagio para el futuro de nuestras provincias americanas. Los malos ejemplos son fáciles de secundar. Fue una estupidez por nuestra parte ayudarlas al lado de Francia. Pero todo llegará.

—Entonces. ¿Dejamos de combatir?

—De eso nada —Barceló pareció ofendido por la pregunta—. Estamos en guerra y debemos continuar peleando por esa Roca del demonio, hasta el último suspiro. Esta noche volveremos a la acción con nuestras queridas cucarachas, para morder a esos malnacidos, aunque nos rocíen con sus nuevas balas. Al menos, los mantendremos en ligero duermevela, sin descanso continuo. A ver si Crillon fuese capaz de reventar de una vez la zona de Puerta de Tierra. Te juro que, a pesar de mis

años, me lanzaría con el sable en alto por ella. Después de todo, mi pronunciada sordera es buena cualidad para no escuchar los cañonazos cercanos —ahora rió con alegría.

—Lo creo capaz de eso y mucho más, mi general. Y sería voluntario para acompañarle.

—Anda, alegre esa cara y pide una garrafa de vino en la cocina. Ahogaremos nuestras penas. Pero que te entreguen una de las pocas que aún quedan de ese caldo color sangre y bien espeso que requisamos al bergantín veneciano. Lo necesito.

Continuamos con los últimos suspiros de aquella guerra que se alargaba en el tiempo, aunque he de reconocer que la moral había decaído tras el avituallamiento de la plaza, por mucho que se alabara la persecución de Córdoba a la escuadra inglesa en aquella efímera acción que acabó por denominarse como el combate de cabo Espartel. Mi futuro se abría negro como el infierno y seguía intentando no pensar en nada que se circunscribiera a los recuerdos personales o problemas familiares, cuando en la segunda quincena del mes llegó una mañana Setum con extrema urgencia a mi camarote.

—Mensaje urgente de la hacienda, señor —como siempre que sucedía algo fuera de lo cotidiano, mostraba un rostro de sorpresa que mostraba unos ojos abiertos en forma desorbitada.

—¿Un mensaje urgente? —pregunté para hacer tiempo, temeroso del significado.

—Sí, señor. Lo trajo un tal Casimiro que llegó a caballo sin resuello. Exigió entregarlo en persona pero, al reconocerme, confió en mí. Espera respuesta.

Si era Casimiro el que había cubierto la distancia en dura cabalgada, el recado no podía ser más que de mi hermana, lo que comprobé al reconocer su letra menuda y redonda. El corazón aceleró las pulsaciones, porque ya imaginaba alguna otra desagradable noticia. Lo abrí con lentitud, aunque mis manos parecían tremolar como la palmera al viento. La nota era escueta y me golpeó de frente:

Santi, acude a la hacienda con urgencia. Nuestro padre debe haberse vuelto loco. Te necesito en estos momentos más que nunca, hermano mío. Prefiero morir a continuar con esta situación. No me abandones tú también. Con todo mi cariño.

Cristi.

Sentí cómo la sangre se agolpaba en mis ojos, hasta nublar la vista. Setum se mantenía a la espera con la excitación abierta en su rostro, consciente de la importancia que aquellas escasas líneas podían representar. Pero ya mientras guardaba el recado estaba tomada mi decisión.

17. Montefrío impone su criterio

Sin pensarlo dos veces y con la mente nublada por una espesa amalgama de ofuscación, dolor y tristeza, sin excluir un naciente y desesperado odio, me dirigí a la carrera hacia el despacho de Barceló, donde penetré sin más cortesía que unos ligeros golpes en la puerta, que no fueron oídos por el general. Por fortuna se encontraba a solas, observando con placidez las aguas de la bahía desde su abierto ventanal. Al comprobar mi presencia por las toses forzadas y repetidas, mostró el desagrado lógico de aquella inesperada y tan poco protocolaria interrupción. Pero ya mi cerebro navegaba por delante de sus pensamientos.

—Mi general, perdone un comportamiento tan descortés y antirreglamentario, pero me encuentro en un serio apuro familiar que podría justificarlo. Debo presentarme en la hacienda de Castellar a la mayor brevedad posible. Necesito su caballo Selim, si me concede la petición, porque no dispongo de tiempo suficiente para encargar el carruaje. Como puede suponer, se trata de una urgencia importantísima.

Barceló me miró a los ojos. Creo que al observar mi rostro y determinación debió comprender la gravedad del caso, porque respondió con brevedad.

—Tome a Selim por las orejas y haga el uso que estime oportuno de él. Y no se preocupe si lo revienta en fragosa cabalgada, muchacho. Estoy seguro que sería un caso de necesidad.

—Muchas gracias, mi general. Siempre le estaré...

—Déjese de monsergas y largue las alas del trinquete si le urge la acción.

De esta forma, me dirigí a los establos donde ordené ensillar el famoso ejemplar del general, para sorpresa del palafrenero, viejo y leal marinero que servía a las órdenes de Barceló desde sus primeros años en la Armada, hasta mudar en sus labores debido a los múltiples achaques que padecía. Al observarlo de cerca pude comprobar que se trataba de un animal magnífico de raza árabe y estilizadas líneas, que lucía un pelaje negro y brillante como las noches estrelladas. Convencí a Setum para que esperara mi regreso en el cuartel, aunque me extrañó que en esta ocasión no porfiara en mantener la compañía, un detalle más de su innata sabiduría.

No fue necesario azuzar a Selim, que ya rendía briosa cabalgada sin exigirla desde el primer momento, deseoso quizás de desplegar su poderío tras demasiado tiempo de tranquilo paseo. Sin pensarlo dos veces, salí al galope en dirección norte, con el ánimo encogido, sin atreverme a pensar en la escena que podía encontrar en la hacienda. Prefería no analizar el mensaje de Cristi, aunque nada bueno presagiara y todas las alternativas pasaran por el sufrimiento y la ruptura familiar.

Sufrí con el escaso adiestramiento y ejercicio diario de tan hermosa montura, por lo que me detuve algunos minutos en San Roque y, posteriormente, en Almaraima, cuando ya Selim bufaba espuma por el cuero. Pero la nobleza del animal suplía cualquier otra consideración, con lo que a primeras horas de la tarde crucé los

mojones de Las Garitas, acortando la distancia a la vez que se encogía más y más mi corazón en desconocido rebato.

Como es lógico imaginar, nadie esperaba mi presencia, por lo que dirigí los pasos en silencio hacia la alcoba de mi hermana, a la que encontré tendida sobre la cama con los ojos cerrados. La palidez de su rostro era extraordinaria, así como las ojeras que orlaban en profundidad sus ojos. Cómo puede cambiar el aspecto de una persona en tan pocos días, si el dolor es suficientemente profundo, me dije con inmensa tristeza mientras contemplaba a quien tanto quería. Como deseaba escuchar su versión y sabía que mi presencia no sería grata a mi padre, toqué su hombro con suavidad para despertarla de su triste encanto. Cuando abrió los ojos, tapé su boca para evitar sus acostumbrados gritos.

Se incorporó en la cama, a la vez que se fundía desfallecida entre mis brazos. No me ofreció, como era su costumbre, los afectuosos saludos de otras veces. Por el contrario, en vez de hablar, volvió a los entrecortados sollozos, con lo que regó una vez más y en abundancia mi hombro con sus lágrimas. Aquella escena me traspasaba el corazón de dolor, porque persona tan buena y cariñosa no merecía aquel destino que el infierno parecía haber escalado para ella. Le susurré al oído mientras acariciaba su revuelto cabello.

—Cálmate, hermana, que ya estoy aquí contigo. Cuéntame qué hecho tan grave ha sucedido. ¿Ha muerto quizás nuestra pobre madre? Porque creo a nuestro padre capaz de ocultarme el luctuoso hecho.

—No, no —se esforzaba en pronunciar entre gemidos—. Nuestra madre continúa en las mismas condiciones, si cabe con alguna leve mejoría. Pero ha sucedido..., es increíble..., no podrás creerlo.

—Habla de una vez, Cristi, y deja de llorar, por favor —me encontraba al borde del delirio—. Todo en esta vida tiene arreglo.

—Nada de esto habría sucedido si Gigante se encontrara entre nosotros. Pienso en él en todo momento y no puedo apartar su rostro de mi cabeza. No me es posible la vida sin su presencia, Santi, y para colmo de males, nuestro padre..., Dios mío... — Por fin se separó lo suficiente para mirarme a los ojos. Vi reflejado el dolor en los suyos como jamás creí posible—. Santi, me han prometido con el príncipe de Eggen y deberé casarme con él en la próxima primavera.

Volvió a buscar refugio en mi pecho, mientras los sollozos tronaban de nuevo como zarpazos de acongojado calvario. Por mi parte, quedé enmudecido, incapaz de creer las palabras que acababa de escuchar.

—¿Qué locura dices? ¿Qué significa eso? ¿Cómo te van a prometer a otro hombre? ¿Quién te ha forzado a tal medida?

Mientras preguntaba de forma atropellada y con el rostro encendido por la indignación, el rostro de Gigante se hizo presente en mi cerebro, un rostro donde se podían descubrir rastros de intenso dolor.

—Nuestro padre acudió ayer mañana a mi alcoba para comunicarme que el

príncipe de Eggen había solicitado mi mano. Pero, según parece, todo apunta a un arreglo cortesano. Me dijo que debía sentirme feliz de poder unir mi vida con la del primo del príncipe de Nassau, un hombre de excelente posición y experiencia. Al escucharlo le increpé que me encontraba prometida con Gigante y sólo con él llegaría a formar una familia. Me contestó de forma contundente, con una dureza como jamás me había hablado, que dejara de pensar en los que ya no se encontraban en esta vida y fuera una mujer realista. Que los esponsales tendrían lugar en la próxima primavera, con independencia de mis consideraciones.

—¿Casaros con Luis de Eggen? Sé que enviudó hace dos o tres años. Sus hijos son mayores que nosotros, algunos casados y con descendencia. ¡Qué indescriptible desfachatez y villanía! ¡Gigante no ha muerto! Se encuentra en situación de desaparecido. Y fíjate si no ha muerto, que Su Majestad acaba de concederle el ascenso al empleo de alférez de navío. Nunca creí que nuestro padre llegara a tal grado de indignidad. ¡Maldito sea por siempre!

—Por Dios, Santi. No hables así de nuestro padre —ahora era un miedo profundo lo que se reflejaba en su rostro—. Después de todo...

—¡No lo consentiré! Nadie os obligará a casaros sin vuestro permiso. Si se diera el caso de que Gigante..., de que nuestro amigo no vuelva...

—¡Tiene que regresar, Santi!

—Seamos realistas, hermana mía —acaricié su mejilla con toda la ternura que escapaba de mi alma—. Nadie más que yo desea el regreso de mi compañero. Pero hemos de reconocer que son muy pocas las posibilidades de que se encuentre con vida, y ya es mucha la esperanza que describo. Pero que un mes después de tan tremendo dolor te obliguen a unos esponsales con ese vejestorio germano, sólo puede ser obra de un maldito endemoniado sin sentimientos...

—¡Calla, por favor! —Cristina intentaba tapar mis labios con sus manos.

—Mira, Cristi —la tomé por los hombros con energía—. Nadie te obligará a casarte contra tu voluntad. ¿Comprendes? Te lo juro por...

—Santi, por Dios, no digas nada de lo que puedas arrepentirte.

—Hablaré con el duque de Montefrío ahora mismo. Alguien ha de abrirle sus ojos.

—Estás hablando de nuestro padre.

—No estoy seguro que, después de la conversación que mantendremos, continúe considerándolo como tal.

—¡Santo cielo! ¡Cuida tus palabras ante su presencia, Santi, por lo que más quieras! No puedo perderte a ti también. Creo que se ha vuelto loco y es capaz de cualquier acción, aunque se trate de su único hijo.

—Por desgracia no se ha vuelto loco, hermana. Lo que sucede es que acabas de conocer al verdadero señor de Montefrío. Esa misma experiencia la sufrí en mi última visita, lo que me obligó a abandonar la hacienda de forma precipitada. No te lo comenté para no aumentar tus penas. Pero no rayaba todavía a tan denigrante altura.

Cristina intentaba retenerme con sus brazos, temerosa de mis posibles acciones. Sin embargo, conseguí desembarazarme de ellos con energía y salí hacia la puerta, mientras sus sollozos aumentaban de volumen. Sabía que abría una lanzada más en su pecho, pero me sentía como un jabalí herido y rodeado por la jauría a cerrazón, a la vez que una determinación tenebrosa se extendía por mi alma. Comprendí que odiaba a mi progenitor, una sensación que habría considerado imposible y sacrílega pocos días atrás.

Bajé a la planta principal sin encontrar a nadie. Por fin, Andrés, el mozo de sala, me informó de la presencia de mi padre en su despacho privado, y allí dirigí mis pasos con decisión. Una voz interior me avisaba que estaba a punto de cruzar la raya que separa el cielo del infierno, pero las nubes eran demasiado tenebrosas para poder discernir entre los dos sentidos. Alcancé la labrada puerta que correspondía al recogido escritorio y penetré en él como si se tratara del abordaje contra el enemigo sarraceno. Mi padre se encontraba leyendo unos documentos en su mesa de trabajo. Alzó la cabeza y se sorprendió al comprobar mi presencia sin un mínimo aviso. Su voz tronó en la sala como el disparo de un cañonazo.

—¡Cómo te atreves! Sal ahora mismo de...

—¡Habéis prometido a Cristina con un viejo taimado y seboso! —Elevaba mi voz, a la vez que utilizaba un tono como nunca habría creído posible ante mi progenitor. Pero me encontraba lanzado en la cabalgada y nadie podría frenarme, aunque fuera consciente de que abría una profunda fosa bajo mis pies—. ¡Cómo habéis osado llevar a cabo tal indignidad, cuando todavía se busca el cuerpo de quien debería ser su esposo! ¿Ésa es la nobleza de casa que pregonáis?

Mi padre se levantó del asiento como movido por un gigantesco resorte. Su rostro, congestionado por la furia, parecía a punto de reventar en cualquier momento. Me habló con una dureza terrible, pero poco me importaban ya aquellos detalles.

—¡Abandona esta casa de forma inmediata o llamaré a los guardas para que te echen a patadas, como si se tratara de un ladronzuelo del tres al cuarto!

—La abandonaré con verdadero placer, no lo dudéis, pero antes deberéis oírme, queráis o no. Me avergüenzo de mi padre, y es muy posible que ésta sea la última vez que utilice esa palabra con vos, hasta que os sepulten bajo tierra para bendición de muchos. No podíais haber caído más bajo, como un desalmado o un simple bribón de faltriqueras.

Esperaba cualquier reacción por su parte pero no incluía la que llevó a cabo. Todo se sucedió con tal rapidez que no debía ser yo, Santiago de Cisneros, quien tomaba parte en aquella escena. Mi padre tomó de la mesa la fusta dorada, aquella que recibiera como regalo especial de Su Majestad y que cubría su empuñadura con fantástica pedrería. La alzó en mi dirección con ánimo de cruzarme la cara. Pero fue entonces cuando el demonio bailó en mi alma con profunda tarascada. Sin dudarlo un solo momento, desenvainé mi sable reglamentario, aquel que no debe desenfundarse sin razón ni envainarlo sin honor, y puse el extremo punzante a la altura de su pecho.

Le hablé en tono bajo, pero con la mayor decisión y desprecio que pude utilizar.

—No oséis utilizar la fusta conmigo, Montefrío, porque soy capaz de todo.

Le pilló desprevenido aquella reacción. La rojez de su rostro se mudó en repentina palidez, consciente de que no galopaba en faroles y que mi determinación era clara. Tras unos largos segundos de silencio, en los que no apartaba la punta de mi espada contra su pecho, escuché su ronca voz.

—Os creo capaz de atravesar mi corazón sin dudarle un segundo. Quiero que sepáis que me arrepiento de haberos traído a este mundo —me lanzó una mirada de odio concentrado—. Pero podéis estar seguro de que ya no os considero miembro de esta familia y os queda vedada la entrada en cualquiera de mis posesiones. Así lo haré constar ante la Real Notaría, a todos los efectos. Y tenéis suerte de que no os denuncie por amenazas de muerte, con lo que daríais con vuestros escasos huesos en la cárcel hasta morir. Es mi último regalo porque ya no sois mi hijo.

—¡Estáis equivocado una vez más! ¡Vos no sois mi padre, ni lo habéis merecido jamás! Pero antes de marcharme y hablaros por última vez en mi vida, quiero que sepáis algo muy importante.

Me acerqué más a él, mientras bajaba mi espada hasta apoyarla sobre la mesa. Mi voz retumbó ahora como tambor de Satanás.

—Os juro por Dios y la condenación de mi alma, que como obliguéis a mi hermana Cristina a contraer matrimonio contra su voluntad, os mataré, aunque me apliquen la pena de muerte vuestros engolados compañeros.

Creo que era miedo lo que pude atisbar en el rostro de mi padre, un verdadero temor a morir bajo mi acero. Enfundé el arma y salí del despacho con la misma rapidez con la que había entrado en él. Y no me pregunten que pensamientos cruzaban en aquellos momentos por mi cabeza, porque sería incapaz de comentarlos. Tan solo sentía odio, un odio feroz e irrefrenable contra quien había considerado amante padre durante quince años.

Volví a la alcoba de mi hermana a despedirme. Ella lo adivinó todo sin una sola palabra. Tan sólo me abrazó y volvió a llorar, que su fuente de lágrimas parecía inagotable.

—También te he perdido a ti, hermano querido. ¿Qué será ahora de mí?

—Has de ser fuerte, Cristina. Sabes que te adoro y eres lo que más he querido en mi vida. Pero no podré regresar jamás junto a aquellos que siempre constituyeron mi familia, de cuyo seno he sido expulsado.

—No digas eso. ¡Dios no puede consentir algo así! Deseo morir porque sería incapaz de entrar en religión. La muerte sería la única solución a mi vida, el fin del suplicio al que me veo sometida.

—Ni se te ocurra cometer una locura o me crearías un sentimiento de culpabilidad que no podría soportar. Has de resistir, hermana. Resiste y espera un milagro.

—No creo en los milagros.

—Pues has de creer.

De esta forma, tras un emocionante y largo abrazo, me despedí de Cristina. También acudí a la alcoba de mi madre, a quien besé con especial ternura, adormilada por las drogas. Y por fin abandoné Las Garitas del Marqués, la hacienda donde tan hermosos momentos había vivido. De forma automática, mientras me alzaba a la grupa de Selim, recordé la maravillosa noche acaecida meses atrás, cuando recibí la charretera de manos del general Barceló y todo era gloria y futuro esperanzador en mi vida. Tan sólo habían transcurrido cuatro meses y parecía que una larga y penosa vida se había desencadenado desde entonces.

A un trote lento y relajado abandoné las tierras de Montefrío, aquellas que estuviera destinado a detentar con el paso del tiempo, en esa otra vida que acababa de cerrar a espuestas para siempre. Después de todo, era un simple y sencillo alférez de fragata de la Real Armada quien trasponía el portón labrado.

Hice noche en una venta llamada *El Cordobés* para que Selim descansara como se merecía. Probé un ligero bocado de queso y chorizo, mientras bebía y bebía de un vino agrio que habría rechazado pocos minutos atrás. Pero buscaba la modorra que me hiciera olvidar todo el infierno que se había desencadenado en mi vida y en mi alma.

Como si se tratara de una repetición más en las últimas semanas, así como una obligación impuesta, me presenté al general Barceló en la mañana del día siguiente. Cuando me autorizó a entrar en su despacho, se encontraba comprobando unos informes con su ayudante, el ahora teniente de navío Jaime Escach, recién ascendido tras el combate de las flotantes, en las que sirvió con magnífico valor y arrojo. Barceló pareció leer mi rostro como un pergamino abierto, por lo que cerró con lentitud los balduques de la carpeta, a la vez que se dirigía a Escach.

—Déjame a solas con el alférez de fragata Cisneros, Jaume. Te llamaré dentro de unos minutos.

—Lo que usted diga.

Le ofrecí una rápida enhorabuena al nuevo oficial patentado cuando me crucé con él, mientras me sonreía en señal de agradecimiento y comprensión, concedor en parte de las aflicciones que sufría. Barceló me señaló con su mano, en silencio, una silla situada a su lado, mientras interrogaba con la expresión de su rostro.

—Mi general, he dejado a Selim en los establos hace pocos minutos. Puede estar orgulloso de él, porque es un animal extraordinario y noble que no merecía ser reventado bajo ninguna excusa. Podrá seguir prestando servicio si le es necesario. Por otra parte, deseo agradecerle con sinceridad el apoyo y comprensión que me ha prestado en todo momento. Pero creo que le debo una explicación...

Barceló alzó una de sus poderosas manos para ordenarme silencio. Me miró de una forma paternal y bondadosa, un gesto que habría deseado encontrar en el rostro del duque de Montefrío.

—No tienes que explicarme nada, muchacho, que los problemas familiares son cornamusas muy personales y alargadas, donde se afirman nuestros sentimientos más

escondidos. No te veas en la obligación de contarme detalles que te serían dolorosos de exponer.

Aquellas dulces palabras causaron en mi espíritu el mismo efecto que el aceite sobre la mar embravecida. No sé por qué pero una lasitud interior me inundó, como si hubiese ingerido una copa de vino mezclado con abundante adormidera. Todo el amargor de las últimas semanas pareció agolparse en mi garganta con la necesidad de ser expulsado. Comprendí que no encontraría mejor confesor que aquel gran hombre, a quien ya quería como miembro de mi familia, esa importante parte de mi ser que acababa de perder sin remisión.

Posiblemente por esa razón, me vi lanzado a narrarle todo lo que albergaba en mi interior y deseaba escapar, lo que hice con todo detalle y sin dejarme una gota en el tintero, como si de una confesión general se tratara. Barceló me escuchó en silencio, sin interrumpirme en ningún momento, moviendo la cabeza hacia ambos lados cuando la narración alcanzaba sus momentos más dolorosos.

Por fin, me encontré liberado, como si hubiesen descolgado de mis hombros una pesada mochila de combate. El general jugaba con sus manos, restregándolas entre sí, como si dudara de las palabras que debía pronunciar.

—Prefiero no analizar lo que me has contado, porque nunca es bueno enjuiciar el padre de otra persona, para bien o para mal, aunque sea en las terribles circunstancias que acabas de vivir. Y es la experiencia la que te habla. Eres muy joven y has sufrido una prueba realmente dura, pero los hombres se hacen a sí mismos a base de estas singladuras con marejada gruesa, que escuecen el alma como el vinagre en las heridas abiertas. Pero no olvides que siempre aparece un faro de arribada en el horizonte, aunque la niebla intente lanzarnos a las tinieblas eternas.

Comprendí la sabiduría de aquel hombre, aunque naciera de humilde cuna y recibiera escasa instrucción. Me mantuve en silencio, en espera de unas palabras que debían continuar porque las necesitaba.

—Dentro de algunos años recordarás estos días como una triste anécdota. Incluso esta prueba por la que atraviesas se difuminará con el paso del tiempo en la bruma de los recuerdos, que todo lo malo se dejar caer por la borda, mientras los momentos buenos se arranchan en la bodega con especial fervor. Pero ataquemos el grano del negocio. ¿Qué piensas hacer?

—¿Hacer? No le entiendo, mi general. Soy un pobre desgraciado, desheredado y sin familia. ¿Qué puedo hacer? —Sonreí con desmayo.

—No eres un pobre desgraciado sino un oficial de la Real Armada con un brillante futuro, muchacho. El hecho de que no dispongas de suficientes apoyos en la Corte, y perdona mi sinceridad, nada quiere decir. Los grandes hombres de mar se hicieron a sí mismos, aunque algunos ocupen puestos que no merecen.

—Por supuesto, mi general, que pienso centrar todos los esfuerzos en mi carrera naval.

—¿Porque así lo deseas o porque te ves constreñido a ello? —Barceló enarcó una

de sus cejas en uno de sus peculiares gestos, al formular la directa pregunta.

—Le seré sincero, señor. Comencé mi papel en la Armada como un juego más, un capricho de niño consentido que deseaba hacer algo por sí mismo. Pero le juro que es aquí donde he encontrado la verdadera razón de mi vida, y a la Armada me entregaré en cuerpo y alma.

—Me alegra oírte decir esas palabras. Te aseguro, aunque te cueste creerlo ahora, que las riquezas no conforman la felicidad del hombre en ningún caso, y no lo tomes como religiosa arenga, que ya me sabes demasiado alejado de las prácticas eclesiásticas para mi desgracia espiritual. Aunque habrás escuchado mil veces a tus profesores y jefes lo que la satisfacción del deber cumplido supone en la propia estima, puedes estar seguro que es una verdad tan grande como el faro del cabo de Palos. Te sentirás feliz cuando cumplas con rigor lo que tú mismo estimas como una obligación. Ahí se encuentra la verdadera felicidad.

—Muchas gracias por sus palabras, mi general. Siempre las recordaré.

—Vamos, alegra esa cara. Tómate el día libre, que llevas unas semanas de trabajo extremo. Come bien y bebe una frasca de las mías especiales, condición que no se repetirá en el futuro —esta vez sonrió con sinceridad—. Y mañana a trabajar que seguimos en guerra con el puto inglés. Por cierto que por la noche, si se mantienen estas nubes, pienso dar un disgusto al gobernador, porque atacaremos con todas las lanchas que se encuentren en disposición de navegar.

—Cuenta con una para mí, señor.

—De acuerdo, la número 23 será la tuya. Puedes repetir la hazaña y conseguir otro bergantín, que no nos sobran las fuerzas —volvió a reír.

—Se intentará, señor, aunque procuraré evitar el cautiverio en este caso.

Me retiré al camarote con el ánimo abierto y encalmado. En esta ocasión no me sometí a la tortura de evitar los tristes pensamientos como en ocasiones anteriores. Recordé con placer la figura de Gigante, el gran amigo perdido, así como el rostro de mi madre y hermana que sufrían la peor situación de su vida. Pero como decía mi general, ya aclararía la mar y el viento.

Tal y como me había prometido Barceló, en la noche del día siguiente salí a la mar como patrón de la cañonera 23, un número que no podría olvidar jamás. De acuerdo con la nueva normativa para la numeración de las unidades menores, le había correspondido a una cañonera con especial blindaje, la última variación en los proyectos del marino mallorquín. Fue una operación de las más deseadas, con buena mar y oscuridad total. Rociamos de balas la plaza británica y regresamos a casa con la única novedad de haber perdido una lancha por milagroso impacto directo de la artillería inglesa, que la deshizo como si fuese aplastada por un mazo gigantesco. Por fortuna y para nuestra sorpresa, sólo perdieron la vida dos marineros.

Llegábamos con la lancha al pantalán de amarre, cuando observé a Setum en la distancia, agitando los brazos en mi dirección. Sentí que el corazón se aceleraba una

vez más, pues nada bueno presagiaban aquellas especiales llamadas de mi fiel secretario en los últimos días. Sin embargo, cuando nos atracábamos al muelle, observé cómo corría por el embarcadero con la mayor felicidad imaginable en su rostro, lo que me tranquilizó. Desde lejos me llegaron sus palabras con suficiente claridad.

—¡Vive! ¡Mi señor vive!

Si en la anterior ocasión sufrió mi corazón con las noticias de Setum, esta vez me sentí volar por los aires a bordo de una esplendorosa nube blanca. Seguía escuchando su lejano estribillo como música celestial. Incapaz de mantenerme a bordo, salté a tierra antes de amarrar las estachas y me lancé en su busca. Por fin nos encontramos. El buen hombre no cesaba de saltar en incontenible júbilo.

—¡No ha muerto! Ya le decía que no podía morir. Mi señor vive.

Antes de pedirle una explicación, me dejé caer de rodillas sobre las tablas del pantalán y elevé una oración a los cielos.

18. Se abre un rayo de luz

Setum se abrazó a mí con la alegría de un niño que reconoce a su padre después de una larga ausencia. En aquel momento llegué a pensar que si algún artista deseara plasmar el rostro de la felicidad en su acepción más pura, habría de recoger aquellos expresivos gestos del africano. También yo lo estreché con fuerza, unido a sus cabriolas, al escuchar una noticia tan extraordinaria e increíble que podía forzar horizontes cerrados a cal y canto. Pero necesitaba saber los detalles, abrazar a mi amigo Gigante cuanto antes, por lo que detuve los gritos histéricos del secretario para inquirir con nerviosismo.

—¿Dónde se encuentra? ¿Está herido de consideración? ¿Cómo lo has localizado?

—No conozco tantos detalles, señor, pero seguro que está vivo —parecía haber perdido parte de su alegría, al escuchar mis preguntas.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco? ¿Dónde se encuentra mi compañero?

Ahora comprobé que se turbaba ligeramente ante la presión de mis preguntas, por lo que necesitó de un esfuerzo supletorio para responder.

—No he conseguido averiguar dónde se encuentra todavía, señor, pero dispongo de pruebas ciertas. Puede estar seguro que no ha muerto.

—¿Pruebas? ¿De qué pruebas me hablas? ¿Para qué aseguras algo tan importante como la resurrección de una persona, sobre la base de simples indicios? ¿Has bebido de nuevo? ¿Estás borracho otra vez?

Sentí hervir mi sangre de indignación y tristeza, al comprobar cómo aquella inagotable alegría se desvanecía en un ligero sueño, una nueva coz que recibía mi ya debilitada alma. Estas circunstancias debieron traslucirse en mi rostro con claridad, por lo que Setum pareció derrumbarse poco a poco. También sufrí por él en aquellos momentos, lo que me forzó a concederle un margen de confianza.

—Vamos, Setum, no te amilanes con esa facilidad. Debes comprender mi angustia. Tranquilízate y cuéntame con detalle esas pruebas de las que hablas.

—El señor puede estar seguro de que no he bebido esta noche un solo vaso. Bastante sufro por haber caído en ese terrible pecado cristiano de perder el conocimiento a base del alcohol. Pero no fue mi culpa, bien lo sabe mi Dios. He buscado rastros sobre mi señor, durante semanas, en los bares que frecuentan marineros, putarronas y rufianes, y era necesario consumir para no ser expulsado de los garitos. De esta forma descubrí que con el vino y los aguardientes, aunque no gustara de su fuerte sabor, conseguía apartar las penas por tan terrible pérdida.

—Ya conozco las razones, Setum, y las comprendo. No te critico por unas acciones en las que también yo he caído más de lo deseado —consiguió ablandar mi corazón al contemplarlo tan afligido—. Pero seamos prácticos y cuéntame de una vez esas pruebas de las que hablabas.

—Ha sucedido esta misma noche. Como otros días, me dirigí a la taberna que

llaman *La Malagueña*, esa que se encuentra en el arrabal del puerto, porque habían atracado algunos faluchos y cárabos que no pude reconocer. Pregunté, siguiendo mi costumbre, a todo marinero desconocido que encontraba, sin resultado. Pero cuando abandonaba el local, entristecido y sin haber probado el alcohol porque no me quedaban monedas, lo vi. Le prometo, señor, que fue como si avistara un rayo de sol en mitad de la noche. Estoy seguro que fueron mis ruegos a Alá, el más grande, los que dirigieron mi vista en aquella precisa dirección —volvía a sonreír, mientras la felicidad brotaba de nuevo en su cara.

—¿Qué es lo que viste? Por Dios, Setum, habla de una vez o te retorceré el pescuezo como a un pato.

—El anillo, señor —volvió a ofrecer un gesto de seguridad—. En un primer vistazo, a cierta distancia, albergué dudas aunque ya saltaba mi corazón alocado. Pero me acerqué a su lado lo suficiente hasta comprobarlo. Era el anillo de oro con su escudo, el que le regaló su prometida en la hacienda y del que tan orgulloso se mostraba mi señor —debió observar mi cara de escepticismo porque se apresuró a añadir—. Le juro que no había bebido una maldita gota de vino. Era el anillo del conde de Tarfí.

—¿Pero dónde se encontraba ese anillo? ¿Colgando de una lámpara o entre las nubes celestiales? ¿No puedes ser más explícito?

—El anillo se encontraba en el dedo de un marino, señor. Me situé a su lado para comprobarlo a tan corta distancia, que el sujeto me apartó con fuertes empujones y otras frases denigrantes al color de mi piel, a las que tan acostumbrado estoy. Pero lo vi a menos de una pulgada y era su escudo sin duda.

—¿Quién es ese marino? ¿Llegaste a indagar sobre su identidad? —Me temía lo peor.

—Mi señor, Setum es negro y africano pero no imbécil —ahora reía mientras pronunciaba su frase favorita—. Pregunté a otros marineros borrachos y conseguí averiguar que a ese energúmeno lo apodan el Maltés. Por lo visto patronea una goleta de la que es propietario, llamada Afrodita. Pero no quedaron ahí mis pesquisas.

—Por favor, Setum, larga la información de una vez y no a pequeñas entregas. Me tienes en vilo.

—Perdone, señor, pero la felicidad me ha consumido en las dos últimas horas. Acudí al muelle y comprobé que, en efecto, allí se encuentra la mencionada goleta, atracada en punta. Es un barquito precioso, de líneas finas y rasas, reluciente color rojo y una eslora de ochenta pies más o menos. Arbola dos palos y velas cangrejas...

—Conozco muy bien las características marineras de las goletas. Sigue con los detalles.

—Esperé oculto entre unos fardos hasta que le vi regresar a bordo, tambaleándose como un tonel destrincado de la bodega. Mantenía el refulgente anillo con las armas de mi señor en su dedo, que no le perdí vista —ahora disfrutaba con su narración—. Pregunté a un marinero que dormitaba en cubierta y me comunicó que se harían a la

mar mañana por la mañana; bueno, en la mañana de hoy quiero decir, que ya entramos en un nuevo día. Por esa razón debemos actuar con rapidez o perderemos la pista.

—¿Eso es todo? —pregunté defraudado.

—Sí, señor.

En aquellos momentos de tensión, con la desbordante alegría inicial perdida en escasos segundos, deseé destrozar al gigante negro que salvara mi vida con mis propios brazos, lo que habría sido misión imposible. Pero comenzó a consumirme un estado de indignación que era difícil de aplacar.

—¿Y cómo se te ocurre, con tan escaso bagaje, gritar a los cuatro vientos que mi compañero se encuentra vivo? No se debe jugar con los sentimientos de los demás con tanta ligereza. ¿Qué puede significar la presencia de su anillo en manos de otro hombre? Ese Maltés, o como Satán lo llame, puede haber encontrado su cadáver en la playa, arrastrado por las olas, y arrancado la joya de su mano, cosa normal entre marineros y pescadores.

—También puede encontrarse enfermo en su buque o preso en algún establecimiento de tierra lejana, quién sabe dónde. Ya sé que el señor no cree en mi sabiduría particular, pero le he repetido muchas veces que en mi familia poseemos ese don desde muchas generaciones anteriores. Setum está seguro de que su señor no ha muerto y esta pista lo ratifica.

Comencé a pasear por la arena, nervioso y ligeramente malhumorado. Era consciente que no debía desatar mi enfado y frustración contra aquel fiel servidor, que seguía buscando a su señor con una fidelidad y cariño que rayaba en lo sublime. A la vez, comprendí que no teníamos más remedio que agarrarnos a esa pista como clavo ardiendo, porque no había otra alternativa en el perdido horizonte. Al menos, ese marino maltés al que maldecía en silencio, debía tener conocimiento cierto de lo sucedido a mi amigo.

—De acuerdo. Iremos a ese barco a preguntar al patrón sobre el origen de ese anillo.

—Me parece muy acertado, señor —Setum volvía a sentirse animado—. Pero debemos apresurarnos porque dentro de pocas horas se hará a la mar.

—Tienes razón. Acompáñame al camarote para que mude mis ropas y tome las armas.

—¿Las armas? ¿Qué piensa hacer el señor? —Volvió la intranquilidad a su rostro—. Deberíamos hablarle con buenas maneras y pidiendo su colaboración, aunque alcancemos el punto de las amenazas. Si muere, de nada nos servirá. En otro...

—Basta ya, Setum. Sé muy bien lo que es necesario hacer en este caso, pero no pisaré la cubierta de una goleta maltesa sin mi espada y un pistolón en la reserva. También tú debes portar la gumía con la que degollaste a los marineros ingleses, si es que no la has vendido para comprar vino.

—No vendería esa pieza por nada del mundo y lo sabe muy bien, señor.

El tono de Setum era de un merecido reproche a mi persona, por lo que me arrepentí de la expresión formulada.

—Perdóname, Setum. Pero no ando sobrado de facultades en estos días que corren. Vayamos al cuartelillo y nos prepararemos para la visita a esa goleta.

Tal y como había planeado, me vestí con el uniforme reglamentario, con sable y pistolón, preparado para hacer frente al marino maltés, a quien debía sacar la necesaria información por las buenas o las malas. Mi cerebro trabajaba con rapidez, porque era necesario improvisar con el poco tiempo que se nos abría por la proa. A los pocos minutos me encontraba preparado para la acción.

Por fortuna, pasé por la oficina del Estado Mayor para comprobar un dato que bailaba en mi cerebro, desde que escuchase el nombre del buque en cuestión. Repasé el cuaderno de posibles embarcaciones contrabandistas, las que intentaban introducir mercaderías en la plaza sitiada, y allí encontré a la goleta Afrodita, detenida en dos ocasiones y puesta en libertad por no encontrarse a bordo carga alguna. También constaba el nombre del capitán o patrón, un tal Fausto Cappelleri. Deduje que debía ser inteligente aquel personaje que se dedicaba, sin duda, al lucrativo contrabando de aquellos días, con mucha suerte hasta el momento.

Pocos minutos después me encontraba en compañía de Setum en el muelle, a pocos metros de la goleta. Pude comprobar con una rápida ojeada que, en efecto, se trataba de una embarcación de preciosas líneas, que debería navegar como los ángeles y ceñir a la cuarta con viento fresco. Mi mente continuaba en ebullición hasta decidir el plan a seguir. Inquieto debía encontrarse mi compañero de armas en la jornada, porque volvió a preguntarme en voz queda.

—¿Qué haremos, señor?

—Interrogar a ese bastardo y conseguir que desembuche todo lo que sabe.

—Si lo desea, puedo encargarme de él con facilidad, aunque se trate de hombre corpulento.

—Primero abordaremos la nave. No parece encontrarse nadie en cubierta, aunque un marinero andará de guardia, amodorrado contra la borda. Si alguien nos sale al paso, déjalo sin sentido con un buen golpe. Del interrogatorio del capitán me encargo yo, salvo que pase a las malas y necesite tu ayuda. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

Y comenzamos aquella aventura. Les aseguro que en el momento de cruzar la plancha de la goleta, sentí el mismo hormigueo de placer gozado al abordar el bergantín británico Hércules en el puerto de Tinsuf, meses atrás. Pero era la esperanza la que me empujaba hacia el destino, por mucho que se tratara de una expectativa con escaso fundamento y muchas posibilidades de fracaso. Intenté obviar la realidad, lo poco que significaba el detalle de un simple anillo que debía haber pertenecido a un cuerpo ahogado, entregado a la playa por las aguas.

Tal y como esperaba, a primera vista la embarcación parecía desierta. Al encontrarse atracada en punta, con la popa amarrada al muelle, recorrimos la cubierta

hacia proa en busca de la necesaria entrada a los camarotes. Poco después descubrimos la escotilla de un tambucho, bajo la botavara del mesana, donde dormitaba plácidamente entre suaves ronquidos un joven marinero. Tras recibir una señal de mi mano, Setum le atizó en la cabeza un fuerte golpe que le hizo caer hasta el suelo, a la vez que apagaba su dulce sinfonía. Todo se realizó en silencio, por lo que abordamos la corta escala con seguridad.

Una vez que acostumbramos la visión a la oscuridad, pues sólo un débil candil oscilaba a proa, comprobamos que eran dos los camarotes que se abrían a banda y banda del estrecho pasillo. El de babor parecía más pequeño y quedaba cerrado por una cortina que se balanceaba con la marea, por lo que supuse sería el ocupado por algún joven piloto. Setum comprobó, sin embargo, que se mantenía desocupado. Por el contrario, el de estribor mantenía una puerta de madera cerrada y un arco de mayores dimensiones, lo que indicaba con claridad que debía ser el perteneciente al capitán maltes. Sentí un ligero temblor en mi mano al depositarla sobre el pomo de la puerta, pero me repetí que la suerte estaba echada y solamente era necesario un poco de valor.

Comprobé aliviado que el cierre giraba con extrema suavidad. Abrí la puerta con lentitud y cuidado hasta adentrarme en la más absoluta oscuridad. Mis nervios se calmaron al escuchar el sonido que brotaba de las tinieblas con nitidez, unos ronquidos tan profundos que harían temblar los cristales de la lumbre. Señalé a Setum con las manos la necesidad del candil, por lo que se dirigió a proa con determinación para descolgarlo y volver con él hasta el interior del camarote. Fue entonces cuando pudimos observar que un hombre corpulento, vestido con una extraña esclavina más propia de tiempos achubascados, dormía profundamente en una cama de mar amplia y confortable. En un lateral, el de proa, se encontraba abierta una mesa de mamparo, con una carta marina sobre ella. La única nota negativa era el asqueroso perfume a aguardiente y sudor que se dejaba oler en informe mezcla.

Con la tranquilidad que ofrecía el pesado roncar del capitán borrachín, decidí encender una lámpara de suspensión, aplicando el candil. En pocos segundos el camarote se iluminó con absoluta claridad. Sin dudarle un solo minuto, desenvainé mi sable para tomarlo en la mano derecha, mientras enarbolaba el pistolón amartillado en la izquierda. De esta guerrera y atrevida guisa me aproximé a la cama. El capitán, que dormía boca arriba, reposaba su mano derecha sobre la cara, y allí brillaba el anillo con las armas del condado de Tarfí. Otra vez se apareció el rostro de Gigante con claridad en mi cerebro, lo que me hizo entrar en añoranza y nerviosismo, a la vez que un ligero temblor de manos agitaba las armas. Mientras tanto, Setum se mantenía en la cabecera de la cama con la gumía en la mano.

Comencé a mover con la empuñadura del sable el pesado cuerpo para que despertara, aunque no se trataba de tarea sencilla. Mucho debía haber bebido Fausto Cappelleri, si ése era su verdadero nombre, aquella noche. Esta vez sin órdenes previas, Setum tomó una palangana de agua que se encontraba bajo un pequeño

lavabo, arrojando su contenido sobre la barbuda cara del capitán. El líquido hizo milagros, porque el oso peludo despertó tan agitado que hube de separar mi sable para no traspasarle la garganta. Su rostro mostró una extrañeza inicial, como si no creyera lo que sus ojos veían, para pasar al miedo en su más pura expresión. No debía ser muy porfiado ya que imploró como un niño desde el primer momento.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en mi barco? No me maten, por favor. ¿Es usted autoridad naval? —Repasó mi uniforme con cara de espanto—. Le juro que no he introducido alimentos en la plaza sitiada. Defiendo a muerte las armas de España contra los ingleses, a los que odio profundamente. Tan sólo soy un honrado marino maltés que transporta carga general entre distintos puertos del Mediterráneo. Puedo...

—¡Cállese de una vez! —le interrumpí con decisión, a la vez que acercaba la punta del arma contra su gaxate—. Aunque sea oficial de la Armada, en estos momentos mi misión es bien distinta y poco me importa si hace contrabando o no con los britanos. Tan sólo me interesa saber cómo llegó a su poder ese anillo de oro que luce en su dedo.

—¿El anillo? —Lo movió para mostrarlo mejor, mientras parecía pensar la adecuada respuesta con rapidez—. Lo compré en un bazar argelino. Le aseguro que no lo he robado. Lleva varios meses en mi dedo y...

—¡Estás mintiendo, cerdo maltés! Y eso te puede costar la vida. Te juro por Satanás que como digas otra mentira, atravesaré tu garganta como una manzana y te enviaré a lo más profundo del infierno —el gesto de mi brazo confirmaba con claridad mis palabras, pues ya la afilada punta del sable dañaba su piel—. ¿Te llamas Fausto Cappelleri?

—Sí, señor —otra vez apareció la expresión del miedo, al comprobar que conocía su verdadera filiación.

—Bien, Fausto o Maltés. Hace poco más de un mes, ese anillo se encontraba en el dedo de un compañero mío a quien busco desde el combate de las flotantes, donde se encontraba embarcado. ¿De dónde lo has sacado? Y no faltes a la verdad si no quieres morir ahora mismo, lo juro por San Telmo.

La palidez de su rostro era ahora cadavérica. Comenzó a temblar de forma visible, mientras sus ojos bailaban entre mis armas y la gaxa de Setum, que la había acercado a sus mejillas. El pobre hombre debía creer que le había llegado el último suspiro. Ahora su voz sonó más débil y de forma entrecortada.

—Por favor, no me mate. Le prometo que no hice mal alguno a su compañero. Le contaré toda la verdad, si no me denuncia a las autoridades. Se lo juro.

—¿Si no le denuncio? ¿Por qué dice eso?

—Se decretó la pena de muerte para aquellos navegantes que introdujeran mercancías en Gibraltar.

—Ya le he dicho que la justicia no es lo mío y poco me importa en estos momentos. Sólo me mueve el empeño de saber sobre mi amigo, el alférez de navío Francisco Leñanza, un joven muy alto y corpulento cuyo escudo se encuentra

grabado en ese anillo.

—De acuerdo, le contaré todo con detalle. Pero, por favor, señoría, retire un poco la espada y permita que me incorpore en la cama.

—Bien, pero no intentes ninguna treta con nosotros o te verás con dos armas clavadas en tu cuerpo y una bala incrustada en la frente.

Le consentimos que se incorporara y recobrarla la respiración. Pasó sus manos por la garganta, como si pensara que la había salvado por escasos milímetros. Habló ahora con voz clara y decidida.

—Llevo meses dedicado al contrabando. Bueno, quiero decir a introducir alimentos en Gibraltar. Pero como soy listo, realizo mis especiales operaciones cuando estimo que se presenta escaso riesgo, como es el caso de estas semanas en las que ha decaído la vigilancia por haber sido la plaza recién abastecida —pareció tomar un pequeño respiro—. Algunos días después del desastre naval de esas espantosas flotantes que tanta muerte produjo, entré en Gibraltar con grano y carne que había adquirido en el puerto de Argel. Era momento propicio porque el bloqueo apretaba fuerte y los precios alcanzaron su mayor cota. No tengo problema con las autoridades inglesas, que siempre celebran la llegada de la goleta Afrodita y me tratan a cuerpo de rey, como a los pocos que burlamos la vigilancia española, además de pagar con extrema generosidad los artículos que descargo en su muelle. Como de costumbre, suelo frecuentar alguna taberna de la plaza, que las hay con buenos productos y alegres mujeres de la vida, a pesar del sitio. Pero fue al regresar a bordo, cuando paseaba por la explanada de la muralla medio derruida, cuando me topé con un monje, creo que era franciscano aunque no podría asegurarlo.

Se detuvo para mirarme a los ojos con cierta confianza, como si aquella información fuera la prueba definitiva. Pero no andaba yo para contentarme con pequeñeces.

—¿Y qué? ¿Qué sucedió con ese monje? Continúa tu relato o volveré a impacientarme.

—Ese viejo monje, vestido con harapos, me pidió comida para sus enfermos. Le contesté con una rotunda negativa, a la vez que lo apartaba de mi camino porque, la verdad, no soy propenso a limosnas o caridades, y que Dios me perdone. Fue entonces cuando me ofreció el anillo de oro a cambio de alimentos. Dudé al principio porque no confío en nadie, pero después de hincarle el diente y comprobar su calidad, se lo troqué por un poco de carne y fruta que quedaba a bordo. Y eso fue todo, excelencia.

—Déjate de excelencias y bobadas que no vienen al caso —mantenía el tono desabrido en mi voz—. ¿Qué más te contó el franciscano? Debes darme alguna información más si no quieres pasarlo mal.

—Bueno, algo me narró entre angustiosos lamentos, aunque no le prestara la necesaria atención. Según parece, los ingleses se encontraron desbordados con enfermos y moribundos tras los combates del día 13. No es de censurar su conducta,

porque ya ellos sufrían penosas calamidades en cuanto a falta de alimentos y ungüentos para las heridas, que el bloqueo se alargaba demasiado en el tiempo. Según parece, dieron por muertos a algunos moribundos que se encontraban en sus últimos momentos, y los amontonaron en la explanada sur con los fallecidos. Allí llegó el buen franciscano para ofrecer los últimos auxilios espirituales.

—¿Consolarlos arrebatándoles sus alhajas? —le interrumpí con enojo.

—No piense así de aquel buen hombre, que más presentaba trazas de santo que de bribón, aunque mostrara ciertos rasgos de enajenación. Según parece encontró algunos moribundos que, en su opinión, podían salvar la vida con suficientes cuidados, a pesar de su estado de suma gravedad. No sé cómo, los transportó en una carreta al Santuario de Nuestra Señora de Europa, donde se dispuso a intentar salvar sus vidas o sus almas. Como no dispone de fondos con los que comprar alimentos y vendas, recurre a la mendicidad y, como sucedió en este caso, utiliza las escasas pertenencias de aquéllos a los que intenta salvar su vida.

—¿Dices que eso te ocurrió pocos días después del desastre? ¿Cuántos días?

—No podría decírselo con seguridad pero debió ser —se rascó la cabeza como si intentara recordar—, sí, debió ser el quince o dieciséis del pasado mes de septiembre.

—Y hoy nos encontramos a 20 de octubre —ahora era yo el que calculaba—. No puede haber sobrevivido porque nos habríamos enterado. Los ingleses han repatriado a los heridos.

—Puede que no a todos. Este que, según su señoría, es su compañero, debía encontrarse a las puertas de la muerte, y perdone mi expresión.

—No ha muerto, señor —intervino Setum con energía—. Si este cerdo dice verdad, lo que ha de ser si no quiere que su alma vuele hacia el infierno, ha de encontrarse con vida.

—Calla, Setum, que prefiero moverme con realidades —me giré de nuevo hacia el Maltés, mientras acercaba el pistolón a su frente.

—Los ingleses hicieron tres entregas de prisioneros y heridos. Si viviera lo habrían repatriado.

—Es posible que los que trasladó el monje, murieran en el santuario o curaran allí de sus males.

Me hizo sospechar la insistencia del maltés en la posibilidad de supervivencia.

—Espero que no mientas.

—Le juro por Dios y por mi goleta que le he dicho la pura verdad. Tome usted, señoría.

Me hizo entrega del anillo que observé con detenimiento, mientras otra vez la angustia y la tristeza se apoderaban de mí. Allí se encontraban los cuatro cuarteles escogidos por Gigante, con sus especiales significados que tan bien recordaba. Pero no era momento de perder el tiempo, así que continué con el interrogatorio.

—¿Dónde se encuentra esa ermita de la que me hablas?

—¿El Santuario de Nuestra Señora de Europa? Es inconfundible porque está

situado en la punta sur del Peñón y se hace visible desde la mar, en el mismo promontorio que cae a pico sobre Punta Europa. Según se aprecia en la distancia, debe encontrarse en ruinas, tras ser arrasado por los británicos. Eso es, al menos, lo que se comenta.

Intentaba pensar con rapidez, mientras ajustaba el anillo a mi dedo pulgar para que no bailara demasiado, dado su gran tamaño. Un rayo de luz pugnaba por abrirse paso en mi mente, aunque temiera nuevas frustraciones y desaguizados contra mi alma, que bastante maltratada había sido ya en las últimas semanas. Pero debíamos comprobar aquella información que trocaba el panorama y ofrecía una débil esperanza. Creo que fue de forma inadvertida cómo comenzó a tomar cuerpo el plan en mi cerebro.

—Bien, vendrás con nosotros al cuartelillo naval.

—¡No haga eso, señor, o seré pasado por las armas! Me prometió indulgencia si le narraba la verdad —otra vez aparecía el pánico en su rostro.

—Nada malo te sucederá, bastardo, puedes estar seguro porque soy hombre de palabra. Un plan ronda por mi cabeza y es posible que necesite de tus servicios, los que pagaré con más oro del que mereces.

—¿Oro? —Le cambió el semblante al mercenario—. En ese caso me tiene a su disposición, excelencia.

De esta forma, abandonamos la goleta en compañía de Fausto Cappelleri, una vez dejara bien asegurada su embarcación en manos del piloto, que llegaba de tierra en aquellos momentos y resultó ser su hermano menor. Nos movimos en dirección al cuartel, mientras mi cerebro seguía funcionando a buena velocidad. Por fin, entramos en la comandancia, cuando ya la claridad del disco rojizo iluminaba el contorno del Peñón. La guardia dirigió especial mirada al energúmeno maltés, cuya vestimenta, unas calzas espesas y esclavina de cintura, llamaba la atención a cualquiera. En verdad que se trataba de prendas poco apropiadas a los calores que se sufrían aquellos días. Me dirigí a Setum.

—Guarda a nuestro hombre en mi camarote y no le permitas respirar, que yo he de hablar con el general.

—No creo que haya tocado la hora sexta, señor.

—Eso no importa porque nuestro general duerme poco y mal.

Mientras Setum y el Maltés subían por las escaleras camino de mi alojamiento, dirigí los pasos sin dudarlos hacia los aposentos del general Barceló. Una vez más, requería de su consejo y auxilio. Aunque intentaba calmar mi ánimo, debía creer en la posibilidad que se abría por el horizonte, el milagro que necesitaba a todo trance. De forma inconsciente, volví a elevar respetuosa oración, una práctica que se había adosado a mi alma en las últimas semanas.

19. Las maniobras de Pecas y Setum

Por unos momentos, temí que el general Barceló se cansara de mis continuadas aflicciones y desventuras, y despidiera al joven alférez de fragata Cisneros con una patada en el trasero. Pero me encontraba lanzado hacia ese tenue rayo de luz y lejana esperanza, con lo que poco importaban las consecuencias de unas acciones que acometía sin análisis previo. He de reconocer que a pesar de mi esfuerzo en el trabajo y aparente normalidad, eran muchos los días en los que navegaba sin rumbo cierto, ajeno al bien y al mal, por lo que, en verdad, la botella podía caer a cualquier banda, sin que mi ánimo sufriera por ello.

De esta forma, me dirigí hacia el dormitorio del general con la maravillosa insensatez y decisión que otorga la juventud, dispuesto a todo. No deben olvidar la tremenda diferencia existente entre un simple alférez de fragata, primer empleo del cuerpo de oficiales, y todo un jefe de escuadra con mando. Llegué a su puerta, donde todavía dudé unos segundos. Pero el duende volvió a actuar y me sorprendí al comprobar que mi mano golpeaba la puerta, a la vez que la campana picaba la hora sexta. No recibí respuesta en ningún sentido y me disponía a golpear como martinete de arsenal, cuando un viejo marinero que atendía al servicio personal del jefe de escuadra apareció en el pasillo.

—¿Busca al general, señor?

—En efecto, Martín. Se trata de un caso de extrema urgencia —pensé desazonado que eran demasiadas las urgencias atendidas en las últimas semanas—. Supongo que su señor dormirá profundamente y no escucha mis golpes.

—Desde luego que le costaría escucharlos, aunque no durmiera —sonrió con malicia—. Pero en esta ocasión no es su sordera la causa, porque se encuentra en el despacho, que esta noche volvió a sufrir del vientre y apenas ha dormido. Le acabo de llevar una infusión con las hierbas de Mahón que tanto aprecia. Pero le recomendaría paciencia —el viejo Martín me guiño un ojo de forma significativa.

—¿Paciencia? No le comprendo.

—Quiero decir que se encuentra de un humor un tanto alterado y le convendría buscar mejor ocasión, si acude con motivo de petición. Ya sabe cómo se las toma don Antonio cuando el dolor le impide dormir —aquel vejete a quien Barceló adoraba como a un hermano, decidió sincerarse conmigo—. Anoche cenó un cuarto de cordero con esa salsa mallorquina picante de la que tanto gusta y abusa, a pesar de mis recomendaciones. Ya me figuraba las consecuencias. Pero usted lo conoce y sabe lo terco que es, si me permite decirlo con la confianza que me otorgan los años a su servicio.

Agradecí a Martín su aviso y apresuré el paso hacia el despacho en el piso superior. Mi seguridad se tornó dubitativa tras la exposición del ánimo que se podía esperar del general, pero tampoco dudé en este caso. Abrí directamente la puerta para solicitar el correspondiente permiso. En efecto, el viejo marino vestía solamente una

arrugada camisa de dormir que debía haber conocido mejores navegaciones, y mostraba un rostro de escasa amabilidad. Me espetó con fuerza y desagrado al comprobar mi presencia.

—¿Otra vez vos, Cisneros? Os estáis convirtiendo en una inagotable pesadilla. ¿Alguna urgencia inevitable? ¿Necesitáis a Selim para una apremiante cabalgada, o una fragata de cuarenta cañones en esta ocasión?

El tono de su voz no alentaba mi proyecto, pero no era posible arrugarse ante el marino mallorquín. A pesar de mi corta edad, sabía que debía tocar su fibra más sensible.

—No necesito fragata alguna, mi general, solamente el consejo y apoyo que siempre habéis prestado a vuestros hombres.

—Sois insolente y atrevido en exceso para vuestra edad, infame renacuajo —Barceló sonrió por fin—. Tenéis suerte porque esta infusión milagrosa que proviene de un monte balear, amortigua mi dolor de vientre. ¿Qué intemperancia o despiadada cuita os azota ahora?

—Señor, creo que Gigante se encuentra con vida.

—¿De qué gigante habláis? ¡Ah, ya, Leñanza! ¿Decís que vive? —Su sorpresa era comprensible—. Sois empecinado como una mula. ¿Dónde se encuentra nuestro hombre?

Debía aprovechar la intriga creada en mi jefe, propenso a los cuentos misteriosos, por lo que narré con extremo detalle y los necesarios adornos novelescos, mi visita a la goleta Afrodita. Barceló pareció interesarse conforme avanzaba en el relato, hasta el punto de incorporarse ligeramente en su asiento.

—Por Juno que sois atrevido. Es un regalo divino disponer de tan buenos amigos y servidores como goza el conde de Tarfí. De modo que esa goleta es una de las embarcaciones que intenta burlar nuestro férreo bloqueo. Llevaremos al paredón a ese bandido endemoniado.

—Le prometí inmunidad si nos apoyaba en la búsqueda de mi amigo, señor. Ya sé que no disponía de potestad para ello, pero en la vida hay momentos en los que debemos traspasar la legalidad vigente en aras del bien final a conseguir. Y no hago más que repetir sus consejos, mi general, que conforman una Biblia para mí.

—Insolente y osado, sí señor —Barceló reía ahora, lo que pareció abrir mis perspectivas—. Pero os seré sincero, muchacho, aunque duelan mis palabras —volvió a la seriedad y el tono afectuoso—. No alberguéis fundadas esperanzas en localizar con vida a vuestro compañero, porque lo más probable es que Leñanza muriera a los pocos días de ser recogido por ese monje piadoso que Dios lleve a la gloria. Pero en el caso de que hubiese sobrevivido, jamás aceptarían los ingleses haber dado por muerto a un moribundo, con lo que es imposible una gestión oficial en ese sentido. Podéis solicitar a ese contrabandista del demonio que acuda a Gibraltar y visite el santuario esquilmado.

—¿Esquilmado? No le comprendo, mi general.

—Sabéis poco de nuestra Historia. Ese santuario era una referencia importante, desde un punto de vista religioso, especialmente para los navegantes. Debéis tener en cuenta que cuando todavía no se había montado un faro tan importante para la navegación como el de Punta Europa, la luz del templo orientaba a los marinos en sus arribadas. Cuando se perdió la plaza en 1704, a pesar de lo expuesto en las capitulaciones sobre libertad de culto, mantenimiento de propiedades, etc, los jodidos ingleses saquearon el santuario como las hordas bárbaras, destrozando y robando reliquias, así como todo lo que encontraron a su paso con un mínimo valor, incluso con el único fin del destrozo puro. Hasta la sagrada imagen de la Virgen con el Niño, venerada por el pueblo gibraltareño, fue mutilada y arrojados sus restos por la ladera. Por fortuna, don Juan Romero, el sacerdote español que se mantuvo en la plaza con un par de cojones, los recogió con infinita paciencia y se restauró la histórica imagen que fue traída a España, oculta en un saco. Ahora se expone en la capilla de San Roque.

—Pues en ese histórico santuario..., allí espero encontrar a Gigante, aunque sea una remota posibilidad. Pero no me fío de enviar al Maltés, mi general. Desearía ir en persona y comprobarlo con mis ojos.

—¿Presentarse en Gibraltar? Me parece, muchacho, que olvidáis un detalle de la mayor importancia. Nos encontramos en guerra contra la Gran Bretaña, y son muy celosos los ingleses con la información sobre sus armamentos y disposiciones defensivas. Mal lo pasaron los espías que enviamos el año pasado con ese cometido. Por otra parte, no admitirían una visita oficial con las condiciones expuestas. Es imposible su presencia en la plaza. Ese Maltés puede haceros la gestión.

Dudé unos pocos segundos, aunque supe que debía insistir con rapidez.

—Si alivio a ese contrabandista, mi general, cuando se vea libre en la mar pondrá su proa hacia levante, y no le volveremos a ver el pelo en la vida. Sabéis bien, señor, que debo ir yo. Había pensado, si me lo permitís...

—¿Qué locura habéis tramado? Os temo como a las bichas del monte, Cisneros.

Comprendí que Barceló disfrutaba con aquella conversación, aficionado a las aventuras arriesgadas, por lo que decidí lanzar mi envite.

—Acudiré a Gibraltar en la goleta Afrodita con mi secretario Setum, como miembros de su dotación. Una vez en la plaza, ya me las ingeniaré para llegar al santuario.

—¿Sois consciente del peligro que corréis? Si os atrapan los ingleses, un oficial español vestido de marinero, seréis considerado espía y ejecutado en pocas horas. No puedo permitir una acción así.

—No os he pedido autorización oficial, mi general —le miré a los ojos con decisión—. Pero debe comprender que no se puede abandonar a un compañero, aunque las esperanzas sean mínimas. Sé que vos habríais hecho lo mismo en mi caso.

Barceló tomó una pequeña bala de a 8 que mantenía sobre la mesa, otro lejano recuerdo de sus acciones directas contra los corsarios berberiscos, y comenzó a jugar

con ella. Por fin habló, aunque dirigía sus palabras en dirección al ventanal.

—Esta conversación no ha tenido nunca lugar. Eres un buen oficial, Cisneros, y un excelente compañero, por lo que sentiría perderte —me alegré que pasara al tuteo, buena señal sin duda—. Ve con cuidado, muchacho, y aprieta fuerte los huevos.

—Sí señor. Muchas gracias, mi general.

—No me lo agradezcas, que sería más prudente prohibirte la locura que acometes. Por cierto —Barceló adelantó su cuerpo en mi dirección—. Como atracaréis en el muelle gibraltareño, a ver si puedes comprobar cómo andan las obras en el navío que nos apresaron con motivo del temporal. Y guarda bien en la cabeza todo lo que veas de importancia.

—Así lo haré —no inicié la salida sino que, por el contrario, rasqué la cabeza como si me inquietara algún extraño pensamiento. Así lo entendió Barceló.

—¿Qué sucede, Cisneros?

—Una última petición, si es posible, señor. En el caso de que nuestras fuerzas del bloqueo avisten a una goleta de ochenta pies y vistoso color rojo, podría..., podría indicar al Estado Mayor para que no sea apresada si intenta entrar en el puerto de Gibraltar.

—¿Me crees estúpido, jovencito? Ya lo había pensado. Procuraré que la Afrodita no sea molestada. Ocúpate de los ingleses, que es suficiente tarea.

—Sólo se trataba de un recordatorio, como es obligación de todo oficial destinado en su Estado Mayor.

—¡Lárgate de una vez, Cisneros!

—Sí, señor.

Respiré a pleno pulmón cuando abandoné el despacho, una vez pasada la prueba. Pero no había ganado batalla alguna, sino aprestado una pequeña piedra del colosal edificio. Con las ideas muy claras en la cabeza, regresé al camarote, donde Setum apuntaba el pistolón al pecho del Maltés con el gesto avinagrado. Escuché las palabras del contrabandista en sumiso ruego.

—Por favor, señoría, ordene a vuestro secretario que aparte el cañón de mi pecho, que esas armas de pedernal se disparan a veces sin quererlo.

—Baja el arma, Setum, que he de hablar en confianza con nuestro amigo.

Antes de tomar asiento, me acerqué al arcón donde guardaba las principales pertenencias, de donde extraje una bolsa de tafetán rojo con importante contenido, un especial regalo de mi madre en mi último cumpleaños. Abrí el cierre para extraer una de las monedas que bailaban en su interior. Se la tendí al asustado patrón.

—¿Sabéis que es esto?

—Por las barbas de Neptuno —lo acercó a la luz para observarlo mejor—. Si no me falla la vista, es un luis de oro auténtico.

—En efecto, un luis de veinte francos en oro, pero con la particularidad de que son los primeros que se acuñaron, en el reinado de Luis XIII, con un valor muy especial. Podéis quedaros con él como un adelanto —tomé asiento a su lado, antes de

formularle la pregunta definitiva—. ¿Os gustaría completar la bolsa? —La dejé caer sobre su mano para que calculara el valor de conjunto.

—Por esta bolsa soy capaz de llevaros al puerto americano que me ordenéis.

—No será necesario tan largo viaje. Deberá cargar su goleta con carne, vino, frutas y grano. Nos haremos a la mar esta misma noche y abandonaremos la bahía de Algeciras la distancia necesaria, para regresar y entrar en el puerto de Gibraltar mañana tras la anochecida, que espero se mantenga con la misma oscuridad de estos días. Setum y yo pasaremos como miembros de su tripulación. Una vez allí, nos acompañará a ese santuario, donde investigaremos la suerte de mi amigo. Le aseguro que en cuanto nos encontremos de regreso en este puerto, os entregaré el resto de la bolsa y seréis libre.

El Maltés pareció pensar unos segundos, aunque debía tener la decisión tomada desde el primer momento. Como buen negociante, estableció las dificultades.

—Será peligroso. Por una parte, deberemos esquivar la vigilancia de las fuerzas españolas, en especial una balandra y una fragata, rápidas como el viento, que no cesan de patrullar entre puntas.

—Por esa cuestión no ha de preocuparse. Yo me ocuparé de ellas.

—Aun así, hemos de tener en cuenta que si los ingleses descubren que llevo un oficial español a bordo, nos declararán espías y ajustarán nuestros cuerpos contra la muralla, con la compañía de un pelotón de ejecución.

—¿Pensabais ganar una bolsa de luisas sin arriesgar nada? Mucho más exponéis en vuestras periódicas entradas al puerto gibraltareño, por una cantidad mucho menor.

—Tiene razón su señoría. No se hable más. Acuerdo absoluto en los términos del negocio. A partir de ahora serán ustedes los miembros de mi dotación, Attilio —me señaló con el dedo—, y el esclavo Setum —miró al secretario con cierto placer.

—Yo no soy esclavo de nadie, contrabandista mierdoso —la expresión de Setum era poco amistosa.

—Es sólo la tapadera. No protestes —golpeé su hombro con cariño.

—De acuerdo —dijo Fausto—. Trato hecho.

Me tendió la mano, a la vez que se abría una franca sonrisa en su boca. Las estrechamos, mientras depositaba la bolsa de luisas en el arcón, en espera del momento oportuno. Ahora sí que podía asegurar que la suerte estaba echada. Acometía una empresa hartamente peligrosa en busca de un sueño, una remota esperanza que nadie aceptaría como posible.

Largamos amarras entrada la noche, con la goleta bien cargada de productos que eran especialmente apreciados en la plaza sitiada. Fausto se lamentaba de la bajada de los precios, debido al cercano avituallamiento inglés, aunque le gustaba protestar por todo y, en mi opinión, mantenía su mente prendida en la bolsa de luisas.

Puedo asegurar que disfrutamos con las maniobras iniciales, así como al comprobar que la goleta era marinera y navegaba como un delfín. Aproamos

inicialmente en dirección de punta Carnero, para alejarnos de la Roca, de forma que llegamos a perderla en la distancia, bañada por la bruma. El Maltés era, sin duda, un excelente marino, que gobernaba su Afrodita con la facilidad de un pequeño esquife. Por mi parte, cansado y rendido por el sueño, decidí descansar hasta el momento de la acción, por lo que di instrucciones al patrón para que me avisara en caso de presentarse problemas con algún buque español.

Embocamos la entrada al muelle viejo de Gibraltar a media noche, sin una sola luz, lo que me mostró una vez más la pericia marinera del Maltés. Pude comprobar que en aquel día no se habían programado actuaciones para las cañoneras, una suerte en la que creí ver la larga mano de mi general. Una vez atracados, Fausto me recomendó mantenerme en la cabina, mientras entablaba conversaciones con las autoridades y asentadores portuarios ingleses.

La espera se hizo eterna, hasta creer que alcanzaríamos el alba sin haber comenzado nuestra función. Desesperaba en la estrecha cámara, donde sudaba como pollo en cuarentena, cuando bajó nuestro colaborador para asegurarnos que todo se encontraba en orden y comenzaban la descarga sin problemas a la vista. Fue el momento escogido para que desembarcáramos los tres, ataviados como sencillos marineros que han decidido tomar un vaso de ron y celebrar el éxito de haber burlado la vigilancia española.

Una vez en tierra, en los primeros momentos seguimos el perfil de los lienzos semiderruidos de la muralla en dirección sur, hasta haber recorrido doscientas toesas aproximadamente, momento en el que abordamos unas escaleras abiertas en la piedra como troneras, para alcanzar la extensa explanada que se adentraba en la ciudad.

Como pueden comprender, no perdía ocasión de mirar en todas direcciones, aunque la oscuridad era muy densa y la plaza sin una mínima iluminación, con lo que poco podía calibrar a efectos de futura información. Pero era fácil comprobar que después de tres años de intenso sitio y diario cañoneo, la ciudad presentaba un aspecto de ruina absoluta, donde pocos edificios se mantenían en pie.

Comenzamos a callejear y circular en diversas direcciones, hasta el punto que comencé a dudar sobre las verdaderas intenciones de nuestro hombre. Incluso llegamos a entrar en un garito maloliente, donde bebimos unos vasos de un ron asqueroso y sufrimos las bromas de algunos soldados británicos. Perdía mi paciencia poco a poco, hasta que no pude aguantar más aquella situación que entendía como una pérdida de tiempo. Además, deben tener en cuenta que mis nervios se desataban poco a poco, pensando en la posibilidad de encontrar a Gigante.

—Fausto. ¿Qué hacemos? ¿Por qué no nos diriges hacia el santuario de una vez?

—Mire, señoría —bajó el tono de su voz hasta hacerla difícil de comprender—. De esto sé más que vos. Seguid mis pasos y no acabaréis con un tiro en el pecho.

De esta forma hube de resignarme y tragar resina. Por fin, tras un último vaso de ron que escancié en el suelo con suficiente discreción, salimos a la calle. Fausto cantaba como marinero borracho, lo que imitamos con cierta desgana, que ya los

nervios nos hervían en la barriga como grillos. Y no fue mala la idea, porque dos veces fuimos detenidos en nuestro camino por soldados de guardia, que desistieron de llevar a cabo una profunda inspección tras la parla mantenida con el Maltés.

Abandonamos la parte habitada de la ciudad para adentrarnos en lo que más parecía ladera de montaña, con chaparras y matojos que me hicieron caer en diversas ocasiones. Por fortuna, Setum, que no se separaba una pulgada de mi persona, me aupaba con rapidez, como si se tratara de un ligero fardo. Perdí la cuenta de la distancia recorrida y creía llevar media vida en aquel doloroso suplicio cuando, tras una empinada cuesta, nos encontramos en una especie de cerro desde donde se divisaba la mar en toda su extensión, a levante y poniente, señalada por la luna que se abría a caprichosos intervalos. Fausto habló por fin con claridad en nuestro idioma.

—Ahí tienen el buscado santuario.

Hube de fijarme con detenimiento para comprender que aquellas paredes desconchadas y ligeramente derruidas componían o, mejor dicho, habían constituido en su día un hermoso y recogido santuario. Me dirigí a él con nervioso apresuramiento, mientras sentía la respiración de Setum en mi cogote. Alcanzamos un rústico y destartalado portón con los goznes al aire, que golpeamos con cuidado porque parecía fácil derribarlo de un ligero empujón. No sabía la hora, pero debían quedar menos de dos o tres repiques de campana para alcanzar la amanecida. Insistimos en la llamada y comenzábamos a desesperar, cuando escuchamos unas lentas pisadas que parecían arrastrarse por la tierra.

Aunque no lo habíamos observado en la oscuridad, el recio portón disponía de una pequeña puerta lateral, donde escuchamos una voz que hablaba en inglés. La verdad es que no comprendí una palabra, aunque contesté en español.

—Queremos hablar con vos, padre. Se trata de un caso de la mayor necesidad.

Una sombra alargada pareció agigantarse conforme se acercaba a nosotros. Por fortuna, las nubes que abrían y cerraban la luna a su capricho dejaron un resquicio que me permitió observar la figura de un monje entrado en años, con largas y canosas barbas, esquelética figura y un rostro que parecía denotar cierta inestabilidad emocional. Escuché su voz fuerte y recia.

—¿Quién sois? ¿Qué deseáis de mí?

—Perdone que le hayamos conturbado el sueño, padre. Venimos de Algeciras en secreta misión, intentando encontrar la pista de un buen amigo que creíamos percido en el combate de las flotantes.

El rostro del anciano parecía desconfiar de nuestra presencia, sin responder una sola palabra. Fue Fausto quien se adelantó para intervenir.

—Muéstrole el anillo para que haga memoria y confíe.

—¿Recuerda este anillo? —Adelanté la mano en dirección a la luz de la luna—. Se lo cambió a este hombre por comida el mes pasado. Ésa es la razón de mi venida, con grave riesgo para mi persona pues soy oficial de la Armada —decidí sincerarme para aplacar su desconfianza, temeroso por los nerviosos gestos que su rostro ofrecía

—. Al observarlo en el dedo de este hombre que nos ayuda, concebí la esperanza de que aún se encuentre con vida.

El monje que, según supe después, era el padre franciscano Ignacio Ramos y entrado en profunda enajenación, aproximó mi mano a su cara. Me pareció entrever una ligera sonrisa, antes de que pronunciara sus primeras palabras.

—Gracias a este anillo disfrutamos de sanos alimentos durante algunos días, los peores que recuerdo por la escasez de raciones que se sufrían en la plaza. Incluso recibimos fruta fresca —volvió a aparecer el extraño y convulsivo gesto en su rostro—. Ahora la situación ha mejorado y recibo más ayuda de algunas almas caritativas. Pero este anillo fue importante, así como los productos que nos conseguisteis a un alto precio, más propio de usureros, que todo ha de decirse —se dirigió al maltés con extraño acento.

De nuevo se hizo el silencio que pesaba como losa de granito. Parecía como si temiéramos alcanzar el momento de la pregunta definitiva, un exacerbado pánico al fracaso final. Fue Setum quien la lanzó.

—¿Vive el dueño de ese anillo?

—Aquella noche fue espantosa, tras el ataque de esos terribles barcos, contruidos por Satanás para contribuir al derrumbe de la obra de Dios —parecía no haber escuchado la angustiada pregunta de Setum—. Los cuerpos de heridos españoles inundaban la explanada en una paleta de sangre y dolor. Cristo crucificado guió mis pasos como tantas otras veces y acudí al promontorio donde apilaban los muertos, para rezar por el descanso eterno de sus almas. Recogí seis hombres que todavía respiraban, aunque presentaran terribles heridas. Recé por todos y aquí me los traje en carreta robada, que Dios me habrá perdonado porque era de necesidad y la devolví al día siguiente —mostró de nuevo una extraña sonrisa, que ofrecía una clara y decepcionante conclusión—. Uno de ellos portaba el anillo que muestran en su dedo.

—Por Dios, padre —no pude contenerme más—. ¿Vive ese hombre?

—Digamos que, con la ayuda de Dios misericordioso, no ha muerto.

Aunque inicialmente tuve que contenerme para no saltar de alegría, me dejó un sabor agridulce la evasiva respuesta, que nada bueno presagiaba. Mientras me preocupaba el aspecto claramente alocado del franciscano, volví a temer un conocimiento más profundo, atenazado por el miedo, pero en esta ocasión fue Fausto quien preguntó, más por intriga que otra cosa.

—Padre, ¿no se da cuenta de cómo sufren estos hombres por la incertidumbre? —El tono de su voz era un tanto destemplado—. ¿Puede explicarnos con claridad y de una vez cómo se encuentra ese enfermo?

El franciscano lo miró con cierto desprecio, como si le desagradara que tomase la iniciativa, así como la forma en elevar la pregunta.

—De aquellos seis hombres, tres murieron en los dos primeros días porque así lo dispuso el Altísimo. Uno más, al que debí amputar una pierna, también pasó al sueño de los justos, aunque dispuso de la suerte de poder confesar y recibir los sacramentos.

En cuanto a los dos restantes, uno de ellos ha salvado la vida y comienza a valerse por sí solo, aunque le falte un brazo, y me ayuda en las faenas del santuario, que mucho ha de agradecer a Dios. Por último, el que portaba ese anillo, digamos que vive pero en un mundo distinto.

—¿En un mundo distinto? ¿Qué quiere decir? —Creo que había llegado al límite de mi resistencia. No estaba dispuesto a soportar por más tiempo la lenta conversación de aquel monje que, conforme pasaba el tiempo, encontraba más enajenado—. ¡Explíquese de una vez!

—Su amigo presentaba quemaduras terribles en toda su espalda y glúteos, así como fuertes traumatismos en cabeza y huesos. La espalda a punto estuvo de producirle la muerte, y sólo a Dios debe haberse recuperado. También sanó de las fracturas. Pero desde el primer momento se mantiene sumido en otro mundo, ajeno al bien y el mal.

—Bien, pasemos a verlo —dije con seguridad, avanzando hacia el portón—. Lo llevaremos a Cádiz, donde hay buenos médicos para esas enfermedades.

—Sólo Dios puede concederle la curación —el monje se interpuso en mi camino—. Como les digo, se mantiene en un largo y entrecortado sueño, muy débil, y no debería ser transportado. Tan sólo a veces pronuncia la palabra Cristi, que debe ser por su devoción al bendito cuerpo de Cristo, que lo ha rescatado de la muerte.

—¿Devoción a Cristo? —Mi tono de voz no dejaba lugar a dudas—. Nada de eso, padre. Cristi es el apelativo con el que llamamos a su prometida y hermana mía, de nombre Cristina. Quiero verlo ahora mismo.

—Ese hombre se encuentra bajo la protección de esta magnífica catedral.

El franciscano, que ya ofrecía con claridad las trazas de profunda locura, se plantó ante la puerta con la mirada torcida. Fue el momento escogido por Setum para entrar en acción, lo que nos tomó por sorpresa a los demás.

—Mire usted, cristiano enloquecido —había tomado al religioso por las solapas de la camisa, para intentar alzarlo hacia los cielos—. Con su permiso o sin él, pasaremos a ver a mi señor y transportarlo a lugar conveniente. Y no me haga perder la paciencia si no quiere que lo arroje por ese precipicio.

La amenaza surtió efecto, ya que el monje palideció. Consiguió desasirse de las garras de Setum, a la vez que tomaba el camino del interior. Lo seguimos a corta distancia, desconfiando de sus intenciones. Tras la puerta nos encontramos con una habitación recogida, en el fondo de la cual brillaba un tenue candil que debía formar parte de un pequeño altar. Llegados a la pared norte, giramos a la derecha para atravesar lo que debía haber sido un hermoso arco de herradura. Por fin, penetramos en otra sala de tamaño reducido, donde se alineaban cuatro mugrientos jergones de paja, tendidos sobre el suelo de tierra. Dos de ellos se encontraban ocupados.

Setum se adelantó hacia el primero, elevando el candil tomado del altar, a pesar de las protestas del monje. Alumbró el catre, profiriendo una exclamación.

—¡Mi señor! ¡Mi pobre señor! ¿Qué le han hecho? ¡Ya decía yo que no podía

haber muerto!

Me acerqué con rapidez a su lado, para quedar vivamente impresionado de la visión que aparecía ante mis ojos. Era Gigante, sin duda, pero con la piel pegada a los huesos, la cara afilada como cuchilla y unas barbas de largas greñas. Mantenía los ojos abiertos y dirigidos en dirección al techo, como si se encontrara obnubilado o transportado a quién sabe dónde. Sufrí una ligera conmoción que me acercó al llanto al comprobar su estado. Parecía milagroso que aquel pellejo humano pudiese siquiera respirar. Me dirigí a él.

—Gigante, amigo mío, soy Pecas. Hemos venido a rescatarte. Estás salvado.

—Se encuentra en las manos de Dios —intervino el monje con voz solemne.

—Como vuelva a abrir la boca, juro por su Dios que le rebanaré el gáznate, viejo loco —Setum había sacado la guma, presentándola a escasa distancia de su garganta—. ¿Ha comprendido?

El franciscano optó por el silencio, mientras intentábamos hablar con nuestro amigo y ser reconocidos. Extrañas sensaciones recorrían mi alma, entre la alegría desbordada al comprobar el milagro, y la tristeza por el cuadro que observaba. Fue en aquel momento cuando escuché sus primeras palabras, dichas en un ligero susurro.

—Cristi. Cristi.

No sé por qué, fue el momento en el que me derrumbé. Quizás reventó la frasca después de mucho tiempo de tristeza acumulada. Rompí a llorar sin sentido, agarrada la mano de mi amigo, que más parecía al tacto la de un esqueleto. Por fortuna, Setum volvió a tomar las riendas. Sin decir una sola palabra, dejó el candil sobre el suelo e introdujo los brazos bajo el cuerpo de Gigante con cuidado extremo, para alzarlo con suma facilidad.

—Pesa menos que un recién nacido. Maldito monje endemoniado —se dirigió al franciscano con su rostro encendido por la furia, antes de girarse hacia mí—. Debemos marchar a la goleta, señor.

—Sí —conseguí reponerme—. ¿Crees que sobrevivirá al trayecto? —pregunté con miedo.

—Sólo sé que aquí moriría sin remedio. Marchemos de una vez. Yo lo cuidaré porque no ha de morir.

Fue entonces cuando escuchamos otra voz que procedía del siguiente jergón.

—Por favor, no me abandonen.

Dirigí el candil en su dirección, para comprobar la existencia de otro esqueleto al que le faltaba un brazo, aunque se mantenía despierto y erguido en el catre.

—¿Quién sois? —pregunté.

—El marinero Sebastián Manrique, señor. Pertenece a la dotación de la Pastora. Lléveme con ustedes, que este cura loco no me deja abandonar el templo.

—¡De aquí no saldrá nadie!

El monje empuñaba lo que parecía un largo chuzo de abordaje, con la cara iluminada por la locura. Con Setum ocupado en el transporte de Gigante, esgrimí la

espada, dispuesto a clavársela en el pecho si era necesario. Pero ya estaba al tanto Fausto en sus proximidades, para golpear con fuerza la mano armada, hasta hacerla rodar por el piso. La tomó con rapidez, acercándola al pecho del franciscano. Se dirigió a él con dureza.

—Aunque sea usted un religioso y nos encontremos en lugar sagrado, puede estar seguro que volará con los ángeles como vuelva a abrir la boca.

Pareció acobardarse, a la vez que tomaba asiento en el suelo y movía las manos en extraños círculos. El pobre que, después de todo, había salvado en un principio la vida de Gigante, estaba más loco que la bruja Casilda. Olvidado de él, me acerqué a consolar al marinero.

—Venga con nosotros. Regresamos a Algeciras.

—Gracias, señor. Dios se lo pagará en el cielo.

—Alegra esa cara, que pronto estarás en casa para dar una inesperada alegría a tu familia.

De esta forma abandonamos el santuario del chiflado, como lo denominamos desde entonces, mientras se escuchaban sus gritos y alaridos enloquecidos en la distancia. Setum portaba a Gigante con extrema facilidad, por lo que intenté no perder el paso en la bajada. Una vez en la parte inferior del monte, el Maltes nos indicó otro camino distinto al de llegada, azuzándonos en la marcha pues ya comenzaba a clarear el alba. Me movía como un autómatas pero, por encima de todo, una imagen se mantenía grabada a fuego en mi cerebro. Nunca olvidaría el rostro de Gigante al reconocerlo a la luz del candil porque era, en verdad, la cara más exacta de la muerte.

20. Dolorosos momentos

Arribamos al puerto sin problemas añadidos, a pesar del riesgo cierto que debimos afrontar por las calles gibraltareñas, dispuestos a todo, cuando ya las luces del amanecer se abrían desde la Roca a demasiada velocidad. Fausto, experto conocedor de la Plaza, utilizó toda su sagacidad para evitar las rutas de las patrullas. Tan sólo nos cruzamos cerca del muelle con un soldado inglés a cierta distancia, ante cuya vista bamboleamos nuestros paso a trompicones. Setum tomó a Gigante sobre el hombro, mientras el Maltés reía con fuerza, con lo que conseguimos pasar como un grupo de marineros borrachos. Fue un momento malo en el que mantuvimos las escondidas armas a mano, por si era necesario pasar a las malas. Por fortuna, el soldado siguió su camino, tras mover la cabeza hacia ambos lados.

Una vez a bordo, pudimos apreciar el estado físico de mi amigo con suficiente iluminación, lo que me produjo un sentimiento de infinita tristeza e impotencia. Aquél a quien apodaran Gigante por su extraordinaria fortaleza, parecía un niño desvalido, la persona más escuálida, débil y enfermiza que jamás había observado. No era posible que un cuerpo humano soportara aquella extrema delgadez, y consideraba un milagro que todavía pudiese exhalar un esforzado suspiro.

También pudimos observar su espalda con detenimiento, para encontrar, horrorizados, que toda su superficie, desde la nuca hasta el nacimiento de los muslos, presentaba una informe y arrugada cicatriz, producto de las quemaduras que, sin embargo, el monje chiflado había conseguido curar. Pero todavía se mantenía la piel rojiza, con extrañas plegaduras discontinuas y tan fina como el papel de seda. En cuanto a su alejamiento mental, nos preocupaba en gran medida que no lograra reconocernos. Se mantenía con los ojos cerrados de forma permanente, en un estado de inconsciencia, salvo escasos momentos en los que abría los ojos para mantener la mirada extraviada en la distancia.

Sin perder un solo minuto, nos hicimos a la mar para dirigirnos al puerto de Algeciras en navegación directa y a la vista de todos, a pesar de las protestas del Maltés, que veía finalizado su jugoso negocio con las autoridades británicas. Pero la bolsa de luses marcaba todavía la diferencia. Llegados a nuestro destino y acongojado por la preocupación, transportamos el cuerpo de Gigante a mi camarote, donde quedó configurada la habitación sanitaria, tras negarme en redondo a depositarlo en el sucio y maloliente hospital de campaña, establecido en San Roque.

Como es fácil imaginar, Barceló, vivamente impresionado por el cuadro que le ofrecimos, hizo acudir con rapidez al médico del Estado Mayor, Godofredo Márquez, que también sacudió la cabeza, sorprendido, al observar el estado del paciente. Prescribió reposo absoluto, alimentación líquida con verduras y sustancia, así como unos ungüentos para la piel de la espalda. No apreció secuela de las fracturas que nos comentara el franciscano, salvo una llamativa y cicatrizada herida en la frente que, en opinión del galeno, podía haber producido un ligero coma, palabra que escuchaba por

primera vez y que asociaban los médicos al atontamiento mental.

Pero no quedé satisfecho con el análisis del primer matasanos, cuyo aspecto poco me agradaba, y con el permiso del general marché a Cádiz para traer conmigo al prestigioso don Francisco Canivell, que ya visitara a mi madre. Utilicé la fuerza e influencia de mi apellido, aunque me avergonzara tal hecho, pero la vida de Gigante se encontraba para mí por encima del bien y del mal. Trabajo me costó arrancar al viejo doctor del Real Colegio de Cirugía de la Armada, que dirigía con acierto y sin desmayo, pero la insistencia del reclamo en nombre del duque de Montefrío y la nota personal de Barceló acabó por desarmarlo, hasta conseguir que me acompañara en el carruaje prestado por el general, a quien seguía acosando con demasiadas peticiones especiales.

Canivell lo auscultó con extremo detenimiento y una expresión tan severa en su rostro, que consiguió alarmarme sin medida. Además de endosarnos un excesivo número de palabrejas y latinajos, de esos que suelen emplear los médicos para prestigiarse de sabiduría aunque nadie los comprenda, vino a decir por las claras que Gigante vivía por milagroso apoyo divino. Concluyó su disertación asegurando que su debilidad era absoluta, rayana en el linde de la vida, y la respiración fatigosa en extremo, con un pulso casi perdido. Necesitaba reposo absoluto, lo que era fácil comprender, así como urgente, especial y adecuada alimentación, una mezcla de mejunjes que prescribió en varias cuartillas y que se le debía ofrecer en pequeñas cucharadas. Para la espalda prescribió un aceite especial, cuya preparación debíamos encargar en importante botica.

Como parte alentadora, Canivell predijo una posible y rápida mejoría de su estado físico, porque el enfermo era joven y fuerte, siempre que remontáramos los próximos seis días, que consideraba cruciales. Temía que se presentaran problemas de cualquier índole, especialmente en el pecho, caballo de batalla en su opinión, porque los pulmones y el corazón podían fallar en cualquier momento. En caso positivo, una semana después sería el momento de comenzar a masajear sus músculos, de menos a más, un detalle que me devolvió al cautiverio sufrido en Tarfí.

También descargó el famoso galeno su crítica contra el monje, olvidada por todos la condición de haberle salvado la vida en el primer momento, hasta asegurar con rotundidad que pocos días más habría soportado aquel cuerpo con tan escasa o nula alimentación. Sin embargo, en cuanto a su estado mental, que tanto me preocupaba, nada se aventuró a señalar, dejando la esperanza de su curación en manos de Dios y del tiempo. Por último, antes de abandonarnos, recomendó para el enfermo aires campestres saludables, en cuanto se notara un restablecimiento físico suficiente, si por fortuna se producía.

En las jornadas siguientes me vi sometido a una actividad extraordinaria. No paré en mis recorridos por las dos provincias cercanas, para encontrar el maldito aceite revitalizador en suficiente cantidad, un producto que llegué a considerar como oro

líquido. Pero el apoyo fundamental fue el de Setum, que se mantenía las 24 horas del día al lado de su señor, entregado en cuerpo y alma a la tarea de su curación. Pude comprobar que nuestro fiel secretario incorporaba a la alimentación líquida prescrita, que vertía con infinita paciencia en su boca a pequeñas cucharadas, unos aditamentos que elaboraba por su cuenta. Como pueden comprender, nada en contra señalé pues, en verdad, confiaba tanto en su primitiva medicina, que salvara mi vida meses atrás, como en la de los mejores cirujanos establecidos en la Corte.

Al día siguiente de nuestra llegada, envié urgente recado a Cristina por nuestro seguro y discreto método de otras veces, para comunicarle la buena nueva. Especificaba sin tapujos la gravedad del estado de Gigante, a la vez que le ofrecía una futura y continua información sobre el esperado proceso de recuperación. A los cinco días recibí respuesta, una nota enviada por el mismo procedimiento, que prefiero transcribirles para que comprendan el estado en que quedó mi ánimo tras su lectura:

Querido Santi: No creo haber recibido una noticia tan maravillosa y esperanzadora en toda mi vida, como tu nota de anteayer. Te prometo que tuve que pellizcarme las mejillas con fuerza para confirmar que no se trataba de un sueño, a la vez que temía regresar en cualquier momento a la horrorosa realidad. Era el milagro que necesitábamos, si nos moviéramos en la normalidad de otros tiempos. Sentí que mi corazón vibraba de entusiasmo y felicidad, después de muchos días en los que tantos negros pensamientos se cebaron en mí alma, hasta el punto de concebir las acciones más extremas. Pero Dios y nuestra Señora de Valdelagua, como diría mi amado Gigante, obraron el prodigio. Por desgracia, en casa todo continúa en decadencia y sin solución a la vista. Nuestra madre no parece mejorar con el nuevo tratamiento, con lo que me temo lo peor a corto plazo. Por otra parte, tras recibir tu recado, acudí presurosa a conversar con nuestro padre, recién llegado de la Corte. Te costará creerlo, al igual que a mí, pero tras narrarle la buena nueva, me contestó en forma seca e hiriente, como nunca escuchara de su boca, que tanto Gigante como tú os encontrabais muertos para él, y que sólo debía preocuparme por el príncipe de Eggen, mi prometido, de quien recibiría visita en dos semanas. También ha nombrado a tía Eulalia, a causa de la enfermedad de nuestra madre, como responsable de la preparación de mi ajuar. Aunque te cueste creerlo, mantiene mi boda con ese infame vejestorio a todo trance para la próxima primavera, como si la resurrección de Gigante no suponga ningún cambio en la situación.

Santi, por Dios bendito, creo que nuestro padre ha perdido la razón. Como puedes comprender, abandoné el salón con las lágrimas inundando mi cara, aunque poco le importara ese detalle. No puedo comprender tan brusco cambio, que aquel hombre tierno y bondadoso al que adoraba con pasión filial, se haya convertido en mi peor verdugo. No quiere darse cuenta que

destroza mi vida, que me lanza a la más terrible infelicidad sin importarle un ápice, cuando a mano se encuentra mi hombre más amado.

Lo peor del caso es que nada puedes hacer, porque no sería admitida tu presencia con nosotros. Repite sin cesar a quien desee escucharlo, que ya no tiene hijo, y le creo capaz de llevar a cabo las drásticas medidas testamentarias que me comentó. Muero de dolor y tristeza, hermano, al no poder abrazar a Gigante como sería mi deseo, y colaborar en su restablecimiento. ¿Crees que quedará en condiciones de llevar una vida normal? Por favor, cuéntame con detalle sus progresos pero dirige la nota a la Corte, porque allí me llevan para apartarme de esta zona pasado mañana.

En fin, no te conturbo más que bastantes preocupaciones sufres. Sólo quiero que sepas que prefiero morir a vivir separada de Gigante, aunque quede maltrecho para toda su vida. Por favor, cuéntame cómo sigue el proceso. Cuídalo y ofrécele todo mi amor. Tu hermana que tanto te quiere y echa de menos.

Cristina.

Parece imposible que el espíritu del ser humano llegue a tales extremos, pero deseé la muerte de mi padre tras leer la nota de Cristina. ¿Cómo podía ser tan ruin aquel que nos engendrara con paternal cariño? Insistir en el compromiso con el príncipe de Eggen, tras conocer que Gigante se mantenía con vida, a quien había prometido la mano de Cristina con anterioridad, era un acto villano y execrable. No podía caer en mayor ignominia una persona que, por cuna y nacimiento, debería mostrar los inexcusables rasgos del honor y la caballería. Durante horas padecí negros pensamientos que cruzaban al galope por mi cabeza, incluso aquéllos en los que imaginaba un duelo a muerte en el que atravesaba su pecho, mi propia sangre, con la espada. Que Dios me perdone pero así trabajaba el cerebro en aquellos momentos, en los que me sentía agobiado por tantas preocupaciones.

Por fortuna, Barceló me había concedido licencia para ocuparme de Gigante sin declararlo abiertamente ni solicitarlo por mi parte, aunque era cuestión que poco preocupaba. Pero como se trataba de un gran hombre y deseaba mantener la legalidad, a los pocos días me llegó un documento oficial por el que se me concedía una prórroga de licencia por enfermedad y necesaria convalecencia de tres meses de duración, otro favor hacia sus muchachos. Al mismo tiempo, el general nos consiguió una vivienda en la población algecireña, para mayor comodidad de todos y facilitar nuestra labor sanitaria. No se trataba de ningún palacio, pero cumplía de sobra con nuestras necesidades que seguían imbricadas en la vida y recuperación de mi amigo.

Setum y yo nos mantuvimos en vilo permanente durante los siete primeros días, una inolvidable semana que recuerdo con verdadero horror. Por fortuna conseguíamos que tragara, no sin esfuerzo, aquellos caldos prescritos y de repugnante olor que escanciábamos en su boca con infinita paciencia. Pero la angustia nos

asaltaba cuando aparecían momentos en los que su pecho se agitaba sobremanera, a la vez que esforzaba la respiración, como si no encontrara aire suficiente para sus pulmones. Durante esos episodios, que sufrimos en repetidas ocasiones, llegamos a temernos lo peor. En conjunto, una semana de incesante duelo que no recomiendo al peor enemigo. En los peores momentos, Setum acariciaba su cuello mientras pronunciaba largas peroratas en su lengua nativa, lo que parecía calmar la agitación del enfermo, aunque parezca cosa de brujería.

Pero el tiempo es la mejor medicina que Dios concedió al ser humano, y en la segunda semana creímos observar un paulatino engrasamiento de las carnes, así como mejor colorido en su cara. Fue cuando Setum incorporó a los caldos alimenticios grasa y verdura triturada, sin decir una sola palabra ni solicitar permiso a nadie, con mi silenciosa aquiescencia. Por el contrario, en el aspecto mental había caído en una modorra continua, aunque no dormía porque su espíritu se mantenía allí, eso al menos es lo que aseguraba Setum, a quien creía a pies juntillas.

Me preocupaba la necesidad establecida por Canivell, al asegurar que sería muy beneficioso para la definitiva recuperación del enfermo los aires del campo. Para nuestra desgracia, ninguna hacienda quedaba ya a mi disposición tras la ruptura familiar, por lo que recordé la conversación mantenida con Gigante sobre la dehesa adquirida en Extremadura, así como el nombre de su administrador. Sin pensarlo dos veces, envié recado urgente a don Alonso Sanromán, para informarle de la situación y preguntarle por la posibilidad de utilizar la hacienda extremeña.

Fue una grata sorpresa comprobar cómo, a los pocos días, se presentaba don Alonso en nuestro domicilio. Comprendí con rapidez que se trataba de un caballero de gran nobleza y con verdadero cariño hacia mi compañero. También quedó impresionado el administrador al comprobar el estado de Gigante, cuando ya habían transcurrido tres semanas desde el traslado y nos parecía un hombre nuevo. Me explicó que la hacienda extremeña denominada El Bergantín, situada en la provincia de Badajoz, se encontraba a disposición de su dueño, y él mismo se ocuparía de adecuar la casa principal para nuestro uso inmediato. Estimamos que en tres semanas más podríamos llevar a cabo la mudanza, si todo transcurría sin novedad. Sufrió el pobre hombre al no poder comunicarse con Gigante, pero nuestro amigo se mantenía en estado casi vegetativo, aunque tomase los caldos, cada vez más espesos, con relativa facilidad.

De esta forma cruzamos la raya de Diciembre, con los vientos y fríos propios de la estación. En el aspecto militar, que tenía desatendido, se preparaba una expedición conjunta hispano-francesa contra la Jamaica, para arrebatarla al inglés. Pensaba como Barceló, mi fuente de información en sus visitas, que más valdría mostrar el empeño en la plaza sitiada que en una isla caribeña que pasaría a manos del francés. Pero ya saben cómo nos movimos siempre en nuestros tratados con el país vecino, donde ellos ganaban y nosotros perdíamos. Pero ya en aquellos primeros días de diciembre se comenzaba a hablar de los preliminares de una necesaria paz, porque duraba

demasiado la guerra.

A los dos meses del rescate, Gigante comenzaba a parecerse a mi verdadero amigo, al menos en su estado físico. Ya se le apreciaba cierta fortaleza, cuestión en la que se aplicaba Setum a conciencia con sus masajes diarios. Pero cada día era mayor el esfuerzo para mantenerme a su lado en silencio, sin poder hablar con él ni escuchar sus palabras. La verdad es que comenzaba a perder las esperanzas, que ya era mucho el tiempo transcurrido. De todas formas, comenzamos a preparar la mudanza hacia Extremadura para cuando se estimaran algunos días de tiempos bonancibles y, a ser posible, antes de las Navidades.

Mantenia a Cristina informada y sus cartas me herían tanto o más que el estado del enfermo. Mi propia vida caía en un negro agujero al comprobar la desolación en mis seres más queridos. El duque de Montefrío, pues ya no lo nombraba como padre, mantenía el compromiso nupcial para el próximo mes de abril, por lo que temía cualquier barbaridad de Cristina a tenor de las notas que me escribía, plenas de dolor y resentimiento.

Pero como siempre decía Gigante, la vida es una prolongación de la mar, por lo que, a veces, las tormentas furiosas y las largas encalmadas aparecen como por encanto y sin aviso externo. Siempre recordaré aquella fecha, el día siete de diciembre, festividad de san Ambrosio, como una más de las que cambió mi vida. Me encontraba charlando con Setum acerca de las facturas pendientes, que ahora vivíamos de los envíos de don Alonso y no era cosa de malgastar, cuando lo escuché. Bueno, debo decir que creí oírlo pero me negaba a creerlo, hasta que se repitió aquella mágica palabra.

—Pecas.

Setum y yo nos miramos emocionados. Gigante había girado la cabeza y nos miraba con una sonrisa en su boca. Pero no era un espejismo, porque volvió a hablar.

—¿Qué hacéis? Tengo hambre.

Les aseguro que me costó reaccionar y volví a llorar como un niño desamparado. Pero las lágrimas de emoción y alegría corrían a placer, porque ya habían abierto surco en mis mejillas durante los últimos meses. El milagro se había producido.

21. Vuelto a la vida

Aunque me lo preguntaron una y mil veces, siempre he contestado la verdad o lo que como tal entiendo. Recuerdo el azul del cielo, muy brillante, a la vez que una bola de fuego y resplandor me empujaba hacia arriba, como prendido en una gloriosa y caliente cometa. Así navegué hasta ser engullido por una esplendorosa nube, blanca y espumosa, en la que me sumergí para gozar de una dicha placentera. Al despertar del sueño, porque de eso debía tratarse, me encontré tendido en una cama, en desconocido aposento. Giré la cabeza para encontrar a Pecas y Setum en animada charla. Los llamé porque me sentía flojo y hambriento. Pero no esperaba aquella reacción de abrazos y lloriqueos. Luego, como es lógico, lo comprendí todo.

Y volví a la vida porque, según me contaron, me mantuve alejado de ella demasiado tiempo, casi tres meses. Tanto Pecas como Setum fueron dosificando la información, con mentiras y medias verdades, porque en los primeros momentos me aseguraron que la batalla de las flotantes había tenido lugar pocos días atrás, y me encontraba en restablecimiento. Pero ya la cabeza me funcionaba mejor y fue fácil comprender que la causa de aquella extrema debilidad, que me impedía incorporarme en el lecho sin ayuda, debía ser más importante.

La mejoría, según mis cuidadores, se aceleró de forma vertiginosa. Comencé pronto a dar los primeros pasos con la ayuda de Setum, a quien, en mi opinión, deberían nombrar como médico de cámara de Su Majestad. Pecas observaba divertido nuestros ejercicios, mientras aseguraba que era demasiado peso para su escasa fortaleza. Comí y bebí en progresivo aumento, con lo que las fuerzas acudían a mi cuerpo en volandas. También recibí la visita del general Barceló en dos ocasiones, en las que llegó con ricas viandas y generosos caldos, para elevar la moral de todos con comentarios chistosos e interesantes narraciones sobre sus experiencias guerreras y corsarias. Sin embargo, fue tras la segunda visita de mi jefe, una tarde en la tercera semana de mi regreso a los mortales, cuando creo que comencé a sospechar que algo andaba mal, que una nube cubría la realidad y se evitaban determinados comentarios. Intenté conversar con Pecas.

—Enano. ¿No ha llegado todavía Cristina a Las Garitas del Marqués?

—No —Pecas contestó con excesiva rapidez, uno de aquellos nimios detalles que comenzaba a analizar con preocupación—. Debe mantenerse en la Corte algún tiempo más, porque la salud de mi madre ha empeorado.

—¿No le habían recomendado los aires del campo?

—Sí. Pero creyeron que se encontraría mejor cerca de la capital, en una hacienda que mi padre posee en la sierra de Guadarrama.

Pecas hablaba a gran velocidad. Con el tiempo descubrí que a tan excelente narrador de epopeyas inventadas, le costaba mucho mentir en el cara a cara, especialmente conmigo.

—¿En la sierra de Guadarrama con los fríos y nieves de diciembre? ¿Qué galeno

recomendó tal extravagancia? Deberíamos enviarle a Setum para que prescribiera el adecuado método —encontré muy extraña la respuesta, así como el rostro de mi amigo, lo que no sucedía por primera vez—. ¿Dónde pasaréis las Navidades? La semana que viene entramos en esas fechas. Te prometo que sueño con la llegada de ese día y poder encontrarme con Cristina. La verdad es que me extraña tanta tardanza en encontrarse con el amor resucitado.

Pecas debía andar con severos sufrimientos para que continuara en la inopia del asunto. Pero ahora se mantuvo callado, como si hubiese agotado el saco de sus argumentos. Creo que lo comprendí todo sin una sola palabra.

—¿Qué sucede? Pecas, buen amigo, dime la verdad.

—¿La verdad? —Le costó mostrar una sonrisa—. Ya sabes que nunca miento. Por cierto, que deseo verte ya de uniforme para comprobar cómo te encastras la charretera en distinto hombro que yo. Ya te dije que me adelantaría en el escalafón, por no dejarme embarcar contigo en las flotantes.

Era un esfuerzo inútil porque la venda había caído de mis ojos. Observé como Setum se movía nervioso por nuestro alrededor.

—No cambies la conversación y explícame la verdad. Me encuentro fuerte y no es necesario que mientas para protegerme. Puedo superar cualquier disgusto. ¿Le ha sucedido algo malo a Cristi? ¿Se encuentra enferma?

¿Quizás se ha olvidado de mí? Te advierto que lo comprendería, porque es mucho el tiempo que me mantuve...

—No digas eso ni lo pienses un solo segundo, Gigante —ahora el rostro de Pecas era la verdadera muestra del dolor—. Cristina te querrá durante toda su vida, de eso puedes estar seguro.

—¿Entonces?

Se hizo el silencio. Pecas parecía incapaz de entrar en detalles, de narrar la realidad que envolvía nuestra vida. Lo veía sufrir y tragar saliva al comprender que no se presentaba alternativa salvadora. Como tantas otras veces, el sabio Setum, atento al quite, intervino en el momento oportuno. Se dirigió a mi amigo con decisión.

—Mi señor se encuentra fuerte. Debe contarle la verdad, toda la verdad. Sabrá comprenderlo.

Los dos hombres que habían entregado su vida para que recuperase la mía, se mantuvieron en silencio mientras me miraban como al niño que es necesario dar una mala noticia. Me sentí nervioso y confuso aunque, sin saber por qué, resignado de antemano ante lo que podía llegar.

—Por favor, cuéntamelo de una vez.

Y salió todo a la luz. Comprobé cómo Pecas sufría, conforme avanzaba en su penoso relato. Pero también mi corazón se encogía de dolor poco a poco, con cada detalle, aunque ya les digo que me encontraba preparado de cuerpo y alma. Descubrí un nuevo y sorprendente aliado en la verdadera tristeza, un sentimiento que llegué a

considerar como dulce y alentador durante mucho tiempo, y al que me así de forma desesperada, como si se tratara de la única tabla de salvación.

Cuando acabó la larga exposición, parecimos quedar sin palabras al alcance de nuestras manos. Pecas y Setum me observaban sin perder uno solo de mis gestos, temerosos quizás de que volviese a caer en la permanente modorra. Pero eso era agua pasada. El rostro de Cristina acudió a mi mente con signos de dolor en su rostro, mientras alargaba la delicada mano en un adiós definitivo. Pero la imagen que más dolía era la de imaginarla en brazos de otro hombre, sus ojos azules entregados a él para siempre, durante toda esa vida soñada para nosotros. Pero supe disfrazar mis sentimientos y opté por cargar la mano en las relaciones familiares.

—Deberías reconciliarte con tu padre. No debiste hablarle de forma tan dura, porque ningún progenitor lo merece. Además, no puedes tirar de un plumazo lo que te corresponde por sangre y nacimiento.

—¿Cómo puedes decir algo así? ¿Te volviste loco como el monje? Ese bandido...

—Por favor, no digas eso de tu padre. Como puedes imaginar, sangra mi corazón al comprobar que he perdido mi único amor, en quien había basado toda la vida, pero ahonda el sufrimiento al saberme responsable de tu ruina personal, amigo mío. No podría soportar tanto peso.

—Tú no eres el culpable, por Dios —Pecas se encontraba excitado por primera vez desde mi regreso al mundo—. Él es un ser despreciable e indigno que no merece los títulos que ostenta. Por si no lo recuerdas, asumió tu compromiso con mi hermana en conversación paternal y amistosa. ¿Cómo se denomina quien quiebra la palabra dada de tal forma? ¿Cómo puedes defenderlo? Entrega a mi hermana a ese viejo concupiscente con el único fin de medrar en su carrera, sin apercibirse que desata la eterna infelicidad de su hija, de su única hija y heredera porque ya no existo para él, a Dios gracias.

Nos miramos cara a cara. Comprendía sus razones pero tan sólo buscaba una solución para mi amigo, a quien tanto quería y debía. Setum, que parecía convertirse en sabio y adecuado Salomón, intervino con su proverbial acierto.

—De nada sirve que discutan sobre el tamaño de los ángeles o la faz del profeta. Lo que ha de ser está escrito en el libro del destino, y no es tan desfavorable como creen. Tengan fe en sus propias posibilidades, que los cielos se abren y cierran a voluntad del más grande —utilizaba un tono de voz grave, en esos momentos en los que sus ojos parecían a punto de saltar de sus órbitas—. Les recuerdo que debemos preparar la mudanza a la hacienda del señor, así como disponer lo necesario para celebrar las navidades cristianas con buena comida.

—Y excelente vino, bribón —Pecas le dirigió una afectuosa mirada.

—No más vino, señor, que ya recuperé la sabiduría perdida. Esos caldos del demonio los dejo para los infieles —ahora reía sus propias palabras, que nos contagiaron el buen humor.

—Marcharemos hacia El Bergantín —dije para zanjar la cuestión.

—¿Por qué ese nombre? —preguntó Pecas, tan curioso como siempre.

—¿Tú que crees, enano? Cuando la compró para mí don Alonso, se llamaba El Alberchiguero. No sé si dispondrá de esos árboles, que llaman en mi tierra albaricoqueros, pero no me gustaba. Por eso ordené cambiar el nombre en el registro por El Bergantín, que mejores recuerdos nos trae a la memoria.

—Me gusta —sentenció Pecas—. Pasaremos unas animadas navidades en esa dehesa extremeña. Espero que disponga de digno palacio, propio del conde de Tarfí.

—Me conformo con una digna morada, amigo mío. Pero no es necesaria tu presencia, aunque la desee, que bastante tiempo has perdido por mí. Debes reconciliarte con tu padre y reincorporarte al servicio, que tu pierna se encuentra en forma.

—Estaré a tu lado hasta que lo considere oportuno, gigantón de San Juan de Berbio. Y como vuelvas a mentar a ese bellaco que denominas como mi padre, te retaré a duelo ahora que te encuentras en estado de debilidad. De todas formas, sería a florete, por supuesto.

—Vete al cuerno, renacuajo.

De esta forma, aunque disimulara el dolor que abría mis carnes, hicimos los preparativos para la necesaria mudanza, aunque eran pocas las pertenencias que debíamos transportar. Pude acudir con mi paso todavía vacilante a despedirme del general Barceló, con la charretera en el hombro derecho, que me abrazó emocionado y recomendó prudencia y templanza, sabedor de mi situación emocional. Le prometí mantenerle al día de mi estado, así como el deseo de volver al servicio en cuanto recuperara las fuerzas.

Y abandonamos la bahía de Algeciras, ese mágico y bello escenario donde se habían escrito páginas tan importantes de nuestra Historia a sangre y fuego, allí donde quedarían para siempre regueros de mi cuerpo y, especialmente, de mi alma.

22. El bergantín

Una vez al tanto de la triste realidad en la que se movería mi vida, necesité de duros esfuerzos para que Setum y Pecas no percibieran el desgarró interior. Debía aparentar normalidad, por llamar de alguna forma esa situación externa que nada explica sobre el palpito del corazón. Pero para mi mal, veía el rostro de Cristina en todo momento, con esa nitidez y armonía angustiosa que imprime el amor imposible. Al mismo tiempo, sentía emociones nuevas de angustia y hastío, de dolor y odio a quien negara la sagrada promesa.

Aunque intenté enfriar la sangre de mi amigo respecto a su animadversión paterna con dulces palabras, el odio, ese sentimiento desconocido hasta el momento, hizo presa en mí hasta alcanzar cotas de peligrosa irracionalidad. Odiaba a Montefrío con todo mi ser, como sólo puede odiar un iracundo e impotente enamorado. Todo en mí clamaba venganza, lo que debía atemperar en especial atención a quien portaba su misma sangre, a quien tanto debía, al verdadero amigo. Pero sufrí en mi pecho esa cara negra del amor tan cantada por los poetas, para descubrir que producía más dolor que la peor herida de arma o la mayor de las ofensas. Creo que lo comprenderán si les aseguro que, en determinados momentos, renegaba de haber vuelto al mundo de los vivos y extrañaba esos meses en los que mi alma navegaba inmersa en la esplendorosa nube blanca.

Antes de abandonar Algeciras, recibí una escueta nota de Cristina que no consiguió más que hurgar en herida abierta. Me declaraba su amor eterno, intenso dolor y permanente frustración, unas frases que supuse escritas mientras las lágrimas anegaban sus inolvidables ojos. Pero era necesaria una contestación que diera fin a lo más hermoso que había vivido en casi dieciocho años, sin aumentar el suplicio ni ofrecer falsos sentimientos. Muchas cuartillas rasgué, hasta conseguir la definitiva que tampoco cumplía las mínimas exigencias, porque siempre es difícil traspasar al papel lo que siente el corazón.

Querida Cristina: Aquí me tenéis, regresado de tan largo viaje, aunque no me alejara más de una legua de distancia. Creo que no son necesarias las palabras para explicar mis sentimientos, que conocéis tan bien como yo. He recibido vuestra nota y también vos podéis estar segura que mi amor permanecerá en el tiempo, aunque se extinga vuestra figura de mi cerebro de tanto pensar en ella. Debemos ser fuertes porque a ello nos fuerza la vida. Preveo que la mía será un triste caminar, una búsqueda insensata de lo que no es posible encontrar en paraje alguno. Cristi, no concibo el mundo sin vos y aun así he de vivir, aunque me deje un jirón del alma en cada una de las singladuras que jalonarán mi triste navegación.

Después de todo era cierto el lejano miedo, aquel que anuncié y os hizo

sonreír. Demasiado maravilloso lo que me entregaban para ser realidad. He de despertar del sueño, porque eso fuisteis para mí por desgracia, un sueño del que no habría deseado escapar jamás. Debéis intentar ser feliz y formar la familia a la que os obligan, aunque sienta crujir mi pecho de dolor al pensarlo, una tortura más que será necesario afrontar. Por lo que se ve, Dios lo ha querido así, el mismo que salvó mi vida sin pedirlo, para dejarme caer en este infierno particular.

Mañana partimos hacia «El Bergantín». Pecas y Setum intentan que cicatricen mis heridas, aunque no saben que algunas se mantendrán abiertas para siempre. Habéis sido el mayor regalo que recibí en mi corta existencia, y a esos recuerdos me asiré como un loco empeñado para encontrar el aire que debo respirar. Jamás podré olvidar vuestros ojos, el dorado cabello o el roce de mi mano por vuestra mejilla. En conjunto, una joya única e irremplazable que se evapora hacia el cielo como el agua del mar. Cómo duele el simple recuerdo. Pero puedo jurar sin miedo a error ante ese ofuscado Dios que me arrebató lo más querido, que sería capaz de morir por vos, Cristi, y siempre permaneceréis en mi corazón, amor mío, siempre.

Gigante.

De esta forma creía haber cerrado una etapa de mi vida aunque, analizada desde esta perspectiva, nada quedaba fuera de la caja que mereciese la pena mantener. Pero debía implantar la máscara en mi rostro y fingir, que así sería mi vida a partir de entonces, un engaño permanente para simular lo que otros quisieran ver en mí. Y abandonamos nuestra recogida vivienda algecireña un veinte de diciembre, para dirigirnos a esa dehesa extremeña de tan hermoso nombre y que tan inolvidables recuerdos traía a mi mente. Comenzaba una nueva navegación sin viento y con la marea en contra. Con sinceridad, no creía disponer de fuerzas suficientes para afrontarla.

El último detalle del general Barceló en nuestra despedida, fue ofrecernos un digno carruaje para el traslado. No era como el que mostraba las orgullosas armas de Montefrío en sus puertas, pero suficientemente cómodo para mi todavía renqueante estado físico. De esta forma emprendimos el largo camino, para atravesar la luminosa Andalucía occidental, hasta alcanzar las tierras extremeñas desde el sur.

Aunque me mantuve bastante tiempo falsamente adormilado, para evitar conversaciones forzadas en momentos de intenso dolor, recuerdo que atravesamos las ciudades de Jerez y Sevilla, donde hicimos noche. A la mañana siguiente continuamos camino, hasta encontrar carretera de peor calidad, embocados en la provincia de Badajoz, para dar término a la segunda jornada en la magnífica villa de Zafra, aunque se trata de recuerdos medio borrosos, que no andaba mi espíritu para admirar paisajes. Por fin y siguiendo las recomendaciones de don Alonso Sanromán,

nos dirigimos en dirección a Santa Marta. Una vez traspuesta la pequeña villa, a media legua de distancia y por la vereda que conducía a Villalba de los Barros, encontramos un recio portón abierto al margen izquierdo, en cuya parte superior podía leerse, en bellas letras de forja, la palabra mágica: El Bergantín. Comencé a comprender la magnífica labor llevada a cabo por mi administrador y amigo.

Aunque lo desconocía, nos encontrábamos en un territorio de la provincia pacense llamada como Tierra de Barros, de una belleza y fertilidad incomparables. La dehesa adquirida por mi administrador a tan beneficioso precio era de una categoría y extensión jamás soñada por mí, y así fue apreciada por Pecas, más al tanto de dichas cualidades. Comenzamos a rodar por mis tierras, unas palabras que, para mi sorpresa, consiguió producir en mi pecho, por primera vez en varios días, un sentimiento de orgullo perdido. En particular, rememoré la figura de mi padre, a cuyo sacrificio debía los caudales que propiciaron tan beneficioso negocio. Pero se trataba de una especial vanidad, al reconocer que todo lo que abarcaba la vista me pertenecía y así seguiría para siempre, porque no se encuentra la tierra sometida a caprichos tan voluptuosos como los del amor.

La segunda sorpresa la recibimos al alcanzar una pequeña meseta, preñada de encinas y alcornoques, donde al abrirse la cerrazón del bosque pudimos observar una edificación rectangular, de una sola planta y magníficas dimensiones. Por encima de cualquier otro detalle sobresalía el color rojizo de la piedra utilizada en su construcción, que le confería un aspecto guerrero aunque de digna nobleza. La sencillez en sus líneas, así como el innegable parecido con los edificios militares para el establecimiento de tropas, indujeron a Pecas a llamarla desde el primer momento como El Cuartel. El frontal se extendía en dirección levante-poniente, y un imponente arco de media herradura, situado en el centro, ofrecía cierta grandeza a la entrada principal. Pero he de declarar que me sentí ufano y orgulloso desde el primer momento de aquella vivienda que, con el tiempo, mejoré notablemente hasta convertirla en un sobrio pero digno palacete.

Fue agradable comprobar que don Alonso Sanromán nos esperaba en la puerta, con diverso personal de servicio a su lado, para que conociesen al nuevo señor. Nos abrazamos con verdadero afecto, porque así se mantuvo siempre nuestra relación profesional y personal. Me presentó al encargado, Melquíades Valdivia, que llevaba todos los asuntos de la hacienda con probidad reconocida, según sus propias palabras, y vivía en la cercana población de Santa Marta.

Cuando se ofreció a mostrarnos la vivienda o El Cuartel, porque ese nombre se convirtió en uso cotidiano para siempre, recibí la primera grata impresión al observar la parte superior del arco de entrada. Ya don Alonso y Pecas sonreían, mientras mi rostro se abría con verdadera admiración. En la parte central del arco aparecía dominante, con orgulloso tamaño y esculpido en rica piedra, el escudo de mis armas, una feliz maniobra en la que creí ver la mano lejana de Pecas y el trabajo de don Alonso. Esta opinión fue confirmada con rapidez, al escuchar la pregunta de mi

compañero en tono festivo.

—¿Te gusta como queda el arco de entrada en su parte superior? Un poco sencillo ese nobiliario escudo, pero no queda mal del todo.

—Es precioso —seguía con la mirada enganchada en aquellos cuatro cuarteles, en especial en la piedra, la aguamarina, por su emotivo significado—. Le agradezco mucho este detalle, don Alonso.

—Debéis agradecerlo a su compañero, que fue quien tuvo la feliz idea. Me limité a seguir sus instrucciones. Fue sencillo porque en ese mismo sitio se encontraba el escudo del marqués de Maltesa, que ordené retirar cuando adquirí esta dehesa a su nombre.

—Como de costumbre, soy el encargado de generar las buenas ideas —intervino Pecas con su habitual arrogancia, recuperada en pocos días—. Pero veamos cómo es este Cuartel en su interior.

Aunque no pareció agrandar a don Alonso el nombre impuesto por mi amigo, tomó la delantera para mostrarnos la vivienda que, en su interior, mostraba magníficas trazas y sobria nobleza. Comenzamos tras el zaguán hacia el tacón de levante, donde se abría un magnífico salón de grandes proporciones, en el que los motivos cinegéticos se mostraban en profusa decoración. Fue cuando tuve conocimiento que algunas zonas de la hacienda componían un paraíso para los amantes de la caza, con abundancia de reses, cochinos y caza menor de todo tipo. A continuación pasamos a un comedor que se encontraba dispuesto para el almuerzo y donde no faltaba el mínimo detalle. Todo era explicado no sin orgullo por don Alonso, quien había tomado de su mano personal la puesta al día de aquel digno palacete con exquisito gusto y la sobriedad que sabía era de mi gusto.

Pecas atizaba para continuar con una rápida inspección, por lo que a mayor velocidad visitamos mi despacho personal, con una nutrida biblioteca, las cocinas, para pasar al tacón de occidente que se mantenía reservado a los dormitorios. Traspuesto un jardín interior con bellos parterres, se encontraban las instalaciones del servicio, así como las caballerizas y almacenes de todo tipo. Fue entonces cuando pedí un ligero descanso, porque todavía sentía flaquear mis fuerzas más de lo debido.

Gozamos de un espléndido almuerzo, con lo que pudimos comprobar que la mujer de Ambrosio, el casero, era una consumada cocinera que consiguió reponer mis perdidas fuerzas con prontitud. Algunos platos me eran desconocidos, en especial la forma de condimentar la caza, con salsas espesas y torta diluida, que hicieron las delicias de mi boca. Atacábamos una tarta riquísima, preparada con almendras y miel, cuando comenzó el interrogatorio de Pecas, deseoso de conocer con detalle las cualidades de la hacienda y mostrar, de esta forma, sus conocimientos en la materia.

—Don Alonso. ¿Es extensa esta propiedad?

—Se trata de una hacienda magnífica que conseguimos a un precio de saldo, gracias a las deudas contraídas en el juego por su anterior dueño, como bien sabe don Francisco. En total, entre lo que podemos considerar como dehesa boyal, la de pasto

y labor, monte medio y bajo con robles, encinas y alcornoques, más los terrenos dedicados al cereal y varias puntas de olivar, deben alcanzar las cien caballerías.

—¿Cien caballerías? No está nada mal. Me lo tenías escondido, bribón —se dirigió hacia mí con alegría—. Te oía hablar de una pequeña hacienda, y resulta que tienes una espléndida dehesa de invierno, con todo lo que puede desear cualquier mortal. Buenas rentas debe recoger.

—¿Caballerías? —pregunté con mi normal ignorancia de algunos términos—. No sabía que produjéramos ese tipo de ganado. ¿De qué raza?

—Qué poco sabes de campo, amigo mío —intervino Pecas con su habitual superioridad—. Una caballería comprende unas sesenta fanegas de extensión. Se trata de una antigua denominación, usada desde la Edad Media, y correspondía a la porción de tierra que se concedía a los caballeros que habían contribuido a la conquista o colonización de un territorio.

—Tenemos buenos ejemplares de raza española, aunque no criamos —don Alonso se sentía a veces incómodo al escuchar las discusiones entre nosotros, sin comprender que la confianza era absoluta y lo hacíamos por diversión, con lo que intentaba desviar la conversación—. Precisamente es una de las inversiones a realizar en el futuro, así al menos se lo recomiendo. Se debe aumentar la ganadería porque El Bergantín posee unos pastizales extraordinarios y escasamente utilizados. Pero ya lo verá usted mismo con el tiempo.

De esta forma me fui imponiendo en los detalles de lo que se convertiría en el refugio más querido, esa tierra que tanto me ofreció en los momentos más duros de mi vida y a la que me aferré con verdadero entusiasmo. También agradecí la calidad del vino, que producíamos en nuestra tierra, aunque según Pecas le faltara la fuerza de las viñas norteñas, una opinión de la que discrepé desde el primer momento.

Don Alonso se despidió en las primeras horas de la tarde, porque asuntos importantes lo reclamaban en la Corte y eran ya tres los días en los que esperaba nuestra llegada. Lo invité a pasar las Navidades en nuestra compañía, a lo que rehusó agradecido por necesidades profesionales y familiares. De esta forma embocamos esas fiestas tan unidas a la familia el trío de gavieros, como llamaba Pecas al conjunto que formábamos los tres hombres que nos manteníamos unidos como un todo inseparable en los últimos meses.

He de declarar sin remisión, que El Bergantín me dio la vida o, al menos, las fuerzas necesarias para afrontarla en aquella difícil estadía por la que atravesaba. Pecas intentó animar las fiestas navideñas con su habitual maestría, y creo que todos fingimos en mayor o menor medida, porque la verdad se abría desde dentro con claridad.

Entramos en el año de 1783 con lluvias persistentes y bajas temperaturas, aunque deben creerme si les aseguro que los paisajes en El Bergantín se mantenían en todo su esplendor en aquellas circunstancias, aunque es posible que peque de parcialidad

cuando hablo de esa tierra tan querida. Poco a poco, el Cuartel tomaba carácter de morada familiar y acogedora. Las chimeneas ofrecían el necesario calor para los cuerpos, así como el hálito de algunos espíritus medio derrotados. Cuando el tiempo lo permitía, cabalgábamos a lo largo y ancho de la hacienda, con lo que descubrí la suerte que me correspondió con los hábiles manejos de mi administrador, pues no acababa de creer que toda aquella extensión de tierra se viera vinculada a mi escudo de armas, que todavía me emocionaba al contemplarlo cada día, erguido sobre el portón como un arrogante mascarón de proa.

En la primera quincena de febrero recibimos la visita de don Alonso Sanromán, que agradecemos por lo inesperada y su significado de ruptura en la diaria monotonía. Mientras bebíamos una frasca de vino ante la chimenea, nos informó con precisión de los preliminares de paz firmados en Versalles el día 20 del mes anterior, que daban fin a la guerra con la Gran Bretaña, una contienda que había entrado en su quinto año. Aunque los políticos de la Corona alababan el definitivo Tratado como el más ventajoso jamás firmado por España desde la paz de San Quintín, quedaba un rescoldo inaceptable para algunos. En el lado beneficioso, se conservaban la isla de Menorca y la Florida occidental, obligándose Inglaterra a traspasarnos la oriental, aunque debiéramos ceder por nuestra parte las islas de Providencia y Bahama. Pero el punto doloroso, en especial para nosotros, era Gibraltar, que se mantenía en manos británicas. En ese preciso tema se estrelló la obstinación de los diplomáticos españoles contra la tenaz resistencia de los ingleses, aunque, en opinión de Pecas, éstos habrían encontrado apoyo donde menos pudiera creerse, razón por la que deseé insistir en el tema.

—No te comprendo. ¿Por qué dices eso?

—Mira, Gigante, la Francia es amiga para arrastrarnos a la guerra y planear acciones magníficas en su beneficio con las armas españolas. A estas guerras nos vemos arrastrados más por simpatías familiares que por verdadera política de gestionar nuestros propios intereses. Pero en los momentos de firmar la paz, sin llegar a los vergonzosos momentos sufridos en Utrecht, son los franceses los que parten el bacalao y tiran hacia su carreta, sin cuidarse mucho de los intereses de su leal aliada.

—Tiene plena razón en sus palabras, don Santiago —intervino Sanromán—. Según me comentó un buen amigo, que trabaja en el gabinete del conde de Floridablanca, en las disputas diplomáticas para conseguir la restitución de Gibraltar, ha sido un verdadero obstáculo la postura del gabinete francés, por mucho que tal actitud extrañe al español de a pie. Según parece es opinión de los diplomáticos franceses, que mientras la Inglaterra conserve esa plaza encastrada en nuestro territorio, subsistirá un permanente motivo de prevención y afrenta entre las Cortes de Madrid y Londres, utilizable siempre en futuro provecho, porque Francia entiende la paz como un periodo de descanso necesario solamente. Y también recibí algunas noticias que se refieren de forma específica a la Armada.

—¿A la Armada? —pregunté interesado—. Continúe con su información, por

favor.

—Según me contó este amigo, no ha sido muy feliz la Armada en el conjunto de la guerra, aunque desde la Secretaría de Marina se intente mantener su prestigio contra la censura general popular, que sólo hay que leer los panfletos que se corren por las redacciones para conocer la verdadera opinión de la calle. Se estima que, a lo largo de estos años de conflicto, se perdieron diez navíos, siete de ellos en combate y tres en penoso naufragio. También mermaron las fuerzas navales con las diez flotantes que tan bien conocen, así como cinco fragatas. Todo ello, claro está, sin contar los apresamientos. No sé si les disgusta...

—No, no. Por favor, continúe —me apresuré a inquirir.

—En general se trasluce la idea que no se empleó la Armada en función alguna de lucimiento, a pesar de que, en opinión de algunos expertos, contáramos con el más importante poder naval de los últimos siglos. Sin embargo, el corso se ha utilizado en esta guerra de forma magnífica, posiblemente por el cambio llevado a cabo en las ordenanzas y beneficios a recibir por los armadores. Muchas de esas actuaciones han sido premiadas por el Rey con medallas de oro. En cuanto a merecimientos personales, aparte de las grandezas de España concedidas al duque de Crillon y al príncipe de Nassau —sentí retorcerse el estómago al escuchar ese nombre, tan ligado al prometido de Cristi, pero conseguí esconder mis sentimientos—, se otorgará el grado de capitán general a don Luis de Córdoba, y el de teniente general al jefe de escuadra don Antonio Barceló, una noticia que supongo les agradará.

—¡Vive Dios! Me alegro infinito por nuestro general, que bien lo merece. Pero no siento entusiasmo alguno por el ascenso de Córdoba, que por su culpa queda Gibraltar en manos del inglés.

—No exageres, Pecas, que también ese general cumplió en los momentos...

—Vamos, Gigante, que pareces cortesano en faena —Pecas parecía realmente enfadado—. Muchos deberían ascender antes que ese engolado y soberbio señor de baja estatura, enjuto de carnes y rostro avinagrado.

—Según parece —insistió Sanromán—, serán muchos los ascensos que otorgará Su Majestad.

—Ascensos y ascensos —farfulló Pecas—. Y esta paz deja una parte de España en manos británicas. ¡Vergonzoso!

—Bueno —don Alonso intentaba calmar los ánimos—, estamos hablando de los preliminares de paz, que podrían ser alterados.

—Así quedarán, no lo duden —aseguró Pecas—. Todo estará bien acordado, y esos resabios que aparecen hasta el momento de la firma definitiva nada cambiarán.

Tenía razón mi amigo, como siempre, pues así quedaría la transacción política, que una vez más nos dejaba en la estacada, aunque Floridablanca promulgara otra cosa. Pero aquella visita de don Alonso trajo consigo una importante merma en la casa, pues Pecas consintió, por fin, en ceder a mis presiones y abandonar El Bergantín.

—¿Serás capaz de vivir sin mi apoyo? —me preguntó cuando ya la decisión estaba tomada.

—Vamos, Pecas, mi recuperación marcha al galope tendido, aunque me sienta débil en ocasiones. La espalda casi no me molesta y los músculos vuelven poco a poco al tono habitual. Además, debes pensar en ti. En primer lugar, te repito que deberías intentar un acercamiento a tu...

—¡No se te ocurra mentar la bicha, por Satanás! —Tapó el rostro con sus manos, como si hubiesen aparecido las ánimas en la noche—. Marcho con don Alonso porque he de aclarar algunas propiedades de mi madre, heredadas de su padre, que cedió a sus hijos en su momento. Y me gustaría saber de su estado de salud, aunque deba hacerlo a escondidas. También debo solicitar un nuevo permiso por asuntos particulares en la Secretaría de Marina, hasta que decidamos dónde nos incorporamos al servicio. Y, por último, intentaré encontrarme con... —Creyó entrar en terreno prohibido, por lo que bajó el tono de su voz—, con mi hermana. Pero debería permanecer aquí algún tiempo más.

—Nada de eso —le hablé con decisión—. Marcha con don Alonso, resuelve los problemas y aclara tu situación en la Armada, que a punto estás de cumplir la licencia concedida.

—¿Necesitas algo de la Secretaría de Marina?

—Nada, de momento. Recibí licencia de seis meses, por lo que me queda margen. Solicitaré una prórroga llegado el caso, si no me encuentro en plenitud, lo que es posible.

—Espero, Setum —se dirigió al fiel secretario y amigo, que ya no se separaba de nosotros en ningún momento—, que cuides a tu señor y no le permitas locuras a las que es tan aficionado. Acompáñalo en los días de caza, que es peligroso con las armas.

—Puede estar tranquilo, señor —Setum era paciente con Pecas hasta la saciedad—. Me encargaré para que, en pocas semanas, se encuentre al cien por cien de sus posibilidades.

—Si no obedece tus órdenes o flaquea en los ejercicios que ha de realizar, envíame urgente recado.

—Así lo haré, no se preocupe.

De esta forma me despedí de mi administrador, con quien fomentaba una sincera amistad, y del inefable Pecas, quien en verdad constituía mi única y verdadera familia. Nos abrazamos como otras veces y me prometió mantenerme informado de todo en forma puntual, así como una próxima visita en cuanto le fuera posible.

Setum y yo acompañamos el carruaje de don Alonso hasta los límites de El Bergantín, donde Pecas nos envió su último saludo a través de la ventana, con el rostro cariacontecido. He de confesar que volví a sentir la eterna desazón de la despedida y, una vez más, la sensación de que me arrancaban una parte importante de mi cuerpo. Regresamos al Cuartel en silencio y con la tristeza abierta en el corazón.

Pero deben comprender que, a pesar del aspecto exterior, por las profundidades de mi alma se movían todavía las aguas sin control.

Y así abordé una nueva etapa de mi vida, con más nubes que claros en el horizonte, aunque el bueno de Setum intentara en todo momento mantener alta la moral, por cualquier procedimiento a su alcance. Como me dijo Pecas en sus últimas palabras, debía ser fuerte, como siempre lo había sido. Por desgracia, no era tarea fácil, bien lo sabe Dios.

23. Renacimiento

Debo reconocer que mucho se hizo sentir la ausencia de mi buen amigo en El Bergantín, al dejarme tan desamparado como mozo desnudo en paseo concurrido. Parece mentira que un joven de tan escaso empaque exterior, pudiera desplegar aquella mágica actividad, hasta abarcarlo todo con su sola presencia. Aunque Setum intentaba multiplicarse con su buena voluntad, era consciente de la imposibilidad de cerrar aquel hueco. Comenzaba una navegación más, me decía como justificación, aunque comprendiese que eran demasiadas estadías las que atravesaba en tan corto periodo de tiempo, lo que me preocupaba seriamente.

Pero, por encima de todo, se encontraba omnipresente el rostro de Cristina, aunque no lo declarase bajo tortura, porque no es de hombres admitir la compasión de los demás. Pero era así y sin querer contaba los días que, según mis cálculos, restaban para su enlace con el príncipe de Eggen, a quien también endosaba un buen saco de ese odio almacenado en mi corazón. Cuando el dolor se extendía en crestas demasiado elevadas, miraba el cielo y respiraba profundo, un intento de cerrar el cerebro en círculos para desquiciar las sombras y permitir la llegada de un sosiego que, sin embargo, me negaba su auxilio.

En el aspecto puramente físico, seguía con el restablecimiento previsto, lo que podía comprobar con los ojos al primer vistazo sobre el espejo. Buena parte de la positiva aceleración debíamos endosarla a las primorosas manos de nuestra querida Felicia, la mujer del casero, con sus deliciosos y variados guisos, capaces de levantar el olfato de un moribundo. Pero también Setum se aplicaba con esfuerzo a los masajes que, en mi opinión, ya no eran necesarios, pues me encontraba fuerte y ágil. Para fortuna propia, no podía observar mis partes traseras porque, como decía Pecas con sus clásicas bromas, jamás conquistaría dama mostrando la espalda. Presentaba sin duda una infamante cicatriz de piel sonrosada, pero no era motivo de preocupación porque no dolía ni podía acarrear problemas de salud.

Como salida al tedio me di a la lectura, una pasión semiolvidada, aprovechando que la biblioteca del marqués arruinado era rica y jugosa. Me sorprendió encontrar volúmenes con todas las ordenanzas de la Armada, desde las correspondientes a la época de don José Patiño, así como una colección de su estado general a lo largo del siglo que encontré detallada y certera. También prodigué las largas cabalgadas a lomos de Selim, como rebauticé un hermoso ejemplar de color negro y brillante que aparté para mi uso personal. A lomos de tan bello animal recorrí El Bergantín palmo a palmo, admirando cada día más la belleza de su paisaje y los contrastes de las diferentes zonas, con lo que podía disfrutar de aquella sensación de poder que anidaba en mi corazón, un necesario y feliz contrapeso moral.

Pero donde más disfrutábamos y era posible aparcar las sombras era en la caza, un arte en el que introduje a Setum, que acabó por apasionarse como un niño. Como el antiguo propietario había vendido la propiedad con todo su contenido, gracias a las

prisas exigidas por don Alonso, ni siquiera hubimos de encargar las armas necesarias, pues las había en calidad y cantidad como para surtir un pelotón del Ejército. Con esta distracción, acopiábamos alimentos para nuestra propia subsistencia, que la variedad de pelo y pluma en la dehesa era grande, con lo que tan sólo acudíamos a Santa Marta para las necesidades más generales, que normalmente eran transportadas a la vivienda por don Melquíades.

Aunque la hacienda disponía de una hermosa capilla, situada en el pequeño cerro enfrente con la vivienda, los domingos marchábamos a Santa Marta, donde asistíamos al Santo Sacrificio de la Misa, con la excepción de Setum, aunque lo veía dispuesto a convertirse de lleno a la cristiandad por no separarse de mi persona. Pero eran escasos nuestros contactos con los ciudadanos, porque de momento deseaba mantenerme en la intimidad de la hacienda, como perro que prefiere lamerse sus heridas en soledad.

Corrían los últimos días del mes de marzo cuando recibí las primeras señales de mi amigo Pecas, en recado dirigido desde Madrid que resultó en extremo esperanzador, y pueden comprobar que hablo de esperanzas porque en el amor es ésa la última costura que se desbrava. Me transmitía con pena la infeliz noticia de la defunción de su madre, por lo que el duque de Montefrío había decretado seis meses de luto familiar, límite máximo impuesto en la Real pragmática de don Felipe II, que nuestro Señor don Felipe V completó y actualizó en 1723. Este triste suceso traía aparejado el necesario retraso en los esponsales previstos para la última semana de abril, una condición que alargaba mi rigidez emocional como acollador destensado. Pero todavía cargaba Pecas la pólvora contra el duque, por haberle prohibido asistir al entierro y ceremonias mortuorias de persona tan querida, un detalle que mostraba a las claras la infame catadura de ese ejemplar de noble cuna.

Sentí la muerte de esa gran señora que con tanto cariño me acogiera siempre en su hogar, así como los momentos de dolor que, según me narró Pecas, debió sufrir hasta abandonar este penoso mundo. Pero de forma inconsciente, el cerebro se ceñía al esperanzador aumento de los seis meses señalados para la negra fecha de las nupcias, por mucho que lacerara sin tregua mi espíritu. De esta forma se alargaba hasta el mes de octubre el periodo de tortura, una tortura deseada sin embargo, porque sabía que mi alma se derrumbaría como el faro de Alejandría al saber a Cristina definitivamente en los brazos de otro hombre. Así son los sentimientos negros del amor, que no todo se abre en dulces amaneceres cuando se quiere a muerte y el corazón se bate a tocapienoles.

Enredados en la rutina diaria, entramos en los calores del mes de junio, tan bravos y extremos como los fríos del invierno. Pero ya El Bergantín, hermoso de por sí, había reventado de belleza y color en las últimas semanas, con lo que era un verdadero placer recorrer la tierra en cualquier sentido. No sé por qué extraña condición, nos recreamos en la observación de la madre Naturaleza con extraordinaria emoción y especial detenimiento, durante los momentos de pérdida

tristeza o divina felicidad, pero así es el ser humano en mi opinión.

En una de las periódicas visitas que me concedió don Alonso Sanromán, a mediado el mes de julio si los recuerdos no me traicionan, insistió en ponerme al día y con detalle de la situación financiera, lo que había retrasado por mi parte para mostrar la plena confianza que depositaba en sus gestiones y control administrativo. Pero era honrado conmigo a carta cabal y se empeñó en aclarar los fondos a mi disposición, así como las inversiones realizadas desde la muerte de mi padre, con tan buen tino que podía hacerme presumir de hombre en rumbosa situación, sin deudas a la vista y con un listado de bienes más que aceptable. Así se lo hice notar.

—Debo agradecerle todas las gestiones llevadas a cabo, don Alonso. Gracias a usted puedo considerarme como persona adinerada.

—Es cuestión relativa esa de las riquezas, don Francisco, porque lo que a unos alcanza para sentir la gloria, asemeja ruina a muchos otros. En gran medida lo debe todo al trabajo y sagacidad de su padre, sin contar los últimos meses en los que se presentaron algunas excelentes oportunidades, como la adquisición de esta hacienda que, aparte su belleza y posibilidad de disfrute, le aporta generosa renta.

—Obra suya que siempre le reconoceré.

—Es mi trabajo aunque, como le dije en aquel día de tan triste recuerdo, mi relación con su padre acabó por ser algo más que la normal entre consultor y gestor, por llamarla de alguna forma. Fue un hombre admirable, honrado y trabajador. Supo mejorar su hacienda de forma extraordinaria y algún día le explicaré los detalles, que viví de forma directa. Hasta sus últimas disposiciones, poco antes de su muerte, así lo demostraron. Pero hemos disfrutado de buenas oportunidades durante esta última guerra, que en los conflictos armados se generan grandes negocios.

—Es cierto, aunque parezca obra del maligno. Tanta muerte y gasto público para nada.

—Por cierto, que he sentido la mala racha sufrida por la familia Cisneros. Pensé en su gran amigo, al tener conocimiento de las tristes noticias que tanto debieron afectarle.

Me puso en alerta el escuchar la última frase, dicha en plural, porque podía acarrear algunas nuevas desconocidas para mí. Pero me mantuve impertérrito, sin demostrar excesivo interés.

—Supongo que se refiere a la muerte de la duquesa de Montefrío. Aunque se tratara de un hecho esperado y hasta deseado, por la tortura que debió sufrir en sus últimas semanas, fue una triste pérdida. Era una gran señora y mejor madre, a la que tuve el honor de tratar.

—Sí, ése fue el comienzo. Pero hace una semana tuve conocimiento de que el señor duque había sufrido un accidente, mientras cabalgaba por los bosques del Real Sitio de Aranjuez. Según tengo entendido, su estado es preocupante.

—¿Habla del duque de Montefrío? —Mis cinco sentidos parecieron despertar al unísono—. No sabía nada de lo que me comenta.

—No habrá tenido tiempo su amigo de comunicárselo, aunque es posible..., quiero decir que, según se comenta en la Corte, las relaciones del padre con el hijo..., no quiero meter la nariz en asunto ajeno pero...

—No se preocupe, don Alonso, que puede hablar con sinceridad. Estoy al día de los problemas familiares en la casa de Montefrío, como puede imaginar —afronté su mirada con entereza—. También le supongo al día de lo que esas relaciones han supuesto para mí.

—No era mi intención tocar un tema que le pueda doler, se lo aseguro.

—Le agradezco su discreción. Pero, dígame. ¿Se encuentra grave el señor duque?

—No podría asegurarlo porque ya sabe que esas cosas se mantienen con relativo secreto en las grandes casas. Creo que fue un accidente peligroso, pero no me llegaron las noticias con mayor detalle.

Cuando don Alonso partió, quedé con el ánimo cambiado y los intestinos revueltos tras la inesperada noticia. Comprendí la sabiduría del noble administrador, al largar la sonda en forma apropiada. Les aseguro que no sabía qué pensar, ni siquiera cómo analizar las consecuencias que aquel accidente podía acarrear en diversos sentidos. Pero el mal lo llevamos muy dentro todos los humanos, en mayor o menor medida, y ya el zorro runruneaba por las venas para mostrarme las posibilidades y ventajas de una pronta muerte de la persona que buscara mi ruina moral, ese ser despreciable a quien odiaba con toda la artillería del alma.

Durante muchos días, a pesar de intentar evitarlo, mi mente se debatía en furibundo trasteo. Habría deseado saber con más profundidad, hasta el mínimo detalle, porque eran muchas las posibilidades que se abrían en el boscoso horizonte. ¿Había sido desheredado Pecas de forma colegiada? ¿Era Cristina dueña de su persona? ¿Permanecía el compromiso con el príncipe de Eggen? Fue entonces cuando comprendí que daba por hecho la muerte del duque, cuando don Alonso nombrara tan sólo un peligroso accidente. Pero era el duende interior quien actuaba, que confunde los deseos con la realidad.

Aunque las esperanzas crecían, por no decir que nacían, me mantuve en un estado de nerviosismo permanente, lo que me hizo reservado y protestón, hasta desagradable en el trato con el servicio en ocasiones, en contra de la norma que me había impuesto en todo momento. También el noble Setum sufrió de mi intemperancia, de tal forma que hube de pedirle excusas a quien todo lo daba sin pretender cosecha alguna. Qué malas son las cuitas de amores y cómo se sufre con ellas, bien lo sabe Dios y casi todos sus hijos.

Y llegaron los primeros vientos de septiembre que anunciaban la caída de las hojas, ese privilegiado momento en el que el campo se convierte en una fantástica mezcla de oro viejo y mar, mientras el incomparable perfume de la tierra se expande en suaves oleadas. Sin embargo, lo que verdaderamente me desazonaba y entristecía era la ausencia en las noticias de Pecas, hasta llegar a pensar que mi amigo debía haber olvidado a su viejo compañero. Dudaba en enviarle recado para indagar por el

estado del padre, aunque sabía que era preferible y más prudente esperar sus noticias, que llegarían si así lo consideraba oportuno. Pero, poco a poco, los nervios comenzaban a decrecer y supuse al duque restablecido, con lo que la tristeza se amadrinó de nuevo al corazón y, en el puro contraste, se estableció un falso sosiego que me era necesario.

Pero la vida es así, cambiante como la mar y el cielo, lo que me habrán escuchado en anteriores ocasiones. A lo largo de mi azarosa existencia, me he preguntado muchos días al despertar, qué reservarían los deseos del Señor para aquella nueva jornada, consciente que todo puede cambiar ciento ochenta grados en un leve suspiro, sin encontrarnos preparados de alma y cuerpo. Y así sucedió una vez más en mi acelerada navegación a la que, sin embargo, nunca conseguí acostumbrarme. Fue el primer día de noviembre, hay fechas que nunca se olvidan, cuando cercanos al mediodía me encontraba en la biblioteca con don Melquíades, para revisar con detalle los planes de la invernada. Setum entró en la salita sin la previa y necesaria llamada a la puerta, un detalle impropio en él. Pero con sólo observar su cara, fui consciente que algo importante acababa de suceder. Pensé en un recado urgente pero me equivocaba.

—¡Señor! —Su rostro era de sorpresa, con lo que no podía adivinar si la nueva era buena o mala—. Perdone la intromisión pero he de comunicarle sin demora, que el carruaje de Montefrío está alcanzando la meseta del Cuartel.

—¿El carruaje de los Montefrío? ¿Llega Pecas? —Mi garganta se cerró como si encapillara una ola monstruosa—. ¿Cómo sabes que pertenece a esa casa?

—Señor, Setum es negro y...

—Ya sé que eres muy inteligente —corté su permanente frase para aligerar la información.

—Un carruaje con las armas de Montefrío en las puertas debe tener un único significado.

—¿El carruaje de los Montefrío en El Bergantín? —Abandoné el asiento de un salto, como si me comunicaran un pavoroso incendio en la casa. Miré hacia el encargado, cuando ya llegaba a la altura de Setum—. Perdone, don Melquíades, pero debemos aplazar esta conversación para otro momento.

Dejé con la palabra en la boca al buen hombre, y ya salía a la carrera hacia la puerta, cuando allí mismo encontré a Pecas. Mi amigo vestía de negro riguroso casaca, calzas y medias, lo que me ofreció un adelanto de la situación. Como siempre, nos abrazamos con fuerza aunque, de momento, nos mantuviéramos en silencio. Por fin, me separé y afronté su mirada.

—Pecas, supe del accidente de tu padre por don Alonso, que ya me sabes apartado de toda noticia, y dudé en escribirte. Supongo al verte que...

—Murió hace dos semanas y no acudas, por favor, a las frases de rigor y condolencia. Pero vayamos a tu despacho que hemos de hablar.

Me extrañaba la seriedad en Santiago, un detalle extraordinario en su persona,

que achaqué a las tristes emociones vividas en los últimos meses. Tampoco era normal en él buscar la intimidad de estancia cerrada para una conversación, lo que me hizo sentir negros presagios. Por fin, tomamos asiento en sillones enfrentados.

—Siento mucho lo que has debido sufrir.

—Tienes razón. Sufrí mucho por la muerte de mi madre, a quien no me dejaron ver en sus últimos momentos. Ya puedes suponer los pensamientos que mi mente abarcaba sobre quien tales órdenes había dictado. Pero, como sabes, el gran señor sufrió un accidente durante una cabalgada. Lo que parecía un percance desafortunado y sin más trascendencia, se fue complicando paulatinamente, hasta llevarlo a las puertas de la muerte, situación agónica en la que se mantuvo durante dos semanas. Fue entonces cuando me mandó llamar —parecía hablar consigo mismo, como si se tratara de una confesión—. No hice caso al primer requerimiento, y en esa postura me habría enquistado si no recibiera la visita de mi hermana. Acudió para rogarme que hablara con él en sus últimos momentos y le permitiera morir en paz. Ya sabes de la bondad de Cristina, hasta con quien no lo merece.

Se tomó un ligero descanso, mientras apuraba la copa de vino que rellené con rapidez. Realizó un significativo gesto, para demostrar que desaprobaba la calidad del caldo. Volví a percibir extraños sentimientos en su mirada que no era capaz de descifrar.

—Acudí por fin a su lado. Te advierto que llegaba dispuesto a decirle las peores ofensas en el lecho mortuario, porque así lo merecía. Sin embargo, me desarmó el observar su cara, con la muerte reflejada en ella. Además, con débil voz me pidió perdón.

Los ojos de Pecas brillaban en exceso, cercanos al llanto, por lo que decidí intervenir.

—No es necesario que me cuentes con detalle las escenas que te hicieron sufrir.

—Por favor, Gigante, déjame continuar porque lo necesito, y es de ley que estés al tanto de todo —un nuevo trago y un respiro—. Lo perdoné en mi nombre y en el tuyo, aun sin potestad para ello, por todo el mal que nos había infligido. Me declaró no haber firmado ninguna disposición testamentaria en mi contra, que los documentos se encontraban preparados en su escritorio personal, aunque no llegó a estampar su sello. Tan sólo deseaba morir en paz. Por fin, me hizo una última petición.

Volvió a suspender su monólogo para mirarme a los ojos. Una voz parecía anunciarme la petición final del duque, aunque me mantuve en silencio.

—Me pidió como último deseo que mantuviera la palabra dada al príncipe de Eggen, y continuaran los preparativos de los esponsales con mi hermana, llegados al término del luto que se debía imponer de seis meses. Aunque parezca increíble, ésa es la petición de muerte que me formuló, una demanda que ningún hombre de bien puede negar jamás —accionaba los brazos con energía y enfado—. Aunque nuestra conversación se mantenía a ritmo acelerado, porque mi padre se sabía en el linde de

la vida, me mantuve en silencio, dispuesto a negarme, hasta que elevó el cuerpo en un último esfuerzo, con el rostro desencajado, para concentrar todas sus fuerzas en una reiteración de la promesa. Y lo hice. Te juro que, a mi pesar, le prometí que mantendría su compromiso. No me preguntes por qué cedí de tal forma cuando no estaba obligado a ello, más bien al contrario. Pero puedes estar seguro, Gigante, que es necesario vivir esos momentos para comprenderlo.

—No me debes ninguna explicación, amigo mío —aunque intentaba mantener la cara sin rastro de pensamientos, se trataba de una acción imposible, porque ya sentía cómo el taller del alma se derrumbaba por dentro. Con un esfuerzo notable, le hablé en un tono de voz suave y pausado—. No debes preocuparte porque hiciste lo que debías.

—¡Nada de eso! No seas comprensivo en extremo, por Dios. Lo que debía hacer lo hice después, pero a ello llegaré en su momento —parecía enfadado consigo mismo—. El duque de Montefrío murió en mis brazos al final de esa conversación. Todo en la vida es susceptible del cambio, hasta los sentimientos más enconados. Comprobé, sorprendido, que el copioso odio almacenado se evaporaba como por arte de magia. Debe ser así, supongo. Por fortuna, casi siempre se borra lo malo para dejar en nuestro espíritu los agradables momentos, condición que hace soportable esta vida que arrastramos. En fin, he heredado todos sus títulos y bienes, salvo algunos compromisos testamentarios contraídos con mi hermana. Pero eso no es todo.

Pensé que me encontraba ante un Pecas muy cambiado, aunque en verdad nunca lo había observado en momentos tan trascendentales. Su seriedad era real y excesiva, lo que nada bueno indicaba para mí.

—A la semana de la muerte de mi padre, solicité urgente entrevista con el príncipe de Eggen en su palacio, una experiencia vergonzosa que no desearía repetir nunca. Se trata de un vejete degenerado y extremadamente codicioso, que espero muera pronto y con extremos dolores, por culpa de sus excesos. Le informé con claridad de la promesa ofrecida a mi progenitor en el lecho de muerte, así como mi inequívoca disposición a cumplirla. Pero a continuación le expliqué los detalles de tus amores con Cristina y el compromiso previo, incumplido por mi padre, con lo que le suplicaba me liberara de la obligación impuesta, por el bien y felicidad de todos. Sabía que me jugaba mucho en aquel envite, que tantas consecuencias negativas me podía acarrear en la Corte —me ofreció una leve sonrisa—. ¿Sabes lo que me contestó el muy ladino? Te costará creerlo.

—No tengo ni idea —también yo bebí el vaso de un solo trago, y habría tragado un volumen completo de la librería para aplacar los nervios que roían mis intestinos—. Por favor, Pecas, remata la maniobra de una vez, que ya conoces mi proverbial impaciencia.

—El muy sinvergüenza, porque lo es aunque sea príncipe de sangre, me dijo textualmente: Eso le saldrá muy caro.

—¿Cómo? ¿Hablas en serio?

—No he cambiado una sola coma y te soy sincero, aunque tenga bien ganada fama de persona dada a las exageraciones, como sabes por experiencia. Te juro que sentí deseos de retar a duelo a ese malnacido, pero tal acción habría significado mi muerte segura porque, aunque joven de valor demostrado, soy malo en todas las artes duelistas, mientras el príncipe es un consumado especialista. Así que hice lo único que era posible.

—¿Qué? Acaba de una vez, enano, por todas las rabizas del Sultán.

—Esa frase es del teniente general Barceló, a quien deberías felicitar por su ascenso.

—Así lo haré. Acaba.

—Y a mí deberías felicitarme por mi ascenso al empleo de alférez de navío —ahora Pecas parecía de excelente humor, transformado por rápida metamorfosis en el joven descarado de siempre.

—¿Ascendido?

—Lo dices como si se tratara de una manifiesta injusticia. Barceló propuso a diferente personal de su Estado Mayor para el ascenso, con motivo de la firma de las condiciones de paz. Consideró que el hecho de insistir en embarcar en las baterías flotantes, lo que me fue impedido, así como el magnífico trabajo desarrollado a su lado y a bordo de las cañoneras, eran motivos suficientes y me agregó a la lista. Sin embargo, en nota recibida de su puño y letra, me aseguraba que la razón verdadera fue mi valerosa incursión en Gibraltar para rescatarte. Ya sabes que don Antonio es así. Es decir, que lucimos la charretera en el mismo hombro, lo que es normal y lógico porque sería injusto que me adelantaras en el escalafón.

—¿Quieres acabar la información que has interrumpido, enano de mierda? Te doy mi más sincera enhorabuena por el merecido ascenso, pero sabes que en estos momentos me interesa mucho más el tema que has abandonado a propósito, para hacerme sufrir. ¿Qué fue lo que respondiste al príncipe?

—Parece mentira que un conde utilice tan rastrero lenguaje —ahora sonreía y disfrutaba del suspense creado—. Bueno, acabaré la narración para que no sufras un ataque al corazón. Sencillamente, le pregunté al duque cuanto valía la libertad de mi hermana. Aunque parezca mentira, ésta fue la conversación mantenida entre dos de las más altas figuras de la nobleza, un manejo propio de sultanes de baja estofa en mercenario acuerdo sobre las mujeres del harén. Un trueque en su más puro estado.

—¿Qué te contestó? ¡Habla!

—Eso, querido amigo, es secreto del sumario y nunca te lo diré, aunque me emborraches a muerte. Y no protestes porque, si lo piensas, comprenderás que debe ser así. Creo que es suficiente con que sepas que el compromiso de mi hermana con el príncipe de Eggen, quedó zanjado de forma definitiva tras la deprimente conversación. Ese bribón sólo buscaba la dote negociada con mi padre, que era de un volumen escandaloso. También puedo comunicarte que, en vista de las circunstancias actuales —ahora utilizaba el tono de voz engolado y altanero del que tanto gustaba—,

por parte del duque de Montefrío, el alférez de navío don Santiago de Cisneros que te habla, no hay inconveniente en que unas tu vida con la de mi pobre hermana, a pesar de la espalda tan infame e indecorosa que presentas.

Por fin, la sonrisa de Pecas se abrió de par en par. No estaba seguro pero llegué a pensar que había asistido a toda una representación teatral de mi amigo. Pero era cuestión sin importancia, porque no podría expresar en estas páginas lo que sentí en aquellos momentos. De un plumazo se abrían los cielos y calmaba la marejada, para dejar una mar limpia y azul. Fue maravilloso comprobar que tras largo peregrinar, de nuevo la felicidad se abría paso en mi pecho, y de qué forma. Como guiado por mano ajena y sin reconocermelo dueño de mis actos, abracé a Pecas mientras lo levantaba del asiento, hasta escuchar sus protestas.

—Ya veo que ese negrazo te ha dado buenos masajes y has recuperado las fuerzas de antaño. Déjame o me romperás algunas costillas —consiguió reponerse del abrazo—. Bueno, así lo ha querido el destino. Seremos cuñados, aunque rebajaré la dote de mi hermana de forma considerable, si los caldos que me ofreces siguen siendo de pésima calidad, como éste que acabamos de probar. Es una vergüenza, conde de Tarfí, que poseáis tan pobre bodega.

—¿Piensas quedarte en El Bergantín? —Mi rostro mostraba una clara preocupación e inquietud.

—Pues claro. ¿No me invitas?

—Por supuesto, sabes que ésta es tu casa, renacuajo. Pero, la verdad..., me gustaría..., me gustaría ver a Cristina cuanto antes. A caballo llegaría reventado a la Corte, y mi carruaje no es el más propio para tan largo trecho. ¡Maldita sea mi estampa! Pensaba comprar uno adecuado en la primera oportunidad. ¿Puedo utilizar el tuyo?

—¿Para qué? —Mostró un rostro esquivo y burlón, aunque no lo comprendiera todavía.

—Por Dios, Pecas, creo que te has entontecido en Madrid, rodeado por tanto figurín de Corte. ¿No lo imaginas? Quiero ver a Cristina cuanto antes, salir a toda velocidad hacia Madrid en tu hermoso carruaje. Puedes quedarte unos días con Setum o...

—El que parece entontecido eres tú, compañero de armas. Mi hermana Cristina, a quien tanto quiero a pesar de concederle permiso para unirse con un gigantón de San Juan de Berbio, eso al menos dice él —me guiñó un ojo en señal de complicidad—, se encuentra en estos momentos a bordo del carruaje situado junto a la explanada de este inmundo Cuartel, que deberás dignificar notablemente en el futuro al emparentar con tan noble casa.

—¿Cristina aquí? —Apenas pude pronunciar las palabras—. No juegues con mis sentimientos, enano.

—Pues claro que está aquí. ¿Cómo podía venir a verte sin ella, que siente la misma premura por encontrarse con su ser amado, lo que demuestra su escasa

cordura? Ahora, hablando en serio, fue Cristina la que me pidió que te narrara todos los hechos por adelantado y te preguntara si la perdonabas.

—¿Perdonarla a ella? ¿Por qué?

—No sé. Mi querida hermana es una santa y cree que también ella te había fallado. La pobre sufre y está convencida que no querrás saber nada de su persona, al haber sido la prometida de otro hombre. En estos momentos debe padecer espesa tortura, lo que no se merece. Por eso no quiso bajar del carruaje y en él te espera, si es que deseas verla.

No fueron necesarias más palabras porque ya volaba con grave riesgo para mi persona, pues cerca estuve de arrastrar un mueble trincherero de enormes proporciones a mi paso. Al salir a la explanada de recibo, comprobé que allí se encontraba el inconfundible carruaje. Me acerqué a él con premura, a la vez que sentía los nervios por cada uno de los poros de mi cuerpo. Como las cortinillas se encontraban corridas, no podía distinguir nada de su interior. Por fin, abrí la portezuela.

Siempre recordaré aquella escena, que más parecía un sueño o el milagro tan pedido en mis oraciones a Nuestra Señora de Valdelagua. Lo primero que vi fueron sus ojos, ese azul capaz de devorar mi alma. Cristina vestía de negro riguroso y recogía su rubia melena con un fino velo del mismo color. Creo estar seguro al decir que nunca la había visto tan hermosa, si ello era posible. Mientras posaba mi zapato en el estribo del carruaje para izarme en su interior, escuché su voz, una dulce melodía que parecía llegar del más allá.

—Gigante, amor mío.

Tomé asiento a su lado con la mente extraviada de felicidad. No era posible sentir algo tan maravilloso y temía despertar del dulce sueño en cualquier momento. Tomé una de sus manos con decisión, y el simple roce de su piel me hizo navegar por las estrellas a un largo, un sentimiento olvidado.

—Cristina, mi amor. Creí que no llegaría jamás un momento así.

—Y yo también. ¿Me habéis perdonado aunque no lo merezca? —A pesar de la felicidad que debía sentir, el tono de su voz dejaba volar una nota de tristeza en el aire.

—¿Perdonaros a vos? ¿Cómo podéis decir tal locura? Vuelvo a vivir y ése es el mejor regalo, porque estaba muerto hasta que supe lo ocurrido.

El amor galopaba con el viento y acaricié una de sus mejillas. Recuperaba el sabor de la vida y todo parecía recobrar especial luz a mi alrededor. Pero Cristi insistía.

—No debí aceptar la imposición de mi padre y entrar en religión. Os fallé, Francisco, y no me lo perdonaré nunca.

Cristina alzó su mano hacia mi cara, hasta rozar mis labios. Creo que merecieron la pena los meses de sufrimiento por gozar de aquél solo momento.

—No vuelvas a decir eso nunca más. Hemos atravesado un calvario del que salimos reforzados, y te juro que nadie intentará separarnos jamás. Perdona que no

me haya condolido por la muerte de tus padres, pero ha sucedido todo de...

Volvió a tapar mis labios con la mano. Por fin observé una sonrisa en su boca, mágica visión que debería haber sido plasmada por pintor de Corte para guardarla por siempre. Sin esperarlo, se dejó caer entre mis brazos, hasta apoyar la cabeza en mi hombro. Volví a sentir su perfume, casi olvidado de tanto recordarlo, y el roce de su cara contra la mía. Pero escuché los suspiros y comprendí que lloraba.

—¿Por qué lloráis? —Temía cualquier condición que no se adaptara a mi absoluta sensación de felicidad.

—Porque no creí volver a ser tan feliz y teneros a mi lado. Quiero ser tu mujer, Gigante, y no separarme nunca de tu lado, ni un solo segundo.

De forma inesperada, se abrió la puerta y escuchamos la voz de Pecas, con su tono jocosos habitual.

—¿Qué es esto? Por favor, Leñanza, debéis comportaros como un caballero y no aprovechar la especial circunstancia de no traer a la dueña conmigo.

—Vete al cuerno, Pecas.

—Nada de eso, amigo mío. Debemos aclarar un punto antes de que el entontecimiento mutuo os impida pensar con cierta claridad. Debo conocer con exactitud la fecha de vuestra boda, porque ahora son muchas mis obligaciones y no puedo perder el tiempo en haciendas perdidas por el mapa ibérico.

—¿La boda? —Me tomó desprevenida la cuestión—. No sé el periodo de luto que habrás...

—No digas tonterías. Eso del luto es una estupidez para la galería. Tan sólo la mujer casada debe esperar trescientos y un día tras la muerte del marido, para contraer nuevas nupcias, lo que no es vuestro caso. Cristina, hermana mía. ¿Quieres casarte con este bobalicón?

—Claro que sí —sonreía con alegría, lo que me hizo pensar que se trataba de un plan preparado—. Cuanto antes.

—Bien. Veamos, conde de Tarfí. Esta capilla, ermita u oratorio, que no estoy seguro del nombre que debo aplicar dada su modestia, estará en uso. ¿No?

—Claro que sí —contesté con decisión—. Y no es tan modesta, cretino.

—¿Hay cura párroco de probado recogimiento espiritual en la vecina Santa Marta? —Continuaba con sus rápidas preguntas.

—Hay uno y su recogimiento lo desconozco, pero no creo que te importe mucho, besugo.

—Bien, con uno es suficiente. Como siempre, seré el encargado de prepararlo todo. Diré a tu encargado que lleve a cabo las gestiones pertinentes con ese párroco, para que el próximo sábado celebre la boda entre estos dos tortolitos en la recogida capilla de la hacienda El Bergantín, a las doce de mediodía, hora del Ángelus. Eso siempre que el conde de Tarfí admita una boda en la intimidad, que estimo la más apropiada por los pormenores que han rodeado el caso. El duque de Montefrío ejercerá las funciones de padrino, quedando las de la madrina a disposición de la

señora de don Melquíades, que espero acepte si no quiere ver a su marido de patitas en la calle. Todo solucionado. ¿Os parece bien?

—Por mí no hay inconveniente y lo haría ahora mismo —contestó Cristina, a la vez que apretaba mi mano.

—¿Qué dices, Gigante del demonio?

Les aseguro que pellizqué mi mano con disimulo para creer como cierto lo que sucedía a tal velocidad, esa especial aceleración en mi vida que tantas veces les he comentado. Respondí como un imbécil.

—¿Este sábado? ¿Pasado mañana?

—¿Rechazáis a mi hermana, palurdo de San Juan de Berbio? Eso merece un encuentro al alba, siempre que sea a florete —creo que Pecas disfrutaba como nunca con aquella situación.

Me volví a Cristina y volví a observar su felicidad. Le hablé en un susurro.

—¿De verdad lo queréis, mi amor?

—Por supuesto. Y hecha a la idea, me parece larga espera la de dos días.

Hube de contenerme porque deseaba besarla a todo trance, como si una fuerza irresistible me empujara hacia ella. Pero me parecía irreal todo lo que sucedía a mi alrededor. Volví a escuchar la voz de Pecas.

—Bien, creo que hemos llegado a un acuerdo, más sencillo que con el príncipe de Eggen, que Satanás guarde pronto en sus tinieblas para bendición del mundo. Solo quiero que sepas, Leñanza, que no hemos acordado la dote, así que no me vengas después con peregrinas reclamaciones. Seguid con vuestro runruno amoroso, que el joven Cisneros comienza a ocuparse de esta boda que no parecía llegar nunca.

Cerró la portezuela con fuerza y allí quedamos los dos con la mirada perdida en los ojos del contrario. Volví a acariciar la mejilla de Cristina, pero fue ella quien habló.

—Pasado mañana seré la condesa de Tarfí. Por fin seré tuya, Gigante.

—Debe ser un sueño.

—Nada de sueños, mi amor. Es la pura realidad y soy la mujer más feliz del mundo, de eso sí que estoy segura.

Pensaba responder en el mismo sentido, cuando Cristina adelantó su cara hacia la mía con inesperada decisión. Me sorprendió al posar sus labios con infinita dulzura sobre los míos, y allí los dejó prendidos, como dos nubes que se unen en amoroso contacto impulsadas por el viento. ¿Quién se atrevería a describir un sentimiento de tal ternura, capaz de traspasar el pecho de parte a parte? El afortunado que haya vivido algo parecido, sabe que recordará un momento como ése durante toda su vida terrenal, y aún en la otra que nos tienen reservada para después.

Volví a sentir mi propio vuelo, una sensación parecida a la entrada en la nube esponjosa, tras salir despedido en la flotante. Pero ahora estaba allí, en El Bergantín, unido a mi gran amor, y no se trataba de urgente despedida ni de requiebros escondidos, sino del comienzo de una continua y verdadera felicidad. En la más pura

realidad, Cristina era ya mi mujer y gocé en plenitud de aquella sensación. Cerré los ojos y me dejé rodar por la ladera de la dulzura infinita.



LUIS M. DELGADO BAÑÓN (Murcia, 8 de enero de 1946) es un escritor y militar español, capitán de navío del Cuerpo General de la Armada Española.

Entre sus obras destaca su proyecto, aún en curso, de escribir una serie de 56 novelas que ilustren sobre la historia naval de España entre el momento de su mayor esplendor, durante la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la Guerra Civil Española de 1936-1939. Su interés principal en la escritura de esta serie es el de llenar un hueco necesario en la narrativa histórica española que hace muchos años ya han cubierto otras naciones que rememoran con orgullo su historia naval, en especial los británicos quienes, siendo excelentes novelistas, no reflejan adecuadamente siempre la realidad de las armadas desde el punto de vista naval e histórico, según Delgado Bañón, por falta de la adecuada investigación historiográfica, y tienden a denostar las de otros países ocultando a menudo los fracasos, no pequeños, de la *Royal Navy*.

El autor, que reivindica la importancia de la historia de la Real Armada en el pasado de España, es un gran conocedor de sus hechos que ha sido director del Museo Naval de Cartagena y delegado del Instituto de Historia y Cultura Naval en el Mediterráneo durante trece años. La serie se denominada *Una saga marinera española*.

En la saga, el autor refiere la historia de la familia Leñanza usando el punto de vista de las memorias que, por tradición establecida, van escribiendo sus miembros a lo largo de varias generaciones. Los Leñanza, familia de orígenes humildes, empiezan a hacer carrera naval con el comienzo del segundo volumen de la serie, y su paso por diferentes episodios históricos de la vida de la marina de guerra española (el sitio de

Gibraltar, la Guerra de la Convención, los combates navales del Cabo de San Vicente y Trafalgar, la política de expansión ultramarina en el Pacífico norteamericano con referencias a episodios como los de la isla de Nutka, las alianzas durante la Guerra de la Independencia Española, la decadencia de la Armada Española desde el reinado de Carlos IV y el germen y desarrollo de los movimientos independentistas americanos, el reinado de Fernando VII, los afrancesados, el trienio liberal y los exilios de la Década ominosa, la primera Guerra Carlista...) pretende ilustrar sobre aspectos determinados muy deficientemente conocidos de la historia española, donde la Armada tuvo un papel más importante, tanto en sus luces como en sus sombras, del que usualmente se le reconoce. También pone de relieve los logros pioneros en navegación marítima de España y sus grandes descubrimientos, a menudo silenciados o usurpados por otras naciones. Todos los libros de la serie cuentan con notas explicativas de la terminología marinera, de aclaración histórica y geográfica o de los usos y costumbres en los regímenes de funcionamiento de las naves y sus ordenanzas.

Además de las de la Saga marinera, Luis Delgado Bañón es autor de otras novelas anteriores como *Jasna* (1997), *Las perlas grises* (1998), *Los tesoros del general* (1999), *La tumba del Almirante* (1999), *Aventuras y desventuras de un galeote* (2000), *El diamante del III Reich* (2000) y *Operación 2001: Gibraltar español* (2001).

Ha publicado numerosos artículos historiográficos en diversas revistas de su especialidad nacionales y extranjeras, y es autor de los ensayos históricos *Gibraltar 1704-2004: tres siglos de desidia, humillación y vergüenza* (2004) y *Antonio de Escaño, antes y después de Trafalgar* (2005), publicación esta última vinculada a la exposición del mismo nombre que comisarió el autor junto con Arturo Pérez-Reverte en conmemoración del combate de Trafalgar.

Notas

[1] Los alféreces de navío incorporaban en su uniforme una charretera en el hombro derecho, mientras que los alféreces de fragata la lucían en el izquierdo. <<

[2] Inutilizar los cañones, introduciendo en el oído un clavo de acero a golpe de mazo.

<<

[3] Balas que se calentaban en hornillo hasta quedar incandescentes, momento en el que eran disparadas. Especialmente utilizadas desde baterías en tierra contra buques para incendiarlos. <<

[4] Se denominaba puente, andana o batería al conjunto de cañones corridos en una cubierta de proa a popa. <<

[5] Significa que 24 libras era el peso de la bala que disparaban. Había cañones, siguiendo el mismo método, de a 36, 18, 12, 8 y 4 libras. <<

[6] Empalmetado: Especie de colchón que se formaba en el casco de las embarcaciones al entrar en combate, a base del haterío de los marineros. Se utilizaba como defensa contra los disparos de fusilería y astillazos. <<

[7] Al igual que el calibre de los cañones se medía por el peso de la bala que disparaban, los morteros u obuses lo hacían en función del diámetro de su ánima, sistema empleado posteriormente para todo el armamento. <<

[8] La villa de la Real Isla de León pasó a denominarse en 1810, por decreto de las Cortes allí establecidas, como San Fernando, en reconocimiento a los esfuerzos de sus habitantes a favor de la independencia. <<

[9] Español, recuerda que has dominado en la mar. <<

[10] Línea tendida de proa a popa, en la mitad de la cubierta, que divide el buque en dos partes iguales. <<

[11] Se denomina escálaro a una pequeña estaca de hierro, donde se ajustaba el remo en su luchadero por medio de un estrobo. <<

[12] Al igual que barlovento y sotavento indican las bandas o partes por donde llega el viento y su contraria, por extensión se enriende a bordo como barlofuego y sotafuego las bandas o partes por donde se dispara la artillería y su contraria. <<

[13] Pañol destinado a bordo para almacenar la pólvora. <<

[14] Antigua medida francesa de longitud equivalente, de forma aproximada, a los dos metros. <<

[15] Se entiende por espiar, halar de un cabo firme a un ancla, noray u otro objeto firme, para hacer navegar el barco en dicha dirección. <<

[16] Se denomina obra viva en un buque, la parte de su casco que se mantiene en contacto con el agua, mientras el resto se clasifica como obra muerta. <<

[17] El teniente de navío, sargento mayor, incorporaba un galón en las vueltas de su uniforme. <<

[18] En los buques se marcaban las horas y las medias por medio de la campana de a bordo, costumbre que se mantiene en la actualidad. <<

[19] Distancia que corresponde a la décima parte de la milla, unos 185 metros. <<

[20] Bahía de Cádiz. <<

[21] Cambiar el rumbo o bordada para pasar el viento a la banda contraria. <<

[22] Se denomina *a palo seco* cuando un buque navega con el aparejo recogido. <<

[23] Buque insignia de la escuadra del teniente general Córdoba, llegó a disponer de cuatro puentes y 114 cañones, el navío más armado del mundo. <<

[24] Unos quinientos metros aproximadamente. <<

[25] Se refiere al cabo San Vicente, punta sudoccidental de la península ibérica. <<

[26] Las guardias en la mar desde las ocho de la tarde hasta las ocho de la mañana, se dividen en tres turnos de cuatro horas que se denominan prima, media y alba. <<

[27] Los tres palos de los buques se denominan, de proa a popa, *trinquete*, *mayor* y *mesana*. <<

[28] Significa que el ancla ha abandonado las aguas y se encuentra a la vista sin impedimento alguno. <<

[29] Se dice que un cañón entra en batería, cuando se ha acercado a la porta y saca su boca a través de ella, listo para disparar. Por el contrario, sale de batería cuando retrocede por efecto del disparo. <<

[30] Unos seiscientos cincuenta metros aproximadamente. <<

[31] Se denomina *ancla de la esperanza o formaleza* a la tercera en el orden, aunque sea la principal y de mayor peso de las cuatro que se llevan trincadas a proa, teniendo ésta su lugar en la banda de estribor. <<

[32] Se dice que un buque garrea cuando el cepo o las uñas del ancla no se agarran o se desprenden del fondo, con lo que el buque se desliza arrastrándola con él, sin conseguir el fin perseguido de mantenerse en un punto firme. <<

[33] El alférez de fragata lucía charretera en el hombro izquierdo de su uniforme, mientras que el alférez de navío lo hacía en el derecho. <<